FERNAND BRAUDEL

# MEMORIAS DEL MEDITERRÁNEO



cátedra

# Memorias del Mediterráneo

## Prehistoria y antigüedad

Fernand Braudel

# Memorias del Mediterráneo

## Prehistoria y antigüedad

Edición de Roselyne Ayala y Paule Braudel

Prefacio y notas de Jean Guilaine, profesor del Collége de France y Pierre Rouillard, director de investigación del C.N.R.S.

Traducción de Alicia Martorell

***CÁTEDRA***
***HISTORIA/SERIE MENOR***

Título original de la obra
*Les Mémoires de la Médtterranée*
*Préhistoire et Antiquité*





Juan Ignacio Luca de Tena, 15 28027 Madrid
Depósito legal M 19 269-1998
ISBN 84-376-1633-6
Printed in Spain
Impreso en Gráficas Rogar, S A.
Navalcarnero (Madrid)

# Introducción

## Prólogo del editor

Este libro tiene una historia. A comienzos del año 1968, un emisario enviado desde Génova por Albert Skira llamaba a la puerta de Fernand Braudel. Su cometido era convencerle de que escribiera, para una colección de libros ilustrados sobre el pasado del Mediterráneo, no sólo los volúmenes obvios sobre los siglos XVI y XVII, marco habitual de sus investigaciones sino también el primero de la serie, el de los orígenes, la Prehistoria del mar, su Antigüedad. Sorprendido de entrada, pero también tentado, Fernand Braudel se apasionó enseguida con todo lo que tenía de nuevo para él una Prehistoria ya en plena revolución en aquella época. Escribió pues este volumen, casi de un tirón y con enorme placer.

Sin embargo, en 1970 la salud de Albert Skira ya estaba muy deteriorada. Quizá sea la explicación, en 1971-1972, de un cierto dejar estar, unido a algunas dudas sobre las opciones iconográficas. En todo caso, tras la muerte del editor en 1973, la costosa colección, apenas empezada, se abandonó definitivamente. Fernand Braudel, por su parte, estaba demasiado concentrado en la aventura del segundo volumen de *Civilización material, economía y capitalismo* como para preocuparse por recuperar y sacar adelante la presentación de una obra proyectada dentro de un marco de conjunto. Sin contar con la tarea adicional del aparato de mapas e ilustraciones que deberían acompañarla. Así abandonó y prácticamente olvidó su manuscrito.

Ahora, más de diez años después de la muerte del autor, el texto plantea, sin embargo, algunos problemas. Los que conocían su existencia se preocupaban por su suerte. Decidir publicarlo como estaba ya resultaba difícil, pues desde 1970 la arqueología había realizado fructíferos descubrimientos y el carbono 14 había seguido revolucionando muchas cronologías. Por otra parte, la colaboración de un científico que actualizara este texto escrito libremente para el público era también una solución difícil. ¿Qué hacer? La decisión se dejó en manos de quien, por sus trabajos tan conocidos, podía decidir con pleno conocimiento de causa: Jean Guilaine. No lo dudó: seducido por el tono de la obra, se manifestó partidario de publicarla tal cual, pues lo importante para él era no quebrar su ritmo y su movimiento. La solución al problema sería indicar al lector, con notas muy precisas, todo lo que, aquí o allá, había cambiado dataciones o interpretaciones desde la escritura del libro y/o sugerir algunas obras que presentaran las últimas investigaciones. Además, era necesario que un especialista perspicaz quisiera hacerse cargo de semejante tarea. Jean Guilaine propuso encargarse él mismo para el periodo prehistórico, que corresponde a su propio campo de investigación.

Pierre Rouillard, con dos colegas[1], aceptó asumir la continuación, a partir del primer milenio antes de Cristo. Queremos agradecer calurosamente a uno y otro su generosidad.

El texto que publicamos es, pues, el manuscrito sin modificar que recibieron las ediciones Skira en 1969 y que el autor recuperó unos años más tarde. Las notas de Jean Guilaine y Pierre Rouillard (identificadas por las iniciales que las firman) están situadas visiblemente a pie de página, para que se puedan leer al mismo tiempo que el texto. El prefacio, es lo suyo, está firmado por Jean Guilaine y Pierre Rouillard.

Al final de la obra se encontrará un atlas cartográfico (págs. 341-360) que reúne el conjunto de los nombres mencionados y permite situarlos geográficamente. Estos mapas generalmente son necesarios para entender el libro, hemos renunciado sin embargo a incorporarlos en el texto, puesto que se refieren a varios capítulos a la vez. Un índice de término históricos y geográficos completa el volumen.

---

[1] Francoise Gaultier, conservadora jefe del Departamento de antigüedades griegas, etruscas y romanas del Museo del Louvre, releyó las páginas consagradas a los etruscos y Jean Louis Huot, profesor de la Universidad de París I, las consagradas a Oriente.

## Prefacio

La Prehistoria y el mundo antiguo son un campo en el que no esperábamos encontrarnos con Fernand Braudel, aunque el Mediterráneo —su territorio predilecto— sirva de decorado para la experiencia. Sin embargo, para un convencido de las constantes y los determinismos geográficos, ¿cómo escapar a la tentación de los orígenes, a la emergencia de una trama histórica en la que se han perseguido durante décadas, tanto las estructuras de fondo como los más ínfimos detalles?

«No digan que la Prehistoria no es Historia», avisaba Braudel en *La identidad de Francia*. Un arqueólogo del Neolítico o de la Protohistoria, suscribirá sin reservas esta afirmación. Podría añadir: «No digan que la escritura hace la historia.» Hay que haber excavado, analizado, interrogado a las primeras civilizaciones agrícolas, metalúrgicas y después urbanas del Neolítico, del Calcolítico y de la Edad del Bronce, en su mayor parte sin escritura, para saber que se puede esbozar su historia, detectar la construcción de su identidad, su estructura social, la competencia entre sus élites, sus mutaciones económicas, su existencia cotidiana. ¿Dónde está la diferencia entre las familias reales enterradas en Ur, Caldea, y las inhumadas en Alaça Höyük, en Anatolia, hacia el 2500 antes de nuestra era? ¿Las primeras son «históricas» y las segundas «prehistóricas»? Vana demarcación. De ahí la búsqueda incansable para remontarse, todo lo posible, a la era de los génesis y las primeras eclosiones. En este sentido, el historiador no puede prescindir de las civilizaciones sedentarias más antiguas. Es en aquella época cuando se decide todo, se establecen las sociedades jerarquizadas, el peso de las primeras ciudades precoces, los espacios geoculturales, las tradiciones religiosas, es decir, la transición progresiva de las poblaciones a los pueblos.

Hay quien se extrañará de este nuevo desafío de Braudel, pero hay que situarlo dentro de su obra. Al pasear, en 1969, al lector por todo el Mediterráneo, y con todo su relieve histórico, desde la Prehistoria hasta la conquista romana, no sólo se entrega al placer del viaje —muy presente sin embargo— sino que nos hace compartir su convicción de que «no hay historia realmente comprensible que no se extienda ampliamente a través de todo el tiempo de los hombres». Tiempo largo y geografía, pues esta última está inmediatamente presente al situar cada gran realización cultural y política, desde los primeros momentos de vida en Mesopotamia, en Egipto, hasta la civilización etrusca, en esa Toscana que es sin duda la región preferida de Fernand Braudel. Redactado en el momento en que elaboraba *Civilización material, economía y capitalismo*, dos años después de la edición (en 1967) de *Civilización material y capitalismo*, este Mediterráneo prehistórico y antiguo es el primer testimonio de un cambio de escala. Fernand Braudel sale del estudio económico para plantearse los cambios sucesivos y las

articulaciones de las civilizaciones que circundaron y construyeron el Mediterráneo: su exploración ya no se cuenta en siglos, sino en milenios, como manifestación definitiva de la larga duración que volvemos a encontrar en *La identidad de Francia*.

Este ensayo nos parece, por lo tanto, salutífero. En realidad es también una excelente contraprueba, en la medida en que el historiador de los grandes espacios y de los amplios periodos aporta su visión y su oficio al protohistoriador a menudo hundido en sus particularismos y sus incógnitas específicas. La obra podrá así aportar claves, abrir pistas, suscitar respuestas. Habrá quien se lleve las manos a la cabeza: ¿no correremos el riesgo de proyectar el siglo XVI, negociante y mercantil, sobre un mundo antiguo tan diferente? Si bien Braudel se atreve a menudo a hacerlo —al relacionar el cosmopolitismo de los puertos orientales en el segundo milenio (¡o antes!) o la apertura comercial de una ciudad griega arcaica con la efervescencia de las ciudades del Renacimiento, al comparar las disputas de Atenas, de Esparta o de Tebas con la competencia entre las ciudades italianas «modernas», al considerar en la época de las colonizaciones la cuenca occidental como un Far West soñado de los emigrantes egeos, al evocar Cartago, «la americana»— no cae en la trampa de su propio juego. Conoce demasiado bien las islas, las llanuras, las montañas, los hombres y los tiempos para no limitarse a adelantar hipótesis plausibles, presentando como simples incógnitas las especulaciones menos firmes. Desde este punto de vista, le agradecemos que trace paralelismos, que destaque analogías, que plantee las preguntas pertinentes que evita el especialista, pues no tiene medios para darles respuesta y prefiere callar. Los análisis de los grandes bloques, los de las rupturas profundas o los de los grandes movimientos hacia el este hasta las conquistas de Alejandro, e incluso las de Roma (aunque esta última se haya volcado primero hacia Occidente), son algunos de los hitos. Entre las articulaciones clave de la historia, hay una que Braudel ha sabido presentar en una noción especialmente fuerte, la «economía-mundo»; nos ha sabido convencer de su validez para el siglo XVI, pero no ha recurrido a ella para algunos momentos de la Antigüedad. Podemos apostar que Braudel habría estado —sin duda agradablemente— sorprendido del «buen uso» que hace de este concepto uno de nuestros colegas, que estudia la Edad del Hierro desde la perspectiva de Europa en su totalidad.

*******

Esta obra no es reciente. Se escribió en 1969 y luego se dejó de lado. A finales de los años sesenta, el impacto del radiocarbono no había modificado todavía con profundidad algunas cronologías; los datos sobre el Oriente Próximo neolítico y calcolítico, dispersos, no permitían las mismas generalizaciones que ahora; el megalitismo occidental era, para muchos, un proceso generalizado en el mismo espectro que la metalurgia; las migraciones, la de los Pueblos del Mar, la de los etruscos o la de los cimbros y teutones, adoptaban una envergadura desmesurada, o bien ocupaban un espacio que nunca tuvieron.

Universitario de su época, Fernand Braudel también lo es cuando sitúa entre los hombres del Oriente lejano el origen de todas las cosas, o cuando

presenta el último milenio marcado por tres pueblos, el fenicio, el etrusco, el griego, con exclusión de los demás, también vecinos del Mediterráneo: el ligur, el celta, el íbero. El estudiante de finales de los años sesenta puede rememorar la enseñanza que recibió entonces: nada sobre los fenicios (salvo su invención de la escritura y la práctica del *tofet* en la Cartago púnica), algunas lecciones sobre los etruscos (y el misterio que constituyen, que también obsesiona a Braudel), Grecia, con dos aspectos prioritarios, la colonización y la Atenas clásica. La visión de Fernand Braudel se sitúa entre (o más allá de...) esta cotidianidad universitaria y lo que sería (mejor habría sido decir «es») una formación que tuviera en cuenta todas las facetas de las civilizaciones mediterráneas. Ahora bien, si queremos superar la acumulación incesante de materiales arqueológicos y situarnos desde la perspectiva de los problemas de fondo, pronto nos daremos cuenta de la permanencia de las cuestiones esenciales, que sobreviven regularmente a los descubrimientos más fantásticos. Estas cuestiones, más allá de las precisiones temporales o del brillo de los hallazgos más deslumbrantes, son las que ha querido plantear el autor, sugiriendo a veces las respuestas que le permite su experiencia.

Por otra parte, encontraremos aquí a Braudel fascinado por las conquistas de los agricultores neolíticos, por un Oriente fecundo en el campo de las ciencias y de las artes, por los infatigables navegantes y mercaderes fenicios, por la inmensa conquista que constituyen la escritura, la filosofía jónica o el derecho romano. El historiador de los tiempos modernos está al acecho de todas las etapas, que presenta como otras tantas revoluciones: la revolución permanente del comercio, la del alfabeto fenicio, relacionada con los negocios y su práctica, que facilita; otra mutación considerada revolucionaria es el funcionamiento de Atenas, tal y como se pone en marcha al final del periodo arcaico; otra más, la emergencia de la República romana. Al mismo tiempo, propone, como telón de fondo, una lectura diferente de la historia, que desmitifica un tanto estos dos gigantes que son Grecia y Roma, entendidos como hábiles recuperadores de las largas gestaciones que les precedieron. Es más, sospechamos su debilidad por todos aquéllos que laminó la apisonadora romana: los etruscos y los cartagineses. En este sentido, a veces es necesaria una escritura nueva para equilibrar la aportación de los vencidos, para matizar o cuestionar algunas atribuciones gloriosas, sabiendo que sólo se da a los ricos y a los fuertes. ¿No se ha adjudicado demasiado a Grecia, en particular en la esfera de las artes y las técnicas, en la que Oriente ya había esbozado los avances decisivos?

Cuando se trata de los hechos, encontraremos, no sin deleite, un Braudel que se cuestiona sobre su alcance, sobre la realidad de su influencia en la evolución de los grandes conjuntos geopolíticos, sobre el sentido que hay que dar a determinadas derrotas —la visión de los vencidos— sobrevaloradas por los historiadores. Somos sensibles a su concepción de bloques estables que resisten a las pruebas a pesar de la espuma de las tensiones periódicas: es la filosofía braudeliana de la historia, en la que el peso de las masas tiene relación directa con la trayectoria del tiempo, con el contrapunto de la sólida convicción, desde la Prehistoria, de una «humanidad ya mestiza, mezclada».

El profesor no está muy lejos, agazapado tras el sabio fuerte en sus convicciones, cuando, como si fuera un estudiante que se orienta mal en sus

primeros trabajos, fustiga a Alejandro, demasiado preocupado por Oriente (una falta imperdonable para un hombre acunado en la cuenca occidental) o cuando amonesta a Roma por perderse más allá de los confines mediterráneos.

Finalmente, y no es el mérito menor de la obra, estamos frente al escritor Braudel, narrador mágico que sabe jugar con el documento, plantearle las preguntas que dan en el blanco, revivir el detalle dándole una dimensión insospechada, relacionar situaciones en apariencia dispersas, hilvanar elementos heterogéneos y, más todavía, tomar impulso en anacronismos impactantes.

En este sentido, este libro es tonificante. No es el fruto de una pasión ajena al mundo prehistórico y antiguo sino el de un eterno enamorado del Mediterráneo que desvela para nosotros sus primeros balbuceos enriquecidos con una sabiduría enciclopédica. Son páginas que, a través de las pinturas, los megalitos, las pirámides, los templos griegos o las basílicas que se recortan sobre una luz azulada, nos devuelven la imagen de un pasado eternamente presente.

JEAN GUILIANE
PIERRE ROUILLARD

## Advertencia

Como quizá sepa el lector, soy un especialista en el Mediterráneo del siglo XVI. Por curiosidad, y también por necesidad, he investigado todo su pasado, he leído prácticamente todo lo que he encontrado válido sobre el mar antiguo o moderno. Pese a todo, mis investigaciones personales sólo abarcan realmente el periodo 1450-1650.

¿Y entonces, por qué acepté imprudentemente la petición de Albert Skira de escribir, en una colección sobre el pasado del Mediterráneo, el primer volumen, ajeno sin duda alguna a los límites habituales de mis investigaciones?

Distanciarse sin salir realmente de casa es una tentación, una alegría que lleva aparejadas el placer del viaje. Quizá me haya abandonado a ellas, una vez más, pecando de curioso, y también porque siempre pensé que sólo hay historia realmente comprensible cuando abarca ampliamente a través de todo el tiempo de los hombres. Quizá porque es justo confrontar las ideas y explicaciones propias con paisajes históricos desacostumbrados. La presente obra, destinada a un público cultivado, me ofrecía la ocasión de realizar, por mi cuenta y riesgo, un viaje fantástico a través de la larga duración. No he desperdiciado la oportunidad.

Por otra parte, he seguido con inmenso placer los descubrimientos, las hipótesis, los animados debates de una arqueología y de una historia de la Antigüedad totalmente renovadas desde hace medio siglo —no sin la sensación de volver de forma natural y con bastante frecuencia a los tiempos históricos y a los problemas que conozco por haberles consagrado toda mi vida. Porque hay una continuidad que se reitera sin repetirse, a través del largo y brillante pasado del Mediterráneo.

F. B. 28 de julio de 1969

# Primera parte

## *Capítulo primero. Ver el mar*

En el inmenso pasado del Mediterráneo, el testimonio más hermoso es el del mismo mar. Digámoslo, una y otra vez. Mirémoslo, una y otra vez. Por supuesto, no puede explicarlo todo en un pasado complicado, construido por los hombres con más o menos lógica, capricho o aberración, pero devuelve pacientemente a su sitio las experiencias del pasado, les restituye el hálito de la vida, las coloca bajo un cielo, en un paisaje que podemos ver con nuestros propios ojos, similares a los de antaño. Un momento de atención o de ilusión, y todo parece revivir.

### Una línea remota en el globo terráqueo

¿Debemos, pues, devolverle su edad, tan provecta, al mar vivo, eternamente joven para nuestros ojos, «siempre listo para servir»? ¡Qué importa, pensará el viajero, qué importa que el Mediterráneo, fractura insignificante de la corteza terrestre, que el avión cruza con altanera velocidad (una hora de Marsella a Argel, un cuarto de hora de Palermo a Túnez y el resto por el estilo), sea una línea arcaica de la geología del globo! ¡Qué importa que el mar Interior sea prodigiosa mente más viejo que la más vieja de las historias humanas que haya acogido! Y sin embargo, el mar sólo es comprensible desde la amplia perspectiva de su historia geológica, le debe su forma, su arquitectura, las realidades básicas de su vida, la de ayer como la de hoy o la de mañana. Así pues, ¡manos a la obra!

Desde la era primaria, a millones y millones de años del tiempo presente, a una distancia cronológica que desafía a la imaginación, un amplio anillo marítimo (el *Tetis* de los geólogos) va desde las Antillas al Pacífico. Corta en dos, en el sentido de los paralelos, lo que será más tarde el cuerpo del Viejo Mundo. El Mediterráneo actual es la masa residual de las aguas del Tetis, que se remonta prácticamente a los orígenes del globo.

A expensas de este antiquísimo Mediterráneo, mucho más extenso que el actual, se crearon los pliegues violentos y constantes de la era terciaria. Todas

estas montañas, de la cordillera Bética al Rif, el Atlas, los Alpes, los Apeninos, los Balcanes, el Tauro, el Cáucaso, surgieron del mar antiguo. Rebañaron su espacio, se adueñaron de los sedimentos depositados en el inmenso lecho del mar —sus arenas, sus arcillas, sus greses, sus calizas, a menudo de un grosor prodigioso, incluso sus rocas profundas primitivas. Las montañas que encierran, estrangulan, atrincheran, compartimentan la larga orilla marina, son la carne y los huesos del Tetis ancestral. El agua del mar dejó aquí y allá huellas de su lento trabajo: cerca del Cairo, las calizas sedimentarias «de un grano tan fino y de un blanco lechoso que permiten al cincel del escultor dar la sensación de volumen trabajando con profundidades de sólo unos milímetros», las grandes placas de caliza coralífera con las que se levantaron los templos megalíticos de Malta, la piedra de Segovia, que hay que mojar para trabajarla con mayor facilidad, las calizas de Latomía, las enormes canteras de Siracusa, las piedras de Istría en Venecia, y tantas otras rocas de Grecia, de Sicilia o de Italia: todas ellas nacieron del mar.

**Volcanes y temblores de tierra**

Finalmente, al no colmarse la totalidad de las fosas mediterráneas, queda del mar un surco poderosamente deprimido, que parece a veces excavado con troquel, con profundidades comparables a los desniveles de las montañas mediterráneas más orgullosas, cuando no mayores. Una fosa de 4.600 m que se hunde cerca del cabo Matapán es capaz de contener sin problemas la mayor cima de Grecia, los 2.985 m del monte Olimpo. Marinos o terrestres, estos relieves no están totalmente consolidados. Existe por todas partes un reticulado de largas fallas, algunas de las cuales llegan hasta el mar Rojo. Precisamente una grieta, doble por lo menos, abre la ruta estrecha de las Columnas de Hércules, entre el Mediterráneo y el Océano.

Así, es inevitable una geología atormentada, una orogenia que no se ha asentado hasta ahora, temblores de tierra frecuentes, a menudo mortíferos, fuentes termales (en Toscana, ya conocidas por los etruscos), tierras volcánicas muy extendidas, volcanes antiguos o en actividad, o al menos capaces de despertar. Los Cíclopes, fabricantes de rayos, manejando sus enormes fuelles de piel de toro, fueron antaño los herreros fabulosos del Etna, mucho antes de que Empédocles, el filósofo, se arrojara a su cráter —que sólo devolvió, dicen, una de sus sandalias. «¡Cuántas veces —exclama Virgilio— hemos visto al Etna burbujeante desbordarse..., derramar globos de fuego y rocas en fusión!» En cuanto al Vesubio, acabó limpiamente con Pompeya y Herculano, en el 79 después de Cristo, y le hemos visto antes de 1943 desafiar a Nápoles con su penacho de humo. En el centro del archipiélago de Lípari, entre Sicilia e Italia, el Stromboli está de servicio todas las noches: ilumina con sus proyecciones incandescentes el mar que le rodea. Terremotos y erupciones marcaron sin tregua el pasado y amenazan el presente de los países mediterráneos. Una de las pinturas murales más antiguas (murales, no rupestres), en un templo de Çatal Höyük, en Anatolia

(hacia el 6200 a. C.) representa una erupción volcánica, quizá del cercano Hasan Dag.

Tendremos ocasión de hablar de las convulsiones «plutónicas» del suelo de la antigua Creta minoica, y en particular de la fantástica explosión de la isla cercana de Thera (actualmente Santorín), hacia 1470-1450 a. C. La mitad de la isla estalló, provocando un enorme maremoto y lluvias apocalípticas de cenizas. Actualmente, la isla extraña de Santorín es un semicráter que apenas emerge del agua. Si creemos al arqueólogo Claude A. Schaeffer, los terremotos y los movimientos sísmicos también desempeñaron un papel importante en la destrucción brutal e inesperada de todas las ciudades hititas de Asia Menor, a comienzos del siglo XII a. C; en ese caso, la naturaleza, que no los hombres, sería responsable de un cataclismo todavía enigmático para los historiadores.

**Las montañas omnipresentes**

El espacio mediterráneo está devorado por las montañas. Ahí están, llegando a la orilla, abusivas, apiñadas unas contra otras, esqueleto y telón de fondo inevitable de los paisajes. Dificultan la circulación, torturan las carreteras, limitan el espacio reservado a las alegres campiñas, a las ciudades, al trigo, a la vid, incluso al olivo, pues la altitud, tarde o temprano, puede con la actividad de los hombres. Tanto como al mar liberador, pero durante mucho tiempo cargado de peligros y poco o nada utilizado, los hombres del Mediterráneo se han visto abocados a la montaña, donde en general (las excepciones confirman la regla) sólo puede desarrollarse, y mantenerse, Dios sabe como, una vida primitiva. El Mediterráneo de las llanuras, a falta de sitio, se reduce en general a escasas bandas, a unos puñados de tierra cultivada. Más allá, comienzan los senderos escarpados, duros con el paso de los hombres y de los animales.

Es más, el llano, sobre todo cuando alcanza dimensiones importantes, será a menudo el territorio de las aguas sin control. Habrá que arrebatárselo a la marisma hostil. La fortuna de los etruscos se debió, en parte, al arte de sanear las tierras bajas semiinundadas. Evidentemente, cuanto más extensa es la llanura más difícil es el trabajo, más ingrato, más tardío. La desmesurada llanura del Po, donde se precipitan los ríos salvajes que bajan de los Alpes y de los Apeninos, fue tierra de nadie durante casi toda la época prehistórica. El hombre sólo se instalará allí a partir de las ciudades palustres de las Terramaras, hacia el siglo XV antes de Cristo.

En general, la vida brota más espontáneamente en las tierras altas, inmediatamente aprovechables, que al nivel del mar Mediterráneo. Las llanuras sometidas, sólo accesibles al hombre inmerso en sociedades obedientes, nacen del trabajo colectivo y de su eficacia. Son la otra cara de las tierras altas, encaramadas, pobres, libres, con las que establecer un diálogo necesario, aunque temeroso. La llanura se siente, se considera superior; come hasta hartarse, alimentos escogidos; no obstante, no deja de ser una presa, con sus ciudades, sus riquezas, sus tierras feraces, sus caminos abiertos. Telémaco mira con

condescendencia a los montañeses del Peloponeso, comedores de bellotas. Lógicamente, Campania o Apulia viven aterrorizadas por los campesinos de los Abrazos, pastores que se abalanzan con sus rebaños sobre las cálidas llanuras al empezar el invierno. A fin de cuentas, los hombres de Campania prefieren el bárbaro romano al bárbaro de las alturas. El servicio que Roma presta a la Italia del Sur, en el siglo III, es reducir a la obediencia y al orden el macizo salvaje y temible de los Abrazos.

El drama de las incursiones montañesas es moneda corriente y podemos encontrarlo en cualquier época, en cualquier región del mar. La vida enfrenta machaconamente a los hombres de las alturas, comedores de bellotas o de castañas, cazadores de animales salvajes, vendedores de pieles, de cuero, de cabezas de ganado, siempre dispuestos a emprender la marcha y emigrar, con las gentes del llano, apegadas a la tierra, sometidos los unos, soberbios los otros, amos de las tierras, de los resortes del poder, de los ejércitos, de las ciudades, de los barcos que recorren los mares. Es el diálogo, aún presente en nuestros días, entre la nieve y el frío de las alturas austeras y las tierras bajas donde florecen los naranjos y las civilizaciones.

En realidad, mucho cambia la cosa de la azotea a la planta baja. Aquí, progresar, allá tratar de vivir. Incluso las cosechas, a unas horas de marcha, no se rigen por el mismo calendario. El trigo, que se esfuerza por subir todo lo que puede, madura dos meses más tarde en las tierras altas que al nivel del mar, así que los accidentes meteorológicos no pueden tener el mismo significado para las cosechas en función de la altitud. Una lluvia tardía en abril o en mayo es una bendición en la montaña y una catástrofe en el llano, donde el trigo casi maduro podría enmohecerse y pudrirse. Estas observaciones son tan válidas para la Creta minoica como para la Siria del siglo XVII después de Cristo, o la Argelia de nuestros días.

**El Sahara y el Atlántico**

Como excepción a la regla, la montaña está ausente de una de las orillas del Mediterráneo, el larguísimo litoral curiosamente plano, casi ciego, que linda con el Sahara y se extiende sobre millares de kilómetros, desde el Sahel tunecino y la isla redonda de Yerba (la isla odiseica de los lotófagos) hasta el delta del Nilo y el agua dulce y embarrada que el gran río proyecta bastante lejos mar adentro —o hasta las montañas del Líbano que dan a las ciudades fenicias, hacinadas sobre sus islas o sus terrazas marinas, su aspecto típicamente, maravillosamente mediterráneo. Desde el avión, con la sencillez brutal que tienen los paisajes vistos desde arriba, la amplia extensión de agua marina y el Sahara, una contra otro, enfrentan sus inmensidades vacías, una azul, la otra blanca con reflejos amarillos, ocres o anaranjados.

En realidad, el desierto irrumpe brutalmente en la vida física y humana del mar. Humanamente, lanza cada verano, hacia las zonas costeras, sus nómadas devastadores, hombres, mujeres, niños, animales que se agrupan en campamentos

de tiendas negras entretejidas con pelo de cabra (o más adelante de camello). Son vecinos molestos, saqueadores ocasionales. Junto con la humanidad montañesa, que pende sobre las civilizaciones frágiles, los pueblos nómadas son otro peligro permanente. Toda civilización victoriosa cerca del mar Interior, se definirá obligatoriamente como una forma de utilizar y de contener al montañés o al nómada, de contemporizar con unos y con otros, de mantenerlos a ambos a distancia.

A pesar de su inmensidad, el desierto nunca absorbe totalmente a los pueblos que lo habitan, los expulsa regularmente hacia sus orillas, sus saheles. Tampoco atrae a demasiados hombres a lo largo de las pistas de caravanas que lo cruzan, como un lento navegar que se sumerge en las soledades pedregosas y arenosas de África y Asia, océano infinitamente más vasto que el mar Interior. No obstante, las líneas de caravanas han ido creando con el tiempo fantásticos enlaces con las tierras de los negros, con Senegal, Níger y sus buscadores de oro primitivos, con las grandes civilizaciones, con el mar Rojo, el golfo Pérsico, el océano índico, con las maravillas precoces de la cerámica, del metal, de las joyas, de los perfumes, con los remedios milagrosos, con las especias y las comidas extrañas.

El desierto también invade físicamente el mar Interior. Cada verano, el aire seco y ardiente del Sahara envuelve toda la extensión del mar, franqueando osadamente sus límites hacia el norte. Crea sobre el Mediterráneo «esos cielos de gloria», de una limpidez extraña, esas noches cargadas de estrellas que no se encuentran en ningún otro lugar con perfección equivalente. Los vientos dominantes del nordeste, de abril a septiembre, los *vientos etesios* de los griegos, no aportan ningún alivio, ninguna humedad real al horno sahariano. El cielo de verano sólo se vela cuando, por algunos días, se desencadenan el *jamsin* o el siroco, el *plumbeus Auster* de Horacio, denso como el plomo —esos vientos del sur cargados de arena, que a veces arrastran hasta muy lejos las lluvias de sangre que hace cavilar a los sabios y estremecerse a los simples.

Soportar seis meses de sequía a la espera de una gota de agua, es pedir mucho a las plantas, los animales, los hombres. El bosque, vegetación espontánea en las montañas del Mediterráneo, sólo sobrevivirá si el hombre no lo toca, si no abre carreteras, si no enciende demasiados fuegos que despejen el terreno de sus campos, si no instala en ellos a sus ovejas o sus cabras, si no corta demasiada madera para calentarse o para construir sus naves. Los bosques maltratados se degradan rápidamente, el monte bajo y la garriga, con sus múltiples rocallas, con sus plantas y arbustos aromáticos, son las formas decadentes de aquellos imperios vegetales, siempre admirados en el Mediterráneo como una riqueza rara. Cartago, que se resentía de ser africana, buscará en Cerdeña la madera para sus naves. En peor situación estaban Mesopotamia y Egipto.

El desierto sólo se borra cuando aparece el océano Atlántico. Desde octubre, casi nunca antes, frecuentemente después, las depresiones oceánicas, henchidas de humedad, comienzan sus viajes procesionales de oeste a este. Cuando una de ellas cruza el estrecho de Gibraltar, o pasa de un salto del golfo de Gascuña al golfo de León, corre hacia el este girando sobre sí misma, desata los vientos que, desde todas direcciones, caen sobre ella y la empujan más y más,

hacia Oriente. El mar se ensombrece, sus aguas adquieren las tonalidades gredosas del Báltico o, azotadas por los ciclones, desaparecen bajo un polvo de espuma. Y se desatan las tempestades. Y las lluvias, a veces la nieve, comienzan a caer: los ríos en seco desde hace meses se hinchan; hay días que las ciudades desaparecen bajo una cortina de agua torrencial y nubes bajas, como el cielo dramático de Toledo en los cuadros del Greco. Es la estación «de negras lluvias», *imbribus atris,* que roban la luz del sol. Las inundaciones son frecuentes, brutales, ocupando el llano en el Rosellón o en la Mitidja, en Toscana o en España, en los campos de Salónica, y a veces estos cursos absurdos de agua cruzan el desierto, inundan las calles de La Meca, transforman en torrentes de agua y lodo las pistas del norte sahariano. En Aín Sefra, al sur de Oran, Isabelle Eberhard, la exilada rusa embrujada por el desierto, perecía en 1904 arrastrada por una crecida insospechada del wadi.

Sin embargo, el invierno mediterráneo también es suave; la nieve es insólita en las tierras bajas; tiene sus días de claro sol, en los que a veces callan el mistral o el bóreas; incluso el mar tiene treguas momentáneas y los barcos de remo se pueden adentrar un instante en alta mar; finalmente, esta estación tempestuosa es también la época de las lluvias benéficas. Los campesinos de Aristófanes pueden alegrarse, charlar, beber, no hacer nada, mientras Zeus «fecunda la tierra» a chorros. Hace frío, apilemos la leña junto al fuego y bebamos, es el consejo de Alceo, el viejo poeta de la griega Mitilene. Siempre hay tiempo para algunas tareas invernales: moler los granos de trigo o tostarlos para que se conserven, cocer y reducir el vino dulce, tallar venablos, cortar en el bosque un tronco curvo de encina para hacerle una cama al arado, cazar con trampas a las aves que migran, trenzar un cesto, llevar la borrica hasta el mercado...

El trabajo de verdad no comienza hasta las últimas lluvias de la primavera, cuando vuelve la golondrina, que saluda la antiquísima canción de la isla de Rodas:

Golondrina, golondrina
que traes la primavera

(…..)

Golondrina de blanco vientre
Golondrina de negro lomo...

Pero es una primavera breve, que casi se agota en cuanto brotan los jacintos y los lirios del arenal, las flores microscópicas de los olivos. Empiezan entonces los lentos meses del verano, con su interminable labor. Y el calendario agrícola, muy cargado, no se interrumpirá hasta el otoño, hasta el momento, dice Hesíodo, en que «la voz de la grulla lanza desde lo alto de las nubes su llamada» que anuncia la siembra y «la llegada del invierno lluvioso».

## Al albur de cualquier imprevisto

Por supuesto, he simplificado el mecanismo climático del Mediterráneo. No es ese perfecto motor rústico de dos tiempo, sufre otras influencias. Diremos no obstante lo esencial si añadimos que este motor se puede averiar, la lluvia puede llegar demasiado pronto o demasiado tarde, ser demasiado abundante o insuficiente, «el invierno puede venir con aires de primavera», los vientos caprichosos pueden traer, en un momento inoportuno, la sequía o el exceso de agua o las heladas primaverales que queman la flor del trigo y los renuevos de la vid, o el golpe de siroco que seca el grano lechoso antes de que madure. Los campesinos del Mediterráneo siempre temieron estas sorpresas que pueden destruirlo todo en un instante, tan rápido como las «nubes pestíferas» de langosta, también frecuentes. En Cabilia, cada vez que «se abren las puertas del año [es decir, en los equinoccios y en los solsticios]», se dice que se anuncia una nueva estación, «con su fortuna: pan de cebada o hambruna».

¿La única salida real sería el regadío, solución que adoptaron las primeras civilizaciones a lo largo de los ríos, el Nilo, el Eufrates, el Indo? En principio, sí. Pero este regadío, por el motivo que fuere, tiene que ser imprescindible, porque es una solución de lujo que requiere enormes esfuerzos. Limitada en el espacio, sólo ha protegido a algunos países de los imprevistos.

## No olvidar los cursos de agua

El libro de Claudio Vita-Finzi, *The Mediterranean Valleys* (1969), recuerda oportunamente que los hechos más espectaculares —erupciones volcánicas, temblores de tierra, cambios climáticos— no son los únicos que ocupan el escenario en una geografía retrospectiva. Los cursos de agua tienen un papel, incluso los ríos, a menudo tan secos, que van a dar al Mediterráneo.

Su papel es doble: transportan agua, remolinos o limo, aportan el material de base de las vegas cultivables en las que el hombre trabajará con afán; instrumentos de erosión, luchan contra sus mismos valles, se abren un camino a través de sus propios aluviones y los desplazan de nuevo. Platón imagina que las aguas se llevaron «las partes grasas y muelles» de la tierra en Ática: «Sólo queda el caparazón desnudo.»

El mérito de C. Vita-Finzi es no haber diferenciado estas dos labores seculares, sino haber «historiado» sus fases, sugiriendo una historia casi humana de los cursos de agua que se suman al mar Interior. Historia apasionante, difícil, pues el agua que corre se mezcla con todos los fenómenos de la naturaleza y, más de lo que podríamos imaginar, con el destino particular de los hombres.

Con el Paleolítico se inicia un largo periodo de sedimentación al que se suman antiguas capas de aluvión, tierras fuertemente enrojecidas por el óxido de hierro: se trata del periodo por excelencia en el que, del 30000 al 10000 antes de Cristo, el Nilo, mucho más abundante que en la época faraónica, acumulará sus masas limosas más considerables. El Neolítico, primer periodo de la agricultura,

coincide desgraciadamente con una erosión destructora de las tierras cultivables. Es un fenómeno que se extiende hasta el Imperio Romano, que se resolverá de alguna forma multiplicando en África del Norte, desde Cirenaica a Marruecos, los diques, las presas, las terrazas. Detenida, entorpecida su marcha un instante, la erosión se reanuda al final del Imperio; el agua rompe entonces los diques y presas. Y se lleva la tierra vegetal. La Edad Media, en el Mediterráneo y lejos de él, será más favorable, los cursos de agua se hinchan, vuelven a ser fuentes de acumulación de limo. Para los geógrafos árabes de los siglos XI, XII y XIII, el Chelif, con sus inundaciones regulares, o el Sous, se pueden comparar al Nilo. Estas exageraciones pueden hacernos sonreír, pero los ríos de ahora ya no son los de antaño. Hacia el siglo XVI se invierte la tendencia. La erosión vuelve por sus fueros, los cursos de agua se hunden en sus antiguos aluviones (a veces de un grosor de unos cuarenta metros) y arrojan al mar arenas y limos; los deltas se agrandan, pero sus tierras fértiles no son fáciles de retener. Contra esta erosión generalizada de los suelos, que se prolonga hasta nuestros días, no parece haber esperanzas de remedio eficaz.

La alternancia de la sedimentación y de la erosión se explica por los cambios en el nivel del mar, las variaciones del clima (más agua significa mayor fuerza de la erosión), la acción del hombre que interviene en la composición de la capa vegetal y modifica las condiciones de la escorrentía: desde el Paleolítico, a causa de los incendios forestales que provoca (5.000 m3 de cenizas en una excavación argelina del periodo capsiense); a partir del Neolítico a causa de su agricultura sobre tierra quemada y de sus rebaños.

Se abren así nuevas perspectivas. Obligan a revisar las explicaciones antiguas. Si la Campagna romana queda despoblada y se deteriora, hacia el siglo IV después de Cristo, se debe tanto a los hombres negligentes como a la mayor escorrentía, que arroja sobre las regiones bajas la grava y el agua insalubre. Cuando la malaria se asienta con virulencia hacia el siglo XVI, es porque el agua ocupa las tierras bajas, las anega, sin liberarlas después, obligando al hombre a luchar contra ella metro a metro o a huir.

Todas estas razones pueden explicar además la estabilidad y el valor excepcional en el Mediterráneo de los cultivos en terrazas, por encima del agua de los valles, trepando por las colinas en las que muy pronto se agrupan el trigo, el olivo, la vid, la higuera...

## Facilidades limitadas

Resumamos: tendemos demasiado a creer en la suavidad, la facilidad espontánea de la vida mediterránea. Es dejarse engañar por el encanto del paisaje. La tierra cultivable es escasa, las montañas áridas o poco fértiles son omnipresentes («muchos huesos y poca carne», decía un geógrafo); el agua de las lluvias está mal repartida: abunda cuando la vegetación descansa en invierno, desaparece cuando más la necesitan las plantas nacientes. El trigo, como otras plantas anuales, tiene que darse prisa en madurar. El clima tampoco facilita la

faena de los hombres: todos los trabajos se hacen en los periodos de más calor, para obtener cosechas más bien escasas. «Siembra desnudo, ara desnudo, cosecha desnudo», es decir, en el momento en que hace demasiado calor para vestirse, es el consejo de Hesíodo. *Nudus ara, sere nudus*, repite Virgilio. Y si falta grano al cabo del año —añade—, «entonces sacude los robles del bosque para calmar el hambre...»

Hay que añadir que el agua del mar, siempre tibia, cerca de los 13°C en su enorme masa (lo que suaviza el clima en invierno), es biológicamente muy pobre. El naturalista que conoce el Atlántico y «ve subir en el Mediterráneo la nasa o el copo» queda estupefacto de no encontrar «el hormigueo de vida que caracteriza los ricos fondos oceánicos»; pocos moluscos, pocos peces, generalmente de pequeño tamaño. Sin duda hay pesquerías renombradas, como la laguna de Comacchio, el lago de Bizerta, el río marino del Bósforo y, en el Helesponto, «los pasos de Abidos, ricos en ostras»; todos los años se pueden rastrear bancos de atunes frente a las costas de Sicilia, de África del Norte, de Provenza, de Andalucía... Precaria provisión, entre unas cosas y otras: los *frutti di mare* son exquisitos, pero están contados. Mil razones explican este desastre: las costas escarpadas desprovistas de bajíos —y los bajíos garantizan la vida de los alevines—; la pobreza del plancton vegetal y animal, tan catastrófica como en el mar de los Sargazos, donde las aguas superficiales tienen por ello las mismas transparencias azuladas que el Mediterráneo; finalmente, el interminable pasado tan complicado del mar, responsable de frecuentes variaciones brutales de la salinidad y de la temperatura, que fueron diezmando las faunas locales unas tras otras.

Su angosta comunicación con el océano es lo que salva al Mediterráneo. Imaginemos que un dique cierre el estrecho de Gibraltar: el Mediterráneo se transformaría en un lago salobre del que desaparecería toda la vida. Por el contrario, si se abriera al Atlántico más de lo que está, reviviría, animado por el vaivén de las mareas, invadido por el pulular de las faunas oceánicas; el agua de la superficie se enturbiaría, la tibieza excepcional de los inviernos desaparecería. ¿Y entonces? Nos resignaremos a comer en el Mediterráneo el pescado congelado del océano, donde arriba con regularidad. Y en Venecia, degustaremos el privilegio de una *orata ai ferri* que no venga de la laguna, sino de las aguas libres del Adriático, de los hermosos pesqueros de velas pintadas de Chioggia.

¿Y la riqueza misma del mar?, podríamos decir mientras desfilan todas las imágenes de un Mediterráneo, sembrado de islas, de costas recortadas por innumerables calas, cuna de marinos, invitación a los viajes y a los intercambios... Y es que el mar no siempre ha sido este «vínculo natural» entre las tierras y los hombres tan mentado. Fue necesario un larguísimo aprendizaje. Casi tan desnudo frente al mar como lo hemos estado nosotros, durante tanto tiempo, frente al espacio aéreo, el hombre primitivo no se aventuró sobre las olas del Mediterráneo hasta los milenios XII y XI (probablemente) o VI y V (con seguridad) —lo que no deja de ser un récord maravilloso. Pero empezar un aprendizaje no es garantía de destreza inmediata. Hasta el tercer milenio (o más) no se convierte la marina en una verdadera herramienta, hasta el segundo milenio no resultan eficaces los

intercambios, hasta el primer milenio no se afianza la navegación más allá de Gibraltar, por las rutas sin fin del mar Tenebroso.

Así pues, las «navegaciones salvajes», temprano empeño, no se convierten en navegaciones civilizadas, regulares, cuando no seguras, hasta muy tarde. Incluso algunos de estos enlaces marítimos relativamente densos sólo comunican determinadas riberas, determinadas ciudades. Primero cruzan los espacios marinos estrechos, abarcando como mucho uno de los mares privados en los que se divide el Mediterráneo, que son otras tantas economías semicerradas. «Quien dobla el cabo Maleas —dice un proverbio griego— debe olvidar su patria.»

**El umbral de Sicilia**

Así pues, el universo mediterráneo estuvo dividido durante mucho tiempo en espacios autónomos, no demasiado unidos entre sí. El mundo actual está mucho más unido en sus diversas partes que el Mediterráneo de tiempos de Pericles. Es una verdad que nunca hay que perder de vista, ni siquiera en los tiempos aparentemente tranquilos y monocromos del dominio romano. Lo plural siempre se impone a lo singular: hay diez, veinte, cien Mediterráneos y cada uno está subdividido a su vez. Vivir un instante de la vida real de los pescadores de ayer y de hoy es aprender que todo cambia de un punto de la costa a otro, de un fondo a otro, de un banco de arena a un lecho rocoso. En tierra, siempre escuchamos la misma canción: estamos en el Mediterráneo, por supuesto; el clima de Cádiz recuerda al de Beirut, las costas provenzales se asemejan a las del sur de Crimea, podríamos encontrar en Sicilia la vegetación del monte de los Olivos, cerca de Jerusalén. Así es, pero la forma de trabajar la tierra no es la misma, ni tampoco las herramientas, ni la forma de rodrigonar y emparrar la vid, ni los vinos son los mismos, ni los olivos, ni tampoco las higueras o los laureles, ni las casas, ni los vestidos. Quien no haya visto Ragusa en febrero, por San Blas, transformada por la música y la danza, invadida por las mujeres y los hombres de la montaña, no podrá comprender la dualidad fundamental de las tierras dálmatas. La geografía apenas se limita a esbozar estas diferencias; el pasado, fabricante encarnizado de particularismos, lo ha acentuado todo, dejando aquí y allá sus colores deleitosos.

Además, grandes contrastes rompen la imagen única del mar: el Norte no es, no puede ser el Sur; como tampoco el Oeste es el Este. El Mediterráneo se alarga demasiado siguiendo los paralelos y el umbral de Sicilia lo rompe en dos en lugar de unir sus fragmentos.

De la costa meridional de Sicilia a las costas de África, el mar Interior sólo ofrece fondos poco importantes; parece que se está alzando; un pequeño esfuerzo y un dique lo cerraría de norte a sur. Estas escasas profundidades marinas forman una línea de islas que va desde Sicilia hasta las costas de coral y esponjas de Túnez: Malta, Gozo, Pantelaria, Lampedusa, Zembra, las Kerkenna, Yerba... Conservo el recuerdo de viajes aéreos entre Túnez y Sicilia, entre Grecia e Italia. El hidroavión volaba bajo en aquellos tiempos: se distinguía hasta la línea de las

salinas de Trapani, al oeste de Sicilia, hasta la sombra de las barcas en el fondo del mar junto a la costa, hasta las venas de agua más azul que revelan las corrientes superficiales; ¡se veía, oh milagro, en el mismo instante, Corfú y el golfo de Tárente! En este mapa aéreo fantástico, formado de recuerdos que se van acumulando, se me aparece siempre la bisagra de los dos Mediterráneos. La Historia con mayúsculas siempre tuvo predilección por ella. ¿Podría ser de otra forma? Norte contra Sur, es Roma contra Cartago; Este contra Oeste es Oriente contra Occidente, el Islam al asalto de la Cristiandad. Si las batallas de antaño se aparecieran, de golpe, todas juntas, una inmensa línea de combate se desplegaría desde Corfú a Actium, a Lepanto, a Malta, a Zama, a Yerba. La historia demuestra que, nueve de cada diez veces, las dos cuencas del mar Interior —Este y Oeste, Levante y Poniente— tienen tendencia a replegarse sobre ellas mismas, aunque intercambien si llega el caso barcos, mercancías, hombres e incluso creencias. El mar acabó obligándolas a vivir juntas, pero son hermanas enemigas, opuestas en todo. El cielo mismo y los colores difieren a uno y otro lado del umbral de Sicilia: el Este es más claro; en el mar más violeta que azul, negro como vino, decía Homero, las Cicladas son manchas de un naranja luminoso, Rodas una masa negra, Chipre un bloque de azul intenso. Así las vi, una tarde, volando desde Atenas a Beirut. Podemos criticar el progreso, pero para ver el Mediterráneo aconsejaremos empezar por un viaje aéreo en un día claro, sobre un avión que, no muy lejos de la tierra y del mar, viaje sin demasiada prisa...

### El Mediterráneo en el corazón del Viejo Mundo

Por muy amplio que sea el Mediterráneo, medido a la escala de las velocidades de antaño, nunca se encerró en su propia historia. Rápidamente franqueó sus límites: al Oeste, hacia el océano Atlántico; al Este, a través de Oriente Próximo que será su objeto de fascinación durante siglos; al Sur hacia las marcas desérticas, mucho más allá de los límites de los palmerales compactos; al Norte, hacia las interminables estepas eurasiáticas que llegan hasta el mar Negro; mucho más al Norte, hacia la Europa forestal que se despierta lentamente, muy lejos de los límites tradicionales y casi sacrosantos del olivo. Cuando dejamos atrás el último olivo, la vida y la historia del Mediterráneo no se detienen para dar gusto al geógrafo, al botánico o al historiador.

En realidad el rasgo principal del destino de este *Mare Internum* es estar inmerso en el más amplio conjunto de tierras emergidas que pueda haber en el mundo: el grandioso, el «gigantesco continente unitario», euroafroasiático, como un planeta por el que todo circuló precozmente. Los hombres han encontrado en estos tres continentes soldados el gran escenario de su historia universal, en el que se desarrollaron sus intercambios decisivos.

Y como la masa humana que va rodando interminablemente hasta el mar Interior se detiene regularmente en sus orillas, no es de extrañar que el Mediterráneo haya sido tan pronto uno de los centros vivos del universo, y que se haya proyectado a su vez a través de estos continentes macizos, que son para él

una caja de resonancia. La historia del Mediterráneo está a la escucha de la historia universal, pero su propia música se deja oír a lo lejos. Estos flujos y reflujos son lo esencial de un pasado bajo el doble signo del movimiento: está lo que el Mediterráneo da, y está lo que recibe; los «regalos» intercambiados pueden ser tanto calamidades como favores. Todo está entreverado y la brillante aparición de las primeras civilizaciones, en el Mediterráneo, es el resultado, ahora lo veremos, de una confluencia.

## *Capítulo II. La larga marcha hasta la civilización*

Orientarse a través del espacio familiar del Mediterráneo exige poco esfuerzo. Si cerramos los ojos, se agolpan los recuerdos: estamos en Venecia, en Provenza, en Sicilia, en Malta, en Estambul. Orientarse a través de la totalidad del tiempo vivido por este mismo Mediterráneo representa una dificultad bien distinta. En busca del tiempo perdido, hay que desenredar a contrapelo un hilo interminable que, a medida que nos lleva hacia el pasado remoto, se hace cada vez más inasible.

¿Debemos interrumpir nuestro viaje en el umbral del tercer milenio? En ese momento acaban de aparecer, en Oriente Próximo, las primeras civilizaciones, ya densas, con sus campos, sus animales domésticos, sus aldeas agrupadas, sus ciudades, sus dioses, sus príncipes, sus sacerdotes, sus escribas, sus barcos, su comercio... Nos encontraríamos sin sorpresa con civilizaciones clásicas, que siguen marcando, aún en nuestros días, el comienzo de cualquier educación histórica. En Egipto, en Mesopotamia, casi estamos en casa, pero ¿no será una ilusión reconocerles el valor de punto de partida?

Sin duda se trata de un giro radical. La gran cesura no está entre antes y después de la caída de Roma, como pensaban los historiadores ilustres del pasado, Fustel de Coulanges, Ferdinand Lot, Henri Pirenne, sino antes y después de la agricultura y la escritura. Ésta es la gran línea que abre en dos las aguas del mundo: «Prehistoria» por un lado, «historia» por el otro, en el sentido *tradicional* y demasiado estrecho del término. Sí, pero, al contrario de lo que se pensaba antes, agricultura e historia están lejos de aparecer en el mismo momento.

Sabemos desde los últimos descubrimientos arqueológicos que la primera agricultura, la primera domesticación de animales salvajes, la primera toma de conciencia del hombre frente a su destino, los primeros artesanos de la cerámica y del cobre, las primeras ciudades, los primeros intercambios marítimos no empiezan ni en Sumer, ni con Menes Narmer, el legendario primer faraón de Egipto, sino dos, tres o cuatro milenios antes, en Asia Menor, en Palestina, en Irak. ¿Nos seguiremos atreviendo a decir *La historia comienza en Sumer*, título de un libro, hermoso por otra parte, publicado en 1958? Sumer no surgió de la nada.

Y como empezamos a saber un poco mejor lo que ocurrió siglos y milenios antes de Sumer, el deseo de echar un vistazo se vuelve imperioso.

## 1. Primeras herramientas, primeros hombres: El Paleolítico inferior

Seguiremos pues los consejos de Alfred Weber, sociólogo al que tanto atormentaba el conocimiento de la historia. Desde 1935, afirmaba la necesidad, para saber con exactitud qué es y de dónde viene el hombre, de partir francamente de la Prehistoria, tomada en su conjunto. No obstante, reconocemos las dificultades del viaje. En el mundo sin fin que precede a la escritura, no hay ningún Herodoto que nos hable del Egipto de su tiempo, no hay textos jeroglíficos o cuneiformes que el erudito pueda descifrar para nosotros. Cuando los hombres hablan y transcriben sus palabras, existe una posibilidad de comprenderlos. Sin ningún documento escrito, ¿cómo imaginar su vida, sus leyendas, sus religiones?

El único recurso real, como sabemos, es la arqueología, ciencia independiente que se complica más todavía cuando se trata de arqueología prehistórica, pues el adjetivo añade una ciencia a otra, va sumando las incertidumbres. C. W. Ceram, vulgarizador de talento, ve en los arqueólogos unos detectives que no buscan cadáveres ni criminales, sino esqueletos, fragmentos de cerámica, vestigios de útiles. Detectives que nunca descubren totalmente la verdad, pero reconstruyen con paciencia los fragmentos, elaboran explicaciones de conjunto cuando les da por generalizar, lo que siempre es peligroso. Nuevas excavaciones pueden derribar de un soplo un edificio muy razonable.

Toda excavación presenta una sucesión de niveles arqueológicos de épocas diferentes, cada uno con sus vestigios humanos. Lo ideal es prolongar la excavación hasta el suelo virgen, hasta la primera ocupación del lugar. En Creta, en Cnosos, la distancia entre el séptimo milenio —comienzo del Neolítico y, al parecer, de la ocupación humana de la isla— y la época actual es de quince metros. Toda excavación propone pues una cronología: esto es anterior a aquello, y así en lo sucesivo. Lo difícil, evidentemente, es conectar esta cronología particular con otras excavaciones, alcanzar la inasible cronología absoluta, preocupación de todos los arqueólogos.

Para ello existen varios métodos, el más sensacional de los cuales es la datación por carbono 14, inventada por el químico norteamericano William F. Libby en 1946: permite remontarse a más de 60.000 años desde la época actual. Los vegetales, los animales, los hombres, han incorporado en el transcurso de su existencia una cantidad determinada de carbono radioactivo y sus restos pierden progresivamente la radioactividad. Esta pérdida cuantificable es como un reloj retrospectivo, con sus errores posibles, sus aberraciones que a menudo saltan a la vista y sus asombrosas respuestas, que se establecen mejor en la medida en que se cruzan con otras. El problema es que estas dataciones no se han realizado en todas

las excavaciones y los resultados de las que se están realizando tardan en publicarse. La actualidad arqueológica está por lo tanto en cambio constante. ¿No está acaso Sherlock Holmes obligado a menudo a renunciar a todas sus hipótesis y a partir de cero?

### El hombre y los orígenes mismos de la vida en la Tierra

Desde sus inicios, el hombre se extendió por toda la superficie del Viejo Mundo. El destino inicial del Mediterráneo se confunde básicamente con la historia del hombre a través de este enorme espacio, desde sus orígenes más remotos. Una historia lenta, muy lenta, cuyas etapas cronológicas ya no se miden por milenios —sería irrisorio— sino por decenas o centenares de milenios. Estas dimensiones de un tiempo inhumano, fabuloso, son poco comprensibles a primera vista.

Probablemente existan «tres niveles en la evolución del hombre a partir de sus antepasados subhomínidos: el nivel australopiteco, el nivel pitecántropo y el nivel homínido». Y el pitecántropo, repartido por todo el Viejo Mundo, se denomina a menudo *homo erectus*: es como si remontáramos hasta él la aparición del hombre. ¿En nombre de qué criterio? ¿Dónde empieza el hombre? Se ha dicho durante mucho tiempo que con la posesión de la herramienta. Ahora bien, el australopiteco (que se extiende por África) ya sabía fabricar herramientas con guijarros y utilizarlos hace quizá tres millones de años. Esto nos lleva a comienzos del cuaternario. Antes, los homínidos del Mioceno y del Plioceno, antepasados de los australopitecos, ocupan su lugar en una cadena de primates y, como estos seres a su vez se asimilan a otras especies, el hombre, en esta evolución sin fin, no es más que un accidente, infinitamente precioso, es verdad, por sus consecuencias, pero tardío, minúsculo a la escala de la vida en nuestro planeta. Un prehistoriador nos da esta imagen simple: imaginemos toda la evolución biológica de los seres terrestres encerrada en el ciclo de un solo año solar: la vida aparecería sobre la Tierra el 1 de enero, las primeras formas de prehomínidos se situarían el 31 de diciembre hacia las 17 h 30 de la tarde; el hombre de Neandertal aparecería hacia las 23 h 40; toda la vida del *homo sapiens*, desde la edad de piedra hasta nuestros días, cabría en los minutos restantes.

### Un pasado oscuro de divisiones cronológicas muy desiguales

El hombre sólo nos interesa aquí ya embarcado en su destino de hombre, convertido al caminar bípedo del *homo erectus*, es decir, con libre disposición de sus manos, luchando gracias a su inteligencia y a sus útiles contra las hostilidades combinadas del medio natural. Sus herramientas, obtenidas a partir de guijarros brutos, mediante talla o rebaje, mucho más adelante pulimentadas, son casi el

único medio para nosotros de seguir los avances de un lento progreso técnico, con sus etapas identificables, muy separadas unas de otras.

Estamos ante el inmenso horizonte de un millón de años por lo menos[2]. ¿Cómo situarse en este tiempo desmesurado? En la historia tradicional existe una Antigüedad, una Edad Media, unos tiempos modernos. Esta división tripartita se encuentra también en la Prehistoria: el Paleolítico (piedra antigua), el Mesolítico (piedra media), el Neolítico (piedra nueva). Sin embargo, estas tres edades tienen una longitud fabulosamente desigual. El Paleolítico va, más o menos, de un millón de años por lo menos[3] a 10.000 u 8.000 antes de nuestra era. En los cuatro o cinco milenios siguientes se suceden, de acuerdo con una cronología que cambia considerablemente de una región a otra, las etapas decisivas del Mesolítico y del Neolítico, hasta la edad de Bronce que es también, más o menos, la de la escritura. Esta desproporción en las duraciones es fundamental. El Paleolítico despliega sin cesar sus tiempos muertos, o al menos durmientes: le corresponde el 99 por ciento de la vida de los hombres.

Se ha tomado la costumbre, lógicamente, de diferenciar periodos en este interminable Paleolítico: antiguo, medio, superior. También en este caso, la diferencia en las duraciones es increíble: redondeando las cifras, un millón de años en el inferior, 40.000[4] en el medio, menos de 30.000 en el superior. Así se hace claramente patente la aparición tardía del progreso. Al principio, sólo la monotonía del vacío rige la lentísima evolución de las especies; luego el ritmo se anima, se puebla de avances, casi de acontecimientos, a partir sobre todo de la importante aparición del hombre de Neandertal, hacia el 100.000, luego del *homo sapiens*, quizá tan antiguo como él, pero muy extendido hacia el 30.000.

La herramienta misma y sus perfeccionamientos sucesivos nos aportan las distinciones cronológicas habituales. A este respecto, debemos acostúmbranos a una terminología extraña para el profano, sin una lógica preestablecida, pues estas diferencias en las herramientas se bautizaron con el nombre de las excavaciones en las que se hicieron los primeros descubrimientos característicos. Dado que Francia, por sus yacimientos, como también por sus prehistoriadores, desempeñó un papel pionero en la construcción de la ciencia prehistórica, estos lugares son frecuentemente franceses: Abbéville, Saint-Acheul, Levallois, La Gravette, Solutré, La Madeleine —pero también ingleses (Clacton on the Sea) o, para designar algunos particularismos, norteafricanos, palestinos, etc. No se trata de enumerar aquí la larguísima nomenclatura que figura con mayor claridad en una tabla anexa, sino de comprender su sentido simbólico. Preferiríamos, claro está, una tipología sistemática, reconstruida con perspectiva, pero ¿era posible hacerlo? Sería renunciar a un lenguaje científico que se utiliza sin interrupción desde hace más de un siglo.

---

[2] Ahora hablaríamos más bien de uno a dos, incluso tres millones de años. Las herramientas talladas más antiguas (en África) están fechadas hace 2,5 millones de años. J. G.

[3] Podemos hacer remontarse el Paleolítico a más de dos millones de años. (J. G.)

[4] Actualmente, el Paleolítico medio comienza unos 200.000 y termina unos 35.000 años antes de nuestra era. Su duración se estimaba en 40.000 años cuando F. Braudel escribió estas líneas, (J. G.)

**El interminable Paleolítico**

Para el Paleolítico inferior y el medio, que muchos especialistas se resisten a separar, pasados los innumerables siglos en los que reinó el guijarro tallado, de simple o doble bisel (la *Peeble Culture* de los autores anglosajones), hablaremos pues de Abbevilliense, Achelense, Clactoniense, Levalloisiense o Musteriense. Se trata en todos los casos de una técnica nueva de la piedra: hachas de mano bifaces obtenidas tallando en sus dos caras un gran sílex, con el fin de adelgazarlo y darle una punta triangular cortante, azuelas talladas con el mismo procedimiento, pero que se terminan con una línea cortante en lugar de una punta, y todos los instrumentos que utilizan *lascas*. Con el Musteriense-Levalloisiense, que corresponde a una fase importante del Paleolítico medio, una técnica más refinada permite eliminar, en lugar de grandes lascas, finas esquirlas. Las bifaces, «herramientas para todo», adoptan formas más regulares, funcionales. La talla perfecciona las lascas con pequeños retoques hábiles, que aguzan sus bordes y las convierten en herramientas especializadas. Es un arte que pronto permitirá al hombre de Neandertal, contemporáneo del Paleolítico medio, incrustar en un mango de madera una herramienta de piedra, armarse más eficazmente contra los animales salvajes, fijando una punta de sílex en el extremo de un astil.

Esta conquista, anunciadora de los progresos decisivos del Paleolítico superior —se ha hablado incluso, siguiendo al abate Breuil, de *Leptolítico*, edad de la piedra ligera— fue tardía. Durante mucho tiempo, sus herramientas burdas convirtieron al hombre en un depredador poco eficaz, cazador mal armado que debe limitarse a animales lentos o jóvenes, presa a su vez de las fieras que lo superan en fuerza y en velocidad. Practicando la pesca, la recolección, vive nómada, en grupos minúsculos que cambian frecuentemente de territorio de caza, expuesto al hambre, pues no dispone de reservas, reuniéndose de vez en cuando con otros grupos humanos para batirse o intercambiar algunos objetos.

Con el tiempo, estos puñados de humanos recorren distancias enormes. Sin que podamos conocer el itinerario, ni siquiera aproximado, todo recorre distancias fabulosas, en primer lugar las propias herramientas, con sus técnicas fácilmente reconocibles. Una misma «civilización», es decir, un mismo procedimiento de tallar la piedra se encuentra en todo el contorno mediterráneo en periodos más o menos coincidentes, al menos en las fases primitivas del Paleolítico inferior: las herramientas son de tipo abbevilliense o achelense en África del Norte o en España, en Siria o en los Balcanes. Luego, sobre todo a partir del Paleolítico superior, veremos aquí y allá rasgos originales, grandes adelantos o francos retrasos. El Magreb occidental, al final del Paleolítico y al comienzo del Neolítico ya está al parecer retrasado, aunque no todos los especialistas están de acuerdo en este punto.

En cualquier caso, el tratamiento de las pequeñas lascas, los microlitos que desarrollan en Europa, al final del Paleolítico y más todavía en el Mesolítico, el uso de una multitud de herramientas minúsculas, cada una adaptada a su labor, se encuentra en todas partes, de Escocia a las costas del cabo de Buena Esperanza, del Atlántico a los montes Vindhya en la India y hasta en el desierto de Mongolia, en superficies que no tienen parangón con lo de nuestro Mediterráneo. El

desarrollo de los objetos de adorno —collares, brazaletes de conchas, el ocre con el que se pintan los cuerpos— es muy importante, relacionado quizá con creencias mágicas. Es innegable que los objetos suntuarios recorren enormes distancias, pues encontramos ámbar nórdico en los Pirineos.

Finalmente, antes o después, todas las regiones accesibles alrededor del mar recibieron la visita de pequeñas hordas de cazadores primitivos. En casi todas partes dejaron huellas de su estancia o de su paso. Córcega y Cerdeña, continente único perdido durante mucho tiempo en el mar, tuvieron que esperar la llegada tardía de los navegantes que las abordaron hacia el tercer milenio[5]. Si es así, sólo se trata de una excepción que confirma la regla. Hace veinte o treinta años se creía que los inmigrantes que habían inaugurado la «revolución neolítica» en el continente griego se instalaron, ellos también, en tierras vírgenes de toda ocupación humana. El abate Breuil era escéptico: «Buscad y encontraréis», aseveraba. Y desde que se realizaron prospecciones sistemáticas en Grecia, los yacimientos paleolíticos han ido apareciendo unos tras otros. Los cazadores de la primera edad de Piedra no dejaron demasiadas tierras sin ocupar. Sólo el mar los podía detener.

Esta difusión generalizada es hija, en definitiva, de una época desmesuradamente larga, que se prolonga a sí misma durante milenios. La primera civilización de la piedra tuvo mucho tiempo para dar la vuelta al Viejo Mundo, propagándose por capas idénticas. Cuando los progresos se empiezan a precipitar (relativamente con el final de Paleolítico, y sobre todo con el Neolítico), entonces los verdaderos desfases empiezan a dibujar zonas privilegiadas, a crear diferencias de nivel. Que, como siempre, provocarán intercambios más dinámicos bajo el signo de la compensación, es decir, una nueva aceleración del progreso.

**El clima, ¿un director de orquesta?**

En este pasado al ralentí, un solo actor violento, dominante al menos, es capaz de cuestionarlo todo: el clima. No deja de cambiar, por razones que se nos escapan (volveremos sobre ello); lo altera todo, desde los comienzos del Villafranquiense que abre el Cuaternario. Es uno de los dramas principales de estos lejanos milenios. La geología permite deducirlo, casi cartografiar sus efectos, pero no olvidemos que estas formidables oscilaciones son hijas de un tiempo muy largo, que acumula los cambios antes de hacerlos estallar a la luz del día.

De estos desarreglos *generales*, el signo más espectacular es la acumulación, en cuatro ocasiones, de enormes masas de hielo al norte del Viejo Mundo y de América, glaciares gigantes similares a los que en la actualidad cubren Groenlandia o el Antártico, con una masa de hasta dos y tres kilómetros de

---

[5] No es exacto. Ahora sabemos que el poblamiento de Cerdeña se remonta al trigésimo tercer milenio y el de Córcega al noveno. La existencia de poblaciones mucho más antiguas en estas islas parece ahora posible (herramientas «paleolíticas» de Cerdeña, gruta de Coscia en Córcega, atribuidos al hombre de Neandertal). (J. G.)

grosor. Los avances y retrocesos de estos glaciares monstruosos —de estos *inlandsis*— son traumatizantes. Si avanzan, proyectan hacia el sur, hacia el mar Interior, el límite meridional de las masas frías y de los «frentes» de aire polar. Entonces el mar conoce temperaturas que pueden haber sido bastante rigurosas. Al mismo tiempo, el aire frío del norte empuja hacia los caminos del mar Interior a la práctica totalidad de las depresiones ciclónicas procedentes del Atlántico. La caída de las temperaturas se acompaña en el Mediterráneo con lluvias prolongadas y abundantes. Con estas oscilaciones, el mar conoce varios «periodos pluviales» fríos, que alternan, cuando el hielo retrocede hacia el norte, con periodos relativamente cálidos y secos. Cursos de agua de abundante caudal, heladas que hacen estallar las piedras de las regiones elevadas —todo este pasado está inscrito en las enormes masas de aluviones que datan de los tiempos paleolíticos.

Esta explicación general no es suficiente para abarcar todas las variaciones climáticas, pues el Sahara conoció también periodos alternos de sequía y de humedad, que no concuerdan exactamente en su cronología con los del Mediterráneo. Los especialistas hablan de un sistema de vientos, de temperaturas y de lluvias centrado en África ecuatorial y nortropical, un sistema de monzones que también se desplaza hacia el norte o hacia el sur. Su influencia humidificante podría haberse dirigido hacia el norte en tiempos del tercer periodo interglaciar, creando el Sahara «del Chad y los hipopótamos»; luego un nuevo avance, al final de las glaciaciones, explicaría la sorprendente aparición del Neolítico sahariano, con sus pastores (negros, sin duda), sus maravillosas pinturas rupestres (jirafas, leones, elefantes, gacelas) y sus creaciones agrícolas inesperadas, como un pequeño Egipto efímero a la orilla de los ríos del desierto (L. Balout).

Forzosamente, la tentación de relacionar estas crisis climáticas con la vida cambiante de los hombres, los animales y las plantas, con la desaparición o la evolución de las especies vivas, es enorme. No obstante, hay que ser prudentes: estas crisis, tan vivas en Europa, donde con seguridad precipitaron la evolución humana, están prácticamente ausentes de otras regiones. Las plantas, los animales y los hombres sufrieron evidentemente estas cóleras climáticas, siempre de larga duración, pero el hombre tiene una «tendencia a la insumisión» y todos los seres vivos reaccionan, se adaptan en general, luchando contra las limitaciones, o simplemente trasladándose. Los cambios de la fauna *no siempre* ofrecen indicaciones incuestionables sobre las pulsiones climáticas.

Es curioso no obstante ver renos en Europa occidental mucho antes de la última y fuerte glaciación de Würm (imaginárselos por París o en la meseta castellana no deja de ser una sorpresa), o encontrar, ¡menudo personaje!, el mamut llamado «de ojos picaros» de la gruta de Rouffignac, en el Perigord. Otras sorpresas: encontrar en Romanelli, cerca de Lecce, en el tacón de la bota italiana, los restos de un pájaro del Gran Norte y de un gran pingüino. O a la inversa, acostumbrarse a la presencia de hipopótamos en las marismas pontinas. ¡Es cierto que el «hipopótamo lanudo», especie desaparecida en nuestros días, estaba adaptado al frío! La historia de los elefantes (atlántico, africano, asiático...) con sus especies tan diferentes que corresponden a otras tantas categorías climáticas, es un ejemplo de las posibilidades de adaptación de todo ser vivo. La presencia de elefantes antiguos en Delos demuestra que la isla formó parte en otro tiempo del

continente. En Sicilia, en Cerdeña, en Creta, en Chipre, en Malta, restos de elefantes enanos hablan de la degeneración de especies antiguas, literalmente atrapadas en las formaciones insulares. En 1960, excavaciones en los arenales de Larissa, en Tesalia, descubrían «osamentas de mamut y de hipopótamo, así como herramientas de sílex y de hueso de tipo levalloisiense-musteriense». Existen ejemplos de este tipo para dar y tomar: en 1940, se descubrían en el Gard las pinturas de la caverna de La Baume-Latrone (sin duda auriñaciense); en ellas, un fresco de elefantes y un rinoceronte están esquematizados de forma casi burlesca.

En algunos casos, la vida animal puede ofrecernos un testimonio casi irrecusable de los accidentes climáticos del pasado. En el monte Carmelo, en Palestina, los arqueólogos han podido seguir los triunfos sucesivos de la gacela, favorecida por la sequía y por el sol, frente al gamo, «adaptado a la vida forestal», al clima húmedo y templado de los periodos pluviales. Se ha establecido una divertida curva de esta competencia a partir de los restos superpuestos de estos animales que se contabilizan en cada capa arqueológica. En función de las oscilaciones del clima, las especies, fieles a su naturaleza, se refugian más al norte o más al sur, hacia el calor, la sequedad o la fresca lluvia. Ahora bien, el Mediterráneo alza ante estos emigrantes involuntarios su masa permanente. Cuando avanzan los hielos, las «especies frías» tropiezan rumbo al sur con esta barrera. Al retirarse los hielos, las «especies cálidas» no podrán llegar fácilmente a las costas y tierras del norte. Sólo a través del ancho continente africano, y más todavía del continente euroasiático, superficie sólida continua, migraciones de un radio muy amplio han podido producir luchas libres entre especies y mezclas inesperadas. Es una de las muchas ventajas del Oriente Próximo continental.

Habría que ocuparse también de los vegetales y de sus asociaciones, testigos más seguros, menos desconcertantes, aunque también complicados. Las apasionantes investigaciones de los paleobotánicos están en sus inicios. Hay que esperar: en este terreno podemos encontrarnos con muchas sorpresas.

**Ríos y costas**

En la superficie del globo, el agua en sus diferentes formas, líquida, sólida o gaseosa, es una masa constante. Existe pues un vínculo entre las cantidades de agua retenidas por los glaciares y el nivel general de los mares: este último baja con los avances de los hielos, sube con su fusión. Se trata de diferencias que alcanzan una decena de metros, como mucho un centenar. Provocan, no obstante, en el conjunto del globo, cambios importantes en las costas que se han podido fijar con alguna precisión. Por ejemplo, el Adriático, en otros tiempos seco, prolongaba hacia el sur la llanura del Po hasta Ancona; el golfo de León, seco también, estaba unido a la tierra próxima; Córcega y Cerdeña eran un pequeño continente insular, o quizá una península; el istmo de Suez estuvo en diferentes ocasiones, a la vista de su escasa altitud (15 m), sumergido por las aguas, convirtiendo África en una isla; el mar Egeo fue un continente durante todo el Paleolítico (Asia Menor estaba unida a Grecia) y el mar Negro un lago, que un

estrecho canal comunicaba con el Caspio; sin embargo, al parecer, el estrecho de Gibraltar, de aguas relativamente profundas, nunca quedó en seco. Es poco probable también que el actual Túnez estuviera unido a Sicilia, pero esta última sí lo estuvo a Italia. Estas observaciones explican la ocupación antigua de algunas islas y también algunas aberraciones de la fauna o de la flora. Por encima del nivel actual del Mediterráneo, antiguas playas marinas marcan los niveles más altos y las costas de antaño. Todos los campanarios, en las laderas de la costa genovesa, como un anfiteatro frente al mar, indican desde lejos la línea de las antiguas playas, en las que se han instalado las aldeas como en un balcón.

Finalmente, los cambios de nivel de los mares activaron en cada ocasión la erosión de los cursos de agua. Estos últimos se hundieron en sus propios aluviones; antiguas terrazas marcan en consecuencia las vertientes de sus valles. Estos accidentes frecuentes tuvieron un papel en la elección de los asentamientos por parte del hombre prehistórico. Además, son accidentes que los geólogos han logrado fechar, lo que nos da una nueva oportunidad de establecer una cronología válida.

**¿Una revolución geológica?**

Alfred Weber lanzó, a propósito de los cataclismos de la prehistoria, la expresión «revolución geológica». Es discutible: si bien el medio geográfico cambió enormemente durante las épocas prehistóricas, ¿tuvieron alguna vez los hombres del Auriñaciense o del Solutrense una impresión de inestabilidad de los datos físicos del medio en el que vivían, de estación en estación, de año en año? Las oscilaciones climáticas se extienden en realidad a lo largo de siglos y siglos, de acuerdo con un ritmo de amplia cadencia. ¿Se deben a perturbaciones locales o a perturbaciones generales? ¿A variaciones de la intensidad de las radiaciones de origen solar, como piensan muchos especialistas? ¿O, como se avanzaba ayer y como ya nadie se atreve a decir hoy —es una explicación demasiado bonita— a un desplazamiento del eje de los polos? El polo Norte, situado primero en la actual Groenlandia, se podría haber desplazado, lentamente pero a veces también por sacudidas, hasta su posición actual, beneficiando a América del Norte y a Europa y alcanzando Siberia. El polo Norte se podría haber acercado a esta última, regalo con seguridad bastante discutible. La desaparición de los mamuts siberianos, curiosamente conservados en el hielo, cuyo marfil se explotaba en un comercio todavía activo en el siglo XVII después de Cristo, sería un testimonio de ello.

Ninguno de estos hechos está realmente probado, pero podemos soñar a partir de estas revoluciones cósmicas que no se han explicado todavía. Son acontecimientos enormes que, por una vez, cambiaron la faz del mundo.

## 2. El fuego, el arte y la magia

En un universo en el que los seres vivos, a lo largo de milenios, son juguetes de las fuerzas ciegas de la naturaleza, en el que tantas especies animales se eliminan unas a otras, el hombre va ocupando poco a poco su propio lugar: supera las hostilidades de un determinismo abrumador para él a priori; conserva sus conquistas, las «capitaliza», las almacena en la memoria y perfecciona así sus herramientas. Biológicamente, la especie humana también evoluciona. Prueba impresionante: el volumen de su cerebro aumenta con regularidad. El «progreso» ha comenzado, por todas partes al mismo tiempo, a paso de tortuga, por supuesto, pero ya no se detendrá. El Paleolítico superior conocerá un florecimiento asombroso.

### El hombre de Neandertal, y luego el «*homo sapiens*»

Durante el Paleolítico medio, a partir de aproximadamente 100.000 años[6] antes de nuestra era, toda Europa y las orillas del Mediterráneo estaban ocupadas por el hombre llamado de Neandertal. Los biólogos ya no le consideran un terrible bruto. A pesar de sus maxilares imponentes, su frente baja y huidiza, sus andares ligeramente encorvados, está bastante cerca de su vencedor, el *homo sapiens*, que quizá sea incluso una de sus subespecies: ¿acaso no se dice ahora —lo que cambiaría muchas cosas— que es un mestizo nacido de un pitecántropo y de un *homo sapiens*)[7]. En cualquier caso, es el responsable del perfeccionamiento de la talla del sílex en el Levalloisiense, gracias a una técnica para desprender lascas que determina anticipadamente su forma, calculando el ángulo del golpe. Luego, algunos retoques bastan para perfeccionar la herramienta. Aparecen las asociaciones de madera y piedra y, por primera vez, la humanidad practica la inhumación de los muertos, lo que implica unos ritos, una capacidad de reflexión sobre el más allá y la supervivencia, una toma de conciencia que, para muchos prehistoriadores, es el verdadero nacimiento del hombre. El hombre de Neandertal no ha dado todavía el paso, decisivo para un pueblo de cazadores, que constituyen las armas arrojadizas; tampoco ha descubierto la expresión artística, ni el lenguaje, dicen, pero ¿quién lo sabe? En cualquier caso, lo más probable es que él inventara la iluminación artificial del fuego. Hasta entonces, la llama, recogida en los incendios naturales, se conservaba como algo precioso. El fuego producido a voluntad, «fabricado», se convierte en un arma formidable, en un fantástico «medio de producción». ¡Qué seguridad! Es la mayor revolución antes de la agricultura.

---

[6] Ahora hablamos de 200000 años. (J. G.).

[7] Ahora se considera que Neandertal es un *sapiens* Se habla por lo tanto de *homo sapiens neanderthalis* para diferenciarlo del *homo sapiens sapiens* que acabará eliminándolo durante la transición del Paleolítico medio al superior. (J. G.)

Los neandertalenses desaparecen hacia los años 40000, en los violentos cataclismos que acompañan la última y vigorosa ofensiva del frío, durante la glaciación de Würm. ¿Se debe su debilidad a que se trata de un error de la naturaleza, un «callejón sin salida» evolutivo, o más bien a su pequeño número? Veinte mil individuos, dice un especialista, para el espacio francés actual (cifra evidentemente no garantizada, pero calculada sobre el número de asentamientos reconocidos, traduce más que una simple impresión). En su lugar, mezclándose con ellos, eliminándolos —quizá brutalmente, pero no está demostrado— otra población se instala, asume el relevo en el amplio escenario del mundo. Se trata del *homo sapiens*, es decir, de nosotros mismos, con las singularidades raciales que nos siguen diferenciando en nuestros días. Se trata por lo tanto de un humano ya mestizo, mezclado, «perro callejero», como decía Marcelin Boule. ¡Viva la mezcla de razas y la bastardía, si conducen, como así parece, a la inteligencia! Los especialistas creían reconocer sólo en Francia, un blanco, el hombre de Cro-Magnon (Dordoña); un esquimoide, el hombre de Laugerie Chancelade, también en Dordoña; un negroide, en Grimaldi, cerca de Mentón. «Todos están cerca de nosotros —escribe R.L. Nougier. Los guanches de las Canarias son verdaderos Cro-Magnon, y muchos campesinos de Dordoña de Chasente, de elevada estatura, dolicocéfalos, conservan algunas de sus características. Los grupos de esquimoides descienden de los hombres magdalenienses de Chancelade y los lejanos y residuales bosquimanos y hotentotes de África austral tienen afinidades con los hombres de [la gruta de] Grimaldi.» Es algo que puede parecer demasiado hermoso o demasiado claro, pero el maravilloso libro de S. Coon sobre *The Origin of Races* afirma, sin dudarlo, que todas las razas del mundo actual ya estaban presentes antes de la última evolución que produjo el *homo sapiens*. Y este último, ¿se remonta muy atrás, como hace pensar un coloquio de la Unesco (septiembre de 1969), a 100000 años antes de Cristo, ya semejante a nosotros, nos guste o no? Los prehistoriadores se divierten también, y uno de ellos, F. Bordes, nos afirma que el homo sapiens de hace 100000 años, «vestido como nosotros, no llamaría la atención por la calle». ¡Habrá que creerlo!

Antiguo o no, en Europa y en el Mediterráneo, el *homo sapiens* aparece simultáneamente en todas partes y con él —pero esta vez los desfases son importantes de una región a otra— se afirma una aceleración evidente de los progresos, del Auriñaciense al Gravetiense, y luego al Solutrense y al Magdaleniense. La gama de objetos usuales se enriquece con la producción de finas hojas de piedra y la multiplicación, a un ritmo acelerado, de tipos especializados de útiles: cuchillos, buriles, rectos y «pico de loro», raederas arqueadas, etc. La innovación consiste en interponer, entre el percutor y el núcleo de sílex que se va a tallar, un «cincel» de un material menos duro que la piedra, generalmente madera. Las lascas pueden tomar la forma de largas hojas, afiladas y ligeras. Al mismo tiempo, antiguos bifaces, ya afinados por los neandertalenses, adoptan formas de media luna o de «hoja de laurel», ligeras y cortantes: esta talla produce admirables puntas de arma, tanto más preciosas cuanto la invención del propulsor, varilla terminada por una muesca en la que se apoya la base de la azagaya, la convertirá en un verdadero proyectil, un arma a distancia. Este útil data del Magdaleniense. Al finalizar el Paleolítico, deja paso al arco, un invento

que hará época y acompañará al cazador y al guerrero durante los siguientes milenios.

Finalmente, por primera vez se trabajan con un buril de sílex el cuerno, el hueso, el marfil, materiales fáciles de hender, de cortar, de conformar, de pulir. Se convierten en puntas de armas, arpones, punzones, bastones perforados, leznas, anzuelos, agujas con ojo, que aparecen en abundancia a partir de los yacimientos solutrenses.

**El arte también nace allende el Mediterráneo**

Estos objetos empiezan a adornarse con muescas, esculturas, grabados. El arte aparece por primera vez en la historia de los hombres y bajo formas múltiples. ¡Maravilloso encuentro!

Este arte paleolítico se extiende por toda Europa hasta los Urales. Llega al Mediterráneo occidental, pero poco o nada al oriental. Una única excepción: los grabados y el arte mobiliario descubiertos en las grutas y refugios de Belbasi, en Anatolia meridional. Así pues, este Oriente Próximo, donde unos milenios más tarde aparecerán las primeras agriculturas, luego las primeras ciudades y sociedades densas y una multitud de civilizaciones y culturas originales, vigorosamente creadoras en las artes y en las técnicas, no participa plenamente en el primer descubrimiento paleolítico de la expresión artística. Encontramos en sus orillas y en las orillas norteafricanas del Mediterráneo todas las innovaciones del Paleolítico superior en utillaje, a veces incluso (como en Siria, Palestina o Cirenaica) con un posible adelanto sobre los yacimientos franceses, revelado por el carbono 14. Sin embargo, salvo en Belbasi, ninguna huella marcada de este primer lenguaje del arte. Las pinturas rupestres del Sahara y de Libia son mucho más tardías, y por lo tanto quedan al margen de este debate.

Este primer arte paleolítico, aunque ajeno al Mediterráneo por sus orígenes, se va afirmando. La cultura llamada gravetiense nació, con toda probabilidad, en Europa Central y en Rusia y se extendió desde allí por Francia, España e Italia (en unos tiempos en los que el Adriático, que en parte se podía cruzar andando, unía más ampliamente Italia a la masa balcánica). De esta época datan las asombrosas estatuillas femeninas, de piedra, de arcilla, de marfil de mamut, que se encuentran en el sur de Rusia o en Siberia, en Módena o en Ventimiglia, en Austria, en Moravia, en Dordoña. Se conocen más de sesenta, casi siempre con una relación evidente entre ellas: los pesados senos, los muslos macizos, los flancos enormes, siempre fecundos, de estas mal llamadas «Venus», evocan sin ambigüedad símbolos de fecundidad, de prosperidad y anuncian las diosas madres que reinarán sobre todas las culturas agrícolas neolíticas, de Oriente Próximo a Portugal, de Siberia al Atlántico, y por todo el mundo.

Quizá estemos en presencia de un testimonio esencial. A partir del Auriñaciense, el hombre que se está terminando de hacer, ¿podría ser el prototipo religioso fundamental de la humanidad? Estoy de acuerdo en este tema con el punto de vista sintetizante de Jean Przyluski (1950); lo que se está definiendo,

superando el periodo inmenso en el que el instinto de supervivencia reinó en solitario, es la primera fase —la magia ritual— de una vida religiosa que tardará mucho tiempo en trascender. El propio arte nació de esta magia. Es raro que en el Paleolítico la representación humana se realice por sí misma, y no por su simbolismo ritual. Existen no obstante algunas excepciones: en Moravia, cinco centímetros de piedra tallada, aparentemente mediante una técnica de esquirlas, que componen milagrosamente un torso poderoso —recuerda a los de Maillol—, o en Francia un minúsculo rostro de marfil, conmovedor como un retrato inacabado (Brassempouy) evocan bellos modelos humanos, en lugar de las habituales diosas esteatopigias. Y, después de todo, ¿por qué el arte primitivo tiene que ser *solamente* mágico? ¿Por qué excluir la idea de que la belleza pura haya obsesionado algún día a un escultor de la edad de piedra?

Nos apresuramos a decir que estas reflexiones sólo vienen a la mente ante algunos casos aberrantes. En ningún caso, independientemente de la satisfacción estética que nos procuren, ante las pinturas murales que son la gloria del Paleolítico superior. Durante mucho tiempo se creyó que este arte estaba limitado a Francia y España. Descubrimientos recientes —en Italia continental y en la isla de Levanzo (una de las Égadas) por una parte, en la cueva de Kapova (Ural meridional) por otra— ocupan más o menos la misma zona que las Venus del Gravetiense.

Francia y España no dejan de ser (¿por qué razones?) los centros incuestionables de un arte que vivió más o menos (se discute su cronología) del Auriñaciense a finales de Magdaleniense (30000-8000 antes de nuestra era). Un arte casi únicamente zoológico, a un tiempo fantástico y realista, con tal dominio de la línea y del movimiento, que los primeros descubrimientos de Altamira, hace menos de un siglo, y su adjudicación por parte de un arqueólogo español a cazadores de la edad de piedra se consideró como una superchería. Desde entonces, toda una serie de cuevas, en la región franco cantábrica, de Altamira a Lascaux o a Font-de-Gaume en Dordoña, revelaron multitud de grabados, de esculturas en altorrelieve, de frescos inmensos, todos con innegable parentesco. Ahora están fechados con alguna seguridad, inventariados; se conoce su temática —bastante monótona—, su técnica. No obstante, su lenguaje sigue siendo enigmático. ¿Por qué, en lo más profundo de un sistema de cuevas en el que sólo las más exteriores (o la entrada) estuvieron habitadas y sólo durante una parte del año, es decir, dentro de un marco reservado con seguridad a actividades rituales intermitentes «en el seno de unas tinieblas que apenas ilumina una lámpara de aceite preparada con una piedra y una mecha de musgo», en antros antaño ocupados o recuperados por hienas o por osos, por qué esta profusión de todo tipo de animales, rinocerontes, bisontes, renos, caballos, cabras monteses, antílopes saiga, toros, ciervos, elefantes, mamuts, representados al acecho, en plena carrera o heridos, con un sentido del movimiento impactante? Es prácticamente seguro que estas figuras, que nunca se agrupan en composición realista, que a veces se superponen en una misma pared con el paso del tiempo, ocupaban un lugar en un ritual mágico. La propia imagen es «prehensión». Toda vida primitiva es ensalmo, magia, diálogo angustiado con las fuerzas sobrenaturales. Signos geométricos numerosos y sin duda simbólicos adornan también los muros, y alguna relación

con las prácticas de pueblos primitivos que han sobrevivido hasta nuestros días sugiere otras interpretaciones sistemáticas, ingeniosas. En realidad, seguimos buscando lo que fue realmente el marco social, sexual, ritual de estas imágenes, cuya belleza fabulosa no correspondía con seguridad a ninguna exigencia estética (en el sentido que le daríamos nosotros) de nuestros lejanos antepasados. Más que buscar la belleza, obedecen al encantamiento de una magia ritual y necesaria.

**El arte mobiliar**

Sin embargo, antes o después, a partir de la época gravetiense, el arte invadió la vida de todos los días. Las herramientas cotidianas de piedra, de cuerno o de hueso se adornan con esculturas o grabados, dibujos de rayas o de puntos, arabescos más trabajados, figuras realistas de animales, caballos, cabras monteses, bisontes, pájaros, peces, osos, rinocerontes, renos... Ante un «bastón perforado» o una «varilla» de volutas minuciosas, profundamente excavadas, ante una cabra montes en pleno salto o ante una cabeza de caballo esculpida que forma el gancho de un propulsor, no podemos dejar de pensar en las innumerables herramientas de madera, para un uso cotidiano, tan amorosamente trabajadas, pulidas, pintadas, grabadas o esculpidas por el arte rural de nuestra Edad Media. ¿Hay que creer que una preocupación ajena al placer de fabricar un objeto bello guiaba siempre el trabajo de algunos artesanos? Podemos dudarlo. El *homo ludens* debe haber existido en todas las épocas.

Para aclarar las cosas, faltan testimonios definitivos sobre el entorno cultural de estos grandes cazadores de las cuevas decoradas, sobre sus creencias, sus ceremonias, sus danzas, sus cantos, como también sobre los cueros pintados y los tatuajes corporales que sugieren algunos restos y los depósitos de ocre y otros colorantes, presentes ya en los yacimientos neandertalenses.

**El arte del Levante español**

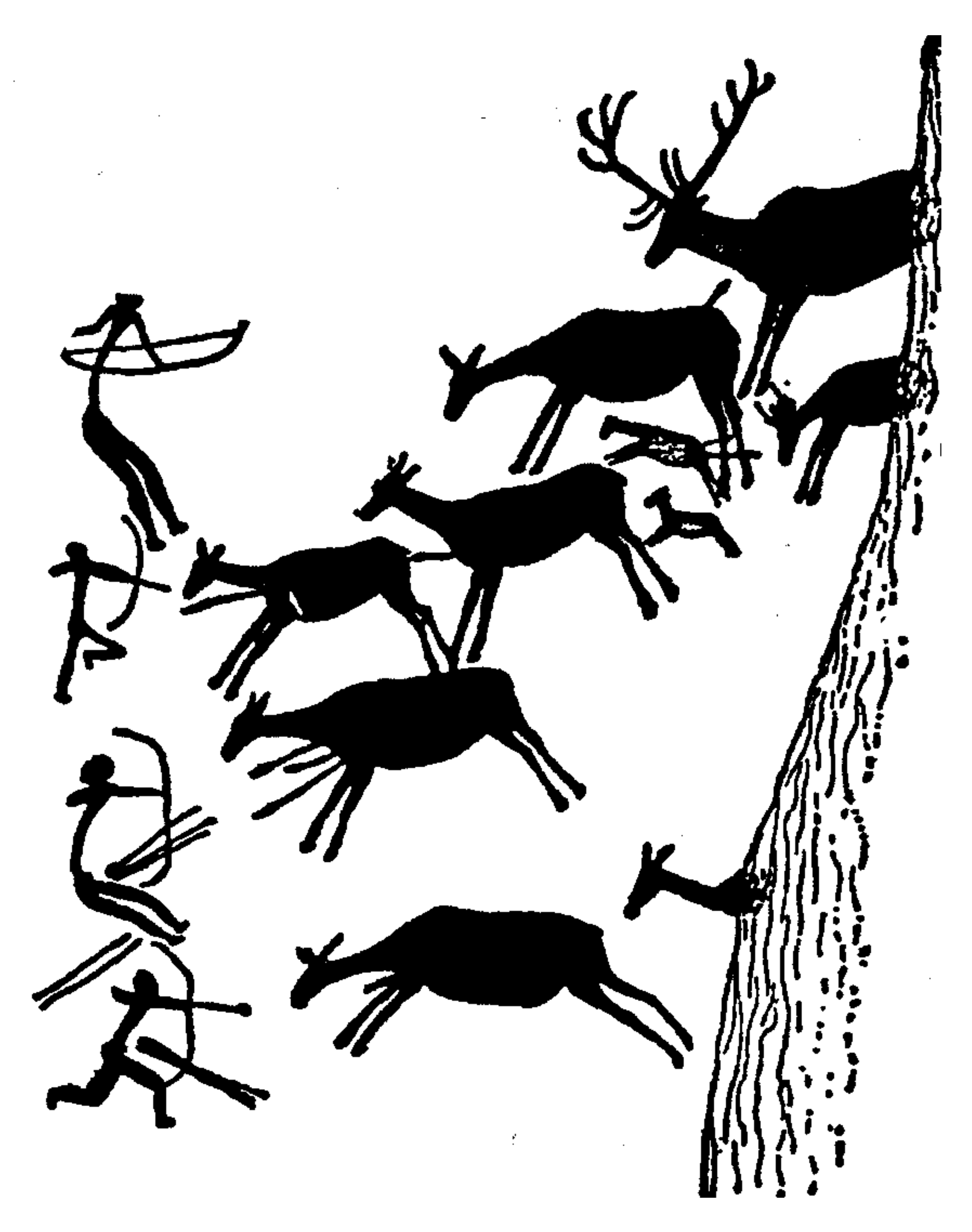
En cualquier caso, descubrimos un arte, un lenguaje diferente en la segunda gran zona del arte prehistórico, llamada del Levante español, en realidad dividida en tres grupos esenciales: el litoral de Cataluña; la región costera de Valencia-Albacete; las tierras de Cuenca-Teruel. Las pinturas suelen encontrarse en refugios rocosos, al aire libre, no en las cuevas. Se ha dicho que es como una liberación. Quizá estas imágenes han tenido también un sentido o un fin mágico, pero el espíritu, el estilo, son muy diferentes. Ya no queda nada de la majestad de los animales poderosos y pesados de Lascaux en estos cuadros que representan a los hombres y a los animales al ritmo de su vida cotidiana, cazadores que persiguen sus presas a la carrera, la carga de un animal herido, grupos de guerreros tirando con arco, una bandada apacible de pájaros, un grupo de bailarines, mujeres ocupadas recogiendo plantas o miel en medio de un enjambre

de abejas, en lo alto de un acantilado... Lo que el estilo pierde en vigor, lo gana en vivacidad y en movimiento. Su encanto está en la presteza del gesto sugerido con seguridad por las siluetas monocromas, estilizadas hasta el esquematismo —las más tardías a veces están reducidas a un simple trazo. El realismo de los gestos y de las escenas contrasta con el estilo prácticamente abstracto del dibujo.

El arte del Levante español pertenece francamente al Mediterráneo, pero es más tardío que el de Lascaux o Altamira. Quizá date incluso del Mesolítico. De todas formas, sólo afecta a un pequeñísimo sector del inmenso Mediterráneo. Esta evidencia es en sí un problema. ¿Por qué en el momento en que nace el primer arte de los hombres el Mediterráneo está silencioso? ¿Se estaría ocupando de otra cosa? ¿Viviría de otra manera? ¿El milagro en Oriente sería el desarrollo decisivo de las lenguas habladas? Hay quien lo sospecha (F. Bourdier). Sin embargo, sobre el origen del lenguaje, nos vemos reducidos a nuestra imaginación o a algunas comparaciones. La última tribu descubierta en Amazonia, no sólo no practica la agricultura primitiva de las otras tribus indias (se trata de los cazadores de la edad de Piedra), sino que no habla ningún dialecto conocido. Para un investigador que ha vivido cerca de ellos (1969), sus onomatopeyas, sus gruñidos que no tienen nada de un lenguaje articulado parecen expresar sensaciones, emociones, no conceptos. Pero dejemos estas hipótesis imposibles de verificar.



Cazadores del arte mural del Levante español; de izquierda a derecha: Cueva del Garroso, según Almagro; Els Secans, según Vallespi; Cueva Remigia de la Fasulla, según Porcar



*Caza de ciervos.* Cueva de de los Caballos (Arana), según Hernández Pacheco

**El Mesolítico, ¿una decadencia en Occidente?**

La plenitud solutrense y magdaleniense de Occidente ¿viene de las ventajas que le dieron durante mucho tiempo los rebaños de renos y de otros herbívoros (antílopes saiga, caballos, bisontes) que vivían en los amplios espacios desnudos barridos por los vientos violentos, ante los enormes glaciares? El

hombre era el parásito de esta vida animal que se ofrecía ante él. Le bastaba sumarse a uno de estos rebaños, seguirlo en sus desplazamientos estaciónales, para procurarse no sólo la comida, sino las pieles para vestirse y construir refugios, cuernos, tendones, huesos para sus herramientas y sus armas. El animal está ya al servicio del hombre. Este último, liberado, descubre con el ocio nuevas necesidades: pinta, esculpe, graba, se viste con más cuidado, ya que inventa la aguja para coser su ropa. Junto a las cavernas —que acondiciona— llega a construir chozas de suelo de barro pintado de ocre, como los restos que se encontraron en Arcy-sur-Cure, por ejemplo.

El final del último periodo glaciar, el retroceso del frío, fue un golpe para esta facilidad relativa, para este equilibrio antiguo que implicaba. Este retroceso provocó innumerables inundaciones, la formación de nuevos lagos, de nuevos ríos, de nuevos mares —el canal de la Mancha, el Adriático septentrional, por ejemplo— y el crecimiento prodigioso de un manto forestal denso limitó los territorios herbáceos; los renos y otros herbívoros retroceden hacia el norte y el hombre debe volver a la caza al acecho, azarosa, de presas forestales como el ciervo, el jabalí y algunas más. El triunfo del abedul, del roble, del sauce y del pino, que poco a poco van reduciendo en Europa del norte la superficie de los pastos, podría haber desfavorecido a los magníficos artistas del arte mural. Se había superado un apogeo y quizá el clima tendrá algo que ver con este arte «encerrado entre dos enigmas, el de su creación y el de su desaparición».

Se ha hablado a menudo de «civilización del reno» para subrayar esta ventaja que ofrece, y luego retira, la naturaleza. Sin embargo, varios prehistoriadores se han alzado con fuerza contra la palabra y la idea que sugiere de una «decadencia» mesolítica en Occidente[8]. Destacan, no sin razón, que el reno no es omnipresente en el Paleolítico superior. Cerca de Nemours (Seine-et-Marne), los magdalenienses de la meseta de arenisca de Beauregard son comedores de caballos y encontramos un enorme cementerio de caballos en Solutré, cerca de Macón. En una gruta del Ariége, la presa favorita fue la cabra montes de los Pirineos. En Estiria, se comía oso, y en un solo yacimiento se han encontrado restos de cincuenta mil animales. Además, el bosque no sólo supuso desventajas. El *Helix Nemoralis*, el caracol del bosque, se multiplica, y supone una abundante pitanza, si juzgamos por las acumulaciones impresionantes de numerosos *concheros*. El hombre se vuelve hacia los recursos que le ofrecen el agua dulce y salada; se convierte en pescador además de cazador.

Además, la técnica mesolítica no habla de decadencia. El arco se desarrolla; ingeniosos perfeccionamientos del utillaje microlítico, anzuelos, puntas de flecha, dan testimonio de una gran habilidad artesanal. Finalmente, en las llanuras del norte de Europa, del este de Inglaterra a Rusia, numerosos objetos decorados, encantadoras estatuillas de ámbar, un abundante material de madera, de cuerno o de hueso, restos de chozas, de redes, de cestos, de piraguas de madera evocan una cultura vigorosa, llamada *maglemosiense* a causa de un yacimiento danés.

---

[8] Esta tesis se ha seguido reforzando últimamente: ya no se habla de penuria o de miserabilísimo mesolítico: todo lo contrario, el desarrollo del bosque y su explotación han permitido la creación de culturas «progresivas». Braudel lo indica también más adelante. (J. G.)

Estos alegatos rehabilitan de pleno derecho a los cazadores y pescadores del Mesolítico europeo, pero quizá no sea ése el problema. El Mesolítico, si bien no es un retroceso absoluto (por otra parte, discutible para algunas regiones), quizá lo sea para la evolución más importante: la ganadería y la agricultura. La primera domesticación de los animales, tal y como se realizará en el Oriente Próximo neolítico o entre los pueblos de pastores de las zonas desérticas y de las estepas asiáticas, nació lentamente: es la continuación de relaciones permanentes de los pueblos cazadores con rebaños determinados. Esta simbiosis entre un grupo humano y un grupo animal desapareció al parecer en Europa Occidental al mismo tiempo que los grandes rebaños de renos y de herbívoros de la era glaciar. Aunque encontremos más tarde, en el séptimo milenio, rebaños de cabras y de ovejas cerca de las costas mediterráneas, en Provenza, hubo en cualquier caso una ruptura y sin duda un retraso. Por el contrario, la revolución climática no interrumpió nada en Oriente Próximo, donde la fauna y la flora silvestres se prestaban más todavía a una domesticación. Así empezó la gran aventura del Mediterráneo oriental.

## 3. La revancha del Mediterráneo: La primera civilización agraria

Hacia el 8000, en el momento en que termina el magdaleniense franco cantábrico, ya existen verdaderas aldeas en el este, al otro extremo del Mediterráneo. El hombre se está convirtiendo en «conocedor de los secretos que hacen germinar el trigo y obedecer al animal», de modo que la ganadería y la agricultura sustituyen poco a poco a la caza y a la recolección de frutos silvestres. Con ello, el hombre echa raíces, sus aldeas se fijan y se alzan sobre sus propios restos, formando ahora las colinas artificiales tan conocidas de los arqueólogos, los *tells* de Asia, las *magulas* de Tesalia, las *tumbas* de Macedonia, los *höyük* de Turquía. ¿Se trata de una *revolución*, la única que merecería este nombre antes de la revolución industrial, tan reciente, lanzada desde Inglaterra en el siglo XVIII después de Cristo, en cuyas aguas seguimos navegando? Gordon Childe, fue el primero que habló de una revolución neolítica sin la que el *homo sapiens*, a pesar de su inteligencia, hubiera seguido siendo, como sus predecesores, un «animal raro», es decir, desarmado.

La expresión ha provocado muchas protestas. Quizá sea un simple malentendido sobre las palabras. Una revolución es una ruptura, un nuevo aliento que relega a la sombra una vida arcaica. Y un hombre nuevo, un paisaje nuevo, un sistema social nuevo, una economía nueva surgen en el Neolítico, en algunas regiones minúsculas del globo. Desde este punto de vista, sí, se trata de una revolución. ¿Es necesario añadir que la palabra «revolución» proclama a los cuatro vientos su pertenencia a un vocabulario propiamente histórico, que evoca un hecho rápido, brutal, dramático? Ahora bien, la «revolución neolítica», como toda prehistoria auténtica, es una revolución a cámara lenta, en sus premisas, su fijación, su extensión. Sus etapas se cuentan por milenios, no por siglos. En fin, no

habría que imaginarla como una receta milagrosa, descubierta de una vez por todas en Asia anterior y transmitida a continuación por todo el mundo. Es posible que la receta, completa o no, haya sido inventada en diferentes puntos del globo, todos ellos independientes. Quizá hubo, como pensaba Émile Werth a partir de diversas gramíneas silvestres y especies animales, varios centros autónomos de invención y de difusión.

Otro elemento de ambigüedad se introduce si vemos en esta «revolución» particular el nacimiento de la civilización. La civilización, que también es un fenómeno de duración inverosímil, comienza en realidad con el primer grupo humano, por muy desvalido que haya sido, por el mero hecho de que se trata de un grupo y de que tiene algo que transmitir. Se afirma o se acentúa cuando son perceptibles creencias, actitudes elementales hacia la muerte y las fuerzas del mundo exterior. Para desarrollarse e irradiar, exige la agricultura, que da raíces a las sociedades, aldeas y ciudades (sobre todo ciudades), la escritura, cemento de toda sociedad densa. No «nace» pues en una fecha y en un lugar determinado.

Una vez dicho esto, en lo que se refiere a Europa y al Mediterráneo, en Oriente Próximo se observan los primeros pasos de la civilización agrícola, en algunos islotes privilegiados inmersos en un amplio territorio, inerte o indiferente. Sólo nos interesarán estos islotes.

### Excavaciones revolucionarias: el Creciente Fértil y Asia Menor

Este problema de los orígenes es el desafío al que se enfrentan excavaciones que tenemos que calificar de revolucionarias. Lo que sabemos, lo que sabremos mañana, depende de las excavaciones realizadas al nivel más profundo posible, a menudo hasta unos veinte metros, para llegar al suelo virgen subyacente. Es imposible situar las mutaciones decisivas sin reconstruir la sucesión total de las capas, sin leerlo *todo* en esta lenta progresión, sin situarlo finalmente en una cronología todo lo precisa posible: la aparición de pilones, de morteros, de cuchillos largos (de hueso, con pequeños trozos de sílex incrustados a modo de hoja), hoces, silos, fosos para grano, restos de animales (¿salvajes o domesticados?), son elementos decisivos que habría que analizar de cerca. La hoz, por ejemplo, no indica si los cereales son silvestres y sistemáticamente cosechados o si ya son cultivados; los restos de cereales, cuando se puede reconocer su especie, son más explícitos en este punto. Las dudas y los errores son evidentemente posibles: un perro identificado en Jericó con demasiada rapidez, que resultó ser, tras un análisis más detallado, un lobo, no deja de ser, en los albores de la domesticación, un detalle significativo.

No obstante, una red de prospecciones, desarrolladas con la ayuda sistemática del carbono 14, ha permitido establecer una serie de dataciones cuya escala ha resultado ser concordante, o lógicamente discordante. El Mesolítico podría haber empezado más o menos hacia el 10000, el Protoneolítico (sin cerámica), hacia el 9000; el Neolítico cerámico hacia el séptimo milenio —con variaciones, por supuesto, en función de los lugares—. El descubrimiento más

significativo, con mucho, es el de un primer Neolítico desprovisto de cerámica, cuando esta última se había considerado, junto con la piedra pulida, el signo estructural indispensable del Neolítico. ¿Hay que sorprenderse? El divorcio de la alfarería y de la agricultura elemental se sigue dando en nuestros días en algunos pueblos primitivos. En Brasil central, por ejemplo, algunas tribus ignoran la alfarería, mientras que «todas practican la agricultura sobre tierra quemada, en la que algunos grupos son verdaderos maestros» (C. Lévi-Strauss).

El otro descubrimiento, más importante todavía, es que la primera civilización —es decir, una amalgama de plantas cultivadas, animales domésticos, casas, primeras aldeas y ciudades, manifestaciones artísticas, cultos organizados con sus santuarios— comienza efectivamente en Oriente Próximo, pero no, como se creía antes, en los grandes valles fluviales de Egipto o de Mesopotamia. Por el momento [1970], una veintena de alfileres sitúan en un mapa las excavaciones decisivas de las dos o tres últimas décadas. Allí están las innovaciones. Con seguridad, aunque son prospecciones incompletas, ya tienen un sentido.

Hay tres zonas principales: los valles y vertientes occidentales de los Zagros, en los límites de la Mesopotamia; la amplia franja meridional de Anatolia; la región sirio-palestino-libanesa. En su conjunto, se trata de regiones bastante elevadas, *húmedas* (más de 200 mm. de lluvia en la actualidad), situadas en su mayor parte en el arco de círculo, en el límite norte del gran desierto de Siria, que se suele llamar Creciente Fértil. La fertilidad, en este caso, depende de los altos relieves de la zona, que interceptan las lluvias de las depresiones invernales y se transforman en depósitos de agua para las regiones que las rodean más abajo. Las fuentes, los ríos, los torrentes que bajan por las montañas explican, a poca distancia del gran desierto de Siria, la presencia de bosques y de una vegetación natural que dará a la agricultura neolítica sus plantas cultivables. No obstante, habría que completar este esquema para que abarque la zona completa de las primeras culturas agrícolas.

Supongamos que el Creciente Fértil está representado por un semicírculo burdamente trazado desde el mar Muerto (o el mar Rojo) hasta el golfo Pérsico: en la parte más alta de este semicírculo habría que trazar una tangente hacia el oeste. El trazo debería ser lo bastante grueso para abarcar toda la franja meridional de Anatolia, entre Catal Höyük y Hacilar hacia el norte, y hacia el sur las estaciones de Kizilkaya y Beldibi, a dos pasos del Mediterráneo. Los desarrollos neolíticos fueron especialmente precoces y brillantes en esta rama anatólica que se consideró equivocadamente, durante mucho tiempo, como la frontera vacía y bárbara del Creciente Fértil. Hacia el 5000, probablemente a causa de invasiones, esta primera civilización anatólica desaparecerá sin haber dejado huella sobre el desarrollo cultural de Oriente Próximo. Por el contrario, en el sexto milenio, la cultura neolítica que se instala en Grecia tiene fuertes afinidades con la de Hacilar, su utillaje, sus tipos de cerámica. La influencia anatólica es innegable, aunque dudamos sobre la forma en que se transmitió.

Todas estas localizaciones tienen un sentido. Las zonas en las que se alzaron las aldeas corresponden, efectivamente, al hábitat original de los rebaños salvajes de ovejas y cabras, bovinos y porcinos; corresponden también, entre 600 y 900 m de altitud, al hábitat de varias gramíneas silvestres: la escanda menor

(*Tríticum monococcum*), de los Balcanes a Irán; la cebada, de Anatolia a Persia, de Transcaucásica a Palestina y a Arabia; la escanda común (*Tríticum spelta*), presente en todas estas zonas al mismo tiempo. Hay que añadir los guisantes, las lentejas, las vezas. Después de haber cosechado durante mucho tiempo las semillas en las colinas, las mujeres empezaron a cultivarlas; los cazadores se deslizaron poco a poco desde la domesticación a la ganadería.

**Algunas prospecciones**

Para ver con claridad estos comienzos decisivos y no obstante titubeantes, ninguno de los cuales desembocará *localmente* en la gran civilización, nada puede sustituir a los detalles concretos de las excavaciones. A cada una corresponde una «cultura», o mejor aún, una sucesión de experiencias que nunca son exactamente las mismas. Tres ejemplos presentados rápidamente nos llevarán al Zagros (Jarmo); al pie del monte Carmelo (Jericó); hasta Anatolia (Catal Höyük). ¿La dificultad? Unir entre sí estas historias diferentes y sin embargo análogas, reconocerles una cronología común.

En Jarmo, al borde de un wadi profundo, el Adhaim (afluente del Tigris entre otros llegados de las montañas que rodean su curso medio al este), el pico de los arqueólogos ha llegado al Neolítico no cerámico (séptimo milenio). En profundidad, no hay menos de once niveles, anteriores a la cerámica. Se trata de una aldea pequeña (20 a 25 casas, quizá 150 habitantes). Las primeras chozas están construidas con arcilla secada al sol, los techos con juncos; luego aparecen los hogares, hornos, chimeneas. Pieles, cestos impermeabilizados con betún, vasijas de piedra que sirven de recipientes. Restos de *Tríticum monococcum* todavía cerca de la planta silvestre, de *Tríticum spelta*, de cebada de dos carreras, de guisantes y de lentejas prueban sin ambigüedades una agricultura ya desarrollada. Molinos manuales, hoces, trituradores, un utillaje lítico superabundante en sílex y obsidiana (importada de Anatolia) se encuentran junto a diosas madres rudimentarias, modeladas en arcilla sin cocer. Los muertos se entierran fuera de la aldea. Cuando comienza la cerámica, hacia el 6000, los cimientos de piedra de las casas han aparecido ya. No obstante, sólo se ha domesticado a la cabra y quizá al perro. La caza del cerdo, del cordero y del buey silvestre sigue garantizando la mayor parte de la alimentación cárnica.

El segundo viaje nos lleva a Jericó y a las importantes excavaciones de 1954. No todo está claro en la historia de este lugar excepcional, que revolucionó en su tiempo tantas ideas arraigadas. Nadie imaginaba, efectivamente, una ciudad[9] de más de dos mil habitantes, en el alba de la prehistoria. La aglomeración existe desde muy pronto. El nivel más antiguo, en el que se ha creído reconocer un santuario, está datado por el carbono 14 en el 9500 aproximadamente. En aquella

[9] Conviene ser prudentes sobre la palabra «ciudad»: las aldeas neolíticas grandes no son forzosamente ciudades, con todo lo que abarca este término: administración y centralización, artesanos especializados, a menudo agrupados en barrios, monumentos de prestigio y de identidad, etc. La cifra de 2.000 habitantes no está probada. (J. G.)

época, la aldea de Jericó y todas las que se sucedieron en este lugar a lo largo del noveno milenio, no se diferencian de otros asentamientos palestinos de la cultura llamada Natufiense, Eynan, por ejemplo, en las orillas del lago Huleh. Esta cultura extraña, con orígenes poco conocidos, instalada en cuevas y en terrazas acondicionadas, o en verdaderas aldeas de chozas redondas, ha proporcionado un abundante material lítico e interesantes esculturas, las más antiguas de Oriente Próximo. Parece orientarse hacia el Neolítico, con abundante consumo de cereales (sin domesticación animal, sin embargo) y el uso de morteros, fosos para grano, etc. Sin embargo, se estanca o desaparece totalmente en la mayor parte de estos asentamientos primitivos. El valle del Jordán y Jericó en particular son una excepción y recogen la herencia.

En el octavo milenio, el cultivo de los cereales ya está implantado. ¿Es la razón del desarrollo brusco, explosivo de Jericó? En este punto situado por debajo del nivel general de los mares (a menos 200 m), a orillas del mar Muerto, las condiciones para una agricultura próspera, con posibles regadíos, no son mejores, después de todo, que en otros puntos de Palestina. No obstante, la aglomeración se ha convertido en una ciudad, con hermosas casas redondas, de ladrillo de adobe sobre cimientos de piedra; algunas tienen varias habitaciones. Está rodeada de fosos prodigiosos y de murallas (incluida una gran torre), tiene cisternas, silos de grano, todos ellos signos de una evidente coherencia urbana. La explicación podría ser la explotación de la sal, del azufre y del precioso betún del mar Muerto, es decir, una vida *comercial* de comienzos precoces, ya que en el noveno milenio, en la aldea antigua, ya había aparecido la obsidiana de Anatolia. Se suman ahora la nefrita y otras rocas volcánicas de Anatolia, las turquesas del Sinaí, el cauri del mar Rojo.

Es lo que nos lleva a pensar que junto a una revolución agrícola, en estos primeros esbozos de «civilización» hubo una revolución de la circulación con raíces mucho más hondas en el pasado de lo que se puede haber pensado antes. Estos contactos lejanos quizá no tuvieran únicamente ventajas, ya que la ciudad, después de veintidós niveles de construcción y un milenio de vida próspera (pero poco segura, si juzgamos por las murallas, ensanchadas de nuevo), queda abandonada a comienzos del séptimo milenio. Vuelve a estar ocupada inmediatamente, pero por otros hombres que ocupan al mismo tiempo todo el valle del Jordán, y todo indica que venían del norte de Siria o de Anatolia. La tradición natufiense desaparece entonces totalmente; las casas de la nueva ciudad son rectangulares, con suelos revocados al estilo sirio. La economía sigue siendo protoneolítica y lo seguirá siendo durante diez o quince siglos más; la única innovación real será la domesticación de la cabra y del perro. El Neolítico cerámico llegará por fin a Jericó en el sexto milenio, aportado quizá por un pueblo seminómada, tras un nuevo periodo de abandono de la ciudad que señala una importante laguna estratigráfica. Curiosamente, la llegada de la cerámica corresponderá, para Jericó, Palestina y Líbano, a un empobrecimiento cultural que durará mucho tiempo, hasta el cuarto milenio.

El viaje a Catal Höyük, en Anatolia, podría ocuparnos mucho más tiempo, pues las excavaciones de 1962-1964 han revelado, en contacto con una capa protoneolítica, lo que fue, sin duda, el Neolítico cerámico más precoz de toda Asia

anterior. Catal Höyük es una verdadera ciudad[10] de la que desgraciadamente sólo se ha estudiado un barrio, llamado de los sacerdotes (media hectárea, de las quince que ocupan las excavaciones). Se han identificado doce niveles entre el 6500 y el 5650 antes de Cristo. Aparecen en primer lugar casas de adobe, rectangulares, de un solo piso, con un agujero en el tejado para el humo, pequeñas «ventanas» altas para el paso de la luz. La entrada se realiza por una abertura en el tejado plano, al que se llega por una escalera (se sigue encontrando este tipo de casa en Anatolia en nuestros días, o incluso en Armenia). No hay puertas, ni calles. A veces, patios interiores comunes a varias casas a los que dan minúsculas ventanas. Su escalonamiento en la pendiente del *tell* permite a casas contiguas abrir cada una sus ventanas al ras del tejado del vecino. Para penetrar en ellas, se circula por los tejados con escaleras cortas. Los croquis de la página siguiente explican mejor que las palabras esta extraña forma de circulación. La ciudad presentaba así al exterior muros ciegos y continuos, fáciles de defender, pues las ventanas servían también de troneras para los arqueros.

Si los habitantes de esta gran ciudad vinieron de las montañas vecinas (donde se encuentran las plantas primitivas) para establecerse en las mesetas fértiles de Konya, hay que suponer una interesante historia previa, sobre la que desgraciadamente no sabemos nada. Es especialmente lamentable porque nos hubiera permitido captar realmente el paso de un Mesolítico previo a la «revolución» neolítica.

En Catal Höyük, efectivamente, la agricultura alcanza un alto grado de organización. Alrededor de la ciudad, la explotación de los campos, quizá colectiva, abarca el trigo (tres especies), la cebada desnuda, las lentejas, los guisantes, las vezas, los pistachos, los almendros, numerosos cerezos. Se fabrica aceite, y sin duda cerveza. Se han domesticado numerosos corderos y quizá bóvidos[11], se cazan sin tregua el buey salvaje, el ciervo común, el onagro, el gamo, el jabalí, y más todavía el leopardo. La fuente más importante de ingresos de la ciudad es no obstante el comercio, no hay que olvidarlo.

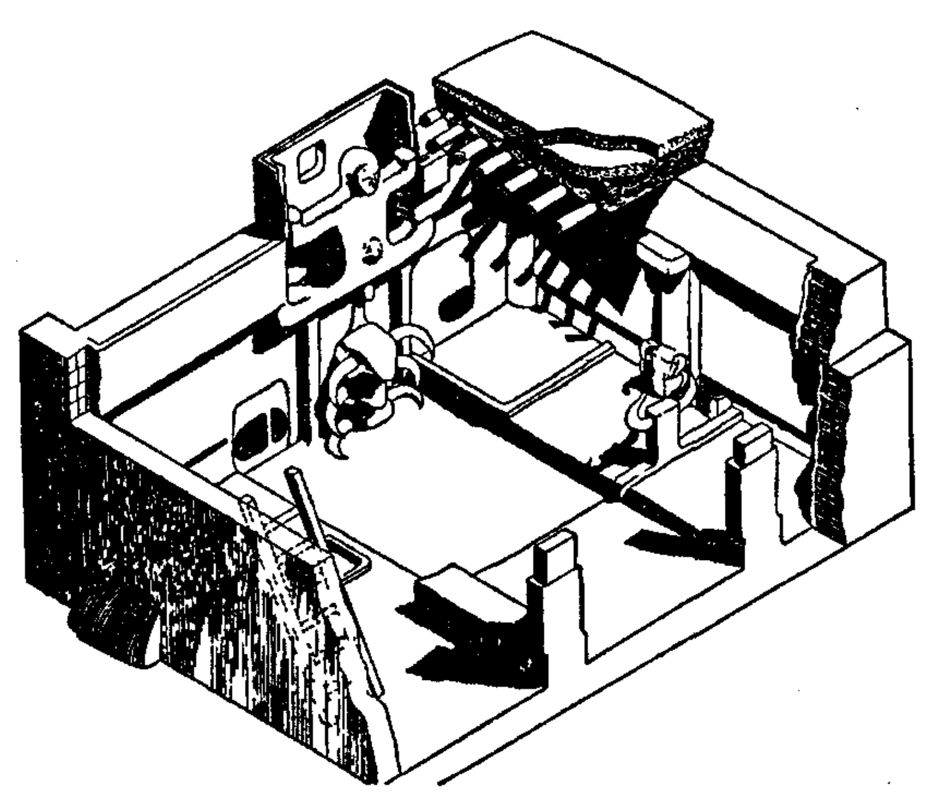
Cerca de dos volcanes en actividad, Catal Höyük ejerció una especie de monopolio sobre el comercio de obsidiana con el oeste de Anatolia, Chipre y Levante. Adquiere, a cambio, el hermoso sílex de Siria, muchas conchas del Mediterráneo, todo tipo de piedras, alabastro, mármol, caliza negra, y, procedentes de las montañas más cercanas, ocre, cinabrio, cobre nativo e incluso mineral de cobre. Todos estos materiales alimentan una artesanía ya refinada: como un puñal ritual de hoja de sílex y mango de hueso trabajado, cuyas espirales representan una serpiente enroscada sobre sí misma. Data de comienzos del sexto milenio. Mucho antes de esta fecha, todos los pequeños objetos que acompañan a los muertos, las innumerables jabalinas, lanzas y puntas de flecha, los espejos de obsidiana pulida, los collares de perlas finamente perforadas, talladas en piedra oscura, apatita azul o conchas, los colgantes de obsidiana o de cobre, las perlas de metal (cobre y plomo), recipientes de hueso, de madera, de cuerno, tejidos de gran finura, probablemente de lana, nos hacen pensar en una artesanía especializada.

[10] Como para Jericó (véase más arriba), se cuestiona el termino ciudad (J G)

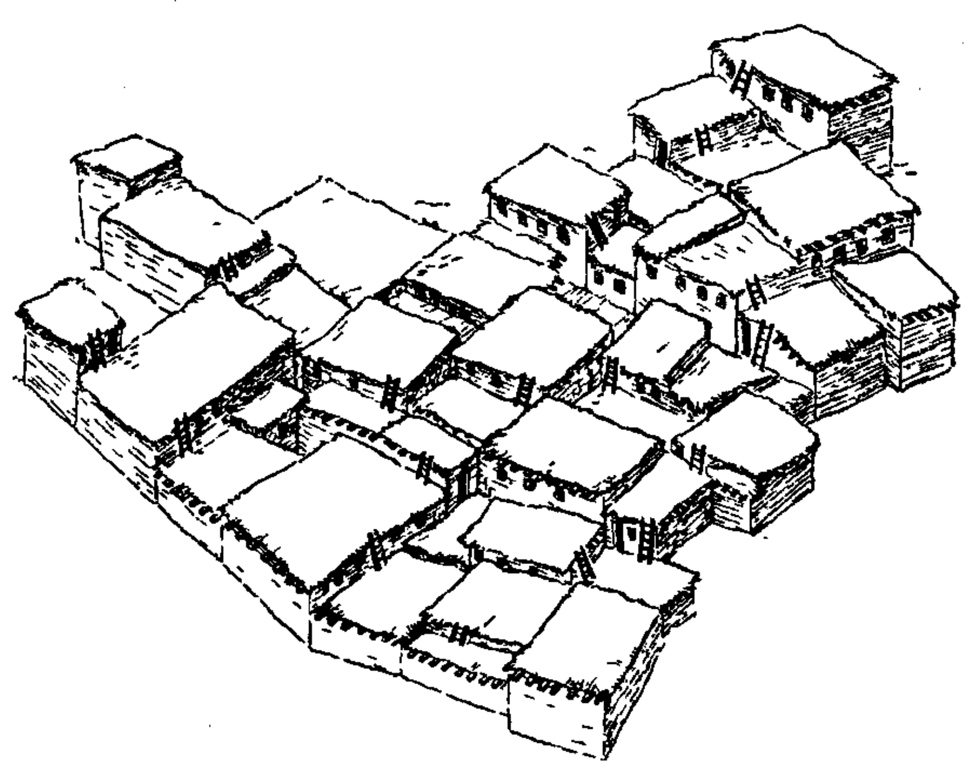
[11] Se cree que los bóvidos de Catal Höyük estaban en proceso de domesticación La cronología de la emergencia de los bóvidos domésticos en Oriente Próximo es un tema de debate (J. G.)

Finalmente, la cerámica todavía burda del séptimo milenio se va refinando progresivamente, cerámica roja u oscura, alisada, gamuzada y salpicada de colores. En la fase final, que las excavaciones no han descubierto todavía, pero que conocemos por Hacilar, aparece la alfarería pintada, rojo sobre fondo crema, o blanco sobre rojo (mediados del sexto milenio).

El interés excepcional de Catal Höyük está básicamente en el arte sacro. Se ha encontrado un material particularmente rico en los niveles sucesivos de los diferentes santuarios, numerosas esculturas, de piedra, de alabastro, de mármol, de terracota, relieves, pinturas también, extendidas con pincel sobre un revestimiento de yeso fino, las primeras que se conocen sobre muros construidos por la mano del hombre. La diosa de la fecundidad, divinidad esencial de los cultos neolíticos, aparece en mil formas: jovencita, mujer embarazada de formas densas, que recuerdan las Venus paleolíticas, o pariendo un toro (símbolo del dios masculino, generalmente representado por una cabeza de toro o por una fila de cuernos, casi nunca bajo una apariencia antro-pomórfica).



Interior de un santuario: vemos a la diosa pariendo un toro, banquetas, cuernos alzados y la escalera que permite alcanzar la terraza superior (dibujo basado en J Mellaart)



La aglomeración, formada por viviendas adosadas agrupadas en pequeño número alrededor de varios santuarios. En el lado que daba al exterior, las paredes formaban un frente continuo que protegía el pueblo de los merodeadores. La ausencia prácticamente total de puertas hace suponer que se circulaba por las terrazas y no al nivel del suelo (dibujo de Laure Nollet)

La religión paleolítica aflora con toda su imaginería antigua: frescos murales y relieves que representan animales, toros, carneros, vacas, gamos, jabalíes, leopardos (animal sagrado de la diosa); motivos de manos, pintadas en positivo o en negativo, como en el arte mural hispanofrancés, que cubren todo un paño de pared en un santuario, asociadas a senos de mujer y a cabezas de toros; escenas de caza, bailarines vestidos con pieles de leopardo, ritos funerarios en los que intervienen sacerdotes disfrazados de buitres... Efectivamente, los muertos se abandonaban a las aves de presa que los descarnaban. Luego se vestían los esqueletos con su ropa y se enterraban con sus bienes terrenales en la misma casa en la que habían vivido, e una de las plataformas sobreelevadas que se encuentran en cada vivienda, los amplios bancos de obra en los que se sentaban, trabajaban e incluso dormían, como en las antiguas casas chinas... Bajo el banco principal de la casa, en el lugar de honor, se entierra a las mujeres, signo de una sociedad en la que reinan las madres, las sacerdotisas y las diosas.

Me parece que este arte sagrado de Catal Höyük, menos bello y poderoso que el de los cazadores magdalenienses, pero enmarcado en una evolución continua, iluminado por ella, podría aportarnos algún día, por comparación, con conocimientos precisos sobre las religiones neolíticas de Oriente Próximo, una explicación plausible de los enigmas anteriores que plantean los cultos paleolíticos occidentales.

## 4. Para concluir

Las innovaciones del Neolítico se produjeron, de acuerdo con nuestros conocimientos actuales, en puntos minúsculos, alejados unos de otros, aunque todos ellos irradiaron más o menos. ¿Podemos decir que estos puntos están dispuestos como un reguero de pólvora que se prende y lleva el incendio hasta lugares alejados? Esta imagen no conviene a la lenta propagación de la agricultura y la ganadería. La «neolitización» viaja dando pequeñísimos pasos desde sus focos orientales. No la recibirán en todas partes de la misma manera: regiones completas del Mediterráneo y de Europa se quedarán durante mucho tiempo atrasadas. Incluso en Oriente Próximo, harán falta veinte o treinta siglos para llegar a las grandes civilizaciones de Mesopotamia y de Egipto.

Lo que me cautiva en estos primeros microcosmos, en particular en Catal Höyük, es que su evolución llega ya a evidencias urbanas. Independientemente de lo que se haya dicho, no son aldeas grandes, nacidas de la agricultura, la ganadería y la sedentarización. Afirman su presencia una división interna del trabajo y un comercio con tierras lejanas, decisivo en mi opinión, por no hablar de la organización social que representa toda vida religiosa sometida a ritos estrictos: cada santuario de Catal Höyük es el centro de un barrio diferenciado. Sin duda, estas ciudades no duraron: la experiencia, en un momento dado, recibió un golpe mortal, pero había empezado a existir, como prefiguración del futuro. A partir de ese momento, la suerte estaba echada. Catal Höyük y Hacilar desaparecerán pura y simplemente; Jericó se hundirá en la mediocridad; Jarmo sólo durará unos siglos y nunca pasará de ser una aldea. Sin embargo, la primacía de los mares, de las tierras, de los hombres de Levante ha quedado fijada para los milenios venideros, victoria geográfica, espacial, la más duradera de todas. Allí es donde, a pesar de los accidentes locales, se encenderá la civilización, estableciendo sus primeras superioridades. El Mediterráneo, a partir de ese momento, se volverá cada vez más hacia esta luz. Para él será un tropismo de larga duración.

El mar conoce así, desde el alba de su protohistoria, estos desequilibrios, estos motores que acompasarán su vida entera. Contrastes Norte-Sur, de los que ya hemos hablado, contrastes Este-Oeste, que se presentarán muy pronto como desfases, y después como conflictos vivos entre civilizaciones.

## *Capítulo III. El doble nacimiento del mar*

La revolución neolítica, tal y como la hemos definido —campos, plantas, animales, alfarería, tejidos, aldeas y pronto ciudades—, se extiende, entre los milenios quinto y tercero, por gran parte de los espacios del Mediterráneo. Para el mar, es una suerte que esta primera extensión que desemboca en las grandes civilizaciones de los milenios cuarto y tercero se haya realizado en sus mismas orillas, o cerca de ellas. Estos cambios se acompañaron con una revolución de los transportes por vía terrestre y acuática. Las costas y los ríos fueron poco a poco conquistados por la navegación entre el lejanísimo décimo milenio (límite oscuro) y el segundo.

Sociedades cada vez más densas y complicadas desarrollan sus empresas, mientras que el mar se puebla con barcos cada vez más numerosos. Esta doble historia, que después de todo sólo es una, dio por primera vez un rostro al Mediterráneo de la historia.

### 1. Mesopotamia y Egipto empiezan a vivir

El agua salada lleva retraso sobre los milagros del agua dulce de los ríos. La domesticación del Nilo, del Tigris, del Eufrates son responsables de Egipto y de Mesopotamia, estos monstruos económicos culturales y ya políticos antes incluso del tercer milenio. Se trata sin embargo de espacios minúsculos: el Alto Egipto ocupa 12.000 km², el Bajo Egipto 11.000; Mesopotamia, medida en sus jardines fértiles, de 20 a 25.000 km² de tierras de regadío. Y sin embargo, sobre estas módicas superficies tuvo lugar una agrupación inédita de hombres y de medios. Alrededor del eje Egipto-Mesopotamia, durante siglos, girarán Oriente Próximo y sus mares activos, creando un universo frágil pero poco a poco coherente.

## Comparar para comprender

La civilización, en sus primeras formas *masivas*, comienza al mismo tiempo, o casi, en Mesopotamia y en Egipto, en el cuarto milenio. Aproximadamente mil años más tarde (lo que en aquella época de evolución lenta no parece demasiado tiempo), surge también en las lejanas orillas del Indo, y sin duda en China. El fenómeno no aparece en un mismo momento de la historia del mundo, como si la civilización hubiera estado «en el aire», a disposición de todos. En todos y cada uno de los casos, la historia vuelve a empezar en lo esencial.

Estas civilizaciones nacen a lo largo de ríos que hubo que disciplinar para lograr, con el riego artificial, el control de las tierras limosas, fáciles de cultivar, de una fertilidad de renovación espontánea. El resultado está a la medida de los esfuerzos: el nacimiento, al mismo tiempo, de una fuerza global sin igual y de un sometimiento evidente de los individuos. Estas disciplinas sólo se pueden levantar con redes de ciudades que nacen de los excedentes agrícolas de los campos cercanos. Estas ciudades existen en un principio por ellas mismas; su actuación egoísta sólo influye a poca distancia. Son como avispas agresivas que hubo que dominar, reducir a la obediencia para incorporarlas a una colmena de abejas. Básicamente, la operación que triunfa en Egipto no tendrá demasiado éxito en Mesopotamia. Es un rasgo distintivo de sus historias respectivas.

Además, para que el diálogo desigual entre la ciudad y el campo se hiciera realidad, fueron necesarias una cierta modernidad de los vínculos económicos, división del trabajo, obediencia social basada en una religión exigente, realeza de derecho divino. Todos estos elementos: la religión, la realeza, el príncipe, la ciudad, las acequias de riego, la escritura, sin la que no es posible transmitir ninguna orden ni llevar ninguna contabilidad, tuvieron que crearse de la nada.

El resto es fácil de deducir. Estas sociedades urbanas tuvieron necesidades imperiosas: sal, madera para construcción, piedra (incluso la más corriente). Luego, como toda sociedad que se sofistica y se perfecciona, se crean nuevas necesidades que pronto se hacen indispensables: oro, plata, cobre, estaño (indispensable para la aleación del bronce), aceite, vino, piedras preciosas, marfil, maderas exóticas... La sociedad rica irá a buscar estos bienes muy lejos, por lo que el abanico de los tráficos se abre muy pronto de par en par. Se da así una ruptura de círculos económicos que, en otras condiciones, hubieran podido cerrarse sobre ellos mismos. Se organizan actividades viarias: caravanas de asnos de tiro, vehículos (el pesado carro de cuatro ruedas aparece en Mesopotamia en el cuarto milenio, aunque era poco manejable), buques mercantes de carga, a vela o a remo.

## Mesopotamia arranca la primera: ¿es un dato importante?

La práctica unanimidad de los especialistas permite hablar de una prioridad mesopotámica. Es la primera, antes de Egipto, la «isla fluvial» entre el Tigris y el Eufrates que conoce el arado, la rueda, la escritura, más adelante la moneda. En los tiempos más remotos, en vísperas del tercer milenio, Egipto

parece haber tomado de su lejana rival los sellos cilindricos, los muros de ladrillo con salientes y entrantes, una serie de temas artísticos, en particular el de los monstruos heráldicos, palabras tan importantes como *Mr*, la azada, y quizá la palabra clave de *Maat* (justicia, verdad), la forma de sus barcos, se decía (ahora no es tan seguro). Estos datos, discutibles en sí, no resuelven el debate. Hubo civilizaciones más abiertas a los préstamos que otras, sin ser por ello inferiores o menos precoces. Una vasija de piedra esculpida en hueco, que data de finales del cuarto milenio, descubierta por Keith Seele, una vasija gerzeense de la misma época, en el *British Museum*, representan barcos del Nilo *tan antiguos* como los que aparecen en los sellos cilindricos de Mesopotamia, con la misma forma, y probablemente una vela más evolucionada. Un especialista observa, con razón, que sería insólito que Egipto, en contacto directo con la Mesopotamia de los milenios cuarto y tercero, no haya tomado prestada la rueda y el carro, conocidos en Sumer, que no adoptará hasta el segundo milenio, cuando los hicsos invadan el Delta con sus carros y sus caballos. Al estudiar la serie de las relaciones culturales y comerciales en Oriente Medio, este mismo especialista concluye que las dos civilizaciones nunca mantuvieron relaciones importantes, salvo a través de intermediarios, como las ciudades de la costa siriolibanesa.

En cualquier caso, el desarrollo de la civilización nilótica, hacia el 3000, presenta el ritmo y los síntomas de una «mutación brusca». A falta de «invasión masiva de asiáticos que se precipitan sobre Egipto», hay quien lo atribuye a la «infiltración de pequeños grupos de inmigrantes y... de artesanos», a una especie de «influencia catalizadora sobre el reino nilótico en vías de formación» en el momento en que se realiza de golpe la unificación política con los primeros faraones. Puede ser. Ni siquiera la hipótesis que atribuye estas infiltraciones a mesopotamios que «rodearon por mar la península arábiga» hacia el 3200, tiene en sí nada de imposible. No obstante, si una influencia asiática fue tan vital y determinante, ¿no es sorprendente que la cultura egipcia revele, desde sus primeros pasos, un estilo propio original, al que no renunciará, por así decirlo, nunca? Pronto se revela como «monolítico, singular... reacio al diálogo». La paleta de Narmer, uno de los ejemplos más característicos del préstamo de un tema indudablemente mesopotámico (dos animales fantásticos con largos cuellos entrelazados), no tiene de mesopotámico más que el tema y ya presenta, en la expresión formal, los rasgos y convenciones que dominarán el arte egipcio durante tres milenios. El brazo que alza Menes-Narmer victorioso para atrapar a su enemigo derribado tiene el mismo gesto que el de Tutmosis III, quince siglos después, en el templo del dios Amón en Carnac...

Por lo tanto, una filiación de la civilización egipcia es dudosa, aunque es probable una prioridad mesopotámica. ¿Por qué una civilización precedió a la otra? ¿Por qué precisamente allí? La explicación sería muy sencilla si nos fijáramos en la situación geográfica recíproca de Mesopotamia y de la zona estrecha que conoció los primeros progresos neolíticos.

Evidentemente, tenemos Mesopotamia y Mesopotamia. El riego artificial y sus milagros se establecerán en el espacio de la Baja Mesopotamia, y sólo a partir del quinto milenio. La Mesopotamia del Norte es una zona seca junto al Eufrates, más húmeda felizmente a medida que avanzamos hacia el este, acercándonos a los

cursos de agua y a los manantiales de las montañas de Armenia y las estribaciones de los Zagros. País de colinas y de mesetas bajas, en realidad es una parte de lo que hemos descrito como Creciente Fértil. La propagación de la agricultura y de la ganadería, a partir de sus primeros y muy antiguos puntos de origen, acabó abarcando toda la zona entre el norte de Siria y la meseta iraní, incluyendo la Alta Mesopotamia. Esta región no necesitó ir a buscar muy lejos los primeros rudimentos de la civilización. La experiencia también tuvo lugar allí.

En el Norte se desarrollaron las primeras civilizaciones mesopotámicas, conocidas por sus bellísimas cerámicas pintadas: Hassuna (hacia el 6000), seguida por Samarra (hacia el 5500) y Halaf (hacia el 5000). El esquema, visto de cerca, es bastante complicado y los orígenes diversos: por ejemplo, la cultura de Halaf no se deriva de los dos grupos anteriores y se superpone, en algunas zonas, a la influencia todavía viva de Samarra. Lo que se observa claramente, en cada ocasión, es la existencia de una zona de intercambios, materializada, ante todo, por la zona de dispersión de una cerámica característica. Vemos así que las cerámicas de Hassuna y de Samarra se circunscriben al norte de Irak, que la zona de difusión de Halaf es mucho más amplia, entre el Eufrates y el Gran Zab, un afluente del Tigris. En los confines iraníes, en Arpachiya en particular, es donde el arte de la cerámica se desarrolló con especial perfección y sin duda en las fronteras sirias —donde encontramos a un tiempo reminiscencias de Samarra y fuertes tradiciones metalúrgicas locales, en las cercanías de los centros del Amuq y de Mersin— es donde Halaf desarrolla el uso del cobre.

Estos fogonazos sucesivos se explican bastante bien, y en el fondo se parecen. La cosa cambia cuando se pone en marcha la colonización de la Mesopotamia del Sur, cuyos primeros restos se encontraron en el yacimiento meridional de Eridu, en los albores del quinto milenio, y más tarde en El Obeid y Uruk. La amplitud sin precedentes de la operación moviliza a muchos hombres, quizá excedentes de población de los diferentes centros de Mesopotamia, ciudades o aldeas superpobladas que abandonan los pioneros. Se suma una fuerte inmigración, decisiva, la de los propios sumerios, que dan su nombre —Sumer— al valle bajo emergido. Desgraciadamente, no sabemos nada o casi nada de este pueblo rigorista, inteligente, que sentará los sólidos cimientos de la civilización clásica de los dos ríos. Su idioma, su escritura que se ha descifrado, no nos entregan el secreto de sus orígenes. Antes se le decía originario del Turquestán, o incluso del Indo. Quizá sean simplemente agricultores procedentes del este de Irán, de la región de la futura Persépolis. Sus primeras cerámicas sugieren algunas influencias del norte mesopotámico, de Samarra y de Halaf, pero esta civilización meridional se desarrolló rápidamente, siguiendo su propio impulso, al hilo de un nuevo tipo de agricultura, creador de una forma de vida revolucionaria.

En realidad, los sumerios se habían instalado en tierras salvajes, inhóspitas. Ricas, sin duda, formadas por limos fáciles de remover y de sembrar, con rendimientos fabulosos (por cada grano plantado, más de ochenta cosechados, dice la Biblia), pero había que ganárselas a las aguas estancadas, a inmensas masas de juncos y cañas en las que abundan las aves acuáticas, los peces, los animales salvajes. El clima es tórrido, las lluvias escasas, las crecidas de los ríos tan catastróficas como la sequía. En un lecho sobreelevado por sus propios

sedimentos, corren sobre la llanura, entre taludes naturales creados por ellos mismos, pero que no bastan para contener sus desbordamientos irregulares, a menudo violentos, cuando se funden las nieves de Armenia. Entonces el agua se derrama por la llanura y cada depresión se convierte en una marisma. Para evitar que el agua arrastre sus plantaciones, los primeros colonos tuvieron que reforzar los diques naturales, excavar canales para derivar hacia estanques las aguas excedentarias, utilizar después estos depósitos para regar las plantas resecas por el verano. Todo ello exigió un trabajo encarnizado, que había que repetir día tras día bajo un cielo abrasador, además de múltiples conquistas técnicas, aunque sólo sea para excavar canales en voladizo, con sus aliviaderos, y para extender, cada vez más lejos de las orillas del río, el sistema de acequias. Los dioses tuvieron que ayudar: ¿no fue el dios pez de Eridu, Énki, quien reveló a los humanos los secretos de este dominio de las aguas?

Una vez domadas las aguas, la baja Mesopotamia se convirtió en el «jardín del Edén», en el que los hombres se agrupan cada vez más numerosos, en el que abundan los cereales, los árboles frutales, el sésamo (durante mucho tiempo, en Oriente Próximo, fuente de aceite esencial) y, maravilla de las maravillas, la palmera datilera.

De repente, el centro de gravedad de Mesopotamia se inclina hacia el sur. La civilización, radicada en el norte, ya sólo vendrá del sur y todos los centros frágiles y precoces de antaño desaparecerán, barridos por el reflujo de esta civilización masiva del valle bajo, victoriosa y naturalmente agresiva.

**En Egipto, problemas similares**

Tampoco Egipto encontró en su gran río un aliado perfecto. Tuvo, si no que conquistarlo, por lo menos que acondicionarlo, tratando de aumentar la zona de tierra cultivable que cubría y descubría la inundación natural del Nilo. La situación no es idéntica a la del Eufrates. Egipto no es, ni será nunca (y a la inversa) Mesopotamia.

En primer lugar porque, desde un principio, está modelado por un desierto cuya aridez lo envuelve, lo secuestra. La sequedad progresiva del clima, acentuando el avance de las arenas del Sahara, a partir de los milenios séptimo y sexto, dio realmente forma a Egipto. Poblaciones mestizas (braquicéfalos, dolicocéfalos, negroides, mediterráneos, más algunas muestras de la raza de Cro-Magnon) se precipitaron desde el sur, el este, el oeste, chocando en algunos casos. Se refugiaron cerca del agua indispensable para la vida. Así nacen los distritos o cantones independientes del primer Egipto, los futuros *nomas*.

Tampoco en este caso se controla el agua desde un principio. Si el Nilo se empobreció con el avance de la sequía, si llegó a perder algunos de sus afluentes, no deja de ser un monstruo de la naturaleza, una potencia diluvial. Como en los ríos mesopotámicos, su lecho está sobreelevado y ha levantado, en ambas orillas, taludes de tierra blanda, por encima de los cuales se desborda cada año, dejando tras él, cuando vuelve al lecho, estanques y marismas. En cada depresión, el agua

se infiltra, se estanca. El lago de El Fayum constituye, antes de su saneamiento, un enorme pantano tapizado de plantas acuáticas. La zona rica por excelencia del delta del Nilo, en proceso continuo de construcción, es un dédalo de lagunas, de islas bajas anfibias, de manglares, paraíso de animales salvajes, refugio a lo largo de todo el pasado egipcio de hombres en busca de libertad. En los magníficos bajorrelieves que adornan las tumbas de Saqqara (hacia el 2500 a. C), los cazadores se deslizan sobre sus barcas planas entre un pulular de animales (peces, cocodrilos, hipopótamos, una multitud de aves acuáticas que revolotean, ibis, garzas, patos, martines pescadores). Hombres y animales se deslizan entre los altos muros de papiros, cuyos tallos acanalados, inmensos, innumerables, son el fondo habitual de las escenas de caza en el Delta. Sobre sus amplias sombrillas los pájaros instalan sus nidos. Mil años más tarde, el marco es el mismo en los frescos de vivos colores de la dinastía XVIII: las mismas cazas, las mismas malezas impenetrables, las mismas barcas ligeras de papiro, con sus tallos atados en haces gruesos, las mismas aves con alas desplegadas, los mismos temibles hipopótamos sumergidos en el fondo de las aguas pantanosas. Tras estas imágenes está la naturaleza salvaje del Egipto primitivo, su hostilidad hacia el hombre.

A diferencia del Eufrates o del Tigris, la crecida regular del Nilo, más o menos entre el solsticio de verano y el equinoccio de otoño, permite un calendario agrícola previsible. Esta crecida lo proporciona todo: el agua, el limo negro, y está limitada por la propia naturaleza al valle del río, cerrado a uno y otro lado por los relieves desérticos, el Arábigo al este, el Libio al oeste. En Egipto no hay que detener o controlar la inundación como en Mesopotamia, sino simplemente dirigirla.

No obstante, el trabajo prodigioso de los hombres consistió en rellenar las depresiones pantanosas, en reforzar los taludes de las orillas, en cerrar el valle con diques transversales, de un desierto a otro. La doble cinta de los cultivos de cada orilla se divide en campos inundados, cerrados por diques. En su momento, se abren los taludes y se vuelven a cerrar cuando los campos están cubiertos de agua limosa, con una altura de uno a dos metros. Quedan sumergidos durante al menos un mes y luego el agua se evacúa por gravedad, de un campo a otro. De esta forma, salvo el inmenso trabajo de los diques, que no hay que subestimar, las cosas se hacen prácticamente solas; el agua riega, fertiliza, prepara la cosecha, todo al mismo tiempo. Las primeras «máquinas» inventadas para el riego artificial aparecerán en Egipto en época tardía: el *chadouf*, importado quizá de Mesopotamia, donde ya se conocía en el tercer milenio, hacia el 1500; la *noria*, que llegará con los persas en el siglo VI; el *tornillo de Arquímedes*, regalo de los griegos hacia el 200 a. C. Egipto no necesitará por mucho tiempo estos perfeccionamientos, pues las obras hidráulicas del Nilo eran suficientes.

Los textos mesopotámicos revelan un trabajo bastante más complicado. El riego es cien veces más artificial que en la cuenca del Nilo. Hay que vigilar constantemente los niveles, «abrir» un canal, «conectar» el agua, evacuarla hacia los pantanos o los estanques si llega en exceso, regar en un sentido, luego en el otro, luchar sin cesar contra el crecimiento maléfico del carrizo, la hierba y el lodo, que obstruyen las acequias, labrar si es necesario para que el agua penetre en la tierra («sacar los bueyes para regar el suelo»). Las cartas que dan las órdenes

necesarias, o relatan los trabajos realizados, están llenas de vivas imágenes. Podemos concluir con Maurice Vieyra (1961): «Egipto: don del Nilo; Mesopotamia: obra de los hombres.»

**Otros avances: el torno de alfarería**

La victoria sobre el agua se acompaña con otras victorias, otros progresos. Empecemos por los más sencillos.

Por ejemplo, el invento del torno de alfarería, en la Baja Mesopotamia, con la primera mitad del cuarto milenio. Cosa curiosa, esta primera alfarería torneada parece desdeñar de repente la belleza: es muy sencilla, lisa, beis o amarillo claro (dos o tres siglos más tarde se enriquecerá con un engobe rojo o violeta, siempre liso). Es el llamado estilo de Uruk, que hacia 3400 sustituye en los mismos yacimientos a los decorados sencillos pero delicados de la cerámica antigua de Eridu y de El Obeid, o a la hermosa alfarería de la Susiana, tan imaginativa. Esta producción pobre y sin demasiado encanto invade toda Mesopotamia, donde las grandes tradiciones de la cerámica pintada desaparecerán de forma prácticamente definitiva.

¿No es lógico, después de todo? Uruk es ya una ciudad *enorme*, para la época, por supuesto (quizá 20.000 habitantes); se relaciona con otras ciudades importantes del río y acaba de acceder, con el torno, a la alfarería «industrial», producida en abundancia, a cargo sin duda de una mano de obra menos fina que la de antaño. Esta cerámica sin decorar se extiende por todas partes en grandes cantidades, tanto en el sur como en el norte de Mesopotamia, sin más esfuerzo que la diversificación de las formas. Ha llegado lo «funcional». En esta segunda mitad del cuarto milenio, la inventiva, la imaginación, el gusto, se perpetúan entre los alfareros del vecino Irán, a veces en aldeas en las que la pobreza relativa es asombrosa, pero no en las grandes ciudades de Mesopotamia, en la vanguardia del progreso. Siempre que encontramos en territorio mesopotámico una producción local en la que el alfarero apela al arte del pintor, casualmente siempre es en las regiones directamente en contacto con Irán. Es el caso de la alfarería roja y negra de la época de Jemdet Nasr (hacia el 3200), relacionada con esta «cerámica escarlata» del valle de la Diyala que encontramos tanto en yacimientos iraníes como, incluso hacia el 2800, en las ciudades mesopotámicas (como Musian), cerca de la Diyala. Por ejemplo, el estilo llamado Ninivita V, que se extiende hacia el 3000 en la región que más tarde será Asiria, en la salida de los desfiladeros que conducen a Azerbaiyán.

En Egipto, asistimos a una interesante competencia de la piedra y del barro. Durante todo el cuarto milenio, y más tarde, la alfarería a mano había refinado progresivamente sus procedimientos de cocción, sus colores, sus decorados. Simultáneamente, los recipientes de piedra pulimentada, que exigen tantas horas de trabajo, se convierten en un lujo raro, aunque la técnica de las herramientas de sílex tenga entonces una precisión y una seguridad magníficas (por ejemplo, la perfecta regularidad de la hoja del cuchillo de Gebel el-Arak,

tallada de acuerdo con el procedimiento de la ondulación). Con el último periodo del Predinástico, más o menos en el momento en que Mesopotamia se pone a utilizar con regularidad el torno de alfarero, Egipto inventa un berbiquí de piedra accionado por una manivela. Permite vaciar rápidamente, con mucho menos esfuerzo, un bloque de piedra, dando lugar a la época más hermosa de copas y vasos de piedra egipcios, en diferentes materiales, unos más bellos que otros. Al mismo tiempo, a partir del 3200, el estilo de la cerámica se deteriora, el decorado desaparece, la forma se vuelve utilitaria. El torno, cuyo uso no se generaliza hasta el 2600, aunque su aparición haya sido más precoz, provocará un aumento de la fabricación de alfarería, sin devolverle no obstante su nobleza. Se imponen formas especializadas, estereotipadas, en función del uso del recipiente. En general, ningún decorado. Si por causalidad una pieza de ceremonia se adorna con alguna policromía, se trata de una pintura frágil, aplicada *después* de la cocción, que se borra sólo con agua. Lo que se llama loza egipcia, tan famosa en el Imperio Medio, que recorrerá los mares, es un esmalte vitrificado, cocido al horno sobre un soporte de piedra o de polvo de piedra aglomerado, generalmente moldeado. La pobreza de la alfarería en Egipto explica la enorme fama que tuvieron las cerámicas cretenses y micénicas de importación, a partir del siglo XV.

**Avances de la agricultura y la ganadería**

Otros progresos, más importantes, afectan a la agricultura y la ganadería. Es imposible juzgar en este campo lo que corresponde a la intervención de los primeros agricultores de las colinas o a los inventores de los grandes cultivos de la llanura. Lo que está claro es la mejora constante de las especies de cereales, de árboles frutales, del olivo, la vid, la palmera. Las domesticaciones animales se multiplican. En Mesopotamia, heredadas del Neolítico, o más recientes: el perro, el cordero, la cabra, el cerdo, el buey, el onagro y más tarde el burro (no autóctono), finalmente el caballo y el camello, importados, uno de las estepas nórdicas y otro de Arabia, por lo que reciben el nombre de «burro del Norte» y «burro del Sur».

Egipto domesticó o incorporó las mismas especies, o especies similares, más algunas otras que ofrecía la fauna africana. Multiplicó las experiencias, algunas aberrantes: el pelícano, el guepardo, la garza, la grulla, el antílope, la hiena, la gacela; otras que serán un éxito definitivo: el gato, la oca del Nilo, cuyos rebaños vemos en tantos bajorrelieves del tercer milenio, la paloma, la gallina (que no aparece hasta el 1500 a. C; los anales de Tutmosis III hablan de esta ave extraordinaria que pone huevos en cualquier momento del año).

Más que el éxito, en el tercer milenio, del burro de carga (llegado de África, a través de Egipto), el paso decisivo, en Mesopotamia, se dio al enganchar los bueyes al carro y al arado. Especie de azadón tirado por una yunta, el arado, una simple reja, se identifica en Mesopotamia en sellos del cuarto milenio, pero podrían haber existido mucho antes arados de madera con punta de metal, e incluso de sílex, incluso en el Creciente Fértil. En Egipto, donde el arado aparece

en el cuarto milenio, el grano se siembra a voleo, se entierra con el laboreo o con el paso de los animales; en el segundo milenio, en Mesopotamia, se fijará una especie de depósito vertedor al mango del arado: el grano cae en el surco que se abre, y una rastra posterior lo cubre.

¿Hay que hablar de revolución del arado? Sería tentador. El resultado es una aceleración, una extensión de los cultivos, incluso en tierras mediocres, una mayor facilidad para cultivar un mismo campo, practicando un barbecho corto. El barbecho largo, productor de árboles o de arbustos, es obra del fuego. Éste no destruiría la hierba que cubre el barbecho corto. Hace falta un arado para desherbar. Estos progresos supusieron un aumento de las bocas para alimentar, a menos que no haya sido ésta la causa que exigió una nueva técnica.

Otra consecuencia: las mujeres habían reinado hasta entonces sobre los campos y jardines de cereales, que dependían de su trabajo con la azada y de sus cuidados. El hombre se había dedicado a caza, y después a la ganadería. Ahora le vemos apoderarse del arado, conducirlo. La sociedad pasa así del matriarcado al patriarcado; del reinado omnipresente, obsesivo de las diosas madres, de los cultos inmemoriales de la fecundidad a cargo de sacerdotisas en las comunidades neolíticas, a los dioses y sacerdotes que dominarán en Sumer y en Babilonia. ¡Menudo ejemplo de determinismo si así fuera! No obstante, la diosa madre conservará un papel importante, incluso después de la aparición del arado de vertedera, y reinará durante mucho tiempo más, en particular en las religiones del Egeo, en Creta y más adelante en Grecia. No cabe duda de que en estos campos la evolución ha sido demasiado complicada y lenta para encerrarse en una fórmula, sea la que fuere. El ganado mayor (burro, buey, luego caballo y camello) tardó siglos en implantarse. El trabajo de los metales, trabajo noble, reservado a los hombres, también hará inclinarse la sociedad y sus creencias hacia el polo masculino, «de una reina como la Tierra Madre —escribe Jean Przyluski— a un rey como Júpiter». También harán falta siglos de connivencia social. En el mito babilónico, el dios solar Marduk debe matar al terrible dragón femenino, Tiamat, para crear con su cuerpo el cielo y la tierra. Sin embargo, la diosa Inanna seguía siendo en Sumer la reina de la fertilidad, a la que se ofrendaban todos los frutos de la tierra (vaso de Warka).

**El tejido**

En el tejido, ¿gana el progreso o la rutina? Sin duda ambos. El tejido es una técnica muy antigua. La encontramos en Catal Höyük o en Jarmo desde el sexto milenio. Probablemente se remonta más todavía. Su técnica se asemeja mucho a la de la cestería, conocida desde el Paleolítico. Podemos suponer que, a partir de ese momento, el tejido pudo aparecer siempre que se presentaba la materia prima adecuada.

No es extraño que en Anatolia y en el Creciente Fértil aparezcan tejidos de lana en las tumbas contemporáneas de la domesticación de la oveja y de la cabra; que en Egipto, el tejido del lino se remonte al menos al sexto milenio, mucho

antes de las primeras dinastías. Hay que dejar de lado el algodón: utilizado en primer lugar por las antiguas civilizaciones del Indo, no llegará a Mesopotamia hasta el primer milenio, en tiempos de Senaquerib, y en Egipto sólo se verá en forma de telas importadas de colores vivos. El pelo de cabra sólo se utiliza para la confección de sacos o de arreos para los animales. El lino y la lana son los dos textiles esenciales desde siempre. Egipto se limita prácticamente al primero, Mesopotamia utiliza uno y otro y compara sus méritos respectivos.

El hilado y el tejido desarrollaron muy pronto todas sus posibilidades. Un fragmento de tejido de lino egipcio, de 3.000 años más o menos, tiene, por centímetro cuadrado, sesenta y cuatro hilos en la urdimbre y cuarenta y ocho en la trama. ¿Hay quién dé más? Por otra parte, las técnicas no cambian nada, independientemente de la antigüedad de los documentos iconográficos que manejemos. Hilar la lana o el lino obliga, a partir de una madeja de lana o de lino bruto, a desenredar el copo, colocado en el suelo o en un recipiente, obteniendo los hilos que se retorcerán con el huso. Con unos veinte siglos de intervalo, las hilanderas del Diyala que manejan el huso desde los flancos de un vaso, o una mujer de Susa ocupada en la misma tarea, sentada en un taburete, realizan exactamente los mismos gestos. Las egipcias hilan siempre de pie, incluso subidas a un taburete de madera, para aumentar la distancia que separa el copo de los dedos de la hilandera, dando más juego al huso.

La novedad, en estos inicios de la civilización egipcia y mesopotámica, es el aumento brusco de la producción. Incluso en las orillas del Nilo, donde la desnudez de los cuerpos es frecuente, el consumo no deja de crecer a medida que la vestimenta se convierte en un signo de diferenciación social. A partir del Imperio Nuevo, el taparrabos masculino —vestimenta tradicional que siempre será en el arte egipcio la de los dioses y los faraones— sólo lo llevan los hombres del pueblo. Las personas de calidad tienen varios taparrabos y túnicas superpuestos, a menudo plisados; las mujeres ya no se contentan con la estrecha túnica de tubo que llevaban, la cubren con amplios ropajes de lino de color, con finas transparencias (hasta entonces, hombres y mujeres se vestían con lino blanco). Las momias también necesitan metros y metros de tela. Finalmente, los linos egipcios son famosos en el extranjero y se exportan con profusión. Este comercio exterior es un monopolio real.

En Mesopotamia, los tejidos, sobre todo de lana, constituyen desde el tercer milenio uno de los artículos esenciales de las exportaciones; ya en Ur existían talleres en los templos, que eran los centros del poder. Más adelante, el palacio real será el organizador de esta artesanía siempre activa.

Nada indica hasta qué punto el tejido, modesta profesión, casi siempre reservada a las mujeres o a miserables prisioneros de guerra, implica en realidad la organización de la sociedad y la economía en su totalidad.

### La madera, material decisivo

El enorme lugar que ocupa la madera en la economía egipcia no puede sorprendernos. Por una parte, su uso es múltiple, cotidiano, como lo es en todo el mundo, como lo será en Europa hasta el siglo XIX después de Cristo, e incluso más tarde. Por otra parte, las tierras limosas, que tantas ventajas tienen, están completamente desprovistas de este material de base. Podemos contar, dice un asiriólogo, las especies de árboles útiles en Mesopotamia con los dedos de una sola mano. ¿Qué se puede hacer en la práctica a partir del sauce o del tronco fibroso de la palmera? En Egipto, sólo el sicómoro y la acacia proporcionan una madera dura. Nuevas especies se implantarán con el Imperio Nuevo: pino, tejo, limonero, haya, sin paliar con ello la escasez congénita. Para las vigas, las puertas, las columnas, los muebles, los barcos, las herramientas y los instrumentos de los artesanos, los sarcófagos, las esculturas, Egipto y Mesopotamia, desde los primeros tiempos de su existencia, tuvieron que recurrir a la importación.

Uno y otra conocen y codician los bosques de cedros y otras coniferas del Amanus y del Líbano. La leyenda mesopotámica ha convertido ya «la montaña de los cedros» en la vivienda de los dioses; «allí la sombra es bella y reconfortante» para Gilgamesh, el héroe fabuloso, y los grandes troncos se deslizan por el agua de los ríos «como serpientes gigantes», cuando Gudea, el rey sacerdote de Lagash los hace caer con su gran hacha para construir los templos de su ciudad. Igualmente maravillado, un viajero egipcio del siglo XIV antes de nuestra era describe el cielo, por encima del bosque libanes, «totalmente oscurecido de tantos cipreses, robles y cedros que florecen». Son razones suficientes para que las flotillas de veleros naveguen entre Biblos y el Delta, o remonten la costa siria hacia los puertos del norte, arrastrando tras ellos la madera que luego se enviará, con grandes esfuerzos, mediante un difícil viaje por tierra, hacia las ciudades mesopotámicas. La madera está en el origen de las primeras relaciones de Egipto con Siria, de las expediciones del faraón Sahura y de los «empresarios» de Elefantina hacia Biblos. Sargón llevó una guerra de la madera hasta el Mediterráneo. Extraña promoción de un material generalmente discreto cuando se trata de los capítulos de la gran historia. Así son las cosas: con las necesidades cotidianas, cuando se plantean de forma tan dramática, no se juega. La madera tiene que llegar como sea a Egipto, donde vemos tantos artesanos manejar la azuela, el martillo o las clavijas, antes de que aparecieran los clavos de cobre... La madera supone una ruptura obligatoria del aislamiento económico y, por esta brecha, se colarán muchos intercambios más. Pensemos en China del Norte, limosa, desnuda como la palma de la mano, que tiene que ir a buscar su madera al sur más remoto. Las mismas causas a veces producen los mismos efectos.

**El cobre y el bronce**

Con los metales llegamos a una línea divisoria significativa: en principio, hemos dejado atrás la edad de piedra. En realidad, la cosa no cambia de la noche a la mañana.

Los metales, el cobre nativo o el hierro de los meteoritos, se trabajaron muy pronto como piedras, con cincel y martillo. Sin embargo, el nacimiento de la metalurgia es la utilización de la fragua, el triunfo de la fundición. Comienza en el quinto milenio con la fundición del cobre, en Irán y en Cilicia seguramente, y quizá también en la llanura del Amuq y, más al norte, hacia Diyarbakir, «el país del cobre». Su éxito debió depender en parte de la calidad de los minerales, a menudo mezclados con arsénico en estas regiones. Ahora bien, el cobre fundido, si está puro, no se moldea fácilmente. Su metalurgia se transformará el día en que se le añada sistemáticamente estaño —de una forma empírica, espolvoreando el cobre en fusión con casiterita (óxido de estaño) mezclada con carbón vegetal. Esta excelente aleación —el bronce— aparece en Mesopotamia hacia el 2800, en Egipto hacia el 2000.

Demasiado escaso y demasiado caro, el bronce, que da su nombre a una edad de la historia de los hombres, sigue siendo un lujo durante mucho tiempo. Sólo algunas herramientas, los adornos y las armas de los poderosos serán metálicos, pues el común de los mortales no sale de la edad de Piedra. En Sumer, se seguía arrancando la lana de las ovejas en lugar de esquilarlas. Los egipcios utilizarán durante mucho tiempo cuchillos de piedra, como en las ciudades prestigiosas del Indo, donde las hojas que se han encontrado son de sílex negro.

En el trabajo de los metales (incluidos el oro y la plata), los artesanos se especializaron muy pronto. Los unos tratan el mineral, los otros el metal que se afina golpeándolo, triturándolo, con fundiciones sucesivas. En Mesopotamia, se han encontrado hornos de arcilla con tobera, con un fuelle (o quizá un atizador) que permite activar la combustión del carbón vegetal mezclado con el mineral; se han conservado también moldes, a veces de gres, en los que se colaba el metal fundido.

Sin duda alguna, los primeros herreros del cobre o del bronce ejercieron un oficio de lujo, diferente, con sus reglas propias, sus recetas, sus tradiciones, sus obreros independientes o itinerantes que, como en el África Negra en nuestros días, iban vendiendo sus productos o los fabricaban a medida. Los extraños objetos de metal descubiertos en las orillas del mar Negro, en la gruta de Nahal Mishmar, que datan del 3000 aproximadamente[12], se atribuyen a artesanos itinerantes de este tipo: armas, cetros, coronas, mazas de cobre con dibujos complicados y técnica perfecta, avanzados con respecto a los de la Mesopotamia de la misma época. El cobre lleva un fuerte componente de arsénico. Gordon Childe ve en la metalurgia la «primera ciencia internacional» de estos siglos remotos. Por eso encontramos curiosos parentescos, a veces con distancias enormes, entre objetos de cobre o de bronce.

Otro aspecto «internacional» de la metalurgia: las materias primas en forma de minerales o de metal bruto, deben adquirirse en lugares alejados. Mesopotamia busca el cobre en Capadocia, o en los montes Tauro, o a través de las islas Bahrein (que reciben el metal o el mineral de Omán). El estaño procede de Irán, la plata del Tauro. La búsqueda del metal, como la de la madera, obligó a las ciudades mesopotámicas a mantener un comercio con tierras lejanas, esencial

---

[12] Actualmente se consideran de alrededor del 4000 antes de nuestra era. (J. G.)

en la formación de una sociedad diversificada, con sus artesanos, sus transportistas, y ya una clase de mercaderes y de prestamistas. Egipto tuvo que buscar el cobre en el Sinaí, el oro en Nubia. Más alejado que Mesopotamia de los centros creadores y de los obreros ambulantes de la primera metalurgia, será lenta en adoptar sus técnicas. El Imperio Antiguo conoce, sin duda, magníficas piezas de orfebrería, de un trabajo tan bello como el de las copas y vasos de oro de Ur, tan sencillas y puras de línea, pero el trabajo del bronce no llegó a Egipto, si nuestras dataciones son exactas, hasta el final del tercer milenio.

**Las escrituras, las numeraciones**

La escritura es ante todo una técnica, un medio de memorizar, de comunicar, de encargar, de dar órdenes a distancia. Las sociedades con gran radio de influencia, los imperios, son hijos de la escritura. Ésta aparece en todas partes al mismo tiempo que ellos, de acuerdo con procesos similares.

En un principio, el *pictograma*, especie de protoescritura todavía inhábil, es un simple dibujo mnemotécnico, el contorno simplificado de un objeto. Existen varios sentidos posibles: «Cuando vemos... una cabeza de buey, ¿se trata de la cabeza del propio animal, o de uno de sus productos, o de sus cuernos, o de lo que podemos fabricar con ellos?» El sentido sólo estaba claro para los usuarios del momento. Porque el pictograma no corresponde con precisión a una palabra dada, diferenciada de las demás de forma definitiva. Entre los pueblos primitivos, incluso en nuestros días, existe este tipo de «escritura». Segunda etapa: el *ideograma*, figura estilizada que designa, pero de forma permanente, un solo y mismo objeto. Última etapa, *fonograma*, que traduce y expresa los sonidos de la lengua, los *fonemas*.

Esta descripción es una simplificación. En realidad, el ideograma no se elimina totalmente con el fonograma, cuya aparición señala una precisión creciente en la escritura, y no un sistema que sustituya al anterior. En egipcio, por ejemplo, la azada, *mer*, está representada por tres rasgos estilizados, que también designan el sonido *mer*, es decir, la palabra *canal* y el verbo *amar*. «En el primer caso, utilizado para significar azada, es todavía un ideograma; en el segundo, se trata de un fonograma.»

En Sumer, a finales del tercer milenio, cuando aparece la escritura llamada cuneiforme que el estilete del escriba, un junco tallado, inscribe en hueco sobre las tablillas de arcilla blanda, esta escritura combina ideogramas y fonogramas: es capaz de transcribir todos los sonidos del sumerio y, a pesar de algunas dificultades que persistirán hasta la invención revolucionaria del alfabeto, hacia mediados del segundo milenio, la escritura cuneiforme se utilizará para transcribir los fonemas de muchas otras lenguas (acadio, elamita, casita, hitita).

Con una evolución muy similar, Egipto pasó de la escritura *jeroglífica* a la escritura *hierática*, y más adelante *demótica*, que era mucho más cursiva y simplificada. En este punto cronológico de nuestras explicaciones, la que más nos interesa es la más antigua. Su nombre (*jeroglífico*, escritura sagrada) viene de los

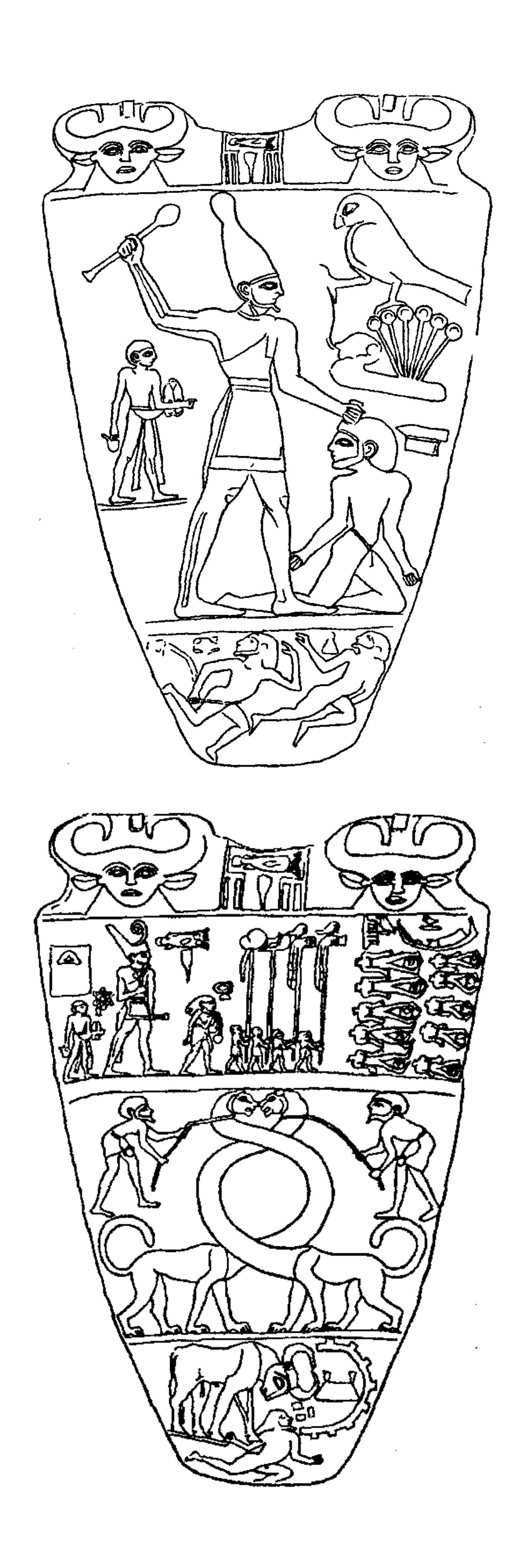
griegos que, al observar estos signos en los muros de los templos, les dieron un valor religioso. Esculpidos en relieve o en hueco, incrustados con pasta de vidrio, grabados por el orfebre sobre objetos preciosos, pintados sobre la pared de una tumba o sobre un modesto papiro, los jeroglíficos, aunque reconocibles a primera vista, se pueden interpretar con cierta libertad.

La paleta de Narmer, el faraón en quien se suele ver al legendario Menes (hacia el 3200), es el primer documento egipcio escrito que poseemos. El lector puede entretenerse en leer, en la esquina superior izquierda, el pictograma de la victoria de Horas (el dios halcón, pero también el faraón mismo) sobre un hombre encadenado —que representa doblemente el Egipto del norte: es barbudo, por oposición a los egipcios lampiños del Alto Nilo; las plantas acuáticas que se advierten por encima aluden al Norte pantanoso. Es un jeroglífico que se traduce: «El dios Horus ha vencido al enemigo del Norte»; o bien «El dios Horus ha vencido a cinco mil enemigos del Norte»; ¡cinco flores de loto representan claramente la cifra cinco mil!

Un detalle técnico importante: en Egipto se utiliza desde las primeras dinastías un papel flexible fabricado con médula de papiro: permite utilizar el cálamo y escribir rápidamente, con tinta roja o negra. Este ingenioso invento presenta para nosotros un problema: mientras que las pesadas tablillas de arcilla mesopotámicas, amontonadas en los «archivos» de los palacios, han sido encontradas en gran número, no han llegado hasta nosotros demasiados papiros frágiles. Para algunos metros conservados en nuestros museos, kilómetros y kilómetros (prácticamente todos los archivos públicos) han desaparecido.

Más que estos detalles, importa el lugar primordial que ocupa la escritura en estas sociedades en formación. Se afirma como un medio de controlar la sociedad. En Sumer, la mayor parte de las tablillas arcaicas no son sino inventarios y documentos contables, listas de raciones distribuidas con indicación de los beneficiarios. Misma realidad y misma decepción: la lineal B, esta escritura micenicocretense que, por fin, se descifró en 1953, sólo nos ha procurado hasta ahora cuentas palaciegas. En este primer nivel se arraiga y fructifica la escritura, invento de celosos servidores del Estado o del Príncipe. Luego vendrán otros oficios y servicios.

Las cifras ocuparon su lugar en el primer lenguaje escrito. La numeración egipcia jeroglífica es de concepción sencilla. De base estrictamente decimal, las únicas cifras que utiliza corresponden a la unidad, a la decena, a la centena, al millar, etc.: «una flor de loto para 1.000, un índice para 10.000, un renacuajo para 100.000, un dios que alza los brazos al cielo para un millón». Simplemente, se yuxtaponen las cifras, cuyos valores sumados nos darán el número que queremos expresar. Por ejemplo, la cifra 10.000 se escribe con un solo signo, pero 9.999 necesita 36: 9 veces la cifra mil, 9 veces la cifra 100, 9 veces la cifra 10, 9 veces la unidad. La numeración hierática simplificará este sistema abreviando las repeticiones de símbolos, pero la aritmética egipcia y su sistema de fracciones seguirán siendo primitivos, comparados con el sistema de los babilonios, excelentes calculadores.



*La paleta de Narmer*

Procede de Hieracáropolis y relata la victona de Horus (Véase las páginas 70, 83, 88). Esquisto, altura 64 cm, Museo del Cairo (dibujos de Laure Nollet)

A primera vista, la numeración babilónica, herencia sumeria, parece inútilmente complicada: ¡al ser de base 60, utiliza 59 signos diferentes para escribir las 59 primeras cifras! Para los números superiores a 60, la posición de la cifra en la escritura cambia su valor. Cada cifra tiene así dos valores, el suyo propio y el de su posición, como en nuestra propia numeración. Finalmente, el sistema fraccionario babilónico, que ya existía en tiempos de Hammurabi (1792-1750), estaba bien pensado y era rápido de manejar.

Estos primeros sistemas de escritura y de numeración exigían años de aprendizaje. El arte de escribir y de contar estaba reservado a una élite de privilegiados y de talentos. En Ugarit, en la costa siria, cuya grandeza y actividad tendremos oportunidad de evocar, un escriba debe conocer el sumerio (como el latín para nosotros), el acadio, que será en el segundo milenio el idioma de las relaciones internacionales y de los textos jurídicos y notariales, y una tercera escritura, en cuanto entre en juego el cuneiforme alfabético de Ugarit. Es toda una ciencia, cuyos arcanos se transmiten de maestro a alumno. Uno de los ejercicios clásicos consistirá en copiar, y traducir quizá a diferentes idiomas, esta plegaria al dios de los escribas: «Al joven alumno sentado ante ti, no le muestres tu grandeza, indiferente. En el arte de escribir, todos los secretos, revélaselos. Numeración, cálculo de cuentas, cualquier solución, revélasela. La escritura secreta, revélasela pues.» Esta súplica data de una época tardía (siglo XIII). No deja de ser reveladora: no es posible convertirse en «tecnócrata», escriba o letrado, sin entrenamiento. Es el precio que hay que pagar por enormes privilegios. Egipto, Mesopotamia, tuvieron sus mandarines.

**¿Y las ciudades?**

Las ciudades desempeñan un papel decisivo, aunque ambiguo, en la civilización nueva. Son hijas del gran número, pero también lo crean; provocan intercambios, pero también nacen de ellos; son herramientas al servicio de las grandes formaciones políticas, pero también están a su propio servicio. En la base, las condiciones de vida siempre parecen las mismas: campos dependientes de un templo, un palacio, artesanos (tejedores, herreros, orfebres), escribas, transportistas, mercaderes. Si un muro rodea la aglomeración, echará raíces, quizá por siglos y siglos, o al menos se diferenciará de los campos circundantes, superior a ellos. Todas estas condiciones de base ayudan, pero no son suficientes para fijar un destino.

El destino de una ciudad, efectivamente, depende de un doble equilibrio de las actividades y de los intercambios; el equilibrio que fabrica con sus propias manos, en interés de su pequeño mundo cerrado; el equilibrio que trata de imponerle desde el exterior un mundo mayor que ella, creado por fuerzas económicas y no menos políticas. En Egipto, las ciudades no parecen haber

conocido, salvo en los tiempos predinásticos, un destino autónomo —y estos tiempos predinásticos fueron modestos. ¿Qué sabemos de Hieracómpolis, la ciudad del dios halcón, o de la curiosa Heliópolis, cuya industria consistirá en fabricar los grandes mitos, las grandes explicaciones de la realidad egipcia? Muy pronto, la autoridad omnipresente del faraón controlará las ciudades egipcias, cada vez más, a medida que va creciendo la prosperidad general. Quizá haya aquí un rasgo importante que percibimos mal, como un carácter inacabado de la vida urbana en las orillas del Nilo. Es como si las ciudades se aferraran difícilmente a lugares no muy bien pensados, más o menos similares, como si enormes capitales atrajeran toda la savia urbana del país y lo agotaran.

En cualquier caso, cuando, por razones que vienen del interior mismo de Egipto, el Antiguo Imperio se desmorona, es curioso que el país se fragmente en nomos, en distritos rurales, que se «feudalice», como suelen repetir los historiadores, y que en esta descomposición, el papel principal ya no esté en manos de las ciudades, sino de los príncipes, los templos, los sacerdotes.

La realidad mesopotámica no tiene este semisilencio, este desvanecimiento urbano, todo lo contrario. Sumer consiste, dentro de un espacio reducido, en ciudades vitales que crecen con fuerza, económicamente muy unidas (a la fuerza, pues las carreteras cercanas o lejanas deben permanecer libres), pero que se disputan el poder, con sus dioses a la cabeza: Ur, Uruk, Lagash, Eridu, Kish, Mari, Nippur, ciudad santa a imagen de la egipcia Heliópolis. Cada una de ellas podría asumir el fervor urbano con el que se presenta Uruk al lector, al comienzo de la epopeya de Gilgamesh, fundador legendario de la ciudad: «Mírala, todavía hoy: el muro exterior con su cornisa brilla con resplandor del cobre; el muro interior no tiene igual. Toca el umbral, es antiguo... Sube a la muralla de Uruk, recórrela un poco... examina su construcción: ¿no es del mejor y más hermoso ladrillo cocido?»

El universo mesopotámico siempre se construye y se reconstruye alrededor de una ciudad, a lo largo de una historia marcada por tantos avatares. En los peores momentos —jamás feudales— siempre ardió un fuego urbano bajo las cenizas. ¿Cuáles son las razones de esta vitalidad? En primer lugar, el hecho de que Mesopotamia está menos unida que Egipto, es mucho más variada, su construcción en un cuerpo político siempre ha sido de corto alcance (el imperio de Sargón no se forma hasta el 2335 y ni siquiera durará 150 años). Situada en la encrucijada de todos los caminos, Mesopotamia está a la fuerza más abierta al exterior, es mucho más dinámica que cualquier otra región. Sus «mercaderes burgueses» darán los primeros pasos conocidos de la historia por el camino del «capitalismo». Me atrevo a creer que el cobre, que se compraba al principio en las islas Bahrein, lanzó las primeras ciudades de Sumer. Las precipitó a la aventura del comercio con tierras lejanas que, en cualquier época, siempre es revolucionario.

**Los dos Egiptos son uno solo**

En Egipto hay un solo río, un solo fenómeno importante: su crecida anual. Todo lo que acontece en el Nilo, o tiene que ver con el río, de la primera catarata de Asuán al mar, repercute en toda la vida del país. Además, a pesar de los avances, a pesar de las diferencias naturales (un hombre del Bajo Egipto se sentiría perdido en la isla de Elefantina), el pueblo egipcio es el mismo, o casi, desde el Alto al Bajo Egipto. Los nomos pudieron tener al principio una vida independiente, pero pronto se van reagrupando. Las tierras, los hombres, los dioses locales, las ciudades, se unen. El Delta se unifica, es el Bajo Egipto —el reino de la Abeja y del Ureo (la cobra): su príncipe lleva la tiara roja. El Alto Egipto, el estrecho valle del Nilo, también adquiere una entidad política —es el reino del Lirio y del Buitre, del soberano de blanco tocado. Finalmente, el soberano del Alto Egipto, Menes Narmer, une los dos países en uno solo, hacia el 3200, y se ciñe el *pchent*, la doble corona, blanca y roja. ¿Podemos llamarlo primer faraón? Este título viene del egipcio *per aa*, la Casa Grande, el Palacio hacia el que todos se vuelven, y no designó hasta muy tarde al soberano mismo, catorce o quince siglos después de Narmer. Observemos de paso la significativa confusión entre la Casa, el Palacio y el Soberano.

La paleta de Narmer, de la que ya hemos hablado, muestra desde el principio al faraón revestido de su dignidad extraordinaria de dios vivo. Sus actitudes, su representatividad, su elevada altura que domina al resto de los hombres, son rasgos que no variarán en lo sucesivo, al menos formalmente. De hecho, la divinidad real es la «teoría política» de Egipto, como dice S. Morenz; sobre ella se fundamenta el orden de una sociedad cuya conciencia es eminentemente religiosa. Este derecho basado en la religión, esta realeza milagrosa, llegan de las profundidades mismas del pasado predinástico y prehistórico de Egipto, de un universo mágico y salvaje en el que los dioses son seres temibles, peligrosos. El faraón se convierte en dios mismo por su coronación, se apodera de la fuerza de las coronas en el sentido más realista, comiéndoselas. Así hace suya también la sustancia divina. En los Textos de las Pirámides se encuentra el «famoso himno al faraón caníbal que se alimenta de los dioses, se come los grandes en el desayuno, los medianos en la comida y los pequeños en la cena, que les rompe las vértebras y les arranca el corazón, que los devora crudos cuando se los encuentra en su camino». Es como dar a entender que el faraón es el más grande de todos los dioses, al menos su igual, el señor de los hombres y de las cosas, el señor de las aguas del Nilo, de la tierra e incluso de la cosecha que está creciendo. Más adelante se prestarán estas palabras a un faraón difunto: «Yo era quien hacía crecer la cebada.»

Esta concepción del dios vivo permanecerá formalmente intangible. Ramsés II, en el siglo XIII, exclamará también: «Escuchad... soy Ra, señor del cielo sobre la tierra.»

Pero no hay que simplificar demasiado una institución que, a pesar de su perennidad, se deformó sutilmente con el paso de los milenios. Al principio, el faraón es el propio Horus, el dios halcón. Luego se convierte en su encarnación terrestre, y la estatua de Kefrén es elocuente a este respecto. Cuando se convierte por fin en hijo de Ra, del dueño de los cielos, a partir de la dinastía IV, ¿no ha perdido algo de su grandeza original? Por una parte, ya no es el igual de los

dioses, sino el hijo de un padre divino; por otra, es responsable ante él, como un hijo ante su padre. Está en la tierra para ejecutar sus mandamientos.

Ramsés III, el último gran hombre que dirigió Egipto, dice a Amón: «No he desobedecido a lo que me ordenaste.» S. Morenz cree poder distinguir «una disminución progresiva de la divinidad del trono... identidad, encarnación, filiación».

El faraón no deja de ser responsable del orden universal. La palabra *maat*, que significa rectitud, verdad, justicia, tiene también el sentido de orden natural del mundo. El dios vivo es garante de este orden y sólo muere en su vida terrenal para nacer a otra existencia en la que continuará su obra benéfica. Las grandes pirámides de la dinastía IV fueron construidas con fervor por un pueblo que cree conservar así la eficacia de esta bendición. Un egiptólogo, Cyril Aldred, parafraseando una expresión célebre, concluye: «El Egipto antiguo es un don del faraón.» El soberano aporta su fuerza, su coherencia a una civilización que trabajó tantas veces siguiendo un mismo impulso.

La unidad política supuso una reducción a la obediencia de Egipto. Sin embargo, la maquinaria nilótica mejoró tanto su funcionamiento que se demostraba así el influjo benéfico del Dios Vivo. Cuando una revolución cultural, nacida en el interior de Egipto, acabó con la grandiosa construcción del Imperio Antiguo, durante el primer *periodo intermedio*, entre el 2185 y el 2040, fue para acabar dándose cuenta de que lo mejor era reconstruir lo que había sido destruido.

**Vida terrenal, vida eterna**

Egipto aceptó así una disciplina inevitable. ¿Qué Egipto? La masa del pueblo llano cuya perpetua labor relatan los bajorrelieves de las tumbas de Saqqara, las estatuillas de arcilla o las pinturas de la dinastía XVIII: agricultores en los campos que siembran, cosechan, cargan las gavillas sobre los burros, levantan un almiar, transportan el trigo hasta los silos, atan el lino, cruzan un vado con el ganado, cosechan papiros, lanzan las redes, descargan un barco; artesanos que trabajan el metal, la madera; esclavos que hacen cerveza, trituran el grano con una muela o amasan la masa del pan con los pies, vendimian la uva o la pisan. Los jeroglíficos que comentan estas imágenes dicen familiarmente: «¡Vamos, perezoso!»; o bien «¡Vamos, chicos, más deprisa!», mientras una flauta acompasa los ritmos del trabajo. Los archivos que se salvaron de la aldea de Dehir el-Medina nos presentan un censo meticuloso de los obreros presentes en las obras de la necrópolis de Tebas (dinastía XIX), de las herramientas que tienen a su disposición, de los motivos de tal o cual ausencia: «Le picó un escorpión», «Bebía en compañía de fulano» (G. Posener). ¿Fue castigado el bebedor? Una escena de la mastaba de Amenhotep es explícita: campesinos que no han pagado sus cánones son apaleados. El motivo puede cambiar, pero el castigo podría ser el mismo. Así es el Egipto real: una masa de hombres apocados, de existencias breves, totalmente marcadas por el signo de la obediencia. En la China de los mandarines el orden no será distinto.

Cerca del faraón, el visir, los príncipes de sangre. Enviados por él a todo Egipto, los escribas, mandarines privilegiados y conscientes de serlo. En la base, un pueblo innumerable de campesinos esclavos. A decir verdad, la condición de esclavo no adquiere realidad jurídica hasta el Imperio Nuevo, con la abundancia de prisioneros de guerra, pero antes de su reconocimiento, ¿no existió la esclavitud a lo largo de todo un pasado monótono? Cada año, cuando el valle inundado se sumerge bajo las aguas del Nilo, el campesino tiene un periodo de reposo: caen entonces sobre él las corveas reales —como para la fabricación de las colosales pirámides. Es una de las formas de su esclavitud. La segunda, es el fisco, al que se alude en cada una de las —escasas— quejas que se alzan. Escuchemos, fuera del tiempo, estos lamentos que tienen unos 1.500 años de antigüedad: no ha habido cosecha, «los roedores se han multiplicado, ha pasado la langosta, el ganado ha devorado, los pájaros han saqueado» y «el hipopótamo se ha comido lo que quedaba». Pero los agentes del fisco no cejan en su empeño: «Dicen al campesino: dame tu grano —aunque no lo tenga. Le azotan furiosamente, lo atan, lo arrojan al pozo.» El cuadro, demasiado literario para ser cierto, es demasiado verosímil para ser falso.

Esta sociedad es sin duda demasiado obediente. ¿No es acaso la suerte de estas *civilizaciones primeras* que Alfred Weber llama «de primera mano»? Los dioses ocupan demasiado lugar. Por boca de los sacerdotes, explican la génesis del mundo, se manifiestan en los astros o a través de los animales sagrados, gobiernan a los humanos, es decir, «escriben la historia». Numerosos, tropiezan unos con otros, se sustituyen, con el paso de las dinastías, de las ciudades, de los movimientos en el clero: entre Osiris, Isis, Horus, Bes, Hator, Tot, Ptah, Set, Amón Ra y tantos otros, cada ciudad, cada individuo incluso, puede elegir su dios protector. Con ellos, en todo caso, se cruza ampliamente el umbral de los mitos: estos dioses de aventuras múltiples, humanas sin duda, se acercaban bastante a los mortales.

Lord Keynes, el economista de los economistas, se entretuvo un día hablando del Imperio Antiguo de Egipto. Allí todo era humanamente, económicamente perfecto, el excedente de una producción agrícola y urbana se quemaba sistemáticamente en las enormes e «inútiles» pirámides. ¡Digamos que la economía egipcia no corría así riesgo de «sobrecalentamiento»! Con la condición de que fuera un universo cerrado. El Egipto del Imperio Antiguo sólo sale de sí mismo para empujar a los hombres hacia Libia o el Sinaí, o Nubia, en busca de piedras preciosas o raras, de oro, de esclavos, de mercenarios negros —o para enviar algunos barcos a Biblos en busca de aceite o de madera del Líbano. Todo cambiará cuando, al entrar súbitamente en la vida internacional del segundo milenio, Egipto deba defender la puerta de su casa. El ejército se comerá entonces lo que antes devoraba la construcción pacífica de las pirámides.

Dueños de la vida terrenal, los dioses dispensan la vida eterna. Durante mucho tiempo, sólo el faraón gozó de esta preciosa supervivencia, que se garantizaba con mil precauciones: el embalsamamiento, ritos múltiples, una tumba, estatuas, frescos, estatuillas de servidores, para tener ayuda después de la muerte. En el Imperio Medio se conquista la inmortalidad del «doble» del alma, primero para los grandes de este mundo, luego para todos los egipcios capaces de

realizar el último viaje hacia el reino de los muertos, de pasar las pruebas de la purificación y el juicio final. Sinuhé, un egipcio del siglo XX a. C, viajero a su pesar, vivió en Siria; allí hizo fortuna, llegando a casarse con la hija de un jefe local, y evoca las delicias de los países del vino, las fintas, los rebaños abundantes. Volverá sin embargo a su país, ganado por la nostalgia, y más todavía por miedo de que le entierren algún día «con una simple piel de oveja como sudario», de morir para la vida eterna.

**Sociedad, religiones, imperios: el destino atormentado de Mesopotamia**

Mesopotamia nunca conoció el descanso, pues al nacer, las hadas se olvidaron de aislarla de sus vecinos: los de las montañas que la rodean, «la protegen y la amenazan», al este y al norte; los del obsesivo desierto de Siria, al oeste y al sur. Constantemente, la historia del país entre dos ríos, se ha visto entrecortada por rupturas, en general dramáticas. En Edén, en Mesopotamia, el libro del Génesis situó el Paraíso Terrenal. Los nómadas del desierto inhumano, los montañeses o las gentes zafias que viajan hacia las tierras altas afluyen sin cesar hacia los campos, los jardines o las ciudades de Mesopotamia. Esta región afortunada encerrada en su labor, es un fruto que todo el mundo sueña con poseer, aunque sólo sea una parte. En comparación, el destino de Egipto parece a cubierto, lineal —lo que evidentemente es excesivo. Para un buen especialista, la civilización mesopotámica evoca un árbol del que nacen sin cesar fuertes ramas colaterales, o retoños muy vigorosos a partir del propio árbol. ¿Y qué precio —guerras, éxodos, destrucciones sucesivas, saqueos, sublevaciones— hay que pagar por cada nueva floración?

Ahora bien, una misma civilización perdura a través de estas peripecias y estos avatares y todas las regiones periféricas del «país entre ríos» son subpatrias de esta civilización que se obstina en resplandecer. En medio de una constelación brillante y variable, Mesopotamia aparece, pase lo que pase, como un foco esencial. En cada invasión, los recién llegados parecen absorbidos por la vida local, hasta el punto de que las dinastías semitas llegadas del desierto pueden suceder a los sumerios, y viceversa, en función de los caprichos de la historia, sin que el cambio se marque más que por matices culturales, bien es verdad que muy fuertes.

Es pues un destino singular. El exterior —desierto o montaña— no carga con la responsabilidad exclusiva. El interior es una familia mal avenida. Exageremos: es casi la Italia del Renacimiento. Como ella, Sumer florece bajo el signo de la pluralidad y las rivalidades de las ciudades. Éstas —Uruk, Ur, Eridu, Kish, Larsa, Isin, Mari, Adab, Lagash— sustituyen a los clanes, a las sociedades primitivas. Cada una tiene sus divinidades particulares, sus sacerdotes reyes (que es algo muy diferente de un dios rey); luchan unas contra otras con encarnizamiento. La hegemonía pasa de unas a otras: de Kish a Ur, a Uruk, a Lagash, a Adab. La primera unificación seria será la del imperio de Acad, obra de los semitas, que resplandece con Sargón I, pero tendrá una existencia corta (2340-

2230); Ur tomará durante un tiempo el relevo, para pasárselo a Irsin, Larsa, y después Babilonia.

¿Habrá tenido Mesopotamia una incapacidad política para inventar el príncipe, el rey o el reino? No, sin duda. Digamos más bien que las ciudades, enriquecidas desde la primera época de Sumer por la agricultura y los intercambios activos, adquirieron tal vigor que siguen viviendo de ese impulso contra viento y marea. La inestabilidad política mesopotámica no las afecta, al menos en profundidad. No interfiere en los intercambios exteriores que siguen cruzando todo el país, de norte a sur y de este a oeste. Un cambio de dinastía queda aceptado en cuanto la tranquilidad vuelve por sus fueros, cuando cada ciudad, con el pueblo laborioso de sus campos y sus oficios, vuelve a tomar posesión de su universo propio y de sus relaciones.

Son posibles obediencias a la egipcia, sobre todo porque, más que en Egipto, la primera Mesopotamia está sometida a sus dioses, siempre dominantes, aunque luchen entre sí, se disputen y retrocedan unos con respecto a otros, siguiendo las luchas humanas. Enlil había reinado sobre Ur; cuando triunfe Babilonia, su dios Marduk impondrá a los demás su superioridad. Más adelante, Asiria tomará su nombre de Asur, un dios que procede también del antiguo panteón sumerio del tercer milenio. Imponer la superioridad de su propio dios es una forma que tienen las ciudades de afirmar su autoridad. Nadie podría, en cualquier caso, desposeer a los otros dioses de sus funciones: Inanna (la futura Ishtar de los babilonios) representa la fecundidad, Enlil tiene en sus manos los destinos y el orden del universo, Anu es el dios temible del cielo, Enki el amistoso y sabio dispensador de las fuentes y del agua fecundadora.

Estos dioses múltiples, omnipresentes, lo rigen todo, sin dejarse olvidar con el paso de los días. Con sus ojos dilatados de hipnotizadores, fulminan, atormentan a los humanos sin permitirles, como en Egipto, la esperanza de una eternidad deseable. Hasta el héroe Gilgamesh se desespera ante la idea de morir. Dueños de la ciudad, de su territorio, de los frutos que produce, los dioses dejan a los sacerdotes la tarea de distribuir a los humanos parcelas de esta tierra y de fijar la parte de las cosechas que corresponde al templo. El sacerdote en un principio, luego el rey en las ciudades Estado y los primeros imperios, son los vicarios de los dioses. ¿No están acaso encargados de ejecutar las voluntades divinas, identificarlas gracias a la interpretación de los presagios y los oráculos? Estos últimos son el secreto de los templos y el soberano está a menudo prisionero en su papel. Como sus súbditos, vive presa del temor de no captar plenamente el mensaje de los dioses. Estos, de acuerdo con la concepción mesopotámica, quieren el orden y la prosperidad sobre la tierra, que es la condición de su propia felicidad. Es pues normal que la construcción de los canales y la organización del comercio, los grandes talleres artesanales y las reformas administrativas —las de Hammurabi, por ejemplo— dependan siempre de un dios que fue su inspirador, para mayor bienestar de la comunidad y gloria del soberano.

Toda la estructura social depende así de unas fuentes religiosas. Sin las exigencias divinas, sin la ciencia del intérprete capaz de traducir su lenguaje, sin el soberano deseoso de obedecer a las órdenes de arriba, ¿quién podría vivir? La obediencia de las primeras grandes sociedades humanas, la mesopotámica como la

egipcia, no es un mero terror ciego, corresponde a una coherencia social, podríamos decir incluso que a una conciencia de las obligaciones de la vida colectiva. ¿Todo va bien en el mejor de los mundos? Lo podemos dudar en nombre de nuestra propia sensibilidad, que no es buen juez en la materia.

## 2. Barcos fluviales, barcos del Mediterráneo

El sistema de relaciones mediterráneas, incluso antes de crearse ya está desequilibrado en dirección al este. El Mediterráneo se construyó a partir de las exigencias y posibilidades de estos dos personajes enormes, uno que llega mal, pero directamente, al mar —Egipto—; otro, Mesopotamia, que delega, en las orillas del «mar Superior», en la intermediación activa de los puertos de Siria. Sólo habrá navegación regular al servicio de los poderosos, vinculada a Siria, puerta de los países del Eufrates, o a los puertos múltiples, malos pero todos activos, de las bocas del Nilo. El oro de Egipto o el metal blanco de Babilonia crean el Mediterráneo de los intercambios, el que se desarrollará plenamente con el segundo milenio.

Hacía falta para ello una herramienta, el barco, y también hombres, marinos, que no es cosa que se pueda improvisar. La navegación del segundo milenio supone otras navegaciones más pobres, muy anteriores a la gloria de los faraones. Este otro capítulo del nacimiento del Mediterráneo es oscuro. Pocos documentos. La arqueología submarina nos ha devuelto algunos barcos hundidos, pero el mar es más celoso de sus secretos que la tierra, conservadora y fiel.

Conocemos los barcos que surcaron precozmente el Nilo, el Eufrates, el Tigris, incluso el Indo, pero no demasiado las naves del Mediterráneo, el océano índico o el mar Rojo. ¿Juventud del mar, vejez de los ríos? Se dice pronto. Los barcos fluviales circulan en el corazón de las historias más antiguas del mundo: pronto ocuparon un lugar en la iconografía mesopotámica o egipcia. La navegación marítima queda más al margen de las primeras civilizaciones y, aunque se remonte a la noche de los tiempos, sus inicios son silenciosos. Aunque para ella lo que cuente sea el futuro.

### Por los ríos de Mesopotamia

La navegación se implantó muy pronto en el Eufrates y el Tigris, a pesar de los rápidos remolinos de este último. Al principio debieron utilizarse pellejos hinchados, aunque los únicos testimonios están en los monumentos asirios del siglo IX antes de nuestra era: soldados a horcajadas sobre odres cruzan un río para atacar una ciudad; otros huyen del enemigo sobre los mismos extraños caballos; o unidos unos a otros, los odres sostienen una amplia balsa: se trata de los *kalakkus*

babilónicos, capaces (como los *keleks* árabes de nuestros días que utilizan a menudo centenares de pellejos hinchados) de transportar río abajo, siguiendo la corriente, cargas muy pesadas. Una vez llegados a su destino, las maderas y las cuerdas se vendían, los odres se vaciaban y volvían a lomos de burro a su punto de partida.

Los sellos cilindricos sumerios más antiguos (finales del cuarto milenio) muestran barcos utilizados para las procesiones rituales. Desprovistos de palos, con los dos extremos muy elevados por encima del agua mediante cuerdas tensadas, estaban formados por juncos atados o trenzados, como las embarcaciones que encontramos en nuestros días en el Eufrates, simples estructuras de cestería recubiertas de betún o de cuero. Hacia el 3000 a. C, se utilizaban barcos alargados en forma de canoa para la caza del búfalo salvaje en las marismas: un modelo de plata de este tipo, descubierto en el cementerio real de Ur, cuenta con siete bancos y seis pares de remos.

Río abajo, estos barcos se manejaban con pértiga, pero aguas arriba se propulsaban con remos o se sirgaban. La vela no debe haber tardado mucho en llegar: la navegación por el golfo Pérsico, hacia la isla de Bahrein y, sin duda, hasta las costas indias, implican el uso de la vela y de embarcaciones marinas. Estas líneas existen desde el tercer milenio. Es cierto que en aquella época no tenían la densidad obligatoria de los tráficos fluviales. Nunca diremos bastante hasta qué punto Mesopotamia está condenada, por su naturaleza misma, a los intercambios internos: la parte baja del llano, con sus numerosas ciudades, necesita piedra, madera, betún, cobre, vino, ganado, que la Alta Mesopotamia produce o importa de los países vecinos. Todas estas mercancías pueden bajar con la corriente. Río arriba, con barcos y bestias de carga, se envía trigo, dátiles o cañas para construir casas, y pronto objetos manufacturados.

Los textos del segundo milenio describen esta actividad: la construcción de barcos en los astilleros fluviales, los viajes, los tráficos, los procesos a los que daban lugar los accidentes. Un gobernador de tiempos de Hammurabi presiona a uno de sus subordinados para que acelere la construcción de una embarcación: «Entrégale sin reservas [al fabricante] el grano y los dátiles que te reclame para los cesteros... y [los otros] obreros no especializados.» A otro constructor del mismo astillero de Larsa: «que se entreguen las tablas y vigas necesarias para confeccionar una barcaza.» En aquella época, por lo tanto, coexistían los barcos de madera y de caña. Es frecuente que el propietario de un barco no lo conduzca él mismo, sino que se lo alquile a un barquero. El Código de Hammurabi prevé el caso de que el barquero negligente deje que su barca se deteriore: tendrá que pagar los daños. Si deja que se hundan navío y carga, está condenado a pagárselo todo al propietario. A menos que tenga la iniciativa y la posibilidad de sacar a flote el barco naufragado, en cuyo caso sólo pagará al propietario «la mitad de su dinero». ¿No vemos ya, entre empresarios y empleados, unas relaciones que hacen pensar en una sociedad capitalista?

**En Egipto, sobre el Nilo**

Todo proclama la importancia de la industria naval egipcia: múltiples documentos escritos o dibujados; más de ochenta palabras para designar los tipos de barcos y barcas, equipados de diferentes formas; la propia religión, cargada de términos e imágenes náuticos. Los dioses, los faraones tienen su barca, el viaje de los muertos hacia su juez se imagina como un viaje por el río familiar.

Desde el periodo predinástico, los barcos surcan el Nilo. En una cerámica del Museo Británico, en un vaso de piedra del museo de Chicago, más o menos de la misma época (entre el 3500 y el 3200), en el mango de marfil del maravilloso cuchillo de Gebel el-Arak, navegan embarcaciones de vela cuadrada en las que popa y proa están muy levantadas, casi hasta la posición vertical: se trata de las formas típicas del barco de caña mesopotámico. Más familiar en Egipto es la barca larga y plana, construida con haces de papiros cuidadosamente atados: sus dos extremos se levantan ligeramente; su escaso calado le permite circular sobre las aguas poco profundas de los pantanos, o del río cegado por bancos de arena. Es la barca de las escenas de caza o de pesca, la que, invariablemente, sobre los muros de las tumbas egipcias, lleva a los muertos hacia su último viaje.

Sobre este modelo se diseñará, desarrollará, ampliará el barco egipcio de comercio o de guerra, fluvial o marino. El progreso consistirá en sustituir el papiro por madera, pero la madera, o más exactamente, la madera de calidad, es escasa en Egipto. Se utilizará por lo tanto, además del cedro importado del Líbano, el sicómoro y la acacia de la actual región de Jartún, cortados en tablones cortos y gruesos sólidamente unidos mediante espigas, muescas o incluso juntas en cola de milano, o a veces simples correas de cuero. El fondo es plano, el con-

96

junto del buque, por su curva, recuerda la línea de la barca de papiros. No tiene quilla; unas traviesas consolidan el casco y la curvatura se mantiene gracias a un grueso cable, que va de la proa a la popa y se puede tensar a voluntad. El palo bípode, inclinado hacia delante en las embarcaciones primitivas, dará paso enseguida a un palo central que soporta una vela cuadrangular.

La vela hace su aparición a partir del cuarto milenio. El Nilo se puede remontar gracias a la sirga o los remos, pero los vientos del norte soplan casi todo el año en Egipto, lo que generaliza naturalmente el uso de la vela para viajar río arriba. El idioma egipcio utiliza dos palabras diferentes para designar el viaje: uno se transcribe con el signo del barco con las velas desplegadas —el viaje hacia el sur— y el otro con el signo del barco con la vela arriada —es el viaje hacia el norte que sólo necesita la fuerza de la corriente.

**Los primeros marinos en la noche de los tiempos**

Sería apasionante asistir a las «navegaciones salvajes» que se enfrentaron las primeras, dentro y fuera del Mediterráneo, con los peligros del mar. ¡No contemos con ello! Estaríamos condenados a una discusión sin fin, sin poder llegar desgraciadamente a conclusiones sólidas. Los escasos testimonios, cuando existen, son difíciles de interpretar.

Las primeras navegaciones debieron comenzar muy pronto, entre el décimo y el séptimo milenio, pero las pruebas son frágiles. Nadie puede pronunciarse con seguridad sobre los dibujos enigmáticos grabados en una gruta cerca de Santander —frente al océano— o en Málaga —frente al Mediterráneo. ¿Tenemos que ver en ellos embarcaciones paleolíticas? Sí, decía el abate Breuil, pero hasta disponer de más información, afirmarlo no es lo más prudente. Ninguna prueba formal corrobora tampoco las hipótesis de algunos geógrafos sobre el nacimiento de la navegación, bien en el mar Rojo, bien entre la costa de Asia Menor y las islas próximas del Egeo. Para reforzar esta última suposición, tenemos el hecho de que Creta o Chipre estén pobladas, al parecer, desde comienzos del Neolítico, más o menos hacia los milenios séptimo y sexto. Estos primeros habitantes sólo pudieron llegar por mar. Balsas o esquifes primitivos, a falta de barcos verdaderos, existen desde el séptimo milenio. Probablemente antes, y no es imposible que un día encontremos, en una isla que nunca haya estado unida al continente, por ejemplo en Chipre, donde no se han investigado todavía todas las grutas y refugios[13], huellas de poblamientos mesolíticos, o incluso paleolíticos, con lo que nuestro problema adquiriría nuevas dimensiones.

Yo creo personalmente, sin pruebas suficientes, en la antigüedad de la navegación salvaje. En primer lugar, no representa la cuadratura del círculo. Otras sociedades primitivas superan los peligros del agua marina; pensemos en las balsas de los amerindios o, en las costas de Perú, en las barcas de juncos atados — los *caballitos*[14]— sobre los que los pescadores, frente a las olas, se aventuran mar adentro. Por otra parte, en lo que se refiere al Mediterráneo, una navegación de cabotaje precoz parece explicar algunas transferencias.

Por ejemplo, la expansión de la cerámica llamada cardial (impresa sobre arcilla fresca con ayuda de una concha, el *curdium*) podría ser obra de un cabotaje primitivo, quizá a partir del golfo de Alejandreta en Chipre. Desde allí, las balsas podrían haber llegado a Grecia, Italia, Provenza, España, Sicilia, Malta, o incluso las costas de África del Norte. En todas estas costas encontramos trozos de arcilla impresos que antes se fechaban en el tercer milenio, pero que recientes excavaciones obligan a situar en un periodo bastante más lejano. ¿Cuándo exactamente? En Tesalia se dataron a finales del sexto milenio. En Occidente se discute y se seguirá discutiendo: ¿quinto? ¿cuarto milenio?[15]. Lo que está claro es que esta cerámica corresponde en todas partes a la difusión de las primeras agriculturas neolíticas.

También por mar debieron avanzar las dos oleadas de colonizadores que trajeron muy pronto a la Grecia precerámica, desde Asia Menor, los secretos de una agricultura rudimentaria (la primera, en realidad, hubiera podido tomar la vía terrestre, si el continente egeo no hubiera desaparecido todavía en aquella época).

**Siria, Egipto y el mar Rojo**

---

[13] Es un hecho en nuestros días con el yacimiento de Aetokremnos, en la península de Akrotin.
[14] En castellano en el original. (N de laT)
[15] Las dataciones «calibradas» sitúan ahora la cerámica cardial en el sexto milenio. (J. G.)

No encontraremos una cronología más solisa, menos aleatoria, que la que consiste en dejar pasar los siglos mirando la hora en el gran reloj si podemos decirlo así de Egipto.

Desde muy pronto los barcos egipcios emprenden el doble viaje de Biblos y del mar Rojo. Cuándo exactamente, nadie lo sabe. Desde la época predinástica ya llegaba a Egipto el aceite de Siria, en cerámicas que no eran egipcias. Hacia el 2600, se conocen perfectamente las comunicaciones importantes de Egipto con Biblos y, desde Biblos, con los cedros del Líbano, el betún del mar Muerto, el oro del Tauro, el aceite y el vino de Siria. Los barcos que cubren permanentemente la línea, en ambos sentidos, se conocen desde mediados del tercer milenio con el nombre de «barcos de Biblos», pero aunque Egipto los financiaba con seguridad, aunque las formas son egipcias, no se sabe exactamente si se construyeron en Biblos o en Egipto, ni si sus tripulaciones eran de una u otra nación, o de las dos.

En cualquier caso, eran negocios importantes, y el número de barcos representados en Saqqara para la expedición del rey Sahura lo prueba. Más todavía la amplia organización que se descubre, curiosamente centrada en la isla de Elefantina, en la importante ruptura de la primera catarata del Nilo. En la época de las pirámides, en el siglo XXV, los «funcionarios» reales de Elefantina, que podemos considerar empresarios e incluso tacharlos de capitalistas (si juzgamos por el lujo de sus tumbas) tienen el control de los transportes de granito hasta la capital de Menfis, por los barcos del Nilo; controlan también las canteras de la zona desértica, el traslado de los bloques hasta el río, las rutas de Coptos a Kosair en el mar Rojo, las minas de turquesa del Sinaí, finalmente las relaciones marítimas con el país de Punt a través del mar Rojo, pero también con Siria. Hay una comunicación curiosa, entre las vías terrestres, las vías marítimas, los barcos del Nilo, entre el granito del Alto Egipto y los maderos de cedro de Biblos. Lo que entrevemos nos deja perplejos, y nos hace pensar en la existencia, desde el siglo XXV, de puertos activos en el Delta. Desgraciadamente, el lodo se lo ha tragado todo.

Unos mil años más tarde, bajo la dinastía XVIII, una pintura de Tebas representa barcos tripulados por cananeos (como se llama en aquella época a los pueblos de la costa siria, antepasados de los fenicios) que descargan en un muelle mercancías de su país. Se trata indudablemente de naves de tipo egipcio, similares, aunque más redondas, a las que el rey Sahura enviaba a Biblos, con los mismos extremos levantados casi en ángulo recto. Los barcos que bota la reina Hatshepsut (dinastía XVIII), para su expedición marítima de 1480 hacia «el país de Punt», quizá Somalia, son más alargados y más bajos sobre el agua, pero su aparejo es el mismo. Los palos se alzan en medio del casco y llevan una gran vela cuadrada; dos largas espadillas sirven de timón. Cien años más tarde, el hermoso modelo a vela totalmente aparejado de la tumba de Tutankamón se asemeja, punto por punto, a los cascos y arboladuras del viaje al país de Punt. Sólo el sistema de gobernalle es distinto.

La característica de estos barcos de tipo egipcio-sirio es que avanzan casi exclusivamente a vela. Al contrario de los pequeños barcos del Nilo, que utilizan mucho el remo, estos grandes veleros sólo lo utilizan para maniobrar, entrar en el puerto o salir de él.

No obstante, no hay que sobrevalorar las proezas marítimas de los egipcios. En su elemento sobre las aguas del Nilo, parecen menos aficionados a salir a alta mar. Egipto vivió durante mucho tiempo sobre sí mismo, su río, las tierras inundables. El mundo lejano le interesa sin apasionarle. Es algo que viene atraído por sus riquezas, así que, ¿por qué salir en su busca? El comercio exterior estará con frecuencia en manos de extranjeros instalados en las bocas del Nilo, cananeos, cretenses, fenicios, griegos al final. Después de todo, el primer «canal de Suez» no se excavará hasta 610-595 a. C, bajo Neco. Unía el brazo oriental del Nilo con el lago Tinset y los lagos Amargos y, según Herodoto, dos barcos marítimos lo podían cruzar al mismo tiempo. Obra maestra, con seguridad, pero tardía; lo terminará, o más bien lo volverá a excavar, Darío. Alejandro Magno le dará a Egipto su primer gran equipamiento portuario al crear Alejandría. Y sin embargo, desde el 2150, los egipcios no habían dudado en abrir canales en el duro granito de la primera catarata del Nilo, en Asuán. Esta precocidad del equipamiento fluvial contrasta con el interés más episódico y tardío por el mar.

## El verdadero personaje: el Mediterráneo de Levante

Es dudoso que los barcos egipcios, salvo excepción, hayan controlado otra ruta en el Mediterráneo que la cómoda y bien conocida que va del Delta a Siria; cuatro a ocho días de travesía, a la ida y a la vuelta. Los progresos decisivos de la navegación vinieron de otros lugares y sólo se adivinan dentro del marco complejo de los mares levantinos: las costas de Fenicia, las islas y costas del Egeo, la gran isla de Creta y el propio país griego.

Tampoco están las cosas claras en este aspecto. ¡Cuántas dudas y discusiones! La única cosa segura es que el mar fue vencido con eficacia durante el segundo milenio, a través del Egeo y del conjunto de los mares de Levante. Una vez dicho esto, en cuanto se quieren precisar las circunstancias, la cronología, las razones y condiciones técnicas de esta victoria, o los tipos de nave de que se trata, las cosas se complican. Las imágenes que se han podido reunir, documentación esencial en este debate, suscitan interpretaciones e hipótesis que están muy lejos de coincidir.

Spyridon Marinatos, historiador meticuloso y bien informado, estableció (1933) el catálogo de sesenta y nueve dibujos de naves antiguas del Egeo; por su parte, Diana Woolner (1957) catalogó y reprodujo treinta y ocho inscripciones de barcos, grabadas en un pilar en Malta, en el gran templo megalítico de Hal Tarxien. ¡Tenemos más de cien navios a nuestra disposición y sin embargo no estamos satisfechos! Los dibujos son a menudo incorrectos, esquemáticos; ignoran toda regla de perspectiva. Los escasos modelos encontrados, generalmente de arcilla, son burdos bocetos. Nada de la precisión egipcia. Salvo las inscripciones maltesas, dibujadas con una punta en la piedra, estos barcos se encuentran en los flancos de vasos, diferentes utensilios, en sellos o cilindros, en sortijas, tablillas con escritura jeroglífica. Sus fechas, a menudo inseguras, se escalonan a lo largo de más de un milenio.

No obstante, dado que la arquitectura naval evoluciona apenas a lo largo de siglos y siglos (los nuevos tipos, en cualquier caso, no excluyen en general los antiguos), no es imposible encontrarse toda esta flota al completo en el mar, sin tener en cuenta las fechas de los esquifes. Los ponemos imaginar navegando en grupo, como si pudieran alcanzar todos juntos los puertos del Delta egipcio, o la rada de Ugarit, para desembarcar el trigo que, hacia 1200, exige a voz en grito el rey hitita, para sus ciudades hambrientas.

¿Qué hay que tratar de entender? Cosas sencillas con seguridad. En primer lugar, hay que distinguir, si es posible, la proa de la popa, saber en qué sentido avanzan nuestros barcos. La respuesta está en la disposición de los remos, cuando están representados. El remero griego, como sus antecesores micénicos y cretenses, rema de espaldas a la dirección de la marcha, al contrario del gondolero veneciano, por ejemplo, que de pie en la parte trasera de su barca, mira hacia la dirección del avance. Otro criterio: si se puede conocer la anchura del barco (es el caso de uno de los modelos), entonces, la parte delantera, la proa, será la parte más ancha, ya que el barco se estrecha hacia la parte trasera, de acuerdo con una ley que deben respetar incluso los aviones, para evitar los remolinos del aire: así lo quiere la teoría de los «cuerpos pisciformes». Cuando el barco tiene un gobernalle, formado por uno o dos remos giratorios, el problema está resuelto: evidentemente, están en la popa.

El lector observará que la popa de los navios egeos suele estar más elevada que la proa, pero no se trata de una regla absoluta, y la diferenciación de la popa y la proa es dificultosa.

Se plantean otras preguntas: la barca, por ejemplo, ¿tiene cubierta? ¿En su totalidad o parcialmente? ¿Tiene bancos, remos, palos, velas? Los barcos egeos, casi siempre provistos de remos, no siempre llevan una vela de apoyo. Cuando existe, es cuadrada, con verga, está formada a veces por dos velas cuadradas, pero atadas una junto a otra, a la misma verga y a un solo palo. Este velamen doble tenderá a desaparecer, aunque encontremos un ejemplo tardío en un barco de Pompeya.

El número de remos, generalmente indicado con precisión (15 como máximo), ha permitido a S. Marinatos calcular las longitudes posibles para algunos barcos (calculando la distancia entre dos remeros en 90 cm): es decir, unos veinte metros como máximo (teniendo en cuenta los espacios sin remos) para los barcos mayores de quince remos, mucho menos en general, ya que la mayoría de las embarcaciones no superan los cinco remeros. Se trata pues en general de pequeños barcos, largos, ligeros, con un solo palo, a remo y a veces a vela.

Lo más importante es que, muy pronto, desde el Minoico medio (antes del 2000), encontramos, junto a estos navios, barcos sin remos, con una tilla completa (lo que se prueba con seguridad gracias a un modelo de arcilla del 1500 a. G, aproximadamente), mucho menos estrechos que los anteriores. Hacen pensar en un velero de carga, más importante quizá que los otros navios cretenses, y anuncian con mucha anticipación la división tradicional de la marina mediterránea: barcos largos, rápidos, de guerra o piratas, a remo; barcos redondos mercantes, buenos cargueros, a vela. Pensamos con Kirk que la alternancia, por

periodos, en la representación artística de barcos alargados y barcos redondos, no puede corresponder a una preferencia de los marinos de la época por tal o cual tipo, sino a modalidades artísticas sucesivas. Las dos formas coexistieron en la flota egea. El barco largo tenía generalmente una proa baja con una especie de espolón, la popa más alta; el barco redondo, una popa y una proa también altas y curvadas, como se ve todavía en las hermosas cerámicas tardías de Chipre.

**El espolón, la quilla: una evolución posible**

El origen del espolón es un problema crucial. Cuando culmine la evolución, en el primer milenio, toda la fuerza del barco de guerra, fenicio o griego, se concentrará en esta arma peligrosa que prolonga en aguda punta, hacia delante, la quilla del barco. Al parecer, el espolón es un desarrollo egeo del barco largo.

En los primeros modelos que conocemos en las Cicladas (según las «sartenes» de Siros), la parte delantera del barco se prolonga curiosamente en una arista externa, que no puede dejar de evocar el espolón. Encontramos esta arista en una serie de dibujos y de modelos de arcilla. Kirk (1949) sin duda tiene razón al pensar, por una parte, que se trata del antepasado del espolón; por otra parte, que no se concibió entonces como un instrumento de guerra. El primer uso de esta pieza de madera (que puede sobresalir en la popa o en la proa) es consolidar la estructura del barco, en particular la parte delantera, expuesta al choque de las olas y que se resiente cada vez que se encalla la embarcación en la arena de la playa (razón de que los espolones primitivos estén curvados hacia arriba). El primer espolón recto o curvado podría ser la simple prolongación de las piezas de madera longitudinales de la quilla, de esta arista, de esta roda a partir de la cual se construye el costillaje del barco egeo.

Se trata de una originalidad evidente. El barco egipcio, las naves cananeas en el segundo milenio, no tienen ni quilla, ni espolón, ni costillaje. Aunque es posible que el barco redondo cretense, que apareció en el segundo milenio, sea, con sus dos extremos curvados, una imitación del barco sirioegipcio, es evidente que «los egeos realizaron un avance importante, añadiendo a este tipo tan práctico los elementos fundamentales de su construcción naval: la obra viva y el costillaje. Así se crea un tipo de buque estable y sólido, que sigue existiendo en nuestros días» en las costas griegas. En realidad es el primer barco de transporte realmente adaptado al mar.

**¿Y dónde encajan los fenicios?**

¿Quién podría extrañarse de que los intermediarios natos de Levante, los «arrieros» de la costa siria, acostumbrados desde hace tiempo al tráfico de Egipto, hayan hecho suyo rápidamente este barco egeo? Lo vieron nacer, pues los buques

cretenses frecuentaban los puertos de la costa siria mucho antes de llegar a los puertos del Delta. Además, en unos siglos ya no quedará ni un solo tipo de barco conocido en el Mediterráneo que no haya sido adoptado —y adaptado— por los fenicios, herederos directos de la Siria del segundo milenio.

El barco largo egeo, con sus remeros y su tajamar, ahora perfectamente desarrollado, aparece por primera vez en un bajorrelieve de Karatepe, zona de influencia fenicia en los que fueron países hititas, hacia el siglo VIII. ¿Debe a los fenicios o a los micenios de entonces esta perfección que lo convertirá, un poco más tarde, en el barco largo clásico del Mediterráneo, el que vemos en un marfil de Esparta y en tantos vasos geométricos y figuras negras, el que elige Sidón como emblema de su moneda en el siglo V, al igual que la isla griega de Samos? Los griegos mejorarán este tipo de barco, aligerándolo considerablemente, renunciando a la cubierta. Podrán así darle hasta treinta y treinta y cinco metros de eslora, elevando el número de remeros hasta cincuenta: es el famoso *pentecóntoros* que la flota ateniense, según Tucídides, utilizará ampliamente hasta la batalla de Salamina (480). Luego se afirmará el triunfo de la *trirreme* con tres filas superpuestas de remeros.

Por el contrario, es una equivocación basarse en algunos dibujos de vasijas griegas con perspectiva engañosa para atribuir a los griegos la invención de la *birreme*. Un documento, perfectamente claro esta vez, prueba lo contrario. En los muros del palacio de Nínive, la flota fenicia huye del puerto de Tiro, antes de que Senaquerib ataque la ciudad (700 a. C): barcos redondos, con extremos simétricamente levantados, reman en flotilla con barcos largos de espolones puntiagudos. La lección egea está completamente asimilada, aunque hay una innovación: ahora todos estos barcos tienen dos filas superpuestas de remeros. Se trata de la birreme, cuya importancia se ha exagerado quizá. Según Kirk, los griegos la tomaron de los fenicios, en épocas tardías, en el siglo VI, aunque no por mucho tiempo, prefiriendo el pentecóntoros, mucho más seguro en el mar. Los mismos fenicios, sólo utilizaron la birreme con buen tiempo y sin alejarse demasiado de la costa.

En esa misma época, para los convoyes costeros de madera de los que ya hemos hablado, los fenicios utilizaban también unos barcos de origen más misterioso que los griegos llamaban *hippoi*, porque su proa se adorna con una cabeza de caballo. En un barco de este tipo cazaba el rey Asurbanipal en las aguas del Tigris y quizá este esquife recorrió con los fenicios todo el Mediterráneo, si juzgamos por una joya fenicia encontrada en Aliseda, España. Según Estrabón, estaba en uso en el Mediterráneo a finales del siglo I después de Cristo. Y hace sólo unos cincuenta años los pescadores de las costas de Cádiz solían esculpir en sus proas una cabeza de caballo.

**La cita de Malta**

Las inscripciones del tercer templo de Hal Tarxien, en Malta, nos han servido poco hasta ahora. No son fáciles de leer. Estos marinos que dibujan

exvotos sobre el pilar de piedra de una capilla (sin duda abandonada después del 1500 a. C.)[16] tratan de dar gracias, tras un viaje difícil o un naufragio, a una diosa madre, una «stella maris». El templo se encuentra cerca del gran puerto natural donde se instalará, mucho después, la ciudad de La Valetta que, en cada otoño y al principio de cada invierno, sirve de refugio a los barcos que se atreven a salir y son sorprendidos por el mal tiempo.

Desgraciadamente, estos dibujos, parcialmente borrados, se superponen: cada fiel dibuja su barco a la altura de la mano, como sus antecesores y como los que vendrán después. Sobre la piedra caliza, los dibujos nuevos, con sus trazos blancos, luminosos, borran los dibujos anteriores. Luego pasa el tiempo se mezclan todos.

Tomados en su conjunto, estos cuarenta dibujos tienen un sentido: prueban que, desde la primera mitad del segundo milenio, a Malta llega una navegación que, por una vez, no tenemos necesidad de imaginar. Maltratados o no por el mar, los barcos avistan Malta y atracan allí. Los que han realizado el viaje sin problemas, en la estación cálida, no tienen por qué sumarse al cortejo de ex voto, pero su existencia no es menos cierta.

Podríamos hablar mucho sobre el tipo de estos barcos. Nos quedaremos con su diversidad. Veo, de acuerdo con Diana Woolner, que ha estudiado y publicado estas inscripciones (1957), algunos barcos egeos, cretenses, micénicos, con las proas y las popas levantadas. Esta primera observación importante es una evidencia. Veo también, de acuerdo con Diana Woolner, al menos un barco de *tipo* egipcio, quizá más. No hay que concluir por ello que los barcos egipcios atracaban en Malta. Incluso la hipótesis antigua de Eduard Meyer, que los hacía arribar a Creta, parece ahora muy discutible: las esculturas o los vasos egipcios que se encontraron en la isla llegaron probablemente llevados por barcos cretenses, bien desde Egipto, bien desde las costas sirias. ¡Con más razón es difícil de imaginar egipcios en Malta! Sin embargo, en la primera mitad del segundo milenio, los barcos de la costa siria, ya lo hemos visto, son de tipo egipcio. Conocemos sus relaciones con Egipto, su comercio activo en Levante. También pudieron empezar, en compañía de las naves egeas, a explorar los mares de Occidente. Se plantea aquí el mismo problema oscuro de las relaciones con el Occidente mediterráneo[17]. Si los egeos y los sirios arriban a Malta a comienzos o mediados del segundo milenio, no es probable que se quedaran allí. ¿No está la isla en el centro de un sistema de intercambios? Recibe por ejemplo obsidiana de Pantelaria y de las islas Lípari, que encontramos también en la Italia meridional, hasta Lucera. ¿Y no encontramos en las Lípari y en Italia cerámica micénica?

La escala de los barcos de Malta no desmiente estas indicaciones de la arqueología, todo lo contrario. También coincide con las hipótesis generales que pueden deducirse del fenómeno tan curioso de los megalitos.

---

[16] Ahora se adelanta la fecha de 2500 a. C. (J. G.)

[17] Si los barcos representados en Tarxien son contemporáneos del templo, hay que fecharlos en el tercer milenio. Este desarrollo sobre los contactos con el Egeo en el segundo milenio es pues anacrónico con respecto a los dibujos aludidos. (J. G.)

## 3. ¿La expansión de los megalitos explica el Mediterráneo antiguo?

No voy a abordar aquí el problema oscuro del megalitismo por el mero placer de presentar algunas imágenes de un mundo extraño y que sigue siendo misterioso. Lo que me sigue preocupando es el mar salvaje, inasible. El lector ha visto que la búsqueda de los primeros barcos no permite llegar hasta los orígenes, que la corriente nos arrastra obstinadamente hacia tiempos más tardíos y más claros. ¿Nos permitirán los megalitos volver atrás?

Desgraciadamente, cualquier estudio desapasionado del megalitismo dejará la impresión de un sueño perdido, de un problema cuya solución nunca encontraremos. Es especialmente lamentable porque el espacio entero del Mediterráneo se encuentra afectado por un fenómeno amplio cuyas analogías, de un punto a otro, son indudables y que sugiere una cierta unidad de los tráficos. Sin embargo, los elementos del problema no están claros.

Para empezar, ¿*se trata de un solo problema*? Convertir los megalitos, estas grandes, a veces enormes piedras utilizadas en estado bruto, en el símbolo de una *cultura* particular no presenta dificultades a priori. Ahora bien, el símbolo tiene que estar siempre presente junto a los mismos elementos de cultura.

En lo que se refiere a los propios megalitos, la terminología, de origen francés, o mejor bretón, nos resulta familiar: *menhires*, son piedras alzadas verticalmente; *dólmenes* son muros de varias piedras levantadas, cubiertas por losas horizontales. El lector conoce también con seguridad, en Bretaña, estos alineamientos y círculos (*cromlechs*) de menhires; o en Stonehenge, cerca de Salisbury, en Inglaterra, el conjunto impresionante, a pesar de su lamentable estado actual, levantado entre el 1700 y el 1500 antes de nuestra era: varios círculos concéntricos de inmensas piedras azules, sujetadas por losas formando dinteles —todo ello transportado desde canteras montañosas situadas a doscientos ochenta kilómetros del conjunto. La historia de los celtas y de las culturas druídicas siempre se asoció a estas piedras a las que la tradición dotaba de un carácter sagrado. Hasta hace poco no se ha reconocido en ellas el signo de una cultura mucho más amplia, y probablemente de origen mediterráneo.

Otros signos de esta cultura son las tumbas colectivas de cámaras múltiples, cubiertas o no de falsas cúpulas, es decir, de piedras que se avanzan ligeramente unas respecto a otras, para acabar uniéndose en la cúspide, a las que se accedía, o no, por un largo pasillo. Que el lector versado en arqueología clásica piense en la tumba de Micenas, mal llamada Tesoro de Atreo, tumba circular (*tholos*) precedida de un pasillo (*dromos*). Estas tumbas colectivas pueden variar evidentemente de forma y de plano general.

Últimos signos, pero capitales:

1) Los monumentos megalíticos están relacionados con el culto de la diosa madre, representada de mil formas, rostros esquematizados en los que los ojos ocupan un lugar especial, estelas de piedra en las que, bajo la sombra de un rostro, dos brazos redondos esbozan una forma corporal, etc.

2) Los megalitos suelen estar relacionados con la metalurgia del cobre o del bronce, como muestra claramente el ejemplo del Levante español.

3) Estos megalitos están también relacionados en Occidente con una cierta vida agrícola, que en general los precede. Existe pues una cierta correlación entre una sedentarización, un arraigo de las aldeas, por una parte, y un nuevo culto y la técnica del metal por otra, aportados por inmigraciones (quizá «herreros» ambulantes), o extendidos a partir de algunos focos, por simple imitación[18].

En estas condiciones, podemos adivinar anticipadamente las dificultades de interpretación: cronología incierta —aunque es la regla del juego en los dominios de la Prehistoria—; cultura incompleta, con elementos que faltan y otros que se presentan de forma insólita.

**El agua del mar protagonista**

No obstante, hay un rasgo común que parece indudable. Como se han localizado millares de monumentos megalíticos, se puede marcar una masa considerable de puntos en el mapa del mundo, desde Siam, India o Madagascar hasta el norte de Europa. Si en este conjunto demasiado amplio y cronológicamente poco coherente tenemos en cuenta únicamente la zona mediterránea y europea, se impone una conclusión: la difusión se apoya en viajes marítimos. Estos monumentos se sitúan ante todo en zonas litorales, especialmente en islas: Malta, Cerdeña, Baleares, Inglaterra, Irlanda, Seeland (isla danesa en la que se han localizado más de 3.500 monumentos de este tipo), o en las costas de África del Norte, de Provenza, de España, de Bretaña. En Bretaña, donde son abundantes, podrían derivarse, entre el segundo y el primer milenio[19], de viajes hacia Irlanda y hacia el estaño de Cornualles, península que funciona como escala indispensable. En el Mediterráneo, la zona afectada hace pensar en la otra zona, mucho más limitada y antigua (unos dos milenios antes), de la cerámica cordial.

Esta civilización de piedras colosales se propagó evidentemente por las rutas sin fin del mar y no, como se creía hasta ayer, con las conquistas de pueblos de hombres a caballo. Al volver el mar por sus fueros, es grande la tentación de

---

[18] Fernand Braudel pensaba que megalitos/diosa madre/metalurgia redondeaban un mismo complejo extendido desde el Este mediterráneo. Esta amalgama ya no se puede defender (cfr. Jean Guilaine, *La Mer partagée. La Méditerranée avant l'écriture, 7000-2000 avant J.C.*, París, 1994). Aparecieron sucesivamente:

— las primeras sociedades agrícolas y sus religiones (octavo al séptimo milenio en Oriente Próximo, sexto milenio en Occidente);
— los megalitos: los más antiguos se encuentran en Occidente y están fechados en 4500 aproximadamente;
— la metalurgia precoz en Anatolia y en Europa del sudeste (hacia 5000/4500), más reciente en Occidente (hacia 3500/3000). (J. G.)

[19] El carbono 14 ha contribuido a envejecer considerablemente el megalitismo occidental, especialmente el atlántico. El megalitismo, de la era neolítica, no tiene ninguna relación con la metalurgia en estas regiones occidentales. (J. G.)

atribuir un papel motor al Mediterráneo. Para ello, tenemos el aval de un congreso de especialistas reunidos en París (1961). El origen podría estar, una vez más, en los espacios líquidos y sólidos de Oriente Próximo. Las excavaciones del profesor M. Stekelis, que fechan los menhires de Palestina y del Líbano entre los milenios quinto y sexto a. C. nos dan, hasta mejor información, un centro posible de dispersión.

Si las cosas fueron así, el cortejo de bienes culturales megalíticos se desplazó más o menos de este a oeste, pero no con una progresión regular y a partir de una fuente única. Sólo tendremos ideas claras sobre las modalidades de esta progresión, si es que la ha habido, cuando hayamos fechado los monumentos megalíticos, región por región[20].

**En Malta, templos y dólmenes**

Los especialistas no están totalmente de acuerdo, por ejemplo, sobre la fecha de los templos megalíticos de Malta, ni siquiera sobre los de la primera ocupación humana de la isla (a partir sin duda de Sicilia), marcada por escasos fragmentos de cerámica cardial. En cualquier caso, las excavaciones han descubierto tumbas colectivas muy antiguas, con sus osamentas mezcladas, cubiertas de pintura ocre y de sangre humana. Son más tardías las inmensas catacumbas de Hal Saflieni, descubiertas en 1901, donde yacen más de siete mil esqueletos, con osamentas dispersadas como al azar.

También muy pronto, y es la originalidad de Malta, lo que le da un lugar aparte en la historia de los megalitos, aparecen verdaderos templos. Se han conservado una docena, muy diferentes unos de otros, que asocian enormes bloques y piedras corrientes. A falta de una cronología segura, las excavaciones realizadas en toda la isla permiten clasificar estos templos unos respecto a otros. Los dos más antiguos, en Mgarr, presentan una planta en forma de hoja de trébol, con tres cámaras ovales que encontraremos después en los templos posteriores, a pesar de la complicación arquitectónica progresiva que pronto los convierte en enormes monumentos.

Es el caso de los templos de Ggantija, de Hagiar Kim, de Mnaidra, del fantástico conjunto de Hal Tarxien que asocia en realidad varios templos sucesivos, no lejos de la ciudad actual de La Valetta.

La hipótesis de J. D. Evans (1959) es muy verosímil: estos templos son, en sus orígenes, tumbas primitivas. Fuera de uso, por así decirlo, quedan consagradas al culto de los muertos, que hay que ganarse con ritos propiciatorios y sacrificios. Así se explica, entre otras cosas, el curioso friso del templo de Tarxien: ¡carnero, cerdo, cabra, inmolados en sacrificio! Aquí reina la diosa madre, de la que se han encontrado numerosas imágenes esculpidas (y no simples estatuas menhires como en otros lugares). Su estilo varía mucho en función de las épocas, pero, la última

[20] Desde 1969, se han podido fechar muchos megalitos. Los megalitos de Occidente parecen totalmente desconectados de los de la zona mediterránea. Este fenómeno podría ser el resultado de contactos o de convergencias, según los casos. (J. G.)

etapa de los templos (primera mitad del segundo milenio) hace pensar, por las características de las esculturas, también por algunos motivos, entre otros la espiral, en una influencia directa del Egeo.

Esta civilización de los templos malteses quedó brusca y totalmente destruida hacia el 1500 a. C.[21], por invasores originarios, sin duda, de Italia meridional. Por lo tanto las inscripciones de barcos de las que hemos hablado más arriba no pueden ser posteriores a mediados del segundo milenio. Ahora bien, estos recién llegados, destructores de la primera civilización insular, que reutilizarán a su manera las ruinas de los templos de Tarxien, tienen una particularidad: llegan con armas de cobre. Esta ventaja pudo compensar su inferioridad numérica con respecto a los primeros constructores de los grandes templos megalíticos. De estos constructores no quedará nada, ni siquiera su cerámica —sustituida por formas mucho más burdas— o su arte. Sus sucesores pertenecían a su vez a una cultura megalítica y sembrarán la isla de pequeñas tumbas con dólmenes, bastante rústicas, en las que se han encontrado cerámicas características de su ocupación.

Quizá Malta haya desempeñado un papel esencial en la cadena del megalitismo. Es posible. Es algo que se ha dicho de forma reiterada, pero ¿no nos estaremos dejando impresionar por la exuberancia, el carácter extraño, grandioso de la piedra maltesa? Nada indica, después de todo, que Italia meridional (Barí, Otranto, Tarento) y Sicilia, donde las enormes tumbas colectivas excavadas en la roca han dejado huellas abundantes (asociadas al bronce, esta vez), hayan desempeñado en esta cultura primitiva un papel tan poderoso, o más. La pequeña isla perdida en el mar, desarrollando un fantástico arte de la piedra pero ignorante del metal, se parece demasiado a un caso particular para haber desempeñado el papel de punto de encuentro cultural, de centro redistribuidor de megalitismo que a veces se le ha atribuido.

**Una Cerdeña asombrosa**

Igualmente extraña y particular, Cerdeña merece que nos detengamos un momento. Se trata de una isla muy curiosa, durante mucho tiempo despoblada, como la Córcega vecina, y que, más hundida en el mar y en su propia masa continental que esta última, quizá sea la tierra más conservadora —en todas las épocas— del mar Interior.

Como en Malta, en Cerdeña hubo desviación y superación del esquema megalítico habitual.

Las tumbas colectivas están presentes desde la ocupación humana de la isla, sin duda posterior al 2250[22]. Se trata de las misteriosas tumbas de Li Muri,

---

[21] Ahora se fecha el abandono del templo Tarxien hacia el 2500 a C. No está claro que se trate de una destrucción (J. G.)

[22] También en este punto se han cuestionado las dataciones desde 1969 Se han evidenciado huellas de poblamiento paleolítico en Cerdeña desde el decimotercer milenio (gruta Corbeddu), sin hablar

con sus piedras alzadas y su utillaje lítico refinado, y un poco más tardías sin duda, las tumbas talladas en la roca que corresponden a la primera cultura identificable de la isla, llamada de Ozieri. Todo parece relacionar estas tumbas con una cultura oriental: las cabezas de toro esculpidas en las paredes rocosas, los ídolos de tipo cicládico, los dibujos de espirales (en Pimenteli), que son un emblema de fertilidad muy extendido por el Oriente mediterráneo, desde Sumer hasta Troya, Micenas y Siria. Se ha mezclado sin embargo una influencia occidental, procedente en particular del sur de Francia, y algunos objetos importados demuestran contactos con Sicilia y las islas Británicas, quizá Irlanda.

Un poco más tarde aparecen, casi al mismo tiempo[23], las tumbas de dólmenes (que evolucionarán más adelante hacia las grandes tumbas colectivas denominadas *tumbas de gigantes*) y luego las primeras aldeas de *nuraghi* (hacia 1500), esas torres tan características de la isla, aunque bastante similares a las *torri* de Córcega. De torres de este tipo, más o menos bien conservadas, se han encontrado en la isla hasta la fecha seis mil quinientos ejemplares, y la lista no debe estar completa. Su nombre, que podría venir de un dialecto preindoeuropeo, quizá signifique montón, o hueco. En un principio eran torres de vigilancia y de defensa, construidas sobre una plataforma con piedras sin mortero, colocadas en círculos sucesivos cada vez más estrechos, lo que nos da en el interior una especie de *tholos*, de falsa bóveda, con pendiente más o menos marcada. La construcción continuará hasta la conquista romana (238 a. C.) e incluso después. Tenemos así *nuraghi* de más de un milenio de existencia, durante el cual se complicaron poco a poco con añadidos sucesivos, como los templos de Malta, rodeándose de un muro de protección a bastante distancia, reforzándose con otras torres. Con la penetración cartaginesa, en el siglo VI, tuvieron que protegerse de las máquinas de guerra; encontramos al pie de los *nuraghi* gran número de proyectiles. El resultado de estas transformaciones y perfeccionamientos sucesivos nos da el enorme complejo de Barumini, donde recientes excavaciones han diferenciado al menos dos épocas sucesivas.

Defensores, familias, tribus y sus jefes, a veces almacenes, se alojaron en estos complejos de piedras macizas. En cuanto a la vida religiosa, cuyo secreto se nos escapa, gira alrededor de las tumbas de los Gigantes, luego de santuarios con pozo, o de templos amurallados. Son espectáculos que recuerdan a los de Malta, pero no los repiten. Además, son muy posteriores. No obstante, pertenecen a un mismo universo de formas.

Al contrario de Malta, Cerdeña conoció precozmente el metal. En las tumbas de Ozieri se han encontrado objetos, sin duda importados, cuyo cobre nos remite, al analizarlo, a España, al sur de Francia, pero también a Irlanda. Luego, el trabajo local ocupó en esta isla minera un lugar considerable. Volveremos a hablar

---

de posibles asentamientos más antiguos En el sexto milenio a C, los neolíticos colonizan Córcega y Cerdeña como otras regiones del Mediterráneo occidental (J G)

[23] Estas líneas se escribieron en una época, hoy superada, de cronologías bajas, condensadas, en las que todos los datos sucesivos se contraían La nueva cronología, mucho más extendida, permite datar la cultura de Ozien en el cuarto milenio, las tumbas de dólmenes en el tercero, las tumbas de los gigantes en el segundo y las aldeas de *nuraghi* a partir del 1500 a. C, con frecuentaciones y remodelaciones que han podido durar hasta la romanización (J. G.)

de ello. Nos gustaría saber en qué fecha se levantaron exactamente las fraguas asociadas a la vida de los templos amurallados y de los *nuraghi*.

**Del Levante español al Atlántico**

Un viaje a las Baleares, a Menorca y a Mallorca (Ibiza estuvo deshabitada hasta su ocupación por los cartagineses en el 636 a. C.) ofrecería observaciones similares a las que se pueden hacer en todo el Mediterráneo, «de Chipre a Micenas, pasando por Creta y las islas del Egeo», en Malta, y sobre todo en Cerdeña. El problema es que las tumbas y torres de ambas islas no han sido estudiadas sistemáticamente. Redondos o cuadrados, los *talayots* —es un nombre local para las torres— son en total un millar largo. Es posible que todas daten del primer milenio. Sin embargo han tenido tiempo de evolucionar, de convertirse en conjuntos de torres y casas, todo ello rodeado por un grueso muro. Un poblado cerca de Llucmajor, por ejemplo, Capocorp Vell, mide doscientos metros de largo, cuarenta de ancho, tiene un muro de tres metros de grosor, más siete *talayots*, tres redondos, cuatro de planta cuadrada... ¿Quién podría desentrañar el sentido cultural e histórico de esta arquitectura megalítica?

En España, la penetración megalítica es más curiosa todavía. De Almería al Ebro, e incluso al Llobregat, la costa mediterránea está absolutamente desprovista de cualquier huella de estas construcciones. La penetración parece haberse efectuado a partir del sur, por una brecha estrecha a la altura del famoso yacimiento arqueológico de Los Millares (mediados del tercer milenio)[24]. Tras cruzar esta puerta de entrada, los recién llegados avanzaron, a comienzos del segundo milenio, hacia el Atlántico, hasta el lejano Portugal. Habría que hablar, siguiendo el testimonio de los arqueólogos, de invasores, pues sus esqueletos, numerosos en las necrópolis, indican una raza diferente de la que, hasta entonces, estaba ampliamente implantada en España y en África del Norte.

Tenemos pues hombres nuevos. Y conocen la metalurgia: el mobiliario de las tumbas revela la utilización simultánea del cobre y de la piedra, puñales de metal o de sílex, alabardas, admirables puntas de flecha. Sobre todo, y es lo más impactante, estos recién llegados se apresuraron a ganar las zonas mineras de Almería, Jaén, Sierra Morena, el bajo Guadalquivir. Son las únicas regiones que poblaron tierra adentro. Aparte de estos puntos, su ocupación se limitó a las zonas costeras. ¿Su riqueza venía de la actividad minera o de la actividad marítima? Probablemente de ambas. En cualquier caso, esta prosperidad está probada por la existencia de ciudades que no tienen equivalente en Occidente en aquella época. En el actual *despoblado*[25] de Los Millares, por ejemplo, en la provincia de Almería, debemos imaginar una verdadera ciudad, con sus murallas y sus torres a los flancos, un acueducto que trae agua desde tres kilómetros de distancia,

[24]Esta visión de difusión a partir del Mediterráneo hacia el Atlántico ya no está de actualidad. Los dólmenes más antiguos de la Península Ibérica se encuentran en la fachada atlántica, y no en la cuenca mediterránea. El megalitismo es, en parte, una creación occidental. (J. G.)

[25] En castellano en el original. (N. de la T.)

numerosas y ricas necrópolis. La costumbre de enterrar a los príncipes, o los jefes eminentes, rodeados de toda su familia, evoca «una sociedad patriarcal y aristocrática».

Estas sepulturas colectivas sitúan a los invasores en la amplia familia megalítica, afirmando más todavía las influencias orientales[26]. En las tumbas de Los Millares, un pasillo desemboca en una cámara redonda u oval, formada por grandes placas de piedra levantadas, ajustadas unas a otras con arcilla, coronadas con una falsa cúpula, como en algunos *tholoi* de las costas del Egeo que datan de la primera mitad del segundo milenio. A veces, ante la entrada del pasillo, un grupo de betilos, pintados de rojo, similares a los de Biblos. Otras tumbas, enormes, las de Antequera, por ejemplo, o Lacara, cerca de Mérida, recurren más a las pesadas piedras erguidas de tipo dolménico; o se trata de tumbas subterráneas excavadas en la roca (lo que encontramos también en Sicilia y muy frecuentemente en el Egeo), siempre siguiendo el modelo de la cámara de falsa cúpula y corredor. Martín Almagro Basch no duda en relacionar esta arquitectura, así como la cerámica, las armas o los ídolos estilizados que los acompañan, con la cultura de las Cicladas, aproximadamente del 2000 al final de Micenas. Una vez más, encontramos entremezcladas una cultura megalítica, la influencia del Egeo y la de Siria, a su vez en relación estrecha, ya lo veremos, en los mares del Levante cosmopolita, en el segundo milenio.

**El debate queda abierto**

El problema de los megalitos, que no hemos seguido fuera de los límites del Mediterráneo, sigue siendo oscuro, complicado, controvertido. ¿Estaremos cazando fantasmas, como dice un arqueólogo? Todas las hipótesis están abiertas y los especialistas no se privan de presentar algunas contradictorias, aunque casi siempre sean sugerentes. ¿Qué ocurriría, en igualdad de condiciones, si se nos demostrara fehacientemente que los dólmenes y menhires de Bretaña se remontan al cuarto milenio y son los más antiguos de todos estos conjuntos de Occidente?[27]. Una tesis nos parece sin embargo engañosa: para desechar la idea de un origen oriental y de una cierta unidad de la cultura megalítica, apoyándose en el hecho de que la cronología existente, ya lo hemos dicho, no dibuja ciertamente una progresión evidente de este a oeste, llega a la conclusión de que «las ideas y las técnicas tan sencillas» que se encuentran en la base del megalitismo nacieron aisladamente «en una multitud de regiones» de Europa y del Mediterráneo sin comunicación entre ellas. ¿Es tan sencilla técnicamente hablando, y tan natural la idea de transportar las enormes piedras de Stonehenge desde una cantera que dista doscientos ochenta kilómetros? ¿La construcción de enormes tumbas colectivas (que G. Bailloud indica con razón como la característica esencial de una cultura

[26] Nada confirma el origen megalítico de los invasores, ni las influencias orientales. En general, esta comparación sistemática con el Egeo es una dinámica engañosa. (J. G.)

[27] Es precisamente lo que ha permitido la datación con ayuda del carbono 14, y la «calibración» envejece incluso algunos de estos movimientos hasta el quinto milenio. (J.G.)

que incluye también «los dólmenes, los hipogeos y las *tholoi*») es un rasgo natural, que puede aparecer espontáneamente por cualquier sitio?

Es evidente que la difusión de un fenómeno cultural que incluye el megalitismo sin reducirse a él no significa coherencia total o uniformidad. Sobre todo si se trata de una difusión escalonada a lo largo de uno o dos milenios, en medios geográfica y humanamente muy diversos. La realidad es que un determinado universo de formas y de ritos se ha propagado, por mar de acuerdo con todas las apariencias, lo que excluye un amplio movimiento de población en aquella época, y plantea persistentemente la cuestión del origen de estos propagadores. ¿Fueron como misioneros, fundadores de religión? La proliferación de templos en Malta, los cultos funerarios, aluden empecinadamente a una vida religiosa, pero ¿qué pueblo no es ante todo religioso? ¿Fueron aventureros partidos de Oriente en busca de nuevas minas, estaño y cobre? Me inclino a creerlo, a pesar de la excepción importante de la primera civilización maltesa que ignora el metal. Me inclino a pensarlo pues los metalúrgicos, los herreros itinerantes son personajes conocidos en la historia de Oriente Próximo. Es totalmente seguro que viajan, y lo hacen desde comienzos del tercer milenio. Hacia el 2500, en las grandes ciudades de Oriente Próximo, la artesanía del metal está generalmente en manos de corporaciones de extranjeros, con secretos celosamente guardados y que no nacen en las comunidades urbanas. Al parecer, un poco antes del 2000, una crisis grave de los países más antiguos del bronce, de Asia Menor a Irán (¿trastornos sociales, calamidades naturales o agotamiento de las minas locales?), arrojó de golpe hacia el sur a grupos muy numerosos de inmigrantes metalúrgicos. Transportan con ellos las mismas técnicas y los mismos objetos: alfileres de cabeza gorda (llamados en forma de maza), torques (collares abiertos), pulseras del mismo tipo, perlas bicónicas o en forma de oliva hueca, puñales de hoja triangular. Vamos encontrando la pista de estos «portadores de torques» (como los llamó C. Schaeffer, quizá en recuerdo de dos estatuillas de plata de Ugarit, que llevan cada una un torque de oro al cuello) en Ugarit, en Biblos, en Palestina, en Egipto, en Chipre, en Creta, en Europa central por el camino del Adriático[28]. ¿Será la asociación de los marinos sirios o cretenses y de los «portadores de torques» la responsable de los viajes iniciales hacia las minas de Occidente, de Cerdeña, de España, de Europa central?

Si fueran además los propagadores de los megalitos, nuestro problema estaría resuelto, pero la solución es demasiado hermosa. Lo que sí está claro es que se ha abierto una vía marítima y, como siempre en estos casos, actúan influencias entremezcladas. Es también evidente que este despertar de las minas y de la metalurgia de Occidente es como un prefacio a los viajes fenicios del primer milenio que, lejos de ser una marcha ciega hacia lo desconocido, están relacionados sin duda con la explotación de las minas de Cerdeña y de España. Y sin duda también con las tradiciones dejadas por estos primeros emigrantes que, mucho antes de los fenicios, habían hecho las veces de colonizadores.

---

[28] Estos desplazamientos se cuestionan actualmente. (J. G.)

## *Capítulo IV. Siglos de unidad: Los mares de Levante del 1500 al 1200*

Para presentar la quincena de siglos que van del 2500 al 1200 o 1000 a. C. —que corresponden más o menos a la edad del Bronce en Oriente Medio—, tendremos que calzarnos las botas de siete leguas y resignarnos a mucha oscuridad. Los conocimientos han avanzado asombrosamente desde hace algunas décadas, pero a lo largo de un espacio cronológico tan amplio siguen quedando inmensas lagunas. ¿Cómo esbozar una imagen de conjunto cuando las incertidumbres son tan numerosas que, a menudo, cada nueva certidumbre provoca una reacción en cadena que derrumba toda una serie de explicaciones que se creían seguras? Pensemos en lo que pudo significar, en 1915, el desciframiento de la escritura cuneiforme de los archivos hititas de Bogazköy por parte del erudito checo Bedrich Hroznyi (1879-1922), convencido —razón de su éxito— de que el idioma hitita tenía que ser forzosamente indoeuropeo. Un acontecimiento igualmente sensacional, aunque menos importante para la historia de Mediterráneo: la prensa anunciaba, el 3 de septiembre de 1969, el desciframiento del idioma de la civilización del Indo —que ha resultado ser dravídica, es decir, relacionada con los dialectos actuales del Decán[29].

Estos acontecimientos desplazan de golpe baterías completas de explicaciones y la lección aprendida ayer ya no se recita en la actualidad. Así, tenemos la impresión, estimulante en realidad, de estar siempre a punto de saber exactamente lo que ocurrió. Y luego, vuelta a empezar. El álbum de las maravillosas imágenes cretenses sigue estando a nuestra disposición, la *Parisiense*, o el *Príncipe de las flores de lis* de Cnosos no han cambiado, pero ya no los vemos con los ojos de Arthur Evans o de Gustave Glotz.

---

[29] Este anuncio era prematuro. La escritura del Indo sigue sin haberse descifrado. (P. R.)

## 1. Una unidad que avanza

La edad del Bronce se extiende por Oriente Próximo a partir de mediados del tercer milenio y termina más o menos, con la tormenta de los Pueblos del Mar, en el siglo XII. Su historia puede escribirse fácilmente en un registro dramático: invasiones, guerras, pillajes, desastres políticos, bloqueos económicos de larga duración, «primeros mestizajes de pueblos»... Sin embargo, imperios rivales o ciudades agresivas, bárbaros de las montañas o del desierto que se imponen por la fuerza o la astucia a otros más evolucionados que ellos, todos quedan atrapados en un movimiento general cuya fuerza creadora los supera, en una civilización que se extiende a pesar de todas las fronteras. Así se construye una unidad de las tierras y los mares de Levante. La historia de la edad del Bronce puede escribirse tanto bajo el signo dramático de la violencia, como bajo el signo benéfico de las relaciones: relaciones comerciales, que ya son diplomáticas, culturales sobre todo.

¿Este universo cultural en vías de extensión hubiera podido abarcar todo el Mediterráneo? Éste parecía ser el camino antes de las invasiones de los Pueblos del Mar. Invasiones desastrosas, no sólo a causa de las destrucciones que supondrían, sino porque Grecia y el Egeo se encontrarán desde entonces cortadas, aisladas de Oriente Medio, ajenas a él. Este desgarro, que no se volverá a reparar, llevaba la semilla de la gran escisión cultural del futuro, entre Oriente y Occidente[30].

### A partir del 2000, el bronce acelera los intercambios

En este aumento constructivo de los intercambios, la metalurgia del bronce desempeñó un papel, sobre todo al entrar en contacto con las sociedades densas, Mesopotamia y Egipto.

Como en los albores de la agricultura, la innovación metalúrgica (ni siquiera más adelante el hierro) no nace en el interior de los países privilegiados. La fundición del cobre y sus aleaciones se desarrollaron en los países del norte del Creciente Fértil: Irán occidental, el Cáucaso, Armenia, Asia Menor, desde el cuarto milenio. No cabe duda, las excavaciones que reconstruyeron los palacios de Troya II, de Alisar, de Alaça Höyük y de Kültepe, los tesoros de Astrabad, de Tepe Hissar, de Majkop (en Transcaucasia), van dibujando más o menos, sobre el terreno, la zona del bronce. En ningún lugar de Oriente Próximo, incluidos Mesopotamia y Egipto, encontramos la profusión de riquezas metálicas de las tumbas de Alaça, por ejemplo, hacia el 2300: oro, plata, cobre, bronce e incluso hierro —ese metal raro y más precioso entonces que todos los demás—, es decir, encontramos todos los metales.

[30] La explicación ya no tiene valor en nuestros días. Sobre la crisis del siglo XII, véase W. A. Ward, M. S. Joukovsky, The Crisis Years: the 12t Centry B.C. From beyond the Danube to the Tigris, Dubuque, 1992. (P. R.)

En Mesopotamia, el bronce aparece hacia el 2800, en Egipto sólo hacia el 2000. Sin embargo, para el desarrollo de los intercambios, lo que contará es la generalización de su uso, que no se puede fechar con precisión; digamos que entre el 2000 y el 1500, con Mesopotamia, que abre la marcha, y Egipto que la cierra. ¡En la tumba de Tutankamón (hacia el 1350) los objetos de cobre son más numerosos que los de bronce!

Esta extensión progresiva, como un segundo nacimiento del bronce, está relacionada con las emigraciones de los metalúrgicos de Asia Menor, de las que ya hemos hablado. Los encontramos en Ugarit, donde se quedarán dos siglos, hasta el 1700 más o menos; en Biblos, que hacia el 2000 es un centro «metalúrgico» importante, donde se desarrollan también bellas técnicas de damasquinado (hilos de oro sobre cobre o plata, oro nielado); en Chipre, en Palestina, en Egipto, en Europa central. Los países ricos se convertirán en beneficiarios de esta poderosa difusión. El bronce, que permite la fabricación de una buena panoplia de armas ofensivas y defensivas, sin las que no habría ni Estado, ni príncipe respetado, se ha convertido en la base de una civilización material, como el acero y la fundición siguen siendo las bases de nuestra civilización actual. Las minas de cobre y de estaño se someterán a una codiciosa vigilancia. Dispersas en todo el mundo, relativamente escasas, es obligatorio a menudo controlarlas a distancia. Para esta captura comercial, los países ricos, que juegan con ventaja, pueden apoyarse en su red de intercambios, organizados desde hace tiempo sobre la base de lo que se ha denominado la economía palatina.

Los príncipes, efectivamente, que controlan la vida cotidiana de sus súbditos, aún bajo el imperio del trueque, canalizan hacia los almacenes y cofres de los palacios todos los recursos movilizables: pagos en especie, corveas, impuestos, derechos de aduana. Ellos organizan, en los talleres, la producción artesanal destinada a los intercambios exteriores. Este sistema de los «palacios reales» se seguirá desarrollando, se alimentará con la nueva animación de los intercambios. El palacio no sólo es la empresa económica más importante, a menudo es la única, y el príncipe el primero de los productores, de los financieros, de los clientes. Los intercambios se organizan y se desarrollan para él y para el pequeño grupo de hombres que gravitan alrededor de su persona. Los templos, con sus bienes raíces, sus campesinos y sus artesanos, también son, desde el punto de vista económico, «palacios». Incluso precedieron en muchos casos al príncipe por este camino. En el segundo milenio, encontraremos esta concentración económica, no sólo en Egipto, en Mesopotamia, sino en el imperio hitita, en Creta, donde los vientres fabulosos de los palacios, sus ánforas gigantes llenas de aceite (70.000 litros en reserva según los cálculos de Evans) o de vino son bastante elocuentes para los visitantes de Cnosos. En Ugarit, el palacio no deja de crecer para adecuarse a la fortuna de la ciudad y de sus príncipes y al desarrollo de sus «delegaciones». El rey Salomón también tendrá su «palacio».

Así pues, no hay Estado sin palacio, ni palacio sin Estado. El sistema sólo es concebible a partir de la explotación férrea de masas de campesinos y de artesanos. Aunque la economía se desarrolle, su dependencia no deja de crecer. Pronto, cada país tendrá, para mayor lujo y fuerza, sus zonas de avituallamiento celosamente vigiladas, gracias a las cuales un capitalismo privado pronto trata de

desarrollarse, al margen de la actividad palaciega propiamente dicha. El cobre de Anatolia, o de Arabia (a través de Bahrein), o de Chipre, el estaño de Irán, quizá ya de Toscana, de España o de Inglaterra, circulan en forma de productos brutos o semimanufacturados (o incluso manufacturados). Se han encontrado en el Sinaí los hornos primitivos, excavados en la tierra, en los que se trataba el mineral de cobre antes de enviarlo hacia el Nilo. En 1960, la arqueología submarina descubrió en Gelidonia, en la costa turca, en un barco hundido hacia el 1200 a. C, una carga de cuarenta lingotes de cobre en forma de «piel de buey» con la marca de los fundidores de Chipre.

Esta red no deja de extenderse, de Malta a Irán, a Turquestán y al Indo, de los países nórdicos, productores de cobre, de estaño y de ámbar, hasta Nubia, donde Egipto encuentra una tierra colonial que puede explotar sin misericordia. Caravanas y navegaciones se suceden. En los mares del norte de Europa, barcas, navios, circulan, quizá ya con las velas de cuero que enarbolarán, mucho después, los vénetos cuando César, no sin dificultades, los venza en el mar. Las rutas del istmo atraviesan de norte a sur el estrecho continente europeo, respondiendo a la llamada del Mediterráneo. Y el mismo efecto de atracción ejerce el mar Rojo, donde una pintura en una tumba tebana del siglo XVI nos revela una navegación de cabotaje: unos indígenas aportan sus mercancías a un puerto egipcio, quizá Kosair, al final de la ruta que sale de Coptos, sobre el Nilo, y llega al mar. Lo que más me llama la atención, es que estas embarcaciones redondas, quizá de mimbre, de una forma que encontramos actualmente en los países árabes, tienen una vela triangular, cuidadosamente reproducida por el pintor. La vela *triangular* es característica del océano índico. El Islam, unos dos milenios más tarde, introducirá en el Mediterráneo esta vela exótica (tan bien adaptada que se considerará, con respecto al Atlántico, como típicamente mediterránea y se llamará «latina»). La pintura tebana sugiere, pues, unos vínculos con la otra zona de vida marítima gobernada, desde el golfo Pérsico a las Indias, por el régimen de los monzones.

Esta circulación terrestre, fluvial o marítima gozó de circunstancias favorables. No digo que no haya habido ningún corsario por mar, ni ningún bandolero por tierra, pero estos largos trayectos implican connivencias, de ciudad a ciudad, de Estado a Estado. En Mesopotamia, las mercancías pasan de una ciudad a otra, como un balón en un partido de rugby bien orquestado. Por ejemplo, las grandes caravanas de asnos negros que, de Asur a Kanish (Kültepe), transportan tejidos (comprados en Mesopotamia del Sur) y estaño y traen de Anatolia, a su vuelta, cobre, nunca son interceptadas ni molestadas durante sus desplazamientos. Un documento babilónico de aquella época (comienzos del segundo milenio) habla de «autorizaciones reales para circular», sin duda a cambio de peculio, y las rutas están organizadas, con relevos y «cantineras de encrucijada». Los trayectos son, no obstante, difíciles, lo bastante peligrosos para que antes de salir los mesopotámicos invoquen la ayuda de Shamash, dios del Sol: «Tú, que asistes al viajero, para el que arduo es el camino, y reconfortas al que cruza el mar y teme a las olas...»

## Superioridad de Mesopotamia: rutas y monedas

Mesopotamia, en la encrucijada de numerosos caminos, está al alcance de Irán y del Océano índico, llega hasta el corazón de Asia Menor, está presente, a través de los mercaderes de Asur, en Capadocia. No obstante, su sangre más rica fluye hacia Siria, más allá de Mari la poderosa, de Karkemish la belicosa y de Alepo, hacia la ruta del Orontes, del mar y del gran puerto de Ugarit. A modo de Génova, por no decir Venecia *avant la lettre*, Ugarit es la gran puerta abierta al «Mar superior del Sol poniente», como dicen los mesopotamios cuando hablan del Mediterráneo, por oposición al «Mar Inferior», el golfo Pérsico.

Sin querer imaginar la Mesopotamia de Sargón y de Hammurabi como una simple aplicación de la teoría de los «polos de crecimiento», ¿cómo no reconocer su evidente primacía que, muy pronto, se manifestará en los progresos de una cierta economía monetaria? Por supuesto, no se trata de la moneda-signo que nos resulta familiar. Es monetaria toda economía en la que una mercancía —el metal entre otras— tiende a convertirse en la medida de las demás y a sustituirlas en los intercambios. El inmenso imperio persa, mucho más tarde, generalizará el invento lidio de la moneda, en el sentido moderno de piezas acuñadas, y lo extenderá a través de los países de Oriente Próximo, incluidos Mesopotamia y Egipto (este último bastante reacio, por cierto).

La primera «moneda» de pago, en Sumer, fue la medida de cebada, el grano. De la vida agrícola surge pues la moneda, no del pastoreo (como en Roma, *pecunia*; en Grecia *bous*; en India *rupia*). Esta moneda de cebada tendrá larga vida en las transacciones ordinarias, porque cuando aparece el metal (cobre, luego plata al peso), lo hace como una especie de moneda de cuenta, una escala de referencia. La cebada sigue funcionando como moneda real. Por ejemplo, un contrato, después de estipular el precio en plata, indica además la relación en el día de la fecha entre la plata y la cebada. Sin embargo, para las transacciones exteriores, la moneda que sirve de motor y se impone, es evidentemente el metal.

No obstante, la plata, a partir del momento en que aparece y desempeña el papel, en algunas transacciones, no de simple referencia, sino de moneda real, tiende a predominar sobre otras formas de pago. Así se interpretará una decisión del Código de Hammurabi: si una cantinera no acepta grano como pago de una bebida, pero recibe plata y por ello «baja el precio de la bebida por debajo del precio del grano, se hará comparecer a la cantinera y se la arrojará al agua». Este detalle imprevisto indica el carácter ambiguo de una economía semimonetaria. Quizá el trueque, sugiere un especialista, se mantuvo allá donde el pago en mercancías ponderosas era posible —a lo largo de los ríos, en el mar— y cuando intervenían los palacios, poseedores de mercancías superabundantes. La economía monetaria podría haber reinado, por el contrario, entre los «capitalistas» que no tienen enormes almacenes a los que acudir y cuyos «mercaderes itinerantes» recorren las carreteras con sus «agentes portadores de capitales», como dice la invocación a Shamash que acabamos de citar.

En cualquier caso, es un signo de la precocidad económica de Mesopotamia la aparición rápida, junto a la organización oficial del palacio, de verdaderos mercaderes, tratantes y viajantes los unos, prestamistas los otros, con

seguridad los más importantes. Estos mercaderes forman en cada ciudad como un barrio aparte, el *karum*. En él encuentran —si juzgamos por el de Kanish (Kültepe), que conocemos gracias a una extensa correspondencia— almacenes y las ventajas de una asociación de mercaderes que hace las veces de cámara de comercio. Manejan la plata de los pagos con destreza, conocen los pagarés, las letras de cambio, los pagos por compensación —lo que prueba que los instrumentos del capitalismo se descubren solos en cuanto las circunstancias se prestan a ello. En Babilonia existirán incluso bancos. No sorprende descubrir una economía monetaria en Ugarit, salida al mar de las tierras mesopotámicas, puerto activo (se habla de una flota de 150 barcos), situado cerca de las minas de plata del Tauro. Los mercaderes de la ciudad, importadores y exportadores en parte extranjeros, pagan en *siclos* de plata sus compras de lana, de esclavos e incluso de tierras.

¿La elección de la plata como medio de pago menos voluminoso que el cobre o el bronce, favoreció el comercio exterior de Mesopotamia? Probablemente, pero el metal blanco, hay que comprarlo. Como contrapartida de sus importaciones de materias primas productos alimentarios —plata, madera, cobre, estaño, piedras preciosas y semipreciosas, aceite, vino— Mesopotamia sólo cuenta con cebada, dátiles, pieles, tejidos de lana, cilindros grabados y otros productos de artesanía. Sirve también de intermediario y cobra el precio de sus servicios. Su regla parece ser comprar todo lo posible hacia el sur y hacia el este, donde la plata se revaloriza (por ejemplo, Mesopotamia del Sur preferirá durante mucho tiempo el cobre procedente de Bahrein al de Anatolia) y vender hacia el norte y el oeste, a sus proveedores de plata, productos de lujo y textiles. Quizá la economía mesopotámica descansa simplemente en una regla sencilla de los países evolucionados: comprar materias primas y asegurarse un beneficio en la reventa, en bruto o en productos manufacturados. Quizá Mesopotamia se beneficia de la regla que imperará durante tanto tiempo en la vida mediterránea y convierte el uso del metal blanco, mercancía sobrevalorada en Lejano Oriente, en una ventaja en sí, un «multiplicadoe» benéfico de los intercambios, o al menos de los retornos. La elección de una moneda de plata en Mesopotamia, que linda con los tráficos que se dirigen hacia India, tomaría un nuevo sentido, aunque la explicación es evidentemente frágil.

### El oro de Egipto

Explicarlo todo así no sería razonable. Explicarlo todo por el contraste entre Egipto y Mesopotamia tampoco lo sería. Sin embargo, el contraste es impactante y el economista puede asombrarse, irritarse casi, ante el espectáculo de la vida egipcia, maravillosamente regulada, inteligente y arcaica con obstinación. Al igual que el torno de alfarero, tan lento para incorporarse a la vida cotidiana, el bronce, introducido hacia el 2000, no ocupa realmente su lugar hasta el 1500, tras cinco siglos de espera, prácticamente sin uso. De la misma forma, Egipto sólo tendrá para todos los usos una moneda de cuenta, el *shat* (7,6 g) de cobre o de

bronce, a partir de la dinastía IV. Hacia el 1400 lo sustituirá el *qite* (9,1 g). No hablemos a este respecto de un fortalecimiento de la moneda: en Egipto se trata de algo marginal; el trueque seguirá siendo la regla hasta el dominio persa, o incluso hasta el griego.

Sin embargo, Egipto, como Mesopotamia, tuvo que organizar los intercambios exteriores necesarios para su vida y sus lujos. Exporta productos manufacturados, telas de lino de afamada finura, cerámicas, cristales policromos, muebles, joyas, amuletos... Pero está menos obligado a comerciar con países lejanos que Mesopotamia, dado que —salvo con la madera— tiene suficiente con lo que encuentra en el país o en países limítrofes: el cobre del Sinaí (no empezará a importar lingotes de Siria y Chipre hasta mediados del segundo milenio), las más diversas piedras para la construcción a orillas del Nilo: granito, gres, esquisto, caliza o basalto; muchísimas piedras preciosas o semipreciosas de los desiertos del este; coral del mar Rojo; marfil, ébano, y sobre todo oro de Nubia (la palabra significa «país del oro»). El metal amarillo es fruto del trabajo de buscadores de pepitas primitivos, tratados como esclavos. La producción es abundante. Bajo Tutmosis III (1502-1450), Nubia envía al faraón dos a trescientos kilos de oro en un solo año. Cifra fabulosa, pues la América española, desde su descubrimiento en 1650, entregará como media apenas más de una tonelada al año. No mienten las correspondencias diplomáticas de Amarna (Amenofis III, 1413-1377, y Amenofis IV, 1377-1358) cuando repiten que el oro, en Egipto, es tan común como la arena. Tushratta, el emperador de Mitanni, contemporáneo de Amenofis IV, prefiere decir «como polvo entre los pies». Sin embargo, hay escasez de plata, hasta el punto de que el cambio oro-plata en el Imperio Medio era únicamente de 1 a 2, o incluso de 1 a 1.

Con el oro, casi sin darse cuenta, de manera eficaz, Egipto tiene mucho terreno ganado. ¿Fue acaso un motivo para dejarse estar, mientras Mesopotamia estaba condenada a hacer esfuerzos, a permanecer activa e inteligente, a precipitar su economía exterior? Egipto evoca a nuestros ojos, con muchos elementos similares, la China del siglo XVIII después de Cristo, segura de sí, preocupada únicamente por ella misma.

**La larguísima coyuntura**

La economía que acabamos de describir conoció crisis, flujos, reflujos. Es próspera durante muchos siglos: lo prueban su extensión, la construcción de inmensos Estados, de palacios enormes, que no despiertan únicamente la curiosidad de los historiadores del arte. Puede ser incluso que la superación de una economía palatina, como en los países de «escritura cuneiforme», sea la prueba y el resultado de una extensión, más marcada todavía, de la vida económica. Esta vida económica no deja de tener altibajos. Sabemos de sobra que hubo rupturas de rutas, variaciones de precios, fluctuaciones de población (al menos en Egipto o en Creta), accidentes o catástrofes políticas que no pueden dejar de ser al mismo tiempo catástrofes económicas.

En estas condiciones, ¿es posible, después de haber dejado que se deslizara en el debate, casi jugando, la palabra *coyuntura*, tratar de tomárnosla totalmente en serio? Naturalmente, esta coyuntura existe, pero estamos reducidos a imaginarla, a partir de una documentación somera y de algunas hipótesis meramente verosímiles.

1) Supongo que este mundo de conexiones múltiples, habida cuenta de sus inercias y de sus precipitaciones, acepta no obstante un ritmo de conjunto, que por supuesto sólo afecta a la franja superior de sus relaciones.

2) Sólo tenemos indicadores, por muy imperfectos que sean, en lo que se refiere a Mesopotamia y a Egipto. Aquélla, activa, determinante, pero, por así decirlo, turbia, o enturbiada por demasiados avatares políticos; éste, pasivo, enorme, siempre manejando los hilos de diferentes tráficos, pero a menudo manejado desde fuera, como pasará con la China de Cantón, abierta al capitalismo europeo.

El testimonio de Egipto es el más claro, el más continuo, aunque no forzosamente el mejor. Empecemos no obstante por él, ya que es el más fácil de leer.

Los interregnos políticos largos se designan sin ambigüedades, en Egipto, con el nombre de *periodos intermedios*. El primero, entre el Imperio Antiguo y el Medio, va aproximadamente del 2280 al 2050. El segundo, entre el Imperio Medio y el Nuevo, del 1785 al 1590: durante este largo interludio se sitúa el episodio bien conocido de los hicsos, los «extranjeros», esos pueblos de pastores que se instalan en la parte oriental del Delta y construyen allí su capital, Avaris. Sus soberanos jugarán tan bien a los faraones, que constituyen limpiamente las dinastías XV y XVI. El tercero y último e inacabable periodo intermedio, comienza en el siglo XI y apenas si termina en el VIII. El periodo saíta (663-523) sólo será un corto resplandor. Podemos hablar de un Egipto ascendente hasta el 2280, descendente hasta el 2050; ascendente del 2050 al 1785, en reflujo del 1785 al 1590; en fuerte ascenso en tiempos de las glorias bélicas del Imperio Nuevo y hundido en un marasmo sin fin que fue la suerte común de todo Oriente Próximo tras las convulsiones del siglo XII.

De estos tres largos interregnos en la vida egipcia, el primero —revolución cultural que viene de las profundidades de la vida interior del país, acompañada por una invasión asiática y una interrupción total del comercio con Biblos por una parte, con los países del oro por otra— es mucho más fuerte que el segundo. El episodio de los hicsos no tiene, efectivamente, el mismo valor de ruptura; el extranjero se adueña sin destruirla de la actividad del Bajo Egipto, que desgraciadamente permanece oscura. Sin embargo, está claro que el Delta, bajo el dominio de los hicsos, conservó sus antiguos lazos con Siria, Creta, las costas de Levante, incluso con los hititas. El último periodo, el más largo de los tres, es el final de un mundo.

| EGIPTO | MESOPOTAMIA |
|---|---|
| Hacia 2700<br>Imperio Antiguo (dinastías III-IV); Keops, Kefrén y Micerinos (dinastía IV), establecimiento del poder faraónico | Hacia 2700<br>Poder sumerio en Mesopotamia del Sur; primera dinastía de Uruk; Gilgamesh, rey de Uruk; primera dinastía de Lagas (h 1490), fundación del imperio acadio por Sargón el Viejo (h 2340) |
| 2280<br>*I periodo intermedio (dinastías VII-XI); reinos múltiples, decadencia del poder central; hegemonía de los nomarcas* | 2230<br>*Declive del imperio acadio (2230) debilitado por las incursiones de los guteos que ocupan Babilonia (2160)* |
| 2050<br>Imperio Medio (dinastía XII); Amenemhet I funda la nueva dinastía (h 2000), el país está sometido; reforma administrativa de Sesostris II (h 1950) | 2100<br>Renacimiento sumerio; dinastía III de Ur; toma de Mari y Larsa (1761) por Hammurabi, que crea la primera dinastía amorrea de Babilonia y realiza la unidad de Mesopotamia (h 1792) |
| 1750<br>*II periodo intermedio (dinastías XIII-XVII), los hicsos se instalan en el Delta y ponen su capital en Avaris (h 1750), numerosos disturbios políticos y sociales* | 1750<br>*Muerte de Hammurabi, toma de Babilonia por los hititas y desaparición de la primera dinastía de Babilonia, incursiones casitas en Mesopotamia (a partir de 1740)* |
| 1590<br>Imperio Nuevo (dinastías XVIII XX); Amenofis I reconstruye la unidad del Imperio (h 1590); Ramses II inaugura un reinado de 67 años (h 1300); desarrollo de una política de conquistas y de alianzas | 1594<br>La dinastía casita se establece en Babilonia durante cuatro siglos (1594); tratados de alianza con Egipto, intenso desarrollo de las ciudades sirias y del Imperio hitita (apogeo a partir de 1380) Tratados de alianza con Egipto |
| A partir del siglo XI<br>*III periodo intermedio (1070), debilitamiento y declive del Imperio egipcio* | A partir del siglo XI<br>*Crisis generalizada de Oriente Próximo, destrucción de Babilonia por los asirios Desaparicion del Imperio hitita* |

Los periodos ascendentes corresponden a los éxitos multiseculares de los tres imperios sucesivos. Tomemos el ejemplo del Imperio Medio (2040-1786): se restablece el orden en el valle del Nilo, se suprime el régimen de los monarcas y de los templos independientes, el país vuelve a respirar libremente y recupera una cierta prosperidad. Entonces nace el ejército permanente de los faraones, pozo sin fondo de gasto; las tumbas que se multiplican ya no están reservadas a las familias

reales, aunque son más ricas que nunca: frescos, estatuas, objetos preciosos acompañan a los muertos ilustres y las estatuillas de madera les ofrecen un ejército de servidores sin el que nadie sabría vivir y sobrevivir feliz. El lujo ha entrado en la vida egipcia en todas sus formas: el de la ropa, las joyas, los perfumes; el de las fiestas: jóvenes mujeres engalanadas escuchan a los músicos, esclavas atentas ofrecen a los comensales una flor de loto, un racimo de uvas o uno de los costosos «conos de perfume», colocados como una diadema blanca sobre las oscuras cabelleras.

Una vez dicho esto, si comparamos este triple esquema egipcio con el de los altibajos de los países mesopotámicos (véase la tabla), las coincidencias no son perfectas, en absoluto, y es algo que nos tranquiliza un poco, porque el *indicador* que estamos siguiendo es más bien político; no se puede aplicar exactamente a la economía y, por otra parte, los *trends* seculares no coinciden totalmente de una zona económica a la otra. Se trata pues de coincidencias aproximadas para las que es lícito utilizar las cronologías imperfectas a nuestra disposición.

Supongamos que llamamos a las tres crisis egipcias A, B, C; a las tres crisis mesopotámicas que deberían coincidir con ellas A', B', C. Para A y A', la coincidencia es satisfactoria: el imperio acadio fundado hacia el 2340 se disuelve hacia el 2230, el Imperio Antiguo egipcio hacia el 2280; el Imperio Medio egipcio emerge en el 2050 y la tercera dinastía de Ur hacia el 2100. Por lo tanto, A = A', más o menos. Para B y B', la correspondencia está más clara todavía: el desorden en el Nilo recomienza hacia 1785 y se prolongará hasta 1590 aproximadamente; para Mesopotamia, podemos adelantar las fechas de 1750 (muerte de Hammurabi) y 1595. Puede que la tercera dinastía de Ur sólo durara un siglo, pero vino a continuación la dinastía de Larsa y el poderoso Estado de Mari, luego la dinastía de Babilonia con el amorreo Hammurabi, que conquista a un tiempo Larsa y Mari y reconstruye la unidad de Mesopotamia. Esta historia complicada corresponde, una vez más, a rivalidades entre ciudades que no cambian nada, durante todo el periodo, en un comercio activo, conocido gracias a una abundante documentación escrita. La desintegración que sigue a la muerte de Hammurabi corresponde, por el contrario, al estallido de una crisis social contenida hasta entonces, con un conflicto entre los intereses y la propiedad privada y la organización estatal. El Código de Hammurabi había sido un intento de acuerdo para dar satisfacción a estas aspiraciones, canalizándolas al mismo tiempo para salvaguardar un Estado fuerte. Sin embargo, el intento fue un fracaso y el Código será letra muerta. La recuperación no llega hasta la dinastía casita, en 1595. Podemos concluir pues que B = B'.Y C = C’, esta vez sin discusión, pues la crisis del siglo XII es una crisis generalizada, de la que no se salva ninguna región de Oriente Próximo y de Grecia, dominada entonces por Micenas.

Estos seis periodos —tres de deterioro, tres de salud más o menos aceptable— nos permiten situar algunos acontecimientos. Si llamamos a,b,c a los periodos de euforia, veremos que el imperio hitita, creado hacia 1600 y que dura hasta el 1200, coincide con el largo periodo ascendente c, que incluye también en su movimiento la Babilonia de los casitas, no demasiado brillante en realidad, el Imperio Nuevo egipcio y su aliado, el Estado de Mitanni, que ocupa la Mesopotamia del Norte; en Creta, es el periodo llamado de los segundos palacios;

finalmente, en el siglo XIV, tenemos el ascenso de Asiria. Remontando el curso de los siglos, el periodo b ve, por un lado, el Imperio Medio, por otro, los dos o tres ensayos brillantes de reunificación mesopotámica, que se desmoronan tras la muerte de Hammurabi, y finalmente los primeros palacios cretenses. El periodo a es sin duda el más curioso: se trata de la época de las creaciones de Acad y de esta primera prosperidad minera que recorre con un trazo poderoso Asia Menor, de Irán y el Cáucaso al mar Egeo y más allá. Egipto se asocia de forma más tranquila a estas efervescencias, vive de las rentas de una prosperidad ya antigua y bien asentada, pero su masa es tal, que todo parece partir de allí o llegar allí.

### Una cultura cosmopolita

El paralelismo que podemos observar entre las coyunturas egipcia y mesopotámica tiene tanto más interés cuanto las dos grandes civilizaciones han tenido pocas (salvo quizá algunas caravanas de asnos del Eufrates al Sinaí) relaciones directas. Sin embargo, el movimiento se comunica de una a otra a través de la bisagra que constituye la región siriolibanesa: cada vez que mejora el clima económico en casa de sus poderosos vecinos, se aprovecha del movimiento general de prosperidad y de ricos intercambios que se da en el conjunto de Oriente Próximo. Así se va creando, poco a poco, un espacio económico unitario en el que todo se intercambia: los objetos, las técnicas, las modas, los gustos, y por supuesto los hombres. El arte es aquí testigo privilegiado de un cosmopolitismo que W. S. Smith, en un hermoso libro (1965) hace arrancar hacia el 2000 y en el que distingue dos grandes periodos de importantes contaminaciones culturales: siglos XX-XIX, por una parte, 1500-1200 por otra (más o menos, el segundo y el tercer periodo ascendente que señala la coyuntura económica).

Esta civilización unitaria sólo abarca la mitad del Mediterráneo, pero ya se ha superado el marco de Oriente Próximo en un sentido estricto. Ningún observatorio nos permite captar mejor que Creta esta superación, esta unidad que se afirma. Creta, nuevo actor que sólo entra en el juego durante unos siglos, pero para desempeñar un papel deslumbrante.

## 2. Creta, nuevo actor de la civilización cosmopolita

La Creta prehelénica, llamada minoica, del nombre de su rey legendario (se dice el Minos, como se dice el Faraón), es un espectáculo fascinante y enigmático. Se nos dice que en el mundo prehistórico no hay sociedad mejor conocida que la cretense; sin embargo, lo que nos atormenta es lo que no conseguimos saber sobre ella, seducidos como estamos por lo que conocemos ya.

Desde el desciframiento, por parte de Michael Ventris, en 1953, del lineal B, tercera y última escritura de la isla, el problema ha cambiado de sentido, pero no se ha hecho la luz. ¡Hay quien dice, con más o menos buena fe, que incluso estamos más a oscuras! En realidad, es que tenemos que imaginar un nuevo relato a propósito de Creta. Los arqueólogos proponen dos o tres versiones, a la espera de la que sin duda seguirá a un desciframiento del lineal A. Todo lo que sabemos, de momento, es que no se trata de un idioma indoeuropeo[31].

**La primera civilización del Egeo**

Al sur del mar Egeo, la Creta antigua es una isla perdida en un desierto de agua salada. Amplia, montañosa, está cortada por llanuras (una de ellas, en el centro, la Mesara, bastante extensa: 40 km de largo, 6 a 12 de ancho), cerradas por montañas calizas que hacen las veces de depósito de agua. El monte Ida la corona a casi 2.500 m. El contraste habitual del Mediterráneo entre la planta baja y la azotea está perfectamente ilustrado. No obstante, si bien las tierras altas cretenses parecen, según las reglas, bastante cerradas a las influencias exteriores que cambiarán radicalmente la isla, no existe aparentemente una amenaza montañosa para las llanuras, ciudades y palacios de las tierra bajas. Existe una trashumancia ovina; tranquila, da poco que hablar. Nada comparable, en suma, a las tierras altas salvajes, peligrosas que tendrá la isla (que entonces se llamará Candia) en tiempos del dominio veneciano. En realidad, la Creta minoica, tan pacífica dentro de sus propios límites, ¿no habrá estado durante mucho tiempo despoblada con respecto a sus posibilidades?

La oposición más fuerte, la más inesperada, se establece entre las fachadas norte y sur de la isla, la que se vuelca hacia las islas y costas cercanas del Egeo y la que mira hacia África lejana, la Cirenaica y, más lejos, Egipto, la una mediterránea, como otras tantas costas, la otra una curiosidad climática, con un toque tropical que evoca la estrecha franja española de Málaga. Las golondrinas pasan allí el invierno, como en Egipto.

Una isla siempre es un mundo cerrado, protegido. En Creta, por ejemplo, no hay animales salvajes autóctonos, salvo la cabra montes, el tejón, el gato montes, la comadreja (que se utilizaba en las casas contra los ratones). No existían zorros, lobos, águilas, lechuzas. Ningún animal dañino salvo el escorpión, la víbora y una araña venenosa (desconocida en el continente). Los griegos dirán más adelante que «la isla de Zeus» había sido liberada de estas plagas por el rey de los dioses o por Heracles. Fue más bien obra del mar protector. ¿No fue este aislamiento la principal ventaja de Creta en sus inicios? Otras islas, casi igual de grandes, como Rodas, o más extensas como Chipre, ambas bien situadas en las

[31] Sobre las cuestiones cretenses, el «desastre» de Thera y sus efectos, véanse las posiciones matizadas de R. Treuil *et alii*, *Les Civilisations égéennes du Néolithique et de l'âge du Bronce*, París, 1989. (P. R.) [Edición española: *Las civilizaciones egeas del Neolítico y de la edad del Bronce*, trad. de Montserrat Rubio, Barcelona, Labor, 1992.]

rutas del mar, están mejor relacionadas que ella con el continente próximo. Sin embargo, Creta ocupó indudablemente la primera posición.

Pese a todo, su participación fue muy modesta en una primera civilización egea y periegea, cuyos puntos más brillantes fueron las Cicladas y más todavía la ciudad de Troya, al sur del Helesponto. Como el resto del Egeo, recibió de Asia Menor sus primeras poblaciones y su primera agricultura, hacia el séptimo milenio; luego otras oleadas de emigrantes la iniciaron en la cerámica y, finalmente, durante el tercer milenio, en los progresos de la metalurgia. Si creemos a los arqueólogos, la gran isla, en estas primeras experiencias y en particular en lo que se refiere a la cerámica, estaba seriamente retrasada con respecto a otras regiones como la Argólida o Tesalia, más directamente relacionadas con Anatolia, e incluso a una isla como Siros, cuyos vasos son conocidos desde hace tiempo, con el nombre prosaico e impertinente de «sartenes» —vasijas planas, de uso probablemente ritual, decorados con incrustaciones blancas, espirales, triángulos, estrellas, soles, barcos, peces... La primera civilización *heládica* presenta, como la anatólica, la omnipresente diosa madre, representada en primer lugar en el Neolítico por estatuillas naturalistas, muy similares a las del continente asiático; más tarde, a comienzos de la edad del Bronce, por esos extraños ídolos denominados «cicládicos», quizá menos puramente egeos de lo que se ha dicho. Las figuras «en forma de violín», por ejemplo, como recortadas en una placa de mármol o de arcilla, no sólo se encuentran en Troya (prácticamente en todos los niveles I a VI) y en Creta, sino también en Tesalia, en el Bósforo asiático, en Teleilat Ghassul (al norte del mar Muerto), y tienen su correspondencia en las pequeñas siluetas de una tumba de Alaça Höyük, recortadas en una lámina de oro. Desde Creta, siguen su camino hacia Occidente, inspirando en Cerdeña numerosas estatuillas de piedra o de mármoles locales (primera mitad del segundo milenio), o en Malta, en el siglo XVI, figuras estilizadas en forma de violín o de disco plano. En España, en las tumbas megalíticas de Purchena y de Los Millares, son uno de los numerosos signos de una influencia del Oriente mediterráneo.

La fachada oriental del Egeo, la costa de Asia Menor y sus puertos, que son la salida de los valles que bajan de las mesetas, sirvieron de escala en esta corriente cultural que, durante varios milenios, fluyó desde Anatolia hacia el Egeo y Grecia. En la colina de Hissarlik, no lejos del Helesponto, el desarrollo brillante de la ciudad de Troya, a partir del 3000, es la historia de una de estas escalas. Nueve ciudades sucesivas fueron descubiertas por Schliemann (1870), en un lugar hasta entonces legendario. La más antigua, Troya I, es una ciudad muy pequeña, pero innegablemente una ciudad, con sus murallas y, en el punto más seguro de las mismas, el palacio del príncipe. Se fabrica allí una cerámica modelada a mano, gris y negra, con incisiones e incrustaciones blancas, muchos útiles de piedra (supervivencia nada sorprendente), pero la presencia del cobre revela los albores de una metalurgia. Por supuesto, está presente la inevitable diosa madre. Troya II, dentro de murallas más amplias, sólo durará dos siglos (2500-2300) y desaparecerá en un incendio, como unos mil años más tarde Troya VII, la ciudad de Príamo y de Héctor, asediada durante largo tiempo por el ejército de los griegos. Durante estos dos siglos, Troya II desempeñó un papel importante en la

difusión de la metalurgia a través del Egeo. Las excavaciones nos han dado una multitud de objetos preciosos, de oro, plata, plomo, electro, hierro incluso, cuchillos de hoja de plata o de bronce, con mangos de cristal de roca tallado, una bella orfebrería que utiliza indistintamente la filigrana, el *cloisonné* o el grafilado. Todos estos objetos preciosos parecen haber sido enterrados precipitadamente, apenas un instante antes de la hora definitiva del peligro. Se conoce el torno de alfarero, pero convive con la cerámica moldeada a mano.

En esta segunda mitad del tercer milenio, Troya está en relación evidente con Mesopotamia (cilindros y sellos de Jemdet Nasr); con la meseta de Anatolia, Tesalia, Macedonia, el Egeo, Egipto, e incluso con el Báltico a través del Danubio (el ámbar de origen nórdico se reconoce en el análisis químico) y la variedad de materiales empleados, piedras semipreciosas en particular, indica que no se trata de relaciones ocasionales.

Sería imprudente generalizar, juzgar la primera civilización del Egeo de acuerdo con este ejemplo, quizá excepcional, pero es algo que hay que tener en cuenta. Ya hemos encontrado, en el continente griego o en algunas islas, suficientes restos de verdaderas ciudades, incluso de palacios, para pensar que una primera civilización vigorosa, animada por tráficos marítimos precoces, se extendió al conjunto del Egeo en el tercer milenio.

Esta civilización se apaga brutalmente con las invasiones indoeuropeas de cerca del siglo XXIV. La Tróade, Anatolia, el continente griego, numerosas islas del Egeo son invadidas por pueblos mucho menos evolucionados que los suyos — quizá antepasados de los micenios de Grecia, de los hititas y de los luvitas de Anatolia. Todas las ciudades arden con sus palacios, Troya, Hagios Kosmas (cerca de Atenas), Lerna y Tilinto en Argólida, Poliochni en la isla de Lemnos. El nivel general de la economía y de la cultura retrocede en el Egeo. Tesalia vuelve a la barbarie. Todas las luces se apagan. Salvo en Creta: poco accesible, protegida por su situación excéntrica, la isla no será invadida. Fue sin duda su primera oportunidad.

**Choques exteriores**

Antes del declive de la primera civilización egea, la prosperidad cretense ya se había manifestado hacia el 2500, limitada por lo demás, como si una economía avanzada dibujara dos islas dentro de la grande; un fragmento minúsculo al este, entre Zakro y el golfo de Mirabello —en particular en Vasiliki y en la isla costera de Mochlos— y la llanura central de Mesara, apartada, amplia pero como encerrada en su riqueza natural, caracterizada por sus tumbas colectivas, de *tholoi*. Al contrario que el resto del Egeo, que en el tercer milenio lo recibe prácticamente todo de la costa occidental de Anatolia, Creta también mantiene relaciones con Siria y, directa o indirectamente, con Egipto. ¿Será la razón de que, antes del 2000, el antiguo pariente pobre del Neolítico egeo desarrolle una civilización viva, abierta, original, adaptando a su aire variadas influencias?

Todavía no hay verdaderas ciudades, tampoco palacios, en esta civilización en devenir del Minoico antiguo. Sin embargo, las tumbas de la costa nos han dado un rico material: jarras de pico recto, de forma anatólica (como en el resto del Egeo), diosas de mármol de formas esquemáticas, herramientas y armas de cobre puro, después de bronce, o joyas de oro ya singularizadas, cerámicas originales («teteras» de largos picos, que parecen copiar formas de metal) y sobre todo numerosísimos vasos de piedra, de inspiración evidentemente egipcia (incluso algunos importados) que han suscitado un amplio debate entre especialistas. Ya no se cree en las relaciones directas con el Nilo a principios del tercer milenio (fecha de estos vasos en Egipto), sino más bien en relaciones indirectas a través de Biblos. No obstante, ¿se trata de un simple comercio o del arribo a Creta de algunos refugiados de la orilla del Nilo, llegados a través de Siria? ¿En qué época? ¿La de la lejana conquista del Delta por Narmer? ¿O la del primer periodo intermedio que, en el siglo XXIII vio tantos pillajes de tumbas egipcias muy antiguas? Estas hipótesis explicarían también el estuche fálico que incluye desde muy pronto el traje cretense (detalle que, se dice, se puede atribuir tanto al Delta como a Libia) y los numerosos sellos de la llanura de Mesara (Hagia Triada) que, siempre en el minoico antiguo (es decir, antes del 2200) imitan directamente sellos del primer periodo intermedio egipcio, a su vez fuertemente influidos por Asia. Otros especialistas creen simplemente que los cretenses que iban a Biblos llegaron hasta Egipto con los mercaderes locales.

En cualquier caso, la Creta de finales del tercer milenio ya se encuentra en una posición claramente ascendente. Sin embargo, el mayor despegue no se produce hasta comienzos del siglo XX, como por casualidad, bruscamente en todo caso: vemos florecer palacios, florecer ciudades; aparecen la rueda y el carro; hacia el 2000 se adopta el torno de alfarero que aquí, milagrosamente, no deteriora, todo lo contrario, la calidad excepcional de la cerámica. El arranque es tan dinámico que se quiso explicar, una vez más, como una «migración»: pueblos de la costa siria o palestina podrían haberse refugiado en la isla, expulsados por Lugalzagesi, el rey mesopotámico de la dinastía III de Ur[32], que se abrió camino hasta «el Mar superior del Sol poniente». La leyenda de Europa raptada por Zeus en las costas de Fenicia y conducida hasta Creta a través del mar podría tener una parte de verdad.

Sin embargo, ¿de qué sirve explicar con migraciones aquello que se explica solo con la novísima vivacidad del comercio y de las relaciones «internacionales» a comienzos del segundo milenio? Desde el Minoico antiguo (antes del 2000), Creta había adoptado una escritura jeroglífica y este signo basta para indicar hasta qué punto se había apartado del mundo heládico y de sus invasores bárbaros iletrados. Sus marinos conocían bien, es seguro, el camino de las costas de Siria. Aislada del mundo egeo, Creta se vuelve hacia Chipre, Ugarit y Biblos; llega así hasta Egipto y Mesopotamia, sin los que no es concebible fortuna alguna. Queda así incluida dentro de un contexto de civilización oriental.

[32] Esta hipótesis ya no se sostiene actualmente (P R)

**Palacios y ciudades: «indicadores»**

Las grandes ciudades y los grandes palacios son los de Festos, Malia, Zakro, en el que se realizaron excavaciones en 1964. Salvo que quedaran maravillas por descubrir, como afirma la tradición, en el emplazamiento de la antigua Cidonia, al oeste de la isla, la lista de los grandes conjuntos urbanos y palaciegos está completa. Habría que sumar algunos palacios modestos o mansiones señoriales. En realidad, no hay llanura cultivada, no hay ciudad activa que no haya tenido su palacio y su príncipe local: Arkhanes, sólo a unos kilómetros de Cnosos, donde los muros de la edad de Bronce siguen incorporados a los muros de las casas actuales; Monastiraki, que controla el fértil valle de Amari, o Kanli Kastelli, o Gurnia, cuyas «casas están apiñadas alrededor del pequeño palacio y de su patio, como las ciudades medievales se apiñaban alrededor de su iglesia o de su castillo».

Si trasladamos estos puntos a un mapa, su distribución es ilustrativa. Nada, absolutamente nada *por lo menos de momento*, en la parte occidental de la isla, que sin embargo es tan rica como la parte oriental, y en cualquier caso tiene más agua. Es algo que prueba que Creta sólo se comunicó con el exterior en el cuadrante norte-este-sur. Un fenómeno similar es la Argólida occidental, o la Grecia peninsular, al oeste del Pindó y del Parnaso, que serán tierras con población primitiva durante mucho tiempo (S. Marinatos).

La disposición en el tiempo también es reveladora. Se puede hablar de dos generaciones de palacios: la primera, del 2000 al 1700; la segunda, de 1700 a 1400. Incendios, terremotos, incursiones extranjeras o revoluciones sociales: se han adelantado todas las explicaciones sobre los múltiples avatares de los palacios cretenses. Lo que está claro es que fueron destruidos y reconstruidos con obstinación, en los mismos emplazamientos, y que la época de los segundos palacios corresponde a un tiempo a la mejora de la coyuntura y al desarrollo del gran arte cretense.

Lo que también está claro es que la multiplicidad de los palacios correspondió a una multiplicidad de ciudades Estado. El Minos no es un faraón. Cnosos quizá nunca ejerció autoridad política firme sobre el resto de la isla hasta la conquista micénica, hacia 1400 —¡y ni siquiera!—. Su hegemonía política y quizá religiosa actuó sobre lo que podemos imaginar como una federación frágil de ciudades Estado, cada una con su príncipe, sobre el modelo de las primeras ciudades sumerias, o incluso de los pequeños reyes de las ciudades sirias. Que las relaciones fueron pacíficas lo prueba que prácticamente ninguna ciudad cretense haya tenido murallas.

Además, junto a cada palacio hay una ciudad, nacida al mismo tiempo, o incluso antes que el palacio. Si damos unos pasos fuera de la explanada exterior de Cnosos, llegamos a una ciudad a la que se prestan de sesenta a cien mil habitantes. Esta ciudad de artesanos, de comerciantes, de marinos, no tuvo por qué ser demasiado disciplinada. Es lógico suponer, como hace H. van Effenterre en un artículo brillante, la existencia de una clase de comerciantes con actividades privadas, al margen del control estricto de la economía palatina. La dispersión de las actividades exteriores de la isla, sus numerosas «colonias» comerciales

instaladas en las ciudades sirias o egeas, favorecían esta independencia económica. Es también posible que estos notables hayan tenido además un papel político en un gobierno aristocrático de la ciudad, que el pueblo reunido en la plaza pública —ya un agora— haya tenido también algo que decir, que el rey haya desempeñado un simple papel de arbitro, como el Minos de la leyenda, y de jefe religioso, más que de jefe de Estado. Ahora bien, aceptar todas estas premisas sería ver, como H. van Effenterre, en la Creta minoica el boceto de la ciudad griega del futuro. La hipótesis es seductora, aunque los argumentos aportados —la existencia en Malia de una sala de reuniones de los notables, de una sala pública cerca del palacio— puedan aplicarse sin dificultad a algunas ciudades babilónicas en las que los comerciantes estaban organizados y controlaban sus asuntos, sin desempeñar por ello un papel político.

Última certidumbre: estos palacios fastuosos fueron privativos tanto de una divinidad como de un hombre que, aquí como en otros lugares, debe únicamente su autoridad al título y a las funciones de rey sacerdote. La sala llamada del Trono, en Cnosos, que Evans restauró, con sus asientos de yeso y su fresco de grifones, ¿es una sala de ceremonias y de recepción del Minos o un santuario reservado a la diosa madre? Todos los palacios contienen una multitud de objetos de culto, mesas de libaciones (como en Malia), estatuillas que representan a la diosa, ritones, hachas dobles (*labris*), cuernos de consagración, escudos en forma de ocho, o los extraños «nudos sagrados» de cerámica o de marfil que representan un pañuelo anudado, con flecos dorados...

Los palacios son pues templos, moradas señoriales y amplios almacenes en los que se concentra una gran parte de la vida económica de la isla.

### Creta en la coyuntura económica

Los inicios de la urbanización cretense correspondieron a la mejora general de la economía, a comienzos del segundo milenio. La época de los segundos palacios, más activa todavía, corresponde a las mayores demandas del Imperio Nuevo egipcio, para el que nace, con la expulsión de los hicsos y las intervenciones en Asia, la importante y dramática política exterior. Este nuevo aire de cosmopolitismo que sopla en Oriente Próximo fue la base casi exclusiva de la opulencia material de Creta. Esta dependencia respecto al exterior explica incluso que Creta, desde el punto de vista material, haya vivido buenos tiempos, incluso hasta el 1200, hasta la época de las catástrofes generales. Es un hecho que la conquista micénica, hacia 1400 (?), y las destrucciones que la acompañan no interrumpen su prosperidad. Los recién llegados se deslizan por el carril de la actividad cretense sin ruptura aparente.

Durante la primera mitad del segundo milenio, Creta se adapta a esta vida exterior próspera que la convierte, poco a poco, en el centro de una amplia red. Se desarrolla como una potencia marítima de primera fila. No obstante, ¿podemos hablar a este respecto de «talasocracia», de «imperio cretense del mar»? Creta no es una poderosa máquina política, ya lo hemos dicho. Sus marinos sin duda

disponen de escalas, de puntos de apoyo: Hiera (Santorín), Melos, la isla de la obsidiana, la isla de Citera, que se puede ver en días claros desde la costa occidental de la isla, centinela en el camino del Peloponeso, y también de Occidente, estuvieron ocupadas por los marinos, e incluso los colonos cretenses; los mercaderes cretenses se instalaron en Mileto, en la costa de Asia Menor, en Rodas, en Chipre, en Ugarit y probablemente, como los propios sirios, en los puertos del Delta. Las naves minoicas también atracaron en Malta, Sicilia, el sur de Italia[33]. Sin embargo, estas connivencias, estas precauciones, estas utilizaciones en general desinteresadas, no nos hacen pensar demasiado en un imperio.

Dibujan no obstante un imperio cultural: el arte, el estilo cretense invadirán el Egeo. En Melos, el palacio de Filakopi, reconstruido en el siglo XVII con su fresco de peces voladores, sus columnas, está construido a la imagen del de Cnosos. También dibujan, con todos sus aspectos y ventajas, un control comercial del mar. El servicio de los barcos a remo y a vela de Creta sólo fue posible, por otra parte, gracias a un amplio reclutamiento de marinos a través las Cicladas, y hasta la Caria asiática. El recuerdo que se perpetuará de piratas carianos perseguidos por los cretenses, y luego convertidos a su servicio en gendarmes del mar, es una historia verosímil. Se repite a menudo en la historia mediterránea, en la que los marinos son tan poco numerosos en realidad, que una flota mínimamente considerable no se concibe sin levas externas. Así fue en la Atenas de Pericles, en el Estambul turco o en la Venecia del Renacimiento, y también en la Creta de Minos.

Al hilo de esta evolución, la vida de los intercambios, amarrada exclusivamente a la punta oriental de la isla, establece pronto su eje principal más al oeste, de Cnosos a Festos: Cnosos en la costa norte y Festos en la sur. No es de extrañar que sean los dos mayores palacios de toda la isla (Cnosos representa 20.000 m² de edificios, probablemente de tres pisos): se encuentran en los dos extremos de una ruta norte-sur que une las dos costas, admirable ejemplo de una «ruta de istmo», atajo terrestre entre dos navegaciones marítimas. Esta carretera esencial está naturalmente bien conservada: empedrada, utiliza un viaducto en su extremo sur, por ella circulan animales de carga, más que las sillas de mano o los pesados carros de cuatro ruedas de los que nos han llegado algunos modelos. La rueda aparece en Creta hacia el 2000 o el 1900, tomada probablemente de Siria y Mesopotamia.

La carretera Cnosos-Festos señala una mayor actividad de las costas meridionales, relacionada con un cabotaje este-oeste y a la inversa, hacia Rodas, Chipre, Siria, y quizá más a viajes en *línea recta* hasta la costa de África, Cirenaica o Egipto. Las historias generales han repetido hasta la saciedad que la navegación de altura —en la que se perdía de vista la costa— no empezó hasta el siglo III a. C, en la época helenística, en particular entre Rodas y Egipto. Hay que admitir que la hazaña, porque se trata de una hazaña, fue muy anterior. Los modestos veleros de tiempos de Minos tenían esa osadía. Un testimonio *tardío*, pero anterior en varios siglos a la época helenística, lo dice claramente. Cuando

[33] Los barcos minoicos no llegaron a Malta, Sicilia o Italia del sur, al contrario de los barcos micénicos.

llega a Itaca y se hace pasar por un mercader cretense, Ulises explica: «Tuve deseos… de marcharme de crucero... al Egiptos. Armo nueve barcos y los hombres acuden. Durante seis días, estos valientes marineros festejan conmigo... El séptimo día nos embarcamos y, de las llanuras de Creta, un bóreas hermoso y franco nos conduce en línea recta, como siguiendo la corriente de un río... Sólo teníamos que sentarnos y dejarnos llevar por el viento y los pilotos. En cinco días llegamos al hermoso río Egiptos.» El récord es difícil de mejorar, incluso siglos y siglos más tarde, por ejemplo en tiempos de Barbarroja y de la grandeza turca. Son las proezas del viento del norte, aunque hay que tener valor para dejarse llevar por él. Vale la pena: Egipto es el país de las maravillas y del oro.

Es curioso no obstante ver que los puertos son más numerosos al norte, entre Cnosos y el golfo de Mirabello. ¿No es el papel esencial de Creta servir de escala entre Europa, Asia y África? Al norte, la isla mira hacia países que ahora son más atrasados que ella, la Grecia peninsular y la Argólida, con las que no había interrumpido sus antiguas relaciones, tras la invasión aquea, o mucho más al oeste, hacia las regiones todavía primitivas de la Italia meridional y de Sicilia. ¿Hasta dónde se aventuraron sus marinos en estas direcciones lejanas? No se sabe con seguridad. Y de nuevo se plantea el problema, oscuro y controvertido, de los primeros viajes por mar desde Oriente hacia Occidente.

Como todos los pueblos marineros, los cretenses a menudo obraron como transportistas por cuenta ajena, entregando en puertos extranjeros mercancías que no habían fabricado ellos. Además, su propio comercio de importación y exportación era importante. Su bella cerámica pintada se ha encontrado en Melos, Egina, Lerna, Micenas, Chipre, Siria o Egipto. Exportan también muchos tejidos (sus colores vivos están muy de moda en Egipto, país del lino tradicionalmente blanco), joyas, armas de bronce que encontramos en Chipre, donde cretenses compraban cobre, aunque su isla tuviera algunos yacimientos. Su obsidiana venía de Melos y de Yali, Egipto les proporcionaba muchas piedras semipreciosas y amatistas utilizadas para los sellos grabados.

Estos intercambios suponen una artesanía desarrollada. Una ciudad como Gurnia aparece así como una ciudad de tejedores. El desarrollo «industrial» es tal que al parecer Creta podría haber exportado incluso mano de obra cualificada, a Egipto, (desde el siglo XIX, y mucho más tarde, a Amarna), a Micenas también, sin duda. Sin embargo, incluso en sus tiempos de mayor prosperidad comercial, Creta vivía también del trabajo de sus leñadores, de sus campesinos, de sus pastores, de sus pescadores. Exporta madera (sobre todo de ciprés), aceite de oliva, vino. Parece sin embargo que importaba trigo. Sería la prueba de una economía desarrollada, en la que todo está unido por finos hilos conductores.

### Accidentes: lo imputable a los dioses

En Creta, no faltan dramas, siempre los mismos: palacios destruidos, reconstruidos, destruidos, reconstruidos de nuevo. Hasta la desaparición final. En cuanto a la fecha, las causas de las catástrofes, los especialistas no suelen estar de

acuerdo. Sin embargo, sólo pueden ser de dos tipos: o es responsabilidad de los dioses y de la naturaleza, o lo es de los hombres y las violencias de la guerra. Los dos acontecimientos alrededor de los cuales giran las controversias esenciales son, uno natural: la catástrofe volcánica de la isla de Thera; otro humano: la conquista de la isla por los micenios.

La explosión de la isla de Thera (Santorín), señalada por primera vez por S. Marinatos en 1939, ha interesado desde entonces lo bastante a los arqueólogos, vulcanólogos y exploradores de fondos submarinos para que podamos reconstruir aproximadamente lo que fue, sin duda, «el mayor cataclismo natural de la historia». Santorín, que sigue teniendo fiebres eruptivas (la última data de 1925-1926), es una especie de Vesubio, actualmente sumergido en el mar en sus tres cuartas partes. Con «sus murallas de lava y cenizas, alternativamente negras, rojas, verdosas, sobre las que se encaraman pueblos de un blanco crudo, es el paisaje más extraño del archipiélago».

Hacia 1500 a. C. un volcán aparentemente apagado desde hace milenios entra en actividad. Violentos terremotos, que se pueden detectar en las excavaciones de los palacios de Cnosos y Festos, precedieron, en el siglo XVI, a la erupción o la serie de erupciones que sepultaron, en Santorín, las aldeas cretenses, o de cultura cretense, bajo varios metros de lava. Al parecer, los habitantes tuvieron tiempo de escapar. Sin embargo, no era más que un preludio: hacia 1470 o 1450, la isla explotaba literalmente, como la isla de Krakatoa en el estrecho de la Sonda, el siglo pasado, en 1883.

La envergadura de este desastre reciente permite imaginar la violencia de la explosión de Thera, cuatro veces superior, si medimos el volumen del cono volcánico destruido. El desarrollo parece haber sido el mismo: varios años de terremotos, varias erupciones consecutivas, finalmente la explosión, una fantástica nube de cenizas ardientes, y para terminar, maremotos. Olas de veinte metros en el estrecho de la Sonda destruyeron trescientas ciudades y pueblos, lanzaron un barco, locomotoras por encima de las casas. En Thera, en el Egeo, mar relativamente profundo, es decir, con una enorme presión, el maremoto debió ser más fantástico todavía, con olas más altas y sobre todo más rápidas.

Creta, a ciento veinte kilómetros de Thera, recibió de plano el enorme cataclismo marino, sacudida por terremotos, envuelta en cenizas y gases deletéreos. Todo el este de la isla, e incluso el centro, sufrieron sus estragos. En Cnosos sólo sobrevivirá un palacio, afectado pero no aniquilado por la catástrofe. Las ciudades de Festos, Malia, Hagia Triada, Zakro, fueron destruidas al mismo tiempo que sus palacios; lo mismo ocurrió con Gurnia, Palaikastro, Pseira, Mochlos... La vegetación desapareció: las cenizas extendidas como un manto de al menos diez centímetros de grosor impedirán durante años todo tipo de cultivo, todo asentamiento. Las excavaciones arqueológicas han detectado un amplio movimiento de emigración hacia el oeste de la isla, y probablemente también hacia el continente micénico.

Empujadas por el viento del norte, las nubes pestilentes llegan a Siria y al delta del Nilo. El libro del Éxodo habla de una noche terrorífica de tres días durante la cual los judíos, prisioneros del faraón, aprovecharon para escapar. Se ha relacionado naturalmente con el episodio de Santorín. ¿Ficción? Quizá.

Cronológicamente, los dos acontecimientos son difíciles de relacionar, pero he asistido, en 1945, tras el terrible bombardeo de Hamburgo, a la llegada de las nubes procedentes de la ciudad: a cien kilómetros de allí, en pleno día, una nube brusca nos envolvió. La explosión de Krakatoa sepultó en una oscuridad total a ciudades situadas a doscientos kilómetros de distancia. La naturaleza, desgraciadamente, hace las cosas mejor que los hombres.

Es como si la explosión de Santorín, ignorada durante mucho tiempo, se fuera situando progresivamente en el primer plano de las explicaciones históricas. El librito inteligente de Rhys Carpenter (1966) y la tesis muy documentada de J. V. Luce, *The End of Atlantis* (1969)[34] afirman que este acontecimiento es el fondo de verdad que está en la base del fin de la famosa Atlántida de Platón —isla inmensa, portadora de una poderosa civilización, que desaparece bajo las olas «en un día y una noche». Ambos nos remiten al comienzo del *Timeo* y al *Critias*. La Atlántida, según el relato del gran sacerdote saíta y «los archivos de los templos» egipcios, estaba situada totalmente al oeste, en los límites del mundo conocido. Platón la situó naturalmente más allá de Gibraltar, en medio del océano, pero para los egipcios de la dinastía XVIII, el país más lejano conocido hacia el oeste era Creta. ¿El fin de la Atlántida podría ser simplemente la suma de dos acontecimientos, acumulados en los relatos tradicionales: el fin del poder minoico y la explosión de Thera?

**Hechos: lo imputable a los hombres**

Esta tesis acerca cronológicamente, hasta confundirlos, los dos acontecimientos clave de los que hablábamos: la explosión de Thera y la conquista micénica (es decir, el verdadero final de Creta). Si es así, los micenios llegaron a Creta inmediatamente después del cataclismo.

En realidad, los aqueos, primeros griegos, invasores indoeuropeos antecesores de los micenios, habían llegado a Grecia al acabar el tercer milenio. Se habían instalado sobre todo en las orillas del Egeo, mezclados con las poblaciones anteriores que sometieron, destruyendo sus ciudades y su civilización. En el nivel que, en Lerna, por ejemplo, sucede inmediatamente al incendio de la ciudad, todo ha cambiado: la forma de las casas, las sepulturas, los tipos de cerámica... No es de extrañar que estos belicosos viajeros impongan también su idioma. Quizá, después de todo, la civilización egea que derrocaron, en el continente griego sólo fuera un injerto todavía frágil, una simple franja costera, más algunos puntos diseminados a través de un espacio todavía mal ocupado.

Estos primeros pueblos egeos (los pelasgos de la tradición griega) dejaron no obstante huellas profundas. Los análisis de los lingüistas son terminantes a este respecto. Los recién llegados, aunque conservaron su idioma, tomaron mucho prestado de los vencidos. Así es como el idioma griego heredó un número considerable de palabras extranjeras. La toponimia y la onomástica lo dicen, lo

---

[34] Edición española: *El fin de la Atlántida*, traducción de Rafael Vázquez Zamora, Barcelona, Destino, 1975. (N de laT)

claman casi: ciudades tan famosas como Corinto, Tilinto, Atenas, o el monte Parnaso, por encima del oráculo de Delfos, en el corazón mismo de la Hélade, que es «el ombligo del mundo», no llevan nombres griegos. Tampoco son griegos algunos nombres de héroes homéricos, Aquiles, Ulises: ¡qué lástima! Ni los nombres cretenses de los jueces de los infiernos, Minos y Radamantis, o de la diosa que reina sobre el oscuro paraje, Perséfone. Más significativo todavía es el origen no griego de numerosas palabras relacionadas con la agricultura: el trigo, la vid, la higuera, el olivo, el lirio, la rosa, el jazmín, la mejorana. O con la navegación: el arte de navegar es uno de los regalos, más precioso todavía que la vid y que el olivo, que la Hélade no griega hizo a los invasores indoeuropeos, ajenos al mar: ¡ni *thalassa,* ni *pontos* son palabras de origen griego!

Pronto aprenderán la lección. En Argólida, los recién llegados se ven inmersos en la red de antiguas relaciones, en particular con Creta. Esta última, en plena expansión, ha irradiado con toda su superioridad sobre las Cicladas y las costas cercanas de la península. En el siglo XVIII, los alfareros del continente y de las islas, quizá incluso cretenses inmigrados, se ponen a imitar los modelos cretenses, el estilo llamado de Camares; los sellos, las joyas, los temas decorativos minoicos se exportan y se copian. En el siglo XV, una cultura uniforme de inspiración minoica, vinculada al conjunto de Oriente Próximo, cubre toda la zona del Egeo, hasta el punto de que a menudo es imposible determinar si un objeto encontrado en Filakopi, en la isla de Melos, en Egina, en Micenas, en Pilos, es de importación cretense o de fabricación local.

El ejemplo más brillante de este proceso es Micenas. La ciudad se impone al resto de las ciudades de la Argólida y prevalece el nombre de civilización micénica. Esta civilización toma un gran impulso en la época de los nuevos palacios de Creta: son testigos de su esplendor las tumbas principescas que hemos encontrado intactas y que datan, más o menos, del siglo XVI (algunas son muy ligeramente anteriores y otras de la primera mitad del siglo XV). Es curioso encontrar en ellas, junto a la influencia cretense preponderante, la de Egipto claramente manifestada. Es cierto que entre 1550 y 1470-1450, los micénicos y los cretenses parecen haber tenido intercambios comerciales amistosos de costa a costa, en las islas Eólicas, donde se han encontrado juntas sus cerámicas respectivas, en los mismos yacimientos, como en Rodas, donde los micénicos parecen mezclados con la colonia cretense, o incluso en Egipto, donde los textos mencionan al mismo tiempo Keftiu (es decir, Creta) y «las islas en medio del Gran Verde», que designan al parecer a todos los egeos no cretenses, incluido el Peloponeso.

Este desarrollo común, en los siglos XVI y XV, de los comercios cretense y micénico bastaría para explicar la riqueza de las tumbas micénicas, la abundancia de objetos de oro (un oro que viene de Egipto), en particular las increíbles máscaras con las que se cubren los rostros de los difuntos ilustres, hábito que no es cretense y que procede sin duda, como el oro, de las orillas del Nilo. Otra hipótesis: los marinos cretenses llevaron a Egipto, hacia 1580, a mercenarios micénicos, a petición del faraón Amosis, para expulsar a los hicsos del Delta. Se podría tratar de los *haunebu*, soldados fuertemente armados cuyas lanzas, cascos, escudos y largas espadas hicieron maravillas contra los intrusos

asiáticos. Estos mercenarios volvieron a su tierra cargados de oro egipcio. Ahora bien, científicamente hablando, no hay por qué creer en esta novela de aventuras.

En cualquier caso, los micénicos van avanzado sobre las huellas de los cretenses: su civilización y su economía asimilan el modelo secular y lo destruyen, casi sin querer. La expansión micénica, si no nos equivocamos, sigue el movimiento al alza de los intercambios; en su éxito, es *coyuntural*. Como la aceleración es importante, la zona de los viajes y conquistas de los micénicos a través del mar se superponen a la de la grandeza cretense y la supera. Los veremos pues en Rodas, en Chipre, expulsando a sus predecesores, en la costa de Asia Menor, en Siria, en Palestina, en Egipto, donde sus cerámicas llegan en gran cantidad a Amarna. Además, llegan a Occidente: «Se pueden encontrar por toda Italia tesoros micénicos.» Todo indica una expansión rápida, ágil. Guerrera en caso de necesidad, como en los estrechos que llevan a los muros de Ileon (la guerra de Troya, hacia 1250, es micénica), y más allá, hacia el mar Negro (el Ponto Euxino).

No cabe duda de que la civilización de Micenas, de Tilinto, de Pilos, de Argos, de Tebas, de Atenas, está en pleno desarrollo. En los siglos XIV y XIII, se construyen grandes palacios a la cretense, con las mismas columnas, el mismo estilo de fresco. No obstante, el patio central a cielo abierto de los palacios cretenses se sustituye por el *megaron*, amplia habitación en cuyo centro existe un hogar entre cuatro columnas, con un agujero en el tejado por el que el humo sale directamente, sin chimenea. Destaquemos, de pasada, que el *megaron* es originario de Asia Menor.

Nuestra intención no es entretenernos en Micenas o en Tilinto, o detallar los caracteres de una sociedad belicosa, con sus reyes de tipo indoeuropeo, sus guerreros que se llevan a la tumba armas suntuosas. Lo que nos interesa, es la civilización cretense que, atrapada en la red de las ciudades micénicas, pasa a formar parte de los cimientos de la Grecia del futuro. Micenas es el intermediario, imperfecto es verdad, pues su final será dramático, pero el único intermediario, ya que hacia 1400 o un poco más tarde, la destrucción definitiva de Cnosos transfiere hacia la Argólida toda la herencia cretense y cretomicénica.

Para volver a Cnosos, es innegable que la ciudad fue tomada por los micenios ¿Cuándo? La fecha de 1460-1450 se basa en algunos hechos. En particular, en la pintura egipcia de la tumba de Rejmira, en Tebas, donde unos cretenses que traen ofrendas a Rejmira están «disfrazados», por así decirlo. El pintor ha borrado el traje clásico con los estuches peneanos —que se pueden distinguir todavía— y los ha sustituido por el taparrabos en punta micénico. En otra tumba, unas décadas más tarde, los hombres de «Keftiu y de las islas del Gran Verde» siguen usando taparrabos. ¿Cambio de moda? ¿Reconocimiento por parte de Rejmira, ministro encargado por el faraón de recibir, en Tebas, a los extranjeros, de un cambio de dinastía en Creta? En cualquier caso, a partir de 1400, desaparece toda mención a Keftiu de las inscripciones egipcias. Otros argumentos: las reparaciones en el palacio de Cnosos, como consecuencia de la explosión de Thera, marcan la aparición de tablillas de lineal B, similares a las de Pilos, Tebas o Micenas... En fin, hay un cambio claro de estilo, tanto en la cerámica como en las sepulturas, entre el M(inoico) T(ardío) IB (que permite

fechar las grandes destrucciones volcánicas de la isla) y el M.T. II, llamado «estilo del palacio», que aparece en Cnosos, y sólo en Cnosos. Es normal concluir, a la luz de las recientes averiguaciones sobre la catástrofe de Thera, que los micenios hayan podido aprovecharse de la desolación cretense para instalarse en Cnosos, en el único palacio que sigue en pie y en el centro del poder cretense. ¿No había perdido la isla, al mismo tiempo que numerosas ciudades y numerosas vidas, varios puertos, varios de sus establecimientos en las islas del Egeo, tan duramente afectadas como ella? Había una plaza libre y fue tomada. La diáspora cretense que siguió, sin duda en todas direcciones, contribuyó ampliamente a la nueva grandeza de Micenas. Cuando Creta recupere una prosperidad relativa, sólo será una provincia micénica.

Entonces, ¿quién destruyó, esta vez definitivamente, el palacio de Cnosos, ocupado por los micénicos? Aquí reaparecen todos los interrogantes, incluidos los de las fechas. Quizá los cretenses dominados se rebelan contra el extranjero amo de Cnosos y saquean el palacio hacia 1400. Es una explicación que se suele avanzar, pero con reservas, pues hay hechos que se empeñan en no casar unos con otros. Por ejemplo, que el griego de las tablillas sea, en Cnosos, más evolucionado, es decir, en principio, más tardío que las tablillas de Pilos, plantea un problema. Otros autores piensan que hay que cambiar radicalmente la fecha de la destrucción de Cnosos, retrasarla hasta mediados del siglo XVI, atribuyéndola entonces a estos enemigos —quizá simplemente las ciudades vecinas— contra los que se amurallaban las ciudades micénicas; o dejarla buenamente para la segunda mitad del siglo XIII. En este caso, Cnosos habría sufrido la misma suerte que las otras ciudades y palacios micénicos. Pero éste es otro episodio de la historia, sobre el que volveremos al final del presente capítulo.

### Lo esencial: la civilización cretense

De todas formas, lo que importa para el destino del conjunto del Mediterráneo, es la civilización cretense en sí. La desgracia es que hablar de civilización es querer responder a muchas preguntas, cuando en realidad tenemos muy pocas respuestas. Sobre la vida cotidiana, las imágenes son insuficientes: algunos fogonazos, como mucho, de los que un novelista no podría sacar nada ni con toda la imaginación del mundo. Sobre las instituciones, ya hemos dicho, más arriba, lo esencial de lo que sabemos, es decir, menos que nada: hubo reyes sacerdotes, palacios, ciudades, artesanos agrupados, un pueblo de marinos. Sin embargo, la organización de esta sociedad es mucho más misteriosa que la de Babilonia o la de Egipto. La ausencia de documentos escritos (las tablillas tardías de lineal B, descifradas, no han aportado nada, salvo inventarios) es irreparable. Queda la religión. Queda el arte.

Tenemos suficiente información sobre la religión de los cretenses para hacernos una idea, pero demasiado poca para hablar de ella con seguridad, para conocer su *estructura* que sin duda nos daría los secretos mismos de la organización social. Cuando los dioses del Olimpo ocupan Creta —el lineal B

habla sobre todo de divinidades aqueas—, cuando Zeus, escapando de su terrible padre, comedor de niños, Cronos, se refugia en la gruta sagrada del monte Ida, nos empieza a sonar una mitología familiar. ¿Y antes? La mitología en la que el hombre relata las aventuras divinas representándolas a su imagen exige bastantes dioses, comparsas de sus aventuras. No cabe duda de que en la antigua Creta minoica no existen. En los palacios, centros del culto oficial (no hay templos en el sentido moderno, o mesopotámico, o egipcio, de la palabra, en las ciudades cretenses), en los santuarios de las cimas montañosas, las grutas, los bosques sagrados, numerosos objetos tienen un evidente valor religioso: el árbol, el pilar, la doble hacha, los cuernos de toro, los tejidos anudados ritualmente... Algunos animales son sagrados —la serpiente, la paloma, símbolos de la tierra y del cielo— pero sólo se afirma una divinidad, la diosa madre omnipresente que nos hunde en las profundidades de las mentalidades primitivas, de la infancia de las religiones. Viene directamente de las diosas adiposas del primer Neolítico cretense, que sostienen sus senos con las manos unidas, evidentes dispensadoras de fecundidad, es decir, de todos los bienes. ¿Qué puede pedir un pueblo cretense que, al no estar dividido en regiones, en pueblos diferentes y hostiles, no cuenta con una población de dioses locales rivales, salvo que la diosa de la naturaleza proteja los campos, los rebaños, la tierra profunda, el mar inmenso, los animales, los hombres en fin que ha creado, que cure sus males corporales, que parece ser uno de los poderes de la estatua milagrosa de la diosa llamada de las Adormideras?

¿Estamos hablando de monoteísmo? Sin duda. ¿Por qué tendríamos que hacer la diferencia entre la diosa de las Serpientes, la diosa de las Flores o la diosa de las Palomas? Decir monoteísmo es pensar en una novedad religiosa proyectada hacia el futuro. ¿Y qué hay más antiguo que la diosa madre, reina de la Naturaleza, con su evolución habitual hacia la pareja diosa y dios (un dios siempre insulso), o hacia la trinidad que asocia el niño? El sexto milenio, en Çatal Höyük, era «monoteísta» a este respecto, y también los cazadores de la piedra que reverenciaban a las «venus» del Gravetiense. El Egeo, que lo recibió todo de la Anatolia neolítica y no de las civilizaciones densas de Mesopotamia o de Egipto, permaneció fiel a la diosa fecunda de los primeros agricultores, en lugar de adoptar el panteón múltiple de civilizaciones más evolucionadas, en los que por primera vez dioses masculinos arrinconaron a las diosas.

Una vez dicho esto, tenemos la sensación de que, en religión como en arte, Creta hace suyo, transformándolo profundamente, todo lo que le llega de fuera. ¡Qué lejos está la danza lúgubre de las sacerdotisas buitres pintadas en los muros de Çatal Höyük de las jóvenes danzarinas que representan tantas joyas o frescos cretenses, con sus cinturas estrechas de bailarinas y sus faldas de volantes desplegados por la danza! Es otro sentido de la vida, de la muerte, como un retroceso del miedo, tan consustancial al hombre primitivo. Nada de lo que conocemos en la vida ritual de los cretenses —el pueblo de creyentes dirigiéndose a la gruta del monte Ida o a la gruta de Erleithya, cerca de Amnisos; las multitudes de fieles que se amontonan en el patio central de un palacio para asistir a una ceremonia, las corridas de toros en las que no se trata de dar muerte al animal, sino de peligrosas y espectaculares acrobacias de atletas, las grandes procesiones

de la cosecha tal y como las representa un hermoso vaso de esteatita negra en la que todas las bocas están abiertas para reír y cantar, incluso el muerto que, en uno de los flancos del enigmático sarcófago de Hagia Triada recibe, de pie delante de su tumba, atento, las últimas ofrendas de los vivos —nada de todo esto nos habla de un hombre aterrorizado por sus dioses, sus sacerdotes o por la idea de la muerte. En un fresco de Cnosos, mujeres de trajes claros, amarillos, azules y blancos, de senos desnudos, bailan ante un numeroso público sentado bajo olivares azules. Otro espectáculo que el fresco deteriorado deja anónimo, quizá una corrida de toros, se celebra en el patio del palacio de Cnosos: en el centro, sentadas en el lugar de honor, otras mujeres, damas de la corte o sacerdotisas; detrás de ellas, centenares de cabezas apiñadas. Colores alegres: rojo, azul, amarillo, blancos, marrones. El carácter ritual de las dos ceremonias es evidente, pero la atmósfera es la de una gran fiesta feliz, una sociedad en la que las mujeres y los hombres se reúnen libremente. Basta comparar estas escenas con el fresco de Mari llamado de la «investidura» (siglo XVIII), en el que el rey Zimrilim recibe solemnemente de la diosa de la guerra, Ishtar, emblemas sagrados, en presencia de otras divinidades, de animales y de grifones hieráticos, para convencerse de que se trata de dos mundos con actitudes religiosas y concepción de la vida fundamentalmente divergentes.

El arte cretense confirma esta impresión. Es con seguridad el más original de todo el mundo oriental, el que más directamente nos llega por su fantasía, su amor a la vida y a la felicidad, por las libertades que se toma con las formas y los colores, en beneficio de la expresión. En la gran época del arte cretense —la de los segundos palacios—, antes del periodo micénico que congelará toda esta libertad, el naturalismo es triunfante: animales y plantas por todas partes, en los muros o en los flancos de los vasos de cerámica; una brizna de hierba, una mata de crocos o de lirios, un fogonazo de azucenas blancas sobre el ocre de un vaso o sobre el rojo pompeyano de un estuco mural, juncos que se combinan en un motivo continuo, casi abstracto, una rama de olivo florido, los brazos retorcidos de un pulpo, delfines, una estrella de mar, un pez volador azul, una ronda de enormes libélulas son temas que nunca se habían tratado con la minuciosidad botánica de las hierbas o de las violetas de Durero. Son el decorado irreal de un mundo irreal en el que un mono azul corta unos crocos, un pájaro azul se inclina sobre unas rocas rojas, amarillas, azules, jaspeadas de blanco, en las que florecen escaramujos; un gato montes acecha a través de las ramas aéreas de hiedra a un pájaro inocente que le da la espalda, un caballo verde tira del carro de dos jóvenes diosas sonrientes... La cerámica se presta como el fresco a esta fantasía inventiva. Es curioso ver el mismo tema vegetal o marino tratado de mil formas diferentes, en tantos vasos multiplicados por el torno del alfarero y exportados por centenares. Como si el pintor se reservara cada vez el placer de la creación.

Sólo la escultura, y precisamente quizá porque ofrece más resistencia al juego de la imaginación, es un terreno en el que los cretenses se manejan peor. Las estatuillas de cerámica son en muchos casos convencionales, a veces torpes. Sin embargo, es difícil olvidar algunos bellos objetos, como el acróbata de marfil, con el cuerpo alargado por el salto, algunas cabezas de toro, el leopardo de esquisto marrón que adornaba una azuela de ceremonia, en Malia, y más todavía

los admirables relieves de los vasos y ritones de piedra, de los innumerables sellos de oro, de amatista, de cristal de roca, de ágata, de cornalina, de marfil. En fin, de joyas extraordinarias.

El arte cretense plantea sin duda un problema: encontramos en él todos los préstamos y una originalidad universal. ¿No es lo propio de las culturas insulares? Chipre también, con su extraordinaria cerámica del primer milenio, Cerdeña con sus extraños pequeños bronces de la misma época, plantean, proclaman este problema de la originalidad insular. Las islas son universos excesivos, al mismo tiempo abiertos de par en par, barridos bruscamente por invasiones de hombres, de técnicas e incluso de modas, y muy cerrados al mismo tiempo, con intercambios muy intermitentes, menos cotidianos que en otros lugares. Cada adquisición extranjera se desarrolla aquí en una atmósfera cerrada y pronto desarrolla rasgos particulares, muy alejados a veces del modelo inicial. Y además, no se trata de un rasgo únicamente aplicable al arte.

**Una superestructura cosmopolita**

A pesar de todo, la Creta del segundo milenio, y todo el Egeo que va uncido a su carro, son parte integrante de Oriente Próximo, como nunca será el caso de Grecia, ni en el periodo llamado orientalizante, ni siquiera en los tiempos fáciles del Oriente helenístico. Todas las civilizaciones de Oriente Próximo, a pesar de los choques, viven en el mismo plano, abiertas unas a otras. Ningún desequilibrio: los intercambios van de un lado a otro, como un viaje de ida y vuelta. Una comunidad curiosa, una amplia superestructura cultural se extiende por encima del espacio de las relaciones económicas. W. S. Smith tiene razón al ver en esta circunstancia la realidad esencial de la edad del Bronce. La estrella es este conjunto de Oriente Próximo, no uno de sus sectores, ni la Creta deslumbrante, ni el Egipto de la dinastía XVIII. Además, si buscáramos en este florecimiento cultural el elemento más dinámico, tendríamos que mirar hacia la Siria de Ugarit y de Biblos. Porque, intermediario desde siempre, se sitúa en el centro de esta unidad, de esta confluencia que hacen que, de Cnosos a Susa, de Micenas a Elefantina, no haya en realidad más que una historia de las civilizaciones de Oriente Próximo a su nivel más alto.

Esta comunicación libre supone muchas cosas: ante todo, ya lo hemos visto, una coyuntura favorable, sociedades ricas y exigentes, más una red tupida de intercambios internacionales. Finalmente, hijo de esta coyuntura, un espíritu nuevo, la curiosidad que se transforma fácilmente en predilección por todo lo extranjero, que marca la moda, las técnicas, la arquitectura, el arte y hasta los primeros pasos de la diplomacia. Está haciendo su aparición la vida internacional y, desde esta perspectiva, las minucias de la arqueología en busca de los orígenes y de las zonas de difusión de un tema ornamental, de un estilo de cerámica, de un detalle arquitectónico, de una técnica de fresco, de un procedimiento de orfebrería, se vuelven simplemente apasionantes. Sobre todo para quien no se preocupe demasiado del fondo del debate, siempre el mismo en estos estudios de

«influencias»: ¿quién fue el precursor? Desde el punto de vista de la historia general, desde el punto de vista del Mediterráneo de la historia, ¿no es un problema menor a pesar de todo? Lo que importa, es que acaba de nacer una extraordinaria capacidad de difusión relativamente rápida, en un mundo en el que la navegación sigue siendo una aventura.

En Malia, en la costa norte de Creta, se alza uno de los palacios más antiguos de la isla, reformado a lo largo del tiempo, pero no reconstruido totalmente, como Cnosos o Festos. Es el único que puede dar una idea aproximada de los primeros palacios de la isla, a principios del segundo milenio. Cuando las excavaciones de Mari, en el Eufrates, descubrieron el maravilloso palacio mesopotámico de Zimrilim, que a lo largo de varias hectáreas reagrupa el laberinto de sus construcciones alrededor de un amplio patio central, a cielo abierto, se pensó naturalmente que este conjunto célebre, que se venía a visitar desde lejos en el siglo XVIII, en tiempos de Hammurabi, hubiera podido servir de modelo a los palacios cretenses. Es anterior a ellos y el plano general, tal y como lo muestran claramente las fotografías aéreas, es muy similar al de Malia. Es como si las mismas funciones, después de todo, estuvieran condenadas a dar las mismas construcciones arquitectónicas. Y sabemos también, por las tablillas de Mari, que un comercio activo unía a los mercaderes cretenses, a través de su colonia de Ugarit, con la poderosa ciudad de Mari, cuyos tráficos se prolongaban hacia el sur hasta el golfo Pérsico. Si había intercambios comerciales, ¿por qué no intercambios culturales? Sí, pero en 1945-1959, en Beycesultan en el Meandros, en Anatolia esta vez, las excavaciones inglesas descubrieron otro palacio, también construido alrededor de un patio central. Más pequeño, menos «laberíntico», tenía sin embargo rasgos comunes con el palacio de Malia: sus columnatas, sus pilares, totalmente ausentes de Mari. Así se complican hasta el infinito las filiaciones entrecruzadas. Desde Egipto parece haber venido el gusto por las columnas, y conocemos las relaciones de Egipto y de Anatolia. Mientras tanto, en Malia, una curiosa sala hipóstila evoca sin ambigüedades la influencia directa de un modelo egipcio. ¿Por qué no? Una estatua egipcia, del siglo XIX probablemente, fue descubierta en Cnosos, y un vaso minoico se encontró en Abidos, Egipto, entre unos objetos egipcios de la misma época. No tomaremos postura en estas discusiones y estas investigaciones eruditas. Nos contentaremos con concluir que Mesopotamia, Creta, Anatolia, Siria, Egipto, comparten en el segundo milenio algunos rasgos arquitectónicos. Incluso los cuartos de baño revestidos de cerámica y la alcantarilla que se creyó una innovación cretense están presentes en Mari.

Hay más: los frescos cretenses que sólo aparecen en los segundos palacios cretenses, es decir, bastante tardíamente, en el siglo XVI, ¿no fueron inspirados por los que hizo ejecutar en su propio palacio Zimrilim, el último rey de Mari, antes de que Hammurabi conquistara la ciudad en 1760? Las técnicas de temple son las mismas, los colores similares, sin duda porque se trituraban las mismas piedras, por ejemplo el lapislázuli, para los hermosos ojos azules que tanto gustarán a los etruscos, siglos más tarde. Los temas son similares: procesiones sacrificiales, escenas rituales. No obstante, la inspiración religiosa, ya lo hemos dicho, es muy diferente: en Mari, un hieratismo totalmente mesopotámico inspira la escena llamada de la investidura. Sin embargo, en el mismo fresco, se da libre

curso a la fantasía semítica que ya había suavizado los rigores sumerios en tiempos de Acad: entre una palmera por la que trepan dos hombres (sin duda para la ceremonia de la fecundación de las flores) y un árbol irreal, largo fuste en cuyo extremo se abren en ramillete flores similares a los papiros de Egipto, un pájaro azul sale volando, y este pájaro parece tender él solo, entre las verdes palmeras, un hilo que va de Mari a Creta.

Una vez más, los papeles se pueden invertir. Alrededor de la gran composición de la investidura del rey, en Mari, corre regularmente un friso de espirales. La espiral (imagen de las olas del mar inquieto) es egea, se suele decir, egea aunque algunas cerámicas predinásticas nos den a veces ejemplos precoces. ¿Tiene tanta importancia después de todo precisar el origen de un motivo corriente? Lo más divertido es ver la espiral, tan frecuente en el Egeo del tercer milenio, en las «sartenes» de Siros, en los hermosos vasos de piedra cretenses, o en las joyas de Troya II (el Tesoro de Príamo, como la había bautizado H. Schliemann), invadir simultáneamente, a partir de 2000, los frescos de Mari, los techos de las tumbas y palacios egipcios, los animales fantásticos de la hermosa cerámica policroma llamada «de Capadocia» en Kanish (Kültepe), en el momento en que la ciudad prehitita alberga una colonia asina de mercaderes, los sellos y joyas egipcios a partir de la dinastía XII, las cerámicas de Creta y de otras islas del Egeo, la cerámica chipriota, las tumbas de *tholoi* de Beocia y hasta la barba de un dios (¿o príncipe?) que se riza en espirales —movimiento muy natural, por supuesto, pero cuya perfecta regularidad geométrica es sorprendente en este caso. ¡En el siglo XVI, en las puertas del palacio hitita de Bogazköy, el dios de la guerra lleva una especie de taparrabos adornado con espirales!

**Creta inspira a Egipto**

El detalle, insignificante en sí, recuerda oportunamente los caminos modestos, múltiples, inesperados también, que han podido tomar los intercambios culturales. Por ejemplo, gracias a los tejidos pintados y bordados, a los motivos de los vasos, a los cilindros y los escarabeos amuletos de Egipto, a los recuerdos de los viajeros, aunque se hayan olvidado de transmitírnoslos... W. S. Smith *imagina* que los cretenses que iban a Biblos, desde el siglo XX, debieron seguir hasta Egipto, siguiendo las huellas de los mercaderes cananeos de la ciudad, y visitar las tumbas talladas en la roca del Imperio Medio; ¿esas tumbas no estuvieron desde siempre abiertas al público? La pintura egipcia hubiera podido, como la de Mari, desempeñar un papel en la aparición del fresco cretense. La situación inversa es todavía más real: el naturalismo minoico despierta la curiosidad y la imitación de los artistas del Nilo, ejerciendo de paso alguna influencia sobre Siria, especialmente al norte. Éste es un buen ejemplo de transferencias culturales.

No obstante, se sigue planteando un problema difícil de cronología. Los palacios cretenses se cubren de frescos en los siglos XVI y XV. Sin embargo, hasta el siglo XIV, tras la desaparición de Creta en beneficio de Micenas, no triunfa en Egipto el estilo llamado de Amarna, demasiado parecido al arte minoico

para que sea posible dudar de sus relaciones. También en el siglo XIV, en Siria aparecen sellos de Mitanni que representan jóvenes cretenses de silueta estilizada y largos cabellos, o escenas de tauromaquia que encontramos además también en Kahoun, en Egipto.

Son posibles dos explicaciones, que no son excluyentes. Los hombres, primero: los refinados artesanos cretenses tras la toma de la isla, podrían haber optado por huir hacia el norte de Siria —que conocían bien—, y más lejos, hacia el Egipto lujoso y sofisticado de la dinastía XVIII, donde se necesita naturalmente mano de obra cualificada. La otra explicación, que desarrolla con elegancia W. S. Smith, tiene la ventaja de precisar la forma en que el estilo cretense se introdujo, por diferentes caminos y en varias ocasiones, a partir del siglo XVI, en las tradiciones tan coriáceas del formal universo egipcio.

En Egipto como en Mesopotamia (pensemos en la hermosa vasija de Warka, en el «estandarte» de Ur), existe una costumbre muy antigua de representar una escena, o incluso el decorado de un vaso pintado, por bandas superpuestas. Los onagros de Ur, enganchados a un carro de guerra, se suceden en los tres niveles de un friso, pero —como en una película en la que se congelaran las imágenes— siempre pasa el mismo onagro, cuya marcha apacible se convierte poco a poco en galope tendido. De la misma forma, en un relieve egipcio, el trigo se corta, se carga sobre los asnos, se lleva a los silos, se almacena: los personajes se suceden, a lo largo de las bandas horizontales que dividen regularmente el muro, sin que la escena se estructure nunca como composición global en la que cada elemento se sitúa en una organización general del espacio. Los diferentes actores de una misma escena están unidos por un vínculo conceptual y no espacial. Con este sistema, se sacrifica el movimiento. El marco, el paisaje desaparece, se evoca simbólicamente: una espiga, una flor tumbada sobre un toro sugerirá, en un vaso mesopotámico, un campo o una pradera; en Egipto, los lotos, una escena de pesca y algunos jeroglíficos explicativos indican que nos encontramos en un lugar del Delta, propiedad del muerto. Sólo el Egeo, en Oriente Próximo, utiliza la composición en el sentido que le damos nosotros: las flores o las volutas, en general asimétricas, de un vaso de Camares, las danzarinas cretenses o los guerreros micénicos que se agrupan irregularmente sobre el chatón oval de una sortija de oro, el pájaro azul de Cnosos en un paisaje rocoso, ocupan libremente el espacio recreado por el artista.

En resumen, Egipto fue fiel a su composición tradicional por bandas paralelas hasta los tiempos de Roma, es decir, durante tres milenios. Se producen no obstante algunas rupturas, tanto más significativas por ello. A partir de Tutmosis I, a finales del siglo XVI, en una época de atracción por las modas extranjeras, Egipto se deja encandilar por el *movimiento*. Es su primera tentación. Huyendo de un cazador, animales en plena carrera —sin duda alguna inspirados por el «galope volante» tan apreciado por los minoicos y los micénicos— ocupan toda una amplia zona, esta vez sin divisiones horizontales. O bien las líneas divisorias se ondulan, se deforman para evocar una colina, un movimiento de terreno. También se reconoce una influencia cretense en el uso más impresionista del color: el dibujo desaparece tras la mancha coloreada, las líneas se suavizan en curvas, un toque barroco hace ondular una falda, flotar un estandarte.

En las últimas décadas del siglo XV —en tiempos de Amenofis III que coleccionó las plantas en sus campañas de Siria, las hizo esculpir en los muros de su sepulcro en Carnac, y pintar en los pavimentos de su palacio—, otra gracia egea seduce a los egipcios, la de la decoración floral. Con el hijo de Amenofis, Akenatón, que desecha a los antiguos dioses para reverenciar únicamente al Sol, dios único, la tradición de las pinturas funerarias cambia totalmente, como todo lo demás. El príncipe construye desde cero una nueva capital, una nueva ciudad, nuevos palacios, en Tell el Amarna. En este clima revolucionario, el nuevo estilo triunfa: une el movimiento —pájaro que bate las alas, leones o lebreles que persiguen a una gacela— a las plantas, las flores, los insectos, los pájaros tratados con la libertad y el naturalismo cretense. La «sala verde» del palacio norte, en Amarna, con sus espesuras de papiros, no se parece en nada a otras innumerables escenas de marisma, tema favorito de las pinturas egipcias. Este estilo invade, no sólo la pintura, sino la cerámica, los muebles pintados y tallados, los cofres de afeites. Crea incluso escuela muy lejos y hay rítones de cerámica chipriota que podrían, salvo algunos detalles, haberse fabricado en Amarna.

¿Podemos extrañarnos de que el arte ecléctico por excelencia, en este milenio de eclecticismo, sea el arte sirio de Biblos o de Ugarit? Sus productos de lujo —marfiles, cuencos de oro o plata repujados, joyas, cerámica policroma— están pensados para la exportación a tierras lejanas. Ha nacido un «arte internacional», consciente de las diferencias de estilo para aprovecharlas, bebiendo sin reparos en todas las fuentes a la vez. Trabaja para una clientela extranjera: tiene que gustar y tiene que vender.

**La universalidad de Amarna**

Podríamos prolongar sin problemas esta larguísima revisión de las interrelaciones culturales del segundo milenio, sobre todo si pudiéramos ocuparnos de la difusión de las plantas, la vid, el olivo en particular; o de la de las técnicas, como la cristalería, la cerámica vidriada, el *cloisonné*; incluso la de las recetas de medicina, si juzgamos por el médico egipcio que una pintura de Tebas muestra a la cabecera de un príncipe sirio...

En aquellas épocas lejanas, el lenguaje esencial de las civilizaciones se sitúa evidentemente en el plano religioso. La mitología mesopotámica o hitita, los poemas de Ugarit nos darían numerosos ejemplos de contaminaciones extrañas. Dioses y mitos se desplazan, al mismo tiempo que los bienes culturales más comunes, de un país a otro en Oriente Próximo. El ejemplo del panteón hitita, en el que se unen tres o cuatro tradiciones religiosas, sería un ejemplo demasiado bueno. Preferimos el extraño poema en el que los mensajeros de los dioses de Ugarit vuelan hasta Creta para traerse al dios de los artistas cretenses, su santo patrón, Kohtar Wa-Khasis: será el encargado de reconstruir el palacio de Baal... Sería fácil, y quizá también fastidioso, seguir de plaza en plaza a través de sus metamorfosis y de sus cambios de nombre, a los dioses del tiempo, del rayo o del cielo.

La apertura cultural del segundo milenio, en lo que tiene de nuevo, de excepcional, se captará mejor con el ejemplo de Egipto, de la religión más estructurada, menos acogedora de todo Oriente. Religión nacional, excluye lo que no es egipcio, y la exclusión suele formularse claramente. En los templos de Jnum, el dios de cabeza de carnero dispensador de agua del Nilo, dice un mandamiento: «No permitas que ningún asiático entre en el templo, joven o viejo.» Los egipcios son los únicos creyentes legítimos, incluso los únicos habitantes legítimos del mundo. Sin duda, en Nubia y en algunas ciudades más o menos firmemente controladas de Siria, se alzaron templos egipcios, se admitieron divinidades locales en el panteón egipcio local, adornándolas con los cuernos de Hator o con el disco alado. Es también una forma de dominar, de controlar a los súbditos. Y sin embargo, Baal o Astarté, introducidos por esta vía entre los dioses de Egipto, tendrán bastante éxito, superando las marrullerías y remilgos de la política. Los préstamos existieron, la puerta secreta de los intercambios religiosos por lo menos se entreabrió.

Es más fácil de ver durante la crisis religiosa y cultural que se esboza hacia la dinastía XVIII y estalla bajo el reinado de Amenofis IV, el faraón más extraño que conoció la historia. Al revelarse a él el dios sol, el faraón proclama el poder absoluto de este dios único, representado de forma sencilla y simbólica por el disco solar, cuyos rayos terminan en manos extendidas. Este dios único es Atón, cuyo nombre asumirá el faraón, convirtiéndose en Akenatón, «siervo de Atón». Una guerra religiosa enfrenta a Akenatón contra la tutela asfixiante del clero de Amón, enriquecido por las donaciones de los faraones conquistadores. Esta guerra le obliga a abandonar Tebas, la capital en la que reina el dios maldito, y a crear una nueva metrópolis, construida apresuradamente en honor de Atón —es la ciudad que actualmente llamamos Tell el Amarna. Sólo vivirá, frágil y feliz, dos décadas.

Este episodio, por muy revelador que sea, no es lo que aquí nos interesa, ni esta marcha coronada por el fracaso hacia el dios único, que ya se anunciaba antes del reformador y que, a pesar de la reacción subsiguiente, seguirá atormentando los corazones. Lo que nos interesa es que la religión egipcia se abre entonces a una cierta universalidad, que se preocupa, por primera vez, de los extranjeros que hasta entonces no quería reconocer. El himno al sol de Akenatón atribuye al propio dios la diversificación de las razas: «Las lenguas de los hombres son diferentes cuando hablan, también su naturaleza, su piel es diferente. Así es como has diversificado a los pueblos.» Las almas extranjeras, si utilizan la guía del *Libro de los muertos*, se salvarán como los egipcios y tendrán acceso al más allá. Aunque sólo con su olor, los dioses sabrán que no vienen de la tierra santa de Egipto...

El sol brilla para todos los hombres: todos podrían vivir en la paz de Atón y la de su representante en la tierra. El momento es demasiado grave, con las traiciones y los fracasos militares en Siria y las luchas religiosas intestinas, como para que estas declaraciones no hayan tenido también un trasfondo político. El dios sol, aceptado por todos, podría consolidar, salvar el imperio. Estos pensamientos están inmersos en un contexto espiritual innegable y hace ya varias generaciones que el cosmopolitismo se ha introducido en la vieja mansión de

Egipto cuando el misticismo de Akenatón lo hace penetrar, apenas un instante, hasta su corazón religioso.

## 3. Accidentes, evoluciones, catástrofes

Si volvemos al cuadro que antecede para devolverle su carga de acontecimientos, se oscurecerían sus colores. Durante la interminable edad del Bronce, Oriente Próximo conoció pruebas, desórdenes, evoluciones peligrosas, catástrofes. Su historia es muy complicada, pero remite no obstante a esquemas bastante claros, a una especie de geografía del movimiento de los hombres.

### La geografía y los hombres

La geografía, en este caso, es una herramienta maravillosa de explicación, con la condición de no cargarla con un determinismo elemental. Aclara las cosas, sitúa los problemas; no los resuelve. El hombre y la historia bastan para complicarlo todo, para enmarañarlo.

Simplifiquemos: en un principio, Oriente Próximo se divide en cinco o seis tipos de regiones, en función de que atraigan, fijen a los hombres o los rechacen. Estos movimientos de población, que pueden terminar fácilmente en una catástrofe, se sitúan en el centro del cuadro sombrío que tenemos que esbozar.

En primer lugar, éstas son las regiones que atraen a los hombres, zonas ciclónicas en las que convergen los vientos. Se trata de países sedentarizados desde hace tiempo, con ciudades, aldeas, agriculturas, ganaderías bastante estables. Las más pobladas —Mesopotamia y Egipto— son las más atractivas, pero se defienden. Las menos pobladas, que cubren espacios más amplios que las privilegiadas, se abren más fácilmente a las migraciones, a las invasiones incluso. Dejan sitio a los que van llegando, sin darse cuenta a veces: por ejemplo Asia Menor en su sentido más amplio, o la Grecia arcaica.

Frente a estas regiones tan apetecidas, a la inversa, tenemos las zonas de alta presión demográfica, de dispersión constante de los hombres. No es que la densidad demográfica sea elevada en términos absolutos, todo lo contrario, es muy inferior a la de las orillas del Nilo o el Eufrates. Se trata de regiones demasiado pobladas para sus recursos, con lo que se crea así un desequilibrio. ¿Qué regiones? Las montañas, los desiertos, las estepas, y también mucha costa. El marino del Mediterráneo puede ser campesino y hortelano, pero los sectores marítimos filiformes, generalmente cerrados por la montaña cercana, no son autosuficientes. Viven del mar lejano...

Los dramas de la edad de Bronce vienen pues, en primera instancia, de los espacios diferenciados que dividen el Mediterráneo. El hombre es tan víctima de

las fuerzas naturales que lo envuelven como de sí mismo, de sus costumbres, de sus apetitos, de sus príncipes...

**Montañeses y marinos**

En Oriente Próximo, región continental poco abierta al mar y donde las montañas son, por así decirlo, exteriores, los espectáculos clásicos del Mediterráneo —montañeses que bajan de las tierras altas, marinos que abandonan un buen día su tierra natal para no volver— no son tan frecuentes, tan sencillos como en otros lugares. Oriente Próximo, efectivamente, es en primer lugar la continuación de la enorme plataforma de rocas antiguas del Sahara, que el mar Rojo interrumpe un instante y que Asia prolonga hasta cerca de Irán. Algunos fragmentos de esta plataforma se hundieron: el mar Rojo, el mar Muerto; otros subieron: las cadenas Líbica y Arábiga, a uno y otro lado del Nilo, el Líbano, el Antilíbano... Pero las verdaderas montañas están al norte, más allá de la doble línea del Tauro y de los Zagros. Su territorio forma una parte de Asia Menor, una parte de Irán, se anexiona por derecho la masa de Armenia y, más al norte, el enorme bloque del Cáucaso.

La zona de los peligros montañeses está muy al norte. No tienen por ello el mismo carácter familiar, inmediato que en Italia, en Grecia, donde basta con dejarse caer y ya estamos en los campos y ciudades del llano. La emigración montañesa en Oriente Próximo suele ser un largo viaje, dividido en etapas: poblaciones que vienen del Cáucaso se quedan años y años en Armenia, se vuelven a detener en los Zagros o en Irán antes de llegar a su meta: Mesopotamia o Siria, incluso Asia Menor donde las mesetas y llanuras son conquistas todavía envidiables. Sólo conocemos a estos montañeses que emigran en su punto de destino, cuando los enfocan las luces de la historia. ¿Y antes?

Los guteos, por lo que se sabe, son originarios de los Zagros, es decir, del muro montañoso que domina Mesopotamia al este, pero no es imposible que vengan de más lejos. Su rápida fortuna aprovecha los disturbios interiores que desorganizan el imperio acadio; ocupan entonces Babilonia hacia el 2160, donde instalan un gobierno que la dureza de los tiempos convierte enseguida en mediocre. Son eliminados hacia el 2116, fecha aproximada. Así que se imponen, pero por poco tiempo.

Los hurritas, cuyo idioma no tiene ninguna afinidad con los idiomas conocidos, salvo el urartiano, podrían haber llegado de Armenia, hacia principios del segundo milenio. Probablemente sean artesanos, propagadores de técnicas de la metalurgia, también del caballo de tiro y del carro de guerra ligero. En cualquier caso, se dispersan a través de las ciudades de Mesopotamia, Siria, Capadocia, Cilicia. Son numerosos en Karkemish y en Ugarit, ciudades precozmente industriosas. Participarán, pero como subalternos o peones, en la construcción del Estado de Mitanni, bajo la dirección de jefes arios, entre los siglos XVI y XIV.

Para los casitas, otro ejemplo ilustre, nuestras incertidumbres iniciales son las mismas. Son originarios de Irán o de Armenia, o del lejano Cáucaso, o quizá de todos estos países a la vez. Los podemos detectar a partir de los Zagros, base de su último viaje. Su idioma, que tampoco es indoeuropeo, podría ser una referencia, quizá, si no fuera porque estos emigrantes pronto renunciaron a él: adoptaron el acadio desde su instalación en Mesopotamia, en el segundo milenio. Primero intentaron, en vano, hacerse los amos en 1740, en el momento en que el antiguo edificio se deteriora, tras la muerte de Hammurabi. Nueva tentativa en 1708, nuevo fracaso. Y ocurre a los casitas lo que ocurrirá mucho más tarde a los germanos frente a Roma: comienzan una penetración pacífica de Mesopotamia, como mercenarios o como peones. Un accidente exterior (los hititas atacan por sorpresa Babilonia con carros) les abre finalmente, de rebote, las puertas del poder en 1594. Entonces se instala una dinastía casita que reinará hasta 1160 (un buen récord de duración), pero estos vencedores ya habían sido absorbidos por la cultura, por el idioma local mucho antes de su victoria. A falta de otras proezas, parece que cambiaron la moda: de ellos podría venir la larga túnica de manga corta, que se convertirá más adelante en la vestimenta clásica de los asirios. La historia de los casitas es la de pueblos miserables, pero dos o tres veces favorecidos por la suerte: llaman a la puerta de Mesopotamia cuando está mal cerrada; se hacen con el poder gracias al esfuerzo de los demás; reinan cuando la coyuntura económica vuelve a florecer...

Los pueblos marinos no nos dan ejemplos tan impactantes. ¿Quizá no les interesen los protagonismos políticos? El comercio sólo necesita paz y complicidad de la otra parte. Cretenses, micénicos se instalaron en las Cicladas, en algunos puntos de Asia Menor, en Rodas, en Chipre. Los sirios formaron pequeñas colonias comerciales, seguramente prósperas, en Egipto, quizá incluso empezaron a visitar Occidente con los mismos fines. Son cosas que hay que tener en cuenta, si miramos los hechos de cerca, pero no se pueden comparar con las grandes colonizaciones del Mediterráneo occidental que vendrán durante el primer milenio.

Sin embargo, prueba fehaciente de que no hay que dar nada por hecho, los Pueblos del Mar —su nombre les viene de los egipcios—-tendrán el papel protagonista en la crisis decisiva del siglo XII. Su tormenta es el signo anunciador, o la causa única, de la catástrofe que acaba con el esplendor de la edad de Bronce[35]. Si siembran el terror por todas partes, ¿no será porque nadie los esperaba? ¡Pueblos enteros desplazándose por mar! ¡Qué novedad, qué sorpresa! Las invasiones árabes en el siglo VII d. C. también fueron una sorpresa total: nadie esperaba ataques ni peligros de aquel lado, del desierto, del vacío por los siglos de los siglos.

**Estepas y desiertos: el problema del nomadismo**

---

[35] Sobre el Pueblo del Mar y la crisis del siglo XII, véase la nota 2. (P. R.)

Desiertos y estepas no son una misma cosa, pero una estepa que ve cómo disminuye su pasto ralo se está transformando en desierto; el movimiento inverso es menos corriente. El desierto de Siria es un desierto absoluto, a orillas de la Baja Mesopotamia, que aisla y protege relativamente, pero que acecha también con su sequía sin paliativos. Se prolonga por las estepas hacia Mesopotamia del Norte, donde es la regla los cultivos de secano. Actualmente, esta estepa limítrofe, «desolada e incultivable, rebrota tras las breves lluvias y se cubre con mil flores: tierra precaria de pastoreo, es la *badiya* árabe». Naturalmente, era la puerta de entrada ideal en Mesopotamia para los nómadas del desierto, pacíficos visitantes y arrendadores de pastos ocasionales.

La oposición estepa-desierto —en lo que se refiere a los movimientos de población— no es esencial, ni tampoco esta otra oposición, clara sin embargo, entre desiertos cálidos y desiertos fríos, pues Irán, todavía cálido pero enfriado por la altitud de sus mesetas y de sus montañas, sirve de transición entre los dos grupos. Lo importante es que todos los desiertos del Viejo Mundo, como los mares comunicadores, forman una única masa continua de circulación, desde el Atlántico hasta China, del Sahara a Arabia, del desierto de Siria al Turquestán —que comunica difícilmente, pero comunica al fin, por la puerta de Zungaria, con los desiertos de Takla Makan, Gobi y, más allá, los prados de Mongolia del Norte y de Manchuria del Sur. La puerta de Zungaria es también la línea divisoria entre blancos y mongoloides. Ahora bien, en toda esta inmensa vía que cruza el Viejo Mundo, el hombre se enfrenta con los mismos imperativos: falta de agua, falta de hierba, necesidad de desplazamientos masivos, permanentes. Finalmente, acabó inventando en todos los casos, de forma más o menos rápida, las mismas respuestas ingeniosas y difíciles, las mismas técnicas de nomadismo.

Esta vida nómada no hay que imaginarla en su perfección desde el alba de la historia de los hombres, error bastante frecuente. El gran nomadismo, con sus animales rápidos, el caballo y el dromedario (más tarde, el camello, originario de la Bactriana turca), aparece *tardíamente*. Tuvo que pasar mucho tiempo, adaptaciones sucesivas para llegar a este equilibrio, primero en los desiertos cálidos de Siria y de Arabia; más tarde en el Sahara, rezagado por excelencia en la familia de los grandes desiertos.

Un primer nomadismo elemental, casi más antiguo que la agricultura, apareció espontáneamente desde que se empezaron a domesticar animales: el hombre con sus perros conducía rebaños de ganado menor, ovejas y cabras. Los agricultores sedentarios domesticaron después al ganado mayor, el buey, el caballo, organizando una economía mixta en la que este segundo nomadismo sólo es un subproducto. El pastoreo, que en las estepas siempre se podía desarrollar ampliamente, desempeñó el papel de solución de emergencia para los sedentarios cuando las malas cosechas, la sequía o el exceso de bocas para alimentar hacía difícil la vida en las aldeas. Así fue como grupos de hombres se vieron empujados a una economía desarraigada, desequilibrada, atrapados en una cascada de obligaciones. Había que utilizar los pastos sucesivos en función de las estaciones. Para seguir a los animales, las casas se convirtieron en cabañas, tiendas o carros llenos de bultos, mujeres y niños. Era una vida precaria: una sequía, una lucha perdida por los pastos, un exceso de población, intercambios desfavorables en los

mercados lindantes con los países sedentarios, y se desencadenaba el pánico, la explosión, la invasión de las tierras cultivadas.

**Las estepas del Norte: los indoeuropeos**

Antes del siglo XX a. C, las estepas y desiertos, desde Hungría al mar Negro, al Caspio, a Bactriana (Turquestán), están ocupados por pueblos indoeuropeos. Semisedentarios, conocen el trigo, la cebada, pero su número o el agotamiento de sus tierras los arroja regularmente al pastoreo errante. Conocemos mal a estos indoeuropeos, probablemente divididos en varios pueblos. Las excavaciones de los prehistoriadores —civilizaciones llamadas de Tripolje, cerca de Kiev (3500-1700), de Usatovo, cerca de Odesa (hacia 1800), de Afanasievo (3000-1700) y de Andronovo (después de 1700)— son terminantes: todas las economías identificadas son mixtas, agrícolas y pastorales, es decir, vinculadas a una aldea fija. No obstante, los rebaños cada vez adquieren más importancia: ovejas, cabras, bovinos (pero no cerdos), y finalmente camello y caballo.

El caballo, evidentemente, fue decisivo, aunque no de la noche a la mañana. Estaba presente en el Paleolítico hasta el occidente de Europa, en grandes rebaños salvajes. Se domesticó, quizá en la Rusia meridional, y desde allí se extendió en todas direcciones. Cuando aparece el carro, desde el cuarto milenio, va tirado por yuntas de bueyes. El caballo de tiro no aparece hasta el segundo milenio, y probablemente entre los hurritas, originarios de Armenia, instalados al norte de Mesopotamia. Allí, en los confines del llano interminable, se inventó el carro ligero de dos ruedas, enganchado a uno o dos caballos, construcción complicada que, por lo tanto, exige mano de obra experimentada: revolucionará el arte de la guerra en los siglos futuros. Este origen iranoarmenio es plausible. Entre los lagos Van, Sevan y Urmia se extiende una región con fraguas y bosques. Las excavaciones soviéticas han demostrado la presencia de numerosos vehículos de dos ruedas, luego de cuatro, tan pronto como en Mesopotamia o incluso antes (la rueda maciza era la regla en todas partes; el modelo con radios llegará más tarde).

Rápidamente, el carro ligero se extiende por todo el mundo de las estepas y hace fortuna en Oriente Próximo, donde esta arma costosa, aristocrática, será un signo de prestigio. Egipto, siempre con retraso, no lo conoce hasta la segunda mitad del siglo XVI, Creta un poco antes que Egipto, Micenas antes sin duda (durante el primer cuarto del siglo XVI). En la batalla de Kadesh, en el siglo XIII, varios millares de carros hititas se enfrentaron con los carros egipcios.

Había que dar un último paso, decisivo, el caballo montado que encontramos a partir del siglo XIV. Hasta el siglo X, más o menos, con un curioso retraso, este extraño bien cultural, el hombre a caballo, no se afirma en los confines del Cáucaso y de Irán. Revoluciona entonces las bases mismas de la vida social y económica de las estepas: el pastor a caballo podrá vigilar enormes rebaños. El soldado a caballo ya no es un rico señor, como el conductor de carro de antaño. Los movimientos de población se precipitan de este a oeste y de oeste a este. Así se prepara la historia dramática que vendrá después. El primer signo será

la tormenta que provocan los cimerios, seminómadas y semisedentarios del norte del mar Negro, instalados en la actual Rusia meridional. Fueron expulsados de allí en el siglo VIII por los avances violentos de los escitas, que para muchos autores son los primeros nómadas «perfectos», si podemos decirlo así.

En la edad del Bronce, antes de 1200, seguimos lejos del gran nomadismo explosivo. Las invasiones indoeuropeas de aquella época no carecen de violencia, por supuesto, pero durante mucho tiempo no contarán con los grandes medios de la caballería. Con su valor, su organización guerrera, estos invasores triunfan, tanto hacia el Occidente europeo, Irán, India (siglo XV) como hacia Grecia y Oriente Próximo. Sus invasiones son también con frecuencia largas infiltraciones, a través de espacios mal controlados por el hombre. Los recién llegados se mezclan con los pueblos existentes; a veces se ponen de nuevo en marcha en su compañía. Así creemos que se explica la incursión de los hicsos en el Egipto del Delta, que dominarán durante un siglo. Sin duda son indoeuropeos, pero están mezclados con otros pueblos y la novedad del caballo y del carro les dará el rápido éxito que conocemos.

En cuanto al esquema que representa a los invasores indoeuropeos como señores que se imponen a poblaciones débiles de agricultores, sólo es verdad a primera vista, como todos los esquemas. Los hititas que se instalan en Asia Menor tras los luvitas, sus compañeros y sus hermanos, llegaron lo bastante pronto para adoptar la escritura cuneiforme antigua y su lengua escrita, que conocemos bien, pronto no incluirá más de un veinte por ciento de palabras indoeuropeas, y el resto serán préstamos tomados a los pueblos locales, no indoeuropeos. Pasó con los hititas lo mismo que con los aqueos en Grecia: se sumergen en un patrimonio cultural que, en un principio, no es el suyo y los supera.

**Los hititas se convierten en los hititas**

Así como los griegos se convierten en los griegos, los hititas se convierten en Asia Menor en los hititas. Acceden a su destino histórico sin duda desde antes del segundo milenio. Llegan entonces (quizá desde las orillas del mar Caspio, quizá de Tracia) a las tierras altas de Anatolia, glaciales en invierno, tórridas en verano. Achaparrados y vigorosos, estos indoeuropeos que se mezclan con las poblaciones locales se reconocen por sus cabellos claros, rubios o castaños, por su perfil «griego» característico que llamó la atención de los egipcios, buenos observadores de los tipos étnicos. Se trata sin duda de agricultores, de continentales; vuelven deliberadamente la espalda al mar; instalan su capital, Hatusha (Bogazköy) tierra adentro, en la cuenca del Kisil Irmak, el Halis de los griegos. Allí echa raíces su fortuna.

Su población enérgica, la ambición de sus príncipes, una metalurgia floreciente, la utilización masiva de los carros, les permitieron extender su dominio hasta límites difíciles de fijar retrospectivamente. El imperio practica además un régimen de tipo más o menos feudal, concede tierras, señoríos, principados, infantados —lo que acabará siendo una debilidad de consecuencias

graves.— Durante un instante, en 1595, fueron los amos asombrados de Babilonia, tan trastornados por su conquista prodigiosa, que la abandonaron a toda prisa. Desde Karkemish, Alepo y Ugarit, de grado o por fuerza, llegaron al mar y al Creciente Fértil. Esta apertura de bastante duración fue su fuerza y dictó su ambición. Hacia el sur, Mesopotamia, dividida entre Babilonia y Asiría, no podía luchar contra ellos; derrotaron también a Mitanni en las posiciones claves del codo del Eufrates y resistieron frente a la enorme potencia de Egipto. En 1285, la gran batalla de Kadesh, como una partida monstruosa entre los hititas y los egipcios, marcó el fin de estas guerras agotadoras. Ambos pudieron proclamarse vencedores y se quedaron donde estaban.

Llegó entonces la era de la sabiduría que llevó, hacia 1280, a la firma del tratado de paz más antiguo cuyo texto se conserva. Era la consecuencia de largas relaciones diplomáticas, de esa correspondencia cuyas tablillas en acadio, idioma internacional de entonces, se encontraron en Amarna y en Bogazköy, y también en Ugarit. Los grandes Estados mantenían un servicio de correos, desde Anatolia hasta Egipto. Podría escribirse todo un libro sobre el desarrollo de esta primera diplomacia, sobre los intercambios de médicos, de escultores, de artesanos, sobre la política de bodas principescas, tan característica de los siglos XIV y XIII, sobre las princesas babilónicas, o mitánicas, o hititas que se convierten en rehenes de alianzas o de reconciliaciones más o menos sinceras. Esta apertura de Egipto al extranjero está relacionada con una voluntad tenaz de expansión hacia Siria que comienza militarmente en el siglo XVI, con las campañas sirias de los faraones de la dinastía XVIII. Se trataba de acabar con los hicsos, expulsados del Delta pero atrincherados en sus ciudades palestinas. Victorioso, esforzándose por seguir siéndolo, Egipto practicará un tipo de protectorado que requerirá una consolidación permanente, sobre Mitanni y las ciudades Estado de la costa Siria.

Es una rivalidad imperial la que enfrenta a los hititas y los egipcios en estos territorios extraños para unos y otros, pero dentro de un clima de relaciones internacionales conscientes que nunca había existido hasta entonces. Las guerras y los esfuerzos diplomáticos se suceden hasta que se acaba por establecer una especie de equilibrio, de *balance of power*, en vísperas de la catástrofe del siglo XII.

La propia civilización hitita es un buen ejemplo del cosmopolitismo de este segundo milenio. Todo en ella parece prestado. Toman de las poblaciones anatólicas su nombre mismo de Hatti, sus técnicas de construcción tradicional, su cerámica roja barnizada con motivos policromos, sus vasos de libaciones en forma de animales, sus zapatos de punta retorcida y el peinado cónico de sus dioses, etc. Toman de los mesopotamios numerosas disposiciones de sus códigos, la escritura cuneiforme, su hábito de representar a los personajes sobre un registro horizontal. Toman al estilo internacional del siglo XVI la espiral egea, los animales al galope tendido, las plantas de formas espiraláceas. Toman de Egipto, quizá a través de Ugarit, algunos detalles —el disco alado del sol, por ejemplo, asociado a la representación del dios en el santuario de Yazilikaya y en algunos otros.— Finalmente, el panteón hitita «de los mil dioses» acogió sin problemas todos los dioses del vecindario. A la cabeza, el dios del tiempo, que podría identificarse con Adad, el dios mesopotámico del trueno, y Reshef, o Baal, el dios sirio. Suele ir

montado en un toro que aparece en las esculturas hititas. Junto a él, la diosa del sol, que no es otra que la indestructible diosa madre de Anatolia, que viene de la edad de Piedra, pero que los hititas dotan de algunos atributos de la diosa hurrita Hepat.

Lo interesante es poder observar, en estos siglos remotos, el primer pueblo indoeuropeo que conocemos desde el interior, gracias a la documentación encontrada en Bogazköy, tan abundante que se necesitará mucho tiempo para clasificarla y traducirla. Gracias también a su arte, reconocible a pesar de todos los préstamos, muy expresivo a pesar de sus convenciones.

¿Es un error imaginar un pueblo honrado, valiente, con los pies sobre la tierra, alegre, enamorado del baile y de la música, tierno con los animales y los niños? Encantadoras esculturas muestran al joven príncipe jugando de pie sobre las rodillas de la reina, o presentándole sus ejercicios de escritura. Un pueblo ingenuo que se calienta al sol de las grandes civilizaciones cercanas y, poco a poco, fabrica sus convenciones imperiales. El rey hitita nunca se creerá un dios vivo como el faraón. Soberano de un pueblo de guerreros, es de los que prefieren las vías de la diplomacia a las de la guerra para alcanzar sus fines y se ha observado en los hititas la ausencia de una crueldad guerrera que marca toda la época, incluso Egipto, y que será terrorífica más adelante, con los asirios. Un último rasgo significativo: la condición social de las mujeres que —cosa infrecuente en un pueblo de soldados— parece tan liberal como la de Creta.

**En los desiertos del sur: los semitas**

En el segundo milenio, el desierto de Siria y, tras él, más arcaico, el desierto de Arabia, todavía no están animados por la vida agresiva de los beduinos. Conocen sin embargo enseguida el caballo y el dromedario, pero sin utilizarlos plenamente. Según algunos especialistas, la domesticación del dromedario pudo producirse incluso desde el tercer milenio, quizá en Arabia oriental, cerca del golfo Pérsico. Su utilización como animal de carga en las caravanas, no parece anterior al siglo XIII a. C. (antes se fechaba en el siglo X este acontecimiento).

Hasta entonces, los servicios caravaneros estaban a cargo de los asnos y sus conductores, los *hapiru* de los textos mesopotámicos. La palabra —si es que quiere decir realmente *conductor de asnos* y no *hombre del desierto,* beduino, como se creyó en un principio— nos daría un dato precioso: aparece efectivamente en el siglo XXIII a. C, para desaparecer en el XII. En una pintura egipcia de 1890 a. C. aproximadamente, se presentan los semitas del desierto «asiático» vestidos con largos ropajes abigarrados, llevando a Egipto, a Beni Hasan, sus presentes para el príncipe Knumhotep: *kohl*, utilizado como maquillaje de ojos, y gacelas del desierto... ¿Tomaron la ruta que, se sospecha, unió directamente Mesopotamia y Egipto, que explicaría, en tiempos muy remotos, la fortuna, extraña a primera vista, de una vida sedentaria en las etapas del Sinaí y del Neguev? Más tarde, el desarrollo de los tráficos marítimos podría haber

significado el fin de las caravanas de asnos y de esta ruta antigua que recorría las zonas de suelo pedregoso del desierto. El dromedario podrá seguir las pistas de arena, cercanas al litoral, donde se habrían hundido las pezuñas de los asnos.

¿Por qué una utilización tan tardía del precioso dromedario? Quizá hay que hablar de un problema de arreos: hasta el siglo IX a. C. no aparece un nuevo tipo de monta del dromedario. «No lejos de los primeros jinetes, en algún lugar al norte del desierto arábigo, los domadores de dromedarios adquirieron progresivamente los nuevos elementos de esta técnica revolucionaria, la monta sobre la joroba.» Hasta entonces, montaban con una silla cojín sobre la grupa. La nueva monta se mejorará gracias a un sistema complicado de correas (siglos VIII y VII), luego con la silla de arzón que se generaliza con el siglo III o el II a. C. (Xavier de Planhol). En ese momento, y sólo en ese momento, los desiertos meridionales alcanzan la «segunda fase» del nomadismo, la que iluminará la luz de historia cuando, siglos y siglos después (siglos VII y VIII d. C), explote la avalancha de conquistas árabes. Observemos una vez más la lentitud de estos procesos.

Durante mucho tiempo, el desierto de Siria, en los flancos de Mesopotamia, permanecerá muy tranquilo. En general, el nómada tiene aires de pedigüeño, arrienda los pastos, vende animales, transporta mercancías, se ofrece como cargador. Es la historia monótona que registran los documentos de Mari. No hay infiltración importante, que pueda transformarse en «conquista», salvo que el sedentario lo acepte, que necesite mano de obra para sus tierras, ayuda contra una ciudad rival o que, por los disturbios internos, ya no pueda imponer su control. Entre estos dos mundos, que se comportan como vasos comunicantes, el uno amenazado por el exceso y el otro por el vacío frecuente, la compensación casi nunca adopta las formas de la violencia.

Las poblaciones del desierto de Siria son semitas, divididas en tribus numerosas, minúsculas. Desde el tercer milenio, abordan, hacia el norte, Siria y Mesopotamia. Los primeros que se instalan —que se denominan, equivocadamente, aunque es la costumbre, acadios— penetran en el país de los ríos, a la altura de Asur, de Kish, de Mari. Tienen el viento a su favor: fundan con Sargón el imperio llamado de Acad (2340-2200). La segunda oleada es la de los cananeos y los amorreos que ocupan y semitizan definitivamente la zona siriopalestina, unos al sur, alrededor de Biblos, otros al norte y al este, alrededor de Ugarit, Mari, etc. Los amorreos penetran también, en pequeños grupos, en las ciudades mesopotámicas, y se acaban apoderando del poder después de haber contribuido a destruir la tercera dinastía de Ur: Hammurabi es un amorreo. En aquella época, los amorreos ya estaban inmersos, como antes los acadios de Sargón, en la civilización viva de Mesopotamia. No obstante, el arte lleva la marca de esta aportación semita, en Acad, en Mari o en Biblos.

Muchas más tribus semitas, durante siglos, cruzarán los límites de los países estables, entre otros, en el segundo milenio, los hananeos, los benjaminitas, los suteos. Fue más importante la oleada de árameos, sensible desde los siglos XIII y XII y llamada a forzar violentamente las fronteras del Eufrates medio, a pesar de las fortificaciones elevadas en el codo del río por Tiglatpileser I (1117-1077). Conocemos su papel en el Creciente Fértil y en los países de Mesopotamia,

su idioma que sustituye al acadio como idioma internacional. Un rasgo curioso de estas penetraciones semíticas: aunque adoptan casi totalmente la cultura, las técnicas, el arte mesopotámico, conservan su idioma (acadio, arameo) y lo imponen incluso, primero a la zona que ocupan en Mesopotamia, luego, sin duda gracias a la influencia misma de la civilización mesopotámica, al conjunto de Oriente Próximo, como idioma internacional. Los hititas, los faraones, Ugarit, Chipre, siguen manteniendo correspondencia en acadio, cuando la dinastía de Acad ha desaparecido desde hace mucho tiempo.

Las violentas sacudidas, provocadas por la crisis del siglo XII, reafirman el éxito de los árameos. Además, en medio de estas complicaciones se instalan los hebreos (al parecer antes de 1230) en las montañas semivacías de Palestina, pues los cananeos, los filisteos les impiden el acceso a las llanuras. Última oleada, en la retaguardia, se señalan árabes por primera vez en el siglo IX en los textos babilónicos. Sin embargo, la gran historia esperará durante mucho tiempo sus hazañas.

Todos estos acontecimientos se repiten al parecer. Traducen, en la base, relaciones humanas inamovibles durante siglos: si los nómadas se abaten a menudo sobre las riquezas de una Mesopotamia desgraciadamente abierta a sus aventuras, es porque Mesopotamia también se alimenta de esta fuerza humana miserable, que se prodiga a sus puertas. ¿El desierto, la montaña?, en suma, reservas de hombres explotados que, a su vez, explotan a otros.

### Los Pueblos del Mar: ¿Una catástrofe comparable a la caída de Roma?

El siglo XII traerá tantas catástrofes que los siglos anteriores parecen, en comparación, felices. No es que no tuvieran su cuota de cataclismos, pero en general hubo alguna compensación: los frágiles palacios cretenses destruidos se reconstruyen; destruidos de nuevo, se vuelven a reconstruir; Egipto, golpeado desde dentro y desde fuera, invadido, se recupera con el Imperio Medio, y otra vez con el Nuevo; Mesopotamia renace de dificultades más numerosas, más graves todavía, pero renace. Y entre estos avatares, el progreso sigue avanzando. A la tormenta del siglo XII sólo escaparán los cuerpos políticos muy robustos, y no todos, ¡pero en qué estado lamentable! La experiencia será cruel, generalizada. Habrá terminado una edad de la historia, como terminan las cosas en la historia, unas muy deprisa, con gran estruendo, otras muy discretamente, sin que los contemporáneos se den cuenta del todo.

Al entrar en estos problemas, lo primero que reclama nuestra atención son los aspectos dramáticos de la historia. ¡Y qué extraña historia! No se entiende nada a primera vista y si reflexionamos las cosas se complican mucho más. La caída del imperio hitita, hacia 1200, se desarrolla silenciosamente, con menos ruido que un castillo de arena que se derrumba sobre sí mismo. No podemos localizar a los responsables. Unos treinta años antes, hacia 1230, se habían destruido casi todos los palacios micénicos, en el continente griego se habían abandonado numerosas ciudades y algunas islas. Tampoco hay aquí responsables

visibles: los acusados de ayer, los dorios, últimos invasores indoeuropeos de la Grecia antigua, no llegarán hasta finales del siglo XII, al menos cien años después; es lo que afirman los arqueólogos. ¿Hubo alguna vez una invasión dórica?, se pregunta con una sonrisa un historiador serio[36]. En cuanto a los Pueblos del Mar, personaje central de estos tiempos apocalípticos, sólo los vemos realmente en el momento en que, por dos veces, los aplastan los egipcios. Que sigan existiendo todavía tras estas derrotas sangrientas, no es cosa que nos extrañe, pero ¿quiénes son en realidad? Los historiadores están bastante perplejos: al borde de un inmenso drama que acaba simultáneamente con varias civilizaciones, frente al naufragio pronto total de la edad del Bronce, buscan explicaciones claras. No son fáciles de encontrar.

Disponemos en realidad de cuatro familias de acontecimientos:

1) el imperio hitita —el Hatti— se desmorona hacia 1200;

2) los palacios micénicos se destruyen en un incendio hacia 1230;[37]

3) los pueblos que los documentos egipcios llaman Pueblos del Norte, o Pueblos de las Islas, o Pueblos del Mar, se abalanzan sobre Egipto y son aplastados en dos ocasiones, en 1225 y 1180. Estas fechas son prácticamente seguras;

4) un largo periodo de sequías atormenta al Mediterráneo a finales del segundo milenio. Este último personaje, el clima, ¿será acaso el más importante de todos?

Retomemos, uno tras otro, estos cuatro capítulos.

1) **La caída del imperio hitita**, según los documentos encontrados en Ugarit (Ras Shamra), se sitúa, no a finales del siglo XIII, sino a comienzos del XII. Existe un ligero desfase. Claude A. Schaeffer, que dirigió las excavaciones de Ras Shamra, luchó para explicarse la muerte aparentemente silenciosa del belicoso imperio. Existen algunos hechos seguros, pero son negativos: los Pueblos del Mar siguieron las costas, cruzaron Asia Menor por el oeste y el sur, atacaron a los Estados vasallos, aliados o tributarios de los hititas, terminando con Chipre, Cilicia, Karkemish, Ugarit. Sin embargo, no encontramos señal alguna de su paso en el interior de Anatolia, en particular en las excavaciones de Bogazköy. Un detalle más: el rey hitita, antes de sucumbir de forma misteriosa, había vencido a los Pueblos del Mar con la ayuda de los barcos de Ugarit, en un combate naval frente a las costas de Chipre, pero eso no quiere decir que después, aislando al reino hitita del mar y de sus vasallos, los invasores no le hayan dado un golpe de muerte. Otro dato negativo: los frigios, procedentes de Tracia, tampoco pueden ser los destructores directos de Hatti. Como los dorios en Grecia, llegaron a las mesetas anatólicas después de la destrucción, casi simultánea, de las grandes ciudades hititas.

Una vez dicho esto, tenemos cuando menos dos tesis. Claude A. Schaeffer no cree en un invasor que incendiara intencionadamente, como pretende K. Bittel, todos los edificios públicos y privados de Hatusha (Bogazköy), de Kanish (Kültepe), de Alaça Höyük. «¿Es verosímil —escribe— que un conquistador de la

[36] Actualmente, el escepticismo sobre esta invasión es todavía mayor. (P. R.)
[37] Pero la vida sigue a menor escala y no se abandonan realmente hasta finales del agio XII (P. R)

capital y de los otros centros urbanos contemporáneos de la Anatolia hitita haya podido beneficiarse de entregar a las llamas, además del palacio y las fortificaciones, también las viviendas privadas de estas ciudades en las que pretendía establecerse?» Las cartas de Ugarit y de Bogazköy le parecen demostrar que el imperio hitita se hundió primero desde el interior y en sus confines inmediatos, minado por los ataques asirios, los disturbios y las defecciones de sus vasallos y aliados (empezando por Ugarit, que demuestra, al final del imperio hitita, una fidelidad discutible), finalmente por las gravísimas sequías y hambrunas. El último rey, Suppiluliuma II, solicita urgentemente a Ugarit un gran barco equipado para transportar a Cilicia trigo del valle del Orontes («es un caso de vida o muerte», precisa) y «todos los barcos que se encuentren en el país» para transportar al rey, su familia, su corte, su ejército. Suppiluliuma II ya había abandonado pues su capital en aquella época. ¿Por qué? Probablemente, según C. A. Schaeffer, a causa de hambrunas reiteradas debidas a la sequía y a la devastación de su país por violentos terremotos, cuyas pruebas tangibles se han encontrado a menudo a lo largo del segundo milenio en las excavaciones turcas. La Turquía anatólica es una zona inestable, de seísmos frecuentes, y el terremoto suele ser al mismo tiempo un incendiario. En el momento en que las ciudades hititas han sido heridas de muerte, destruidas por el fuego, el nivel arqueológico contemporáneo de Ugarit está, según C. A. Schaeffer, «sacudido por terremotos de una violencia excepcional». Otros especialistas creen no obstante en la acción de los hombres, en una invasión «extranjera» que hubiera acabado por unirse hacia el sur con la masa en movimiento de los Pueblos del Mar.

2) **El fin de Micenas** tampoco está claro. La civilización micénica, en el siglo XIII, sigue en plena salud. Descansa en un poblamiento denso, en ciudades importantes, en una amplia red de puntos de apoyo exteriores y de relaciones comerciales florecientes. La única nota inquietante es que todas las ciudades del continente griego refuerzan sus defensas, se rodean de muros ciclópeos. En la Acrópolis de Atenas —que fue una ciudad micénica—, el muro del Pelargicon se remonta a la época de estas defensas, dictadas por la sabiduría o por el miedo. En Atenas, como en Micenas, se han encontrado incluso, partiendo de las ciudadelas, pozos de una profundidad gigantesca, excavados hasta fuentes subterráneas: el asediado podía beber a los pies mismos del enemigo. A través del istmo de Corinto, se construyó también un muro ciclópeo, como una muralla de China a pequeña escala (subsiste un fragmento en la parte sudeste del istmo). ¡Qué hecho revelador! Las ciudades micénicas se sienten amenazadas. Están en rivalidad unas con otras, es seguro (la tradición habla de la guerra de Argos contra Tebas), pero también parece amenazarlas un peligro común.

Sabemos que hacia 1230 los palacios fueron destruidos, y destruidos para siempre, en Micenas, en Pilos, en Tilinto, donde se han encontrado los esqueletos de los defensores al pie de las murallas, bajo una masa de restos calcinados. Sabemos que regiones enteras quedaron abandonadas. ¿Qué pasó con los micénicos? Per Alin (1962) rastreó sus huellas, a través del continente griego, gracias a la cerámica del estilo III C, que se asienta inmediatamente después de las destrucciones de los palacios. Podemos concluir así que numerosos micénicos

encontraron refugio en las montañas de la costa norte del Peloponeso (que conservará el nombre de Acaya); que siguen ocupando el Ática donde la población y la prosperidad parecen crecer incluso tras la destrucción de los palacios; que quedaron algunos en Eubea y en Beocia; que abandonaron prácticamente el centro de la vida micénica, la Argólida, Mesenia del sur, Laconia. También varias islas del Egeo meridional quedaron totalmente abandonadas. En Creta, la población local se refugió en la montaña. Se trata de los antiguos minoicos, ya que sus descendientes, en la época clásica, seguían hablando en el este de la isla un idioma no griego y se los conoce como *eteocretenses*, es decir, «verdaderos cretenses». Sin embargo, otras islas, como Cefalonia en la costa Oeste, o como Rodas, Cos, Kalimos, Chipre por fin (que al parecer ocuparon por las armas los micenios), todas ellas antiguos centros del comercio, reciben mayores contingentes de micenios. En Cilicia, se instalan al parecer con el nombre de *dananiyim* (dañaos).

¿Quién provocó estas fugas y migraciones? ¿Quién destruyó los grandes palacios micénicos? ¿Quién, si no puede tratarse de los dorios?

También nos encontramos aquí con dos tesis. La primera supone una invasión indoeuropea anterior a los dorios. Podría tratarse de poblaciones «griegas» de campesinos que vivían desde hacía tiempo en las fronteras nordeste y noroeste del mundo micénico, en Macedonia, donde los micenios importaban su alfarería, en Épiro, donde tumbas de un tipo ajeno a Micenas (que se extenderá por toda Grecia en tiempos dóricos) existen desde el siglo XIII. Se han encontrado armas de bronce de importación micénica. En ese caso, como observa Sinclair Hood, los micenios podrían haber sido vencidos con sus propias armas (como los germanos vencieron a Roma con armas romanas). Porque ahora sabemos que ni esta primera oleada de invasores —si es que existió— ni la oleada dórica aportaron las armas de hierro, como se creía antes (el «metal negro» aparece en el Egeo a finales del siglo XIII, pero procedente de Oriente, por el camino de Anatolia). Tampoco trajeron la incineración de los muertos, que también venía de Asia Menor.

Esta invasión anterior a la de los dorios resolvería a las mil maravillas todos los problemas de la destrucción de los centros micénicos, pero sólo es una suposición, a falta de otra mejor, y plantea a su vez problemas que sus propios partidarios (Vincent Desborough, por ejemplo, en un libro de 1964[38]) no consiguen resolver. En primer lugar, esta incursión guerrera no ha dejado ninguna huella: a menudo no hay destrucción, en cualquier caso, tampoco hay objetos insólitos que señalan el paso de pueblos extranjeros. Además, es imposible determinar el itinerario de estos invasores, lo que nos informaría sobre su origen. Finalmente, es imposible encontrarlos en su punto de destino. ¿Dónde se metieron? La mayor parte de los centros micénicos quedaron pura y simplemente abandonados, por mucho tiempo, sin haber sido destruidos por la mano del hombre. Aunque se derribaron los palacios, las ciudades no se tocaron. A pesar de todo, quedaron abandonadas y la población se fue hacia otras regiones, ya lo hemos dicho, de forma inexplicable. Cabe preguntarse si debemos creer realmente

[38] *The Last Mycenians and their Sucessors.* (P. R.)

en una invasión cuando el propio V. Desborough concluye: «No tenemos ninguna prueba de ningún asentamiento. La respuesta natural y lógica es que esos invasores no se establecieron en ninguna de las zonas que conquistaron, sino que se marcharon.» Rhys Carpenter prefiere concluir: «No hubo invasores.» Su hipótesis es que estamos frente a una catástrofe natural, climática. Yo tiendo a darle la razón, pues he comprobado personalmente, hace ya tiempo, las consecuencias históricas poderosas de las variaciones climáticas en el espacio mediterráneo, en unos tiempos en los que la vida agrícola dominaba todavía toda la economía.

3) **El clima o «el retorno de los *Heráclides*»** No olvidemos la observación que ofrece el *Timeo* de Platón en boca de un sacerdote egipcio que conversa con Solón: el clima se desequilibra hacia la lluvia o hacia la sequía, acarreando «con intervalos de tiempo muy espaciados... [y] regulados» una especie de «enfermedad», con destrucciones por el agua o por el fuego. Esta vez, «la desviación que se produce... en los cuerpos que circulan en el cielo» desencadena al parecer las calamidades de la sequía. Este lenguaje no está tan lejos del de los especialistas de nuestros días, que creen en oscilaciones del sistema de los climas, en movimientos multiseculares probablemente relacionados con las manchas del sol o con la circulación general de la atmósfera.

En el Egeo, cada verano, reaparece el sistema de vientos etesios. Soplan del norte-nordeste hacia Egipto y la costa africana. Si el viaje desde Creta o Rodas directo hacia Egipto es tan cómodo, se debe a este viento, ininterrumpido durante meses: un viento absolutamente seco que sopla con el cielo límpido pero que orla de espuma las olas del mar y es lo bastante fuerte, cuando se va de isla en isla con el viento de cara, para frenar la marcha de los pequeños vapores griegos de servicio. El movimiento aparente del sol hacia el norte, en verano, desarrolla este sistema aéreo duradero, ineluctable. Responsable de la sequía, abruma a Oriente Próximo, incluidas Grecia y sus islas, de marzo a septiembre. A partir del otoño, el viento seco suele dejar paso a las lluvias oceánicas que trae el viento del oeste.

La hipótesis de Rhys Carpenter es que, en las últimas décadas del siglo XIII, estamos en la cúspide de una fase de sequía pertinaz en el Mediterráneo que alargó considerablemente la duración de los vientos etesios y amplió la zona en la que soplan habitualmente.

Aceptemos la hipótesis, aunque el argumento de Rhys Carpenter no pueda probarse. En ese caso, hititas, micenios y Pueblos del Mar habrían sido víctimas, no tanto de los hombres como de una sequía que se prolonga de año en año, alargando desmesuradamente los meses de verano, hiriendo de muerte los cultivos, como lo habían hecho las cenizas de Thera. Las ciudades micénicas mueren de esta crisis prolongada porque se encuentran en una zona especialmente seca, como también la meseta de Anatolia. Quedan pura y simplemente abandonadas. Si los palacios se incendian y son saqueados, es porque contienen las reservas de víveres procedentes del trabajo de los campesinos, empujados por el hambre a la rebelión y el pillaje. Casualmente, lo primero que se destruye es el almacén de trigo del palacio de Micenas.

Lo que refuerza la hipótesis, es la distribución geográfica de las zonas abandonadas y de las zonas elegidas como refugio por las poblaciones micénicas. En régimen de gran sequía, las precipitaciones procedentes del Atlántico sólo se mantienen en las regiones expuestas al viento del oeste, es decir: las zonas montañosas de Grecia occidental; las zonas septentrionales que se escapan más que otras a la presencia y a la maldición de los vientos etesios; las regiones como el Ática que tienen, hacia el este, una salida natural en el golfo de Corinto, que (según las *Instrucciones náuticas*) atrae «depresiones a menudo tormentosas, de mayo a julio o en septiembre-octubre»; o también algunas islas que ninguna barrera aisla de la lluvia del oeste: Rodas o Chipre. Creta es la que peor situación tiene, con sus montañas orientadas de oeste a este. Son especialmente secas las llanuras aisladas del viento del oeste por un relieve importante, o las islas del Egeo protegidas por la masa de la península griega. Todas ellas quedaron abandonadas. La emigración micénica se dirigió hacia Acaya, a orillas del golfo de Corinto, Mesenia al norte y Épiro al oeste de Grecia, el Ática privilegiada, las islas de Cefalonia al oeste, de Rodas y Chipre al este, Tesalia y Macedonia al norte. La geografía de las lluvias cuadra con la de las migraciones.

De esta forma, lo que llamamos invasión dórica y que la leyenda griega nos relata como el retorno de los Heráclides, escoltados por los dorios, toma un nuevo sentido. Los Heráclides, hijos y descendientes de Heracles, podrían ser micenios de Argos. Según la tradición, partidos del Peloponeso al término de luchas malhadadas y por orden del oráculo de Delfos, toman voluntariamente el camino del exilio, llegan a Épiro, la región del Pindó, Tesalia, Macedonia. Vuelven un siglo más tarde, con los pastores y soldados dóricos que quizá dirigen, y se instalan de nuevo en su patria prácticamente vacía sin dificultades. Tampoco tienen dificultades los habitantes micénicos del Ática que no se habían marchado para impedir a los dóricos el acceso a su país. ¿Estos viajes de ida y vuelta, favorecieron la difusión de las epopeyas micénicas y de las hazañas de la guerra de Troya? Es posible: la tradición oral que desemboca en Homero se forma en aquella época.

Lo que está claro, según los arqueólogos, es que el retorno del norte al sur difundió el llamado arte geométrico, cuyo origen tesálico y no ático demuestran excavaciones recientes. Cien años de exilio convirtieron a los micénicos de entonces en auténticos campesinos dorios y esta alfarería rústica es lo que traen en sus bagajes. Entre tanto, y es lo más grave, también han olvidado la escritura, pero no han olvidado su origen: los reyes de Esparta sabían que no eran dorios, sino «heráclides», y unos siglos más tarde, la dinastía de los reyes de Macedonia y el propio Alejandro Magno reivindican el linaje de Heracles.

4) **El problema insoluble de los Pueblos del Mar** se vuelve mucho más comprensible si damos este enfoque al drama micénico.

Se trata de un movimiento bastante prolongado en el tiempo, ya que desde 1225 los egipcios señalan a los Pueblos del Mar como asociados a los libios, sus inquietantes vecinos que invaden el oeste del Delta; entre sus filas, los licios, grupos étnicos que podrían corresponder (si juzgamos por los nombres que les dan

los egipcios) a los futuros sardos y a los futuros etruscos[39], finalmente aqueos, micenios. ¿Estos últimos son los que el texto egipcio describe como hombres «de estatura elevada, de gran cuerpo blanco, de vello rubio, de ojos azules»? La batalla fue dura, pero decisiva. Millares de prisioneros quedaron en manos de los egipcios. Como sangrante botín, pilas de manos y sexos cortados de los cadáveres enemigos. Hay que observar que el drama tiene lugar muy poco tiempo después de la destrucción de los palacios micénicos; en Egipto, país que conocen bien los marinos de Argólida; junto a las costas libias, pueblos que, en caso de gran sequía, se dirigirían automáticamente hacia el Nilo. Podemos pensar que marinos micénicos, bruscamente privados de sus tráficos habituales, se hayan dedicado a la piratería.

Unas décadas más tarde, el peligro renacía para un Egipto que salía apenas de una larga crisis señorial, es decir, militar, y donde el oficio de soldado, que desgasta al hombre hasta convertirlo en «un trozo de madera viejo comido por los gusanos», se ha convertido en un oficio execrado. El nuevo faraón, Ramsés III, enrola mercenarios libios marcados con hierro candente y marinos reclutados en las costas de Siria. Sabia precaución, pues las turbas heterogéneas de los Pueblos del Mar, que los últimos documentos de Ugarit, hacia 1200, mostraban instalados en Chipre y Cilicia, llegarán hasta Karkemish, desencadenándose hacia el sur, para destruir de paso Ugarit. Veleros procedentes de las «islas del Gran Verde» (la expresión podría englobar probablemente en aquella época todo el Egeo, incluidas las costas continentales) acompañan a los convoyes terrestres que también siguen el litoral, hombres, mujeres, niños acarreando sus bienes en pesados carros tirados por bueyes. Egipto, hacia 1180 les infligirá sangrientas derrotas, una naval —sin duda cerca del Delta—, otra terrestre en Siria, probablemente en el llano de Halpa, al norte de Trípoli.

El triunfo fue innegable, aunque no resolvía ningún problema. Al parecer, Ramsés III tuvo que admitir a continuación «a una parte de los Pueblos del Mar como colonos y mercenarios en el Delta». En cuanto a los filisteos, se instalaron, con o sin el acuerdo del faraón, en el país al que dieron su nombre —Palestina— que tuvieron que defender contra los hebreos. Así pues, según los relatos tradicionales, estos terribles Pueblos del Mar desaparecían de golpe devorados por la historia. Las ciudades sirias no ocupadas, salvadas por Egipto, recuperarán más adelante su riqueza —con excepción de Ugarit. Sin embargo, Egipto, victorioso, había perdido definitivamente su imperio de Asia.

¿Quiénes eran estos pueblos desesperados? Grupos heterogéneos, con seguridad, como en el momento de la invasión del Delta. Encontramos entre ellos a los *dananiyim* de Cilicia, junto a los ahijiva y los peleset —es decir, los aqueos y los filisteos, estos últimos originarios quizá del norte, pero que curiosamente la tradición bíblica hace venir de Creta. Es evidente que los micenios siguen formando parte de la aventura, pero esta vez se trata sin duda de los que se habían instalado más o menos precariamente, desde hacía unos veinte años, en Cilicia y en Chipre. Junto a ellos, podemos imaginar otros grupos, desarraigados también por la sequía de sus campos, o expulsados de tierras demasiado bien situadas por

---

[39] Véase más adelante, nota pág. 224. (P. R.)

otros más fuertes que ellos. Los hititas desparecieron para nosotros al mismo tiempo que las tablillas de Bogazköy y de Ugarit. Encontramos sin embargo más adelante una civilización neohitita, instalada casualmente, no en la meseta, sino al sur del Tauro y del Antitauro y en los llanos de la Siria del norte, al pie de las montañas proveedoras de agua, en regiones que antes habían estado sometidas al imperio. Quizá se obligó a estos vasallos a que hicieran sitio a los emigrantes de la meseta, o se los expulsó, por lo que pasaron a formar parte de los errantes. Los Pueblos del Mar son sin duda una mezcolanza de pueblos que el hambre arroja al camino. Una inscripción egipcia es la que mejor resume la génesis de la explosión: «Las islas se habían estremecido y habían vomitado sus naciones de golpe.» Última imagen, última complicación, los relieves de Medinet Habu muestran los barcos de los Pueblos del Mar en la batalla que entabló contra ellos Ramsés III. Se trata de veleros sin remos, con los dos extremos levantados en ángulo recto, uno de ellos terminado por una cabeza de animal. ¿De qué región del Mediterráneo pueden proceder estos barcos? Entre las representaciones conocidas, las únicas que nos vienen a la mente son los *hippoi* fenicios que veremos, unos siglos más tarde, arrastrar madera tras ellos a lo largo de la costa siria, o los que utiliza para la caza el rey Asurbanipal, o los que traen el tributo de Tiro en las puertas de bronce de Balawat, o también el que adorna una joya fenicia en España... Todas estas imágenes nos remiten a una sola y misma región: Siria. Quizá también Chipre, Cilicia...

## Una Edad Media de larga duración

Los acontecimientos del siglo XII trajeron en su estela una noche interminable, una Edad Media de muy larga duración. La luz no volverá, apenas, hasta tres o cuatro siglos más tarde. El problema capital no es por lo tanto el drama del siglo XII, por muy violento que sea, sino la Edad Media que implanta, mortecina y resistente, cuya sombra lo cubre todo.

En Grecia es donde el retroceso será más brutal. Al mismo tiempo que la escritura, pérdida irreparable, desaparecen todas las artes suntuarias, la joyería, las pinturas murales, los sellos grabados sobre piedras preciosas, los marfiles trabajados, etc. Sólo sobrevivirá la alfarería con torno, último recuerdo del estilo micénico que desaparece a lo largo del siglo XI para dejar paso a las primeras cerámicas protogeométricas.

Al mismo tiempo, se rompen todos los vínculos con Oriente Próximo tras la invasión dórica. No volverán a establecerse hasta mucho más tarde, cuando Grecia y el Egeo, desarrollados siguiendo su propio impulso, vuelvan a comerciar con la costa siria y con Egipto, establezcan factorías en la costa de Asia Menor. Sin embargo, este Oriente Próximo que deslumbrará a los griegos desde el primer contacto, marcando poderosamente el periodo del arte llamado orientalizante, sólo había recobrado, de forma imperfecta y muy tardía, su prosperidad, o mejor dicho, su salud.

Sin duda, existen explicaciones profundas para este retroceso general, y no sólo las que se deducen, o se deben deducir, de las variaciones climáticas. Ante todo, con seguridad, la fragilidad de este primer comercio de altura, construido sobre intercambios de lujo, para las necesidades y exigencias de círculos estrechos, de capas muy finas de estas sociedades. Estas civilizaciones deslumbrantes quizá sólo tuvieran el grosor de una hoja de oro. La economía palatina ya había tenido un deterioro lento, visceral, mucho antes del catastrófico siglo XII. La guerra cuesta muy cara, las conexiones lejanas también. La sociedad no privilegiada se resiste y la privilegiada no cumple en absoluto con sus obligaciones. Hatti lucha sin cesar contra el régimen feudal que la corroe. Egipto tiene grandes dificultades para mantener sus protectorados políticos y económicos de Asia. Tras su victoria sobre los Pueblos del Mar los perderá todos. Entonces empieza este deterioro profundo del poder real que se marca, como es habitual, por las innumerables violaciones de tumbas, las revueltas de *fellahs*, la anarquía y la impotencia administrativas. En Mesopotamia, todo se hunde también, salvo una Asiria que se resiste. Si volvemos a las explicaciones coyunturales, nos encontramos ante un reflujo multisecular, más duradero porque corresponde a una crisis de estructuras, especialmente lenta en resolverse.

No hay que precipitarse en llamar a esta crisis «crisis del bronce». R M. Heichelheim lanzó hace tiempo la idea de que el final de la edad del Bronce significa para Oriente Próximo —la humanidad más avanzada que se pudo dar en el mundo— la transformación de las bases, de las infraestructuras de su vida. De acuerdo con esa hipótesis, la fundición del hierro, realizada quizá por herreros de Cilicia y de Siria del norte, se extendió antes del siglo XII. La tormenta de los Pueblos del Mar que desarraiga, mezcla, revuelve las sociedades locales ayudó a su difusión. Y el hierro, a largo plazo, es la vulgarización, la democratización de las armas, el fin de los privilegios seculares del bronce. Cualquier pueblo, por muy inerme que esté, por muy poco glorioso que haya sido hasta entonces, tiene el hierro a su disposición. El mineral está en todas partes, al alcance de la mano. La consecuencia, según Heichelheim, será una serie de mutaciones en cascada. Esta innovación socava los grandes Estados centralizados de antaño, con sus palacios voraces, sus ejércitos de mercenarios, sus multitudes sometidas. El hierro podría ser liberador.

Sin duda, pero una explicación unilateral siempre es peligrosa, y ésta comete el error de anticipar. El hierro sustituirá al bronce lentamente, no más deprisa de lo que el bronce eliminó a la piedra pulimentada o tallada, incluso en el terreno decisivo de las armas. Los pueblos tuvieron que avanzar durante siglos para asimilar la nueva invención. Volveremos sobre este tema. Y sólo al terminar la mutación, el mundo entero se pondrá otra vez en marcha, pero será un mundo completamente nuevo, y algunas rupturas, algunas antiguas heridas, nunca se cerrarán. En particular, como observa W. S. Smith, «la estrecha comprensión» que había unido al Egeo y al mundo oriental «no volverá a recuperarse». También hay rupturas de larga duración.

## *Capítulo V. Todo cambia del siglo XII al VIII*

Tras la gran ruptura del siglo XII, Oriente Próximo tardará en renacer. Van apareciendo luces hacia el siglo X, que sólo se afirmarán con la recuperación económica más estable que apunta, con seguridad en el siglo VIII, quizá un poco antes.

Sin embargo, tras la tormenta de los Pueblos del Mar, la vida continúa, pese a quien pese. Se ha salvado un rico acervo cultural. Egipto sigue siendo Egipto, a pesar de sus heridas internas, su vida mediocre, las invasiones que lo abruman; Mesopotamia sigue siendo Mesopotamia, a pesar de sus turbulencias; la costa cananea, ahora diremos fenicia, sigue con su papel de intermediario. No obstante, y es el signo de los tiempos, el intermediario ya no es un siervo; frente a sus amos de ayer, se permite, cuando menos, algunas insolencias. Cuando, hacia 1100, Wenamón, el enviado del clero de Amón, viaja hasta Biblos, se le recibe muy mal. Obtendrá con dificultad la madera necesaria para la construcción de la barca del dios.

El mundo no deja de girar y, es lógico, durante esos siglos sin historia aparente, se dibujan nuevas formas, un nuevo mapamundi. Cuando todo emerge en el siglo VIII, cuando la vida de los hombres vuelve a ser más sencilla, y a nuestros ojos más clara, el mundo no se parecerá en nada al de antaño, el que se quebró en la época de los Pueblos del Mar.

### En Oriente Próximo, una especie de «balcanización»

El mapa político de Oriente Próximo se ha complicado hasta límites insospechados. El doble eclipse de Egipto y de Mesopotamia, la caída del imperio hitita, hacen que emerja a la vida una multitud de pequeños Estados belicosos, que ocupan abusivamente el escenario de la historia, desde el que hablan a voces.

En Asia Menor, Urartu, con base en Armenia, se hace cargo de una parte de la experiencia de los hurritas, ese pueblo de artesanos geniales del que ya hemos hablado. Se trata de un Estado montañés, fuerte y obstinado. La metalurgia

constituye para él una fuerza evidente (excavaciones rusas de Karmir Blur). El espacio que someten tiene su centro de gravedad alrededor del lago Van y se extiende, más o menos, desde los altos valles del Eufrates y el Tigris hasta el Cáucaso. Los frigios se habían extendido, más o menos en el momento de la invasión dórica, por las mesetas anatólicas en las que el imperio hitita se había levantado para después perder su fuerza (su capital, Gordio, renace ahora ante nuestros ojos con las excavaciones norteamericanas iniciadas en 1950). Hacia el oeste, la Lidia ocupa los valles paralelos del Hermos y del Meandros y tiende a alcanzar el mar Egeo en cuyas orillas se fundará muy pronto, hacia el año 1000, una estela de ciudades griegas, que más tarde serán decisivas. Hacia el sur, sobreviven los Estados neohititas. Luego vienen los Estados árameos, hijos del desierto tumultuoso, que girarán durante mucho tiempo alrededor de Damasco: no hay que subestimarlos, pues controlan las rutas caravaneras que se internan en Asia y son el complemento de las rutas marítimas activas de los fenicios. Además, hacia el sur, se encuentra el Estado judío, cuyo breve esplendor se apagará hacia el 930, cuando se escinda en dos reinos (Judá al sur, Israel al norte).

Los judíos tuvieron que conquistar una a una sus tierras bastante pobres a los semitas cananeos, de los que tomaron las tradiciones, la cultura y el idioma. Les pasa en realidad lo que les pasó a los hititas y a los griegos: quedan atrapados por la superioridad del otro. Otra inferioridad: a pesar de tener un frente marítimo, tienen difícil la salida al litoral accesible, del que los separan los filisteos enemigos y los fenicios amigos, o incluso cómplices. Los fenicios de Tiro construyen el Templo y el palacio de Jerusalén en tiempos de Salomón (hacia 970-930), son barcos fenicios los que, por Esion Geber, en el golfo de Akaba, realizan por cuenta del rey judío el viaje de Ofir (¿Arabia meridional? ¿India?) por el largo camino del mar Rojo; también son artesanos fenicios los que, en la misma ciudad de Esion Geber, también en época de Salomón, construyen importantes instalaciones metalúrgicas para el trabajo del cobre y el hierro, las mejor diseñadas, con mucho, según W. E. Albright, de todo lo que conocemos en el mundo antiguo. Tiempos felices, en suma, para el Estado judío. Nadie hubiera podido prever entonces las desgracias que se avecinaban, ni el fabuloso papel que el futuro reservaba al mensaje espiritual de Israel, que madura lentamente, en medio de las inclemencias de la historia.

Aunque su territorio, limitado por los hebreos y los filisteos al sur, por los neohititas al norte, sólo representa una parte de la antigua tierra de Canaán, Fenicia[40] es la primera que recupera en Oriente Próximo una cierta prosperidad. Es como un «sector protegido», como Holanda en la recesión general del siglo XVII d. C. Se dan no obstante algunas mutaciones difíciles de distinguir: la antigua supremacía de Biblos desaparece en beneficio de Sidón primero, y después de Tiro que, a partir del año mil, más o menos, se convierte en la ciudad dominante. Las costas fenicias vuelven a la vida gracias a la prodigalidad del mar. El Estado judío, por el contrario, construye su prosperidad sobre una encrucijada de rutas terrestres, entre el Eufrates, el Mediterráneo y el mar Rojo, situación

[40] Es más exacto hablar de ciudades fenicias (P R.)

propicia en tiempos de paz, pero peligrosa cuando empiezan las guerras. Y las guerras pronto serán endémicas en Oriente Próximo.

En esta guerra insistente, terrorífica, la minúscula Asiría pronto será el factor esencial. En un principio, se trata apenas de un «pequeño triángulo», un escaso trozo de tierra, desprotegido además, el valle alto del Tigris, entre Mesopotamia al sur, con sus regadíos y sus ciudades, la dura montaña al norte, el desierto al oeste con sus saqueadores árameos. Asiría es una casa abierta a todos los vientos. Vive bajo el signo de la inseguridad y del miedo. Sólo estará tranquila amenazando a los demás, aterrorizándolos a su vez. Sin querer tomar su defensa, es cierto que la crueldad respondió a las crueldades de sus vecinos, sobre todo los árameos. Para ser, está condenada a exterminar a los vencidos, a cargarlos de tributos, a deportar a poblaciones enteras, a poblar con ellas su propia casa donde, con la fuerza que da el número, se convertirán un día en un peligro permanente. Los frisos de los palacios de Nínive relatan con elocuencia estas historias lúgubres.

Asiría se enriquece además con este juego; se cubre de palacios gigantescos. La guerra se ha convertido para ella en una industria, una forma de procurarse las riquezas que antiguamente aportaba el gran comercio a las ciudades babilónicas. Desde finales del siglo X hasta finales del VII, los asirios viven del botín, de los tributos expoliados a Urartu, Damasco, Tiro, Sidón, al reino de Judá, a Israel... Incluso se atreven a un sacrilegio, destruir Babilonia, abolir el culto de Marduk, saquear sus templos. Luego le tocó a Egipto. En 671, ocupan el Bajo Egipto, unos años más tarde, saquean Tebas de forma abominable. Cuando Asurbanipal, gran príncipe además letrado, muere en el 630 en su palacio suntuoso de Nínive (de jardines tan magníficos como su biblioteca), el imperio está en su apogeo. Y sin embargo, unos años más tarde, sucumbe ante el empuje de los pueblos sometidos o enemigos. En el 612, los babilonios y los medos, coaligados, toman Nínive para gran satisfacción de todos los pueblos de Oriente. Las ciudades asirías son destruidas a su vez y los supervivientes se convierten en prisioneros. Ellos construirán, para los reyes de Persia, los palacios en los que todo evoca la difunta Asiría.

A pesar del valor del ejército asirio, siempre dispuesto, al mando de sus reyes sacerdotes y sus señores guerreros, para lanzar la guerra santa contra todos sus vecinos a un tiempo; a pesar de la eficacia de sus tropas tan duramente dirigidas, de sus carros ligeros y protegidos, de sus poderosas máquinas de asedio, de sus jinetes armados con picas y flechas, Asiría no habría vivido estos días de gloria sangrienta si Egipto y Babilonia no hubieran pasado, poco a poco, al rango de potencias secundarias, simples fragmentos del mosaico «balcánico» en que se ha convertido Oriente Próximo. Babilonia es como la Constantinopla del siglo XV (d. C), única carne viva de un imperio bizantino que ha llegado al punto definitivo de su decadencia. En la antigua Mesopotamia todo se deteriora y se pudre, incluso el admirable sistema de acequias que, a fuerza de tanto uso, ha provocado el calamitoso rebrote de las eflorescencias salinas. En Egipto, la situación es peor. El futuro, ya lo sabemos, pertenece desde antes del siglo X «a los que utilizan el hierro». Egipto, que lo había recibido (antaño) de los hititas, entra en la edad del hierro sin poseerlo... El país de los faraones sólo será, como recordaba

irónicamente un general asirio al pueblo de Jerusalén, «la caña rota [...] que penetra y traspasa la mano del que se apoya sobre ella» (Isaías, 36, 6). Tebas, saqueada a muerte, nunca se levantará sobre sus ruinas.

Oriente Próximo queda así condenado a vivir en un círculo de alertas y guerras intestinas. Y hay que sumar otra calamidad: la intrusión dramática de los jinetes de las estepas septentrionales.

**La caballería sale de las estepas asiáticas**

Entre el Cáucaso, Ucrania, las mesetas de loess de Podolia y los bosques inmensos de Rusia central, se están desarrollando transformaciones cuyos ecos viajan, hacia el sur, a través de Oriente Próximo. La vida nómada iniciada desde hace siglos está terminando su crecimiento: el caballo montado es el elemento revolucionario. Todo se transforma a partir de ese momento al ritmo de su galope. Hacia el sur, los países civilizados, o los que pronto lo serán de nuevo, están cada vez más abiertos a la aventura de los nómadas.

La tormenta se anuncia, ya lo hemos dicho, con la invasión de los cimerios al expirar el siglo IX. Probablemente se trate de campesinos semisedentarios, seminómadas, que accidentes naturales, o más bien la presión de los jinetes escitas, empujan hacia el sur, fuera de los límites de la Rusia meridional, que hasta entonces había sido su medio natural. Sólo conservarán de su antiguo territorio, durante algún tiempo, la península de Kuban y una parte de Crimea. Al huir sobre sus carros y carretas, cruzan el Cáucaso por el oeste y el centro. Sus perseguidores, equivocando el camino, dice Herodoto, lo cruzan por el este, van a parar a Media y la saquean.

La invasión cimeria se agotó enseguida, en incursiones reiteradas a través de Urartu, Asina, Anatolia, el reino de Frigia (que destruyó), Cilicia. En Lidia, los saqueadores tomaron Sardes, sin poder entrar en la ciudadela; destruyeron varias ciudades griegas en el Egeo y se perdieron finalmente con armas y bagajes entre las poblaciones de Asia.

Los escitas —que introdujeron muy a su pesar— fueron bastante más peligrosos, pues se trata de jinetes, los primeros nómadas «de verdad» que conoció la historia. Su aventura salvaje de unos treinta años (28, dice Herodoto) se parece a las imágenes que están en todas las memorias de los hunos galopando a través de Europa en el siglo V d. C. La diferencia es que los escitas son blancos, son indoeuropeos, mientras que las tropas que siguen a Atila son mayoritariamente de raza amarilla. ¡Poco importa el color de la piel! El fenómeno es el mismo. Las incursiones escitas son incursiones de pillaje, realizadas a toda velocidad y de muy largo alcance, a manos de bandas de jóvenes en busca de aventuras. A veces se mezclan aventureros reclutados fuera de las «tribus reales». Se establece una especie de democratización, habida cuenta además de que el nuevo instrumento de combate —un caballo— está al alcance de cualquiera, mientras que el antiguo carro de guerra había sido exclusivo de los ricos y poderosos. Esta transformación social se suma a la fuerza inaudita de la explosión.

Que los escitas saqueen Media ya supone un importante salto, por encima del Cáucaso y de Armenia, pero llegarán mucho más lejos todavía, a Anatolia y a la propia Asiría. Se lanzan incluso hasta Siria y Palestina. ¡Psamético sólo conseguirá alejarlos de Egipto pagando a sus jefes a precio de oro! Su amenaza permanente no retrocederá hacia el norte hasta las victorias tardías de los medos. Los escitas volverán entonces a su hábitat anterior, las inmensas estepas de la Rusia meridional.

Allí los observará, en su terreno, la curiosidad insaciable de Herodoto. Los contempla con la misma atención fascinada que le había inspirado el extraño Egipto. Describe prolijamente las llanuras inmensas, por las que transitan estos semicivilizados, sus ríos fantásticos, sus inviernos con prodigiosas nevadas que llenan el aire de «plumas» voladoras, los ríos e incluso los mares helados que se cruzan a pie. Todo le sorprende, le emociona, las costumbres, los adivinos, los sacrificios de caballos, las cabelleras o las pieles de enemigos vencidos que los jinetes llevan como trofeo, el ceremonial de los entierros, y más todavía la vida de las tribus bajo las tiendas, en los carros, dependiendo únicamente del pastoreo y bajo el signo de los desplazamientos sin fin.

El historiador de nuestros días busca en vano en estas largas descripciones alguna alusión a lo que constituye, para nosotros, la gloria de los escitas. Herodoto, que habla sin embargo de la abundancia de oro, de las joyas, de los cinturones, de los adornos de las riendas y los arneses, no tiene una palabra para la belleza de un arte que se afirma desde su vuelta a las estepas del sur de Rusia —este extraordinario arte zoológico, bárbaro, fastuoso, que a finales del primer milenio impondrá su estilo a todos los jinetes nómadas, hasta los lejanos confines de China. Es una síntesis feliz y extraña, nacida a un tiempo de las estepas boscosas del norte, de la cultura de Karasuk, cerca de China, de influencias caucásicas, anatólicas, asirias, iraníes, recogidas a lo largo de sus incursiones y estancias en Oriente Próximo. Pronto habrá que añadir una influencia griega, insinuante, cada vez más evidente cuando, rechazados por los medos, los escitas vuelvan a las regiones que rodean el Ponto. Temas escitas y figuras mitológicas griegas —Pegaso, las Gorgonas— cohabitan en los adornos de oro de las tumbas de Crimea, por ejemplo. Los escitas estaban en contacto directo con los griegos. Atenas reclutará entre ellos a sus pintorescos agentes de policía, los arqueros escitas que, en los días de asamblea, arrastraban hacia la Pnix a los ciudadanos rezagados.

Finalmente, todo volvió a su cauce. Sería un error sin embargo subestimar estas intrusiones de pueblos de la estepa —o las que caerán más tarde sobre Europa y Asia— simplemente porque se esfuman con relativa rapidez en contacto con el mundo civilizado. Estos brotes belicosos tuvieron algo más que un valor marginal.

En primer lugar, penetran profundamente en las regiones de Oriente Próximo, que están demasiado cerca unas de otras para que un golpe recibido por una de ellas no se propague a lo lejos, de Anatolia hasta el Nilo. El equilibrio de Oriente Próximo juega en favor de los intrusos: los cimerios contarán con el apoyo de Egipto, los escitas, en palabras de Herodoto, podrían ser aliados bastante fieles de los implacables asirios, hasta el punto de que les hicieron cargar con

algunos de sus pillajes. Los nómadas aceleraron las posibilidades guerreras de los actores existentes, de modo que Oriente Próximo se va encerrando cada vez más en esta espiral sin salida.

Los escitas sometieron además a los medos y estos últimos vivieron durante años bajo su férula, aprendiendo en su escuela. Podemos ver perfectamente la caballería meda, cuyo continuador será la gran caballería persa, como un derivado en cierta forma de la caballería revolucionaria de los nómadas. Sin esta caballería excepcional no habría habido imperio persa, ni unificación de Oriente Próximo, ni *pax persica*. Quizá ni siquiera habría habido tentación para Alejandro Magno. Mientras Oriente Próximo se ocupaba en disputas sin fin, durante la larga y monótona tragedia de los siglos «asirios», había estado, por así decirlo, ausente del resto del mundo, mientras la gran historia se desarrollaba a través del lejano Occidente del mar Interior. Una vez terminada la conquista persa, a finales del siglo VI, se da tal acumulación de poder en Oriente que el mundo mediterráneo se inclina bruscamente de nuevo hacia él. Este movimiento de báscula inclinará el destino griego hacia el este —¡con gran pesar del autor de este libro!

**Occidente ha dejado de ser absolutamente bárbaro**

Occidente no es una creación *ex nihilo* de unos colonizadores llegados de Oriente. Durante los milenios y siglos que preceden el encuentro, ya se han realizado prodigiosas transformaciones. Occidente se ha convertido en una gran fuerza de historia, un obrero del destino mismo del Mediterráneo.

Occidente, es una palabra vaga. Con ella nos referimos a Europa central, desde los Alpes al Báltico y al mar del Norte, Italia peninsular (mucho más que las islas que la rodean), lo que será la Galia, la península Ibérica y África del Norte en su sentido más limitado, del golfo de Gabes al océano Atlántico.

Esta África del Norte pronto adquirirá una condición extraña: occidental por la geografía, pronto oriental por su cultura. Los amplios movimientos de población que agitan Occidente durante el primer milenio, aunque implican ampliamente al Mediterráneo, de Asia Menor a Iberia, no llegan hasta el «Magreb». Cruzan los grandes ríos, el Danubio o el Rin, las montañas, los Balcanes, los Alpes, los Pirineos, pero se detienen ante el «río Océano» de Gibraltar. ¿Será porque los fenicios están presentes desde muy pronto —si no con factorías, al menos con ocasión de citas comerciales— desde la bahía de Cádiz a la actual Túnez? En cualquier caso, en el punto más alto de su desarrollo colonial, los fenicios se encontrarán solos frente a un amplio país africano, poco poblado, primitivo, por el que pululan los animales salvajes, en una posición de monopolio de la que se aprovecharán. Estos pueblos mal sedentarizados, mal situados en la vía del progreso, son demasiado fáciles de engañar. Cartago se aprovechará también, durante mucho tiempo, de estos indígenas que le rodean y de los que, no

menos atrasados, cruzando el Sahara, traen el polvo de oro, hasta el actual Río de Oro[41], en el Atlántico, o hasta las orillas del Túnez meridional.

Estos tráficos suponen una civilización victoriosa de la inmensidad sahariana, pero desde el Neolítico, tenemos las pruebas de ello: la difusión, con ejemplo, de algunos útiles líticos muy particulares, cuyo mapa de distribución coincide de forma muy significativa con el de pinturas rupestres de carros uncidos a caballos, estos últimos propagados con seguridad por los mercenarios libios que servirán en el ejército egipcio del Imperio Nuevo, en el siglo XVI (en el momento en que Egipto acababa de adoptar el carro tirado por caballos de los hicsos). Así pues, existen vías que van desde Egipto hasta Marruecos, al oeste, hasta Níger, al sur. En algunos puntos de estos recorridos, el civilizado puede obtener a buen precio el metal amarillo mediante el ventajoso comercio mudo, del que Herodoto nos dio una imagen excelente.

Dejando de lado África del Norte, Occidente es ante todo Europa central y oriental, la Europa que a Emmanuel de Martonne le gustaba definir como un embudo cuyo ancho disminuye a medida que vamos hacia el oeste: el pequeño «cabo asiático», inmenso a la altura del «istmo» ruso, se hace más pequeño en el «istmo alemán» y más todavía en el «istmo» francés. De este a oeste, la estepa siempre ha expulsado sus excedentes demográficos, campesinos en busca de tierras, hombres que huyen de otros hombres, pastores con sus familias y rebaños. Hacia el sur, el embudo está bastante agujereado, mucho en la península de los Balcanes, pero con pasos estrechos que conducen a esos universos semicerrados que son Italia más allá de los Alpes e Iberia cruzando los Pirineos.

Tenemos pues, para los pueblos que se dirigen hacia Occidente, una serie de obstáculos: la estrechez acentuada de la península que es Europa, las barreras montañosas y fluviales, los densos bosques, sin hablar de las poblaciones campesinas que ya se encuentran allí. Sin embargo, los tránsitos de este a oeste, siguiendo el eje Cáucaso-Atlántico, se aceleran con la invención de medios revolucionarios de transporte (la carreta, el carro de tracción animal, el caballo montado). Así encontramos esta serie de invasiones que dudaron, a lo largo de los siglos, entre Oriente Próximo y Occidente, para terminar siempre su carrera en el Mediterráneo.

Siempre se ha tratado de movimientos discontinuos, que rehacen en cada escala nuevas bases de partida. Funcionaron como etapa la Bactriana (Turquestán), los llanos del mar Negro (del Ponto Euxino), la región del Cáucaso, Tracia, la llanura húngara, las costas de Iliria. Hacia Occidente, en el primer milenio, hará las veces de reserva una prodigiosa Europa central, todavía sin civilizar, con bosques inmensos, ríos errabundos, como la Siberia forestal de nuestros días. En ella se instalaron gran número de agricultores desde el Neolítico, en las tierras de loess, fáciles de remover, desprovistas de árboles. Estos depósitos limosos que se alinean siguiendo el antiguo frente de los glaciares, forman una cadena continua, desde Rusia hasta Île de France. También se abren claros en el bosque con hacha de piedra o metal y mediante incendios. La agricultura neolítica instala así sus aldeas, sus plantas, sus animales domésticos, el arado y las yuntas

[41] Actualmente, el Sahara Occidental. (N. delaT.)

de bueyes. Además, la abundancia de minerales favorece una metalurgia precoz, que ya existe cuando los herreros itinerantes de Oriente, los «portadores de torques» llegan a Europa central, por el Adriático y los Balcanes, a principios del II milenio. ¿No se daban todas las condiciones para que los metales —cobre, plomo, oro, pronto el hierro— transformaran vigorosamente esta Europa? La mano de obra es experta, el mineral abundante, los bosques aportan el combustible necesario.

Por todas estas razones, los hombres se acumulan entre el Rin, el Danubio, el Báltico y el mar del Norte. La historia de Occidente no viene toda de aquí, pero se construye a partir de esta reserva de hombres, siempre dispuesta a echarse a andar, como una marmita en permanente amenaza de explosión, y que al parecer explota dos o tres veces. La imagen no es absurda, siempre que se corrija en ella todo lo que tiene de repentino, de súbito. Las invasiones indoeuropeas tardaron siglos en realizarse. Su historia se ha vivido a menudo a cámara lenta.

**Indoeuropeos e invasiones celtas**

Al finalizar la edad del Bronce (siglo XII) ocurre un hecho fundamental en esta protohistoria de la Europa central: la llegada de nuevos pueblos indoeuropeos, varios sin duda y bastante diversos, pero que tendrán tiempo de mezclarse, de intercambiar sus bienes, incluso sus formas de hablar, y que poseen todos ellos desde un principio la característica que los marca para los arqueólogos: se trata de pueblos incineradores. No es cosa absolutamente nueva —ya hubo en Europa incineradores— pero la novedad es la amplitud y el valor de ruptura con las civilizaciones anteriores. Se han localizado por todas partes «campos de urnas», amplios cementerios de «tumbas planas» en las que se entierran, unas junto a otras, las urnas que contienen las cenizas de los muertos.

Ante esta oleada, los inhumadores resisten, retroceden, ceden terreno en inmensas zonas. Desde Europa central, los pueblos de los campos de urnas llegan a Italia —podría tratarse de los umbros y los villanovienses; hacen retroceder a los ligures (para dar este nombre obsoleto a invasores más antiguos todavía, quizá preindoeuropeos); ocupan el este de Francia, llegan al valle del Ródano, cruzan los Pirineos, hasta Cataluña y la zona de Valencia. Hacia el norte, ocupan una franja de las islas Británicas. Todos estos recién llegados incineradores son, sin duda, indoeuropeos, mezclados con los campesinos neolíticos que se van encontrando. Estas mezclas preparan la decadencia final de la incineración.

Toda esta era europea, cuya agitación y turbulencia se adivina, sigue siendo la del Bronce, pero con el siglo IX, aparece el hierro, que precipitará el curso de los acontecimientos. Veamos qué quiere decir precipitar. La primera edad del Hierro corresponde a la civilización llamada de Halstatt (nombre de una estación, quizá mal elegida, del Tirol), pero el hierro se contenta con aparecer por allí sin desempeñar ningún papel. Su uso no se generalizará hasta pasado el siglo VI, con la segunda edad del Hierro, la civilización llamada de La Téne (nombre de una estación al norte de Neuchátel) que durará hasta la conquista romana. Es

precisamente en la edad de La Téne cuando explota realmente la marmita, con el despliegue tumultuoso de las invasiones celtas.

Los dos mapas anexos de la expansión de los pueblos de los campos de urnas y de los brotes célticos simplifican demasiado el problema, prejuzgan soluciones que no están probadas, pero evocan con acierto y claridad, y es lo esencial, dos enormes brotes sanguíneos que se superponen, o mejor, se completan. Europa, de Bohemia a la Galia, se convierte en un poderoso corazón cuyas pulsaciones viajan a lo lejos hasta los países mediterráneos, tan diferentes de las tierras nórdicas por su naturaleza —el sol, la vid— y por su historia. Se establece un diálogo decisivo.

Sin duda no hubo que esperar a la edad de La Téne, ni siquiera a la anterior de Halstatt, para que se intercambiaran las primeras palabras. En el momento en que los aqueos abordan la península balcánica, a principios del segundo milenio, la poderosa máquina de fabricar y proyectar a los hombres ya estaba en marcha. Sin embargo, en el primer milenio todo se dramatiza. Las civilizaciones del Mediterráneo descubren la potencia biológica de vecinos turbulentos, inquietantes. Con diferentes nombres —celtas, galos, gálatas— describirán a hombres extraños, valerosos, bastante fanfarrones, altos, rubios, de ojos azules. Son oleadas de hombres, porque ya no los vemos llegar, como antes Henri Hubert, «en paquetitos, que se deslizan unos junto a otros, a través de los amplios espacios continentales». «Las invasiones preceltas y celtas —escribe André Varagnac— se realizaron mediante desplazamientos de poblaciones enteras, como en la imagen que nos dejó César en su descripción de la migración de los helvecios, al principio de la guerra de las Galias.»

Su peso humano es lo que da valor a las invasiones celtas. Estas poblaciones seguían siendo turbulentas en su punto de destino, por lo que hubo que calmarlas, dominarlas por la fuerza. En todos nuestros libros de historia se los presenta como tristes vencidos. Sin embargo, sus numerosos campesinos, sus dotados artesanos echan raíces y se quedan. No estamos seguros de que se pueda hablar de la inmensa derrota de los celtas que tras «civilizar Europa, como los griegos civilizaron el Mediterráneo», supuestamente fueron barridos por Roma. ¿Qué significan las palabras victoria o derrota, aplicadas a masas vivas que se instalan, perduran y todavía son reconocibles en nuestros días? Una civilización tensa sólo puede vivir con una entrada continua de hombres. Estos determinismos biológicos funcionaron para Mesopotamia, para Egipto, y también para Roma; dan un sentido profundo a los estruendos de las «invasiones».

Sin embargo, los celtas, aunque tienen una civilización material de alto nivel, siguen en una fase social poco evolucionada. En tiempos de Halstatt, los reinos habían permitido la concentración de las riquezas en amplias casas fortificadas, como en una civilización palatina. La Téne se marca por una «democratización», o más exactamente, con la llegada de repúblicas aristocráticas turbulentas. El mundo celta es la yuxtaposición de tribus poderosas en el que las ciudades no se desarrollan demasiado bien. Polibio, que describe a los boios de Cisalpina, los muestra diseminados por el campo, *ateijistoi*, sin ciudades, y cuando éstas existen, sin fortificaciones. ¿No era inevitable que estas células

elementales se acabaran disolviendo en los tejidos nobles, fuertemente urbanizados, del mar Interior?

**En los orígenes de las migraciones celtas**

La historia general debe explicar el origen de las amplias migraciones celtas. Los celtas podrían haber huido de las regiones superpobladas donde, al norte de los Alpes, el clima a partir del año mil era ya más o menos el clima actual. El frío creciente acarreó una concentración del hábitat, expulsando quizá a una parte de los incineradores de la edad de Halstatt. Es más seguro que se tratase de movimientos en cadena procedentes del este. Los cimerios, establecidos en la Rusia meridional en el siglo IX, son los descendientes de los indoeuropeos seminómadas que se habían instalado allí hacia el segundo milenio, expulsando a los campesinos de la cultura de Tripolje. Luego los jinetes escitas, al llegar a los Cárpatos en el siglo IX, empujan a los cimerios «lo que corresponde curiosamente a los inicios de la primera civilización del hierro», es decir, de la civilización de Halstatt. Unos siglos más tarde, los escitas vuelven en masa a «Escitia», en la estepa del Ponto. Esta vuelta se sitúa a comienzos del siglo VI: es la época de La Téne, de las expediciones germánicas y de la llegada de los celtas a la Galia, con sus carros de guerra: los jefes galos en Champaña se hacen enterrar con sus carros, como sus lejanos homólogos de Armenia. Esta arma, pronto anticuada, se perpetuará lo suficiente para que Julio César tenga la sorpresa de encontrarse en Inglaterra con carros de combate.

Conclusión: las oleadas sucesivas de indoeuropeos, estas explosiones de hombres que llamamos invasiones, se producen, las primeras, hacia el año 2000, a la altura del mar Negro, entre el Cáucaso y Hungría; las segundas entre el 1500 y el 1000 desde Hungría y Bohemia; las últimas, las aventuras celtas, a partir del 600, desde el otro lado del Rin y la Galia. El centro de explosión se va desplazando lentamente de este a oeste, pero ¿no es una sola y misma historia?[42].

**La metalurgia del hierro**

Hemos podido trazar un cuadro de estos siglos oscuros (siglos XII-VIII) sin hablar demasiado de la metalurgia del hierro. Originaria del Cáucaso, o más bien de Cilicia, la carburación del hierro (la fabricación de un hierro endurecido, acerado por la incorporación de carbono) fue en realidad, durante mucho tiempo, monopolio del imperio hitita. Si los Pueblos del Mar, sobre todo los filisteos, tuvieron armas y útiles de hierro, quizá se deba a sus contactos con los hititas o con Cilicia. Puede ser, como se ha dicho a menudo, que el hundimiento del imperio hitita haya favorecido la dispersión por todo el mundo de los herreros y

---

[42] Sobre estos «movimientos», véase P Bruny y C Mordant (coord), *Le Groupe Rhin-Suisse-France oriéntale et la notion des Champs d'Urnes*, Nemours, 1988. (P. R.)

sus procedimientos misteriosos, considerados a menudo diabólicos. ¿No han tenido todos los pueblos sus dioses herreros, personajes bastante sombríos? El hierro implicaba procedimientos inéditos cuya divulgación y dispersión fueron naturalmente muy lentas. El tránsito desde una estructura antigua, la edad del Bronce, a la estructura nueva, la del Hierro, será interminable.

En Mesopotamia, donde las cosas suelen ir más deprisa que en otros lugares, la caída del precio del hierro, prueba de la extensión de su uso, no se produce hasta el siglo X; ¡en Egipto, la utilización más amplia del nuevo metal no se sitúa antes del 600, o más! Europa central, rica en minas, es durante mucho tiempo ambivalente: hasta el siglo VI, el bronce mantiene sus prerrogativas para la fabricación de armas y útiles.

Esta penetración a trompicones de la «revolución del hierro» obedece a la regla de aquellos tiempos, que excluye cualquier exceso de velocidad. Además, ¿de qué estamos hablando? De un metal que sustituye a un metal. Almagro Basch (1960) no se equivoca del todo cuando afirma que «el hierro no representó, en la evolución de la civilización, la transformación profunda que había supuesto la metalurgia del cobre y sus aleaciones». La lentitud del éxito del hierro permite ser escépticos sobre un materialismo explicativo que parece sin embargo verosímil a primera vista. No, el hierro no democratiza inmediatamente la guerra; no, las armas de hierro no aparecen de la noche a la mañana. Hay un detalle decisivo que se retrasa: por ejemplo, el importante invento de la soldadura. Según la leyenda, se inventó en Cos, en el Egeo. La primera pieza soldada que conocemos es un reposacabezas de hierro encontrado en la tumba de Tutankamón, que data de 1350 aproximadamente. El procedimiento será insólito durante mucho tiempo, hasta el punto de que un trébede de hierro soldado se conservará hasta la época romana entre los tesoros de Delfos, como un objeto raro. ¡No olvidemos que en el siglo VIII, en tiempos de Homero, Aquiles ofrece una bola de hierro como premio en los juegos funerarios de Patroclo!

El hierro tampoco transformó inmediatamente las herramientas. Es evidente que después desempeñó un papel importante en la mejora de los rendimientos agrícolas, pero ¿a partir de qué época? Presentarlo, con los ojos cerrados, como la causa de la caída de los precios del trigo en Asiría, entre los siglos VIII y VII, quizá sea un tanto arriesgado. ¡El precio del trigo depende de tantos factores, de la seguridad, de las posibilidades de importación, de las estaciones!... Rhys Carpenter diría sin duda: ¡el siglo VIII es la vuelta de los tiempos lluviosos!

**La escritura alfabética**

El alfabeto es también una revolución de estos siglos sin brillo. Todo Oriente Próximo, en tiempos del Bronce, había conocido la escritura, los jeroglíficos en Egipto, el cuneiforme en toda Asia anterior, el lineal A y el lineal B en Creta, sólo el lineal B en la Grecia minoica. Son escrituras ya simplificadas, pero difíciles de manejar, que exigían hombres especializados. Los escribas eran

una casta de letrados, decididos a defender las prerrogativas y el orgullo de su oficio, a mantener su secreto, incluso sus dificultades. Sólo sorprende a medias que este lujo tan pesado desaparezca bruscamente en lo que será Grecia tras el fin de Micenas. Una técnica más sencilla se hubiera implantado más fácilmente entre los bárbaros indoeuropeos.

Esta técnica sencilla, revolucionaria, maravillosa, se elabora al final del segundo milenio y sale a la luz, a nuestros ojos, con el alfabeto lineal llamado fenicio. Los veintidós signos de este alfabeto corresponden únicamente a consonantes que son, como sabemos, la arquitectura esencial de las lenguas semíticas. Cuando los griegos copien el alfabeto fenicio, en el siglo VIII, les faltarán los signos correspondientes a las vocales para anotar su idioma de forma inteligible. Darán pues valor de vocales a algunas consonantes semíticas que no conoce el idioma griego. Así el alfabeto estará completo: consonantes y vocales. Pero éste es el final de una larga historia.

En Siria, *lato sensu*, y especialmente en Ugarit y Biblos, se elaboró con mucha anticipación la revolución simplificadora. En estas dos ciudades tan activas, todos los negocios, todos los idiomas, todos los pueblos se encuentran a lo largo del segundo milenio. Un mercader que no dispone del costoso estilo de los escribas necesita un método rápido de transcripción para sus contratos, sus facturas, sus cuentas, sus cartas. La escritura complicada, creación pomposa de los Estados, deja paso a la escritura rápida, creación lógica de los mercaderes. El más antiguo de estos intentos —el ugarítico de los documentos de Ram Shamra—, utiliza los signos *cuneiformes* para su alfabeto de treinta letras. Encontramos este abecedario (el más antiguo que se conoce) inscrito en una tablilla del siglo XIV.

El alfabeto lineal se desarrolla al mismo tiempo en las regiones cananeas, entre los siglos XV y X. Algunos creen poderle asignar como origen una escritura que utilizaban, en el segundo milenio, los obreros semitas de las minas egipcias de turquesa, en la península del Sinaí —escritura semijeroglífica, semialfabética, en el sentido que recurre al principio de la acrofonía: utilizar un signo silábico de tipo consonante más vocal con un único valor consonantico. Este signo se convierte entonces en una auténtica letra alfabética. La idea es la misma que vale para deletrear un nombre en una llamada telefónica: señor Durand, D de Dinamarca, U de Úrsula, etc. Los semitas procedieron de esta forma para elegir y dar nombre a sus letras alfabéticas: el signo *Beth*, que significaba casa, se convierte en la letra B del alfabeto (¡B de Beth!), dando a continuación la letra griega *Beta*.

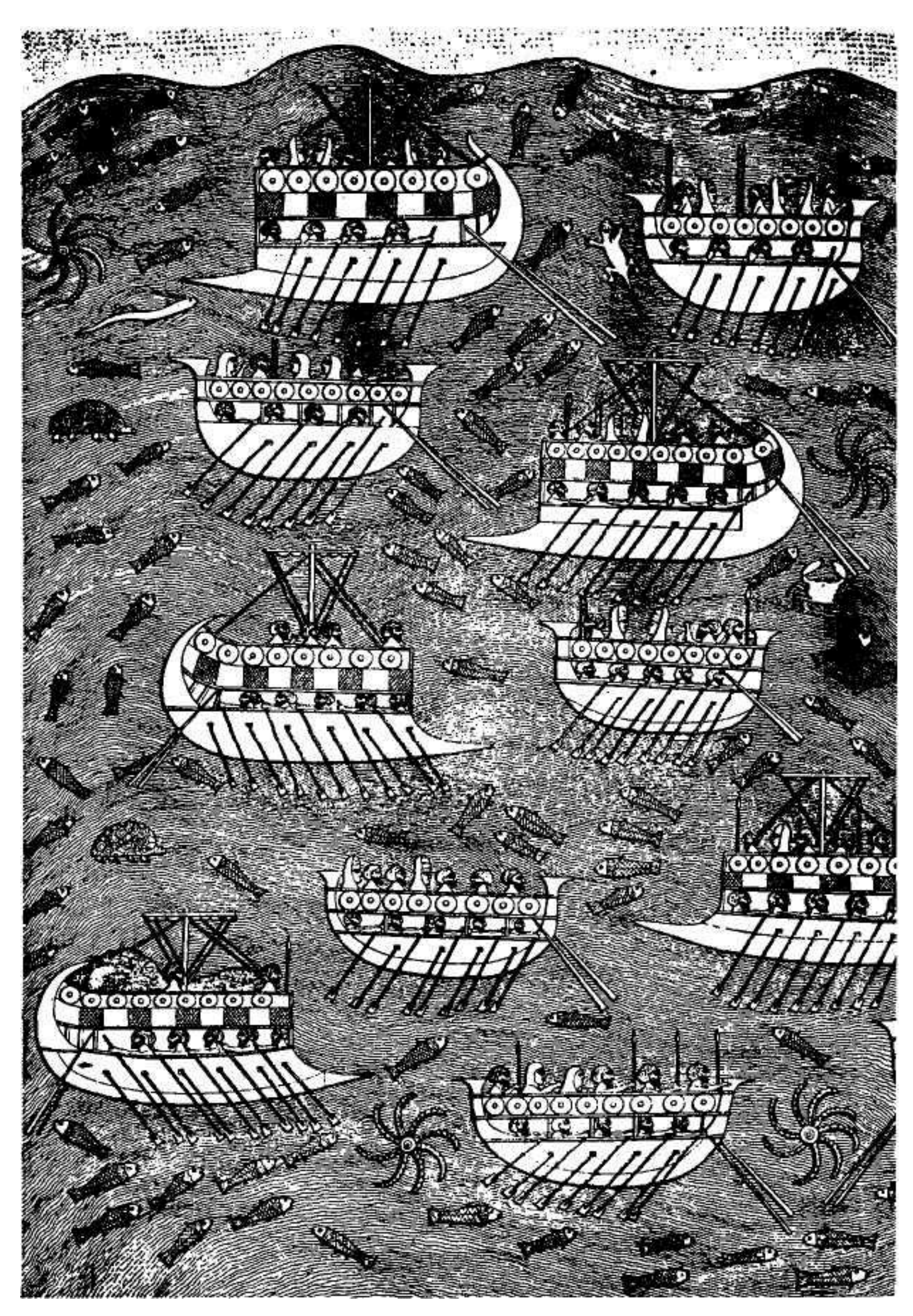
Esta elaboración tan lenta desemboca en la escritura fenicia que triunfa en el segundo milenio: sencilla, se traza con rapidez con un pincel sobre un rollo de cuero, de pergamino o de papiro; con una punta sobre una tablilla de plomo o sobre la película de cera que cubre la tablilla de madera —como una pizarra fácil de borrar y de volver a cubrir de cera. El ejemplo más antiguo que conocemos es la inscripción grabada, sin duda en el siglo X, sobre el sarcófago (que sí es anterior) del rey Ahiram, rey de Biblos. Las inscripciones hebreas del siglo X reproducen fielmente esta escritura. En cuanto a los griegos, quizá sea en Al-Mina, antigua ciudad fundada en la desembocadura del Orantes por los griegos de Eubea, que pasó a ser fenicia, donde aprendieron el uso del alfabeto, a principios del siglo VIII. En ese mismo momento, los frigios, muy cercanos, adoptan por su

parte un alfabeto derivado del fenicio. Es lo que nos muestra la inscripción de Gordio.

Desde finales del siglo VIII, una copa griega encontrada en Fitecusas, en la isla de Ischia, cerca de Nápoles, lleva una inscripción en verso, y los etruscos acabarán adoptando el alfabeto calcidico (de Calas, capital de Eubea). Es posible por lo tanto que Cumas, colonia de Eubea, haya desempeñado el papel de profesor de Italia en la materia. No obstante, como nada es sencillo en estas transmisiones lentas, se ha descubierto una tablilla de marfil con veintiséis caracteres alfabéticos fenicios en Marsiliana d'Albegna, en una rica tumba etrusca que data aproximadamente del 700. Se asemeja mucho a las tablillas fenicias de este tipo encontradas en Nemrod, en Asiría, y entre los objetos que la acompañaban se encontraban una píxide y un peine, enviados por un mercader de Tiro. Podemos tomarlo como una invitación para utilizar un código alfabético para una correspondencia comercial; es una prueba en todo caso de que se propuso el alfabeto fenicio a los etruscos, además de su adaptación griega.

En ningún sitio se difundió el alfabeto de forma sencilla y rápida. No más deprisa que la metalurgia del hierro o la del bronce. Apenas más deprisa que la agricultura. O que los lentos avances de la moneda o de la economía monetaria. Y sin embargo, ¿quién se atreverá a negar al primer alfabeto el nombre de «revolución»?

# Segunda parte



Barcos de guerra con espolón y barcos redondos de transporte en fenicia

Dibujo tomado de un bajorrelieve del palacio de Senaquerib (704-681), en Nínive (cfr. pág. 104).

Pasados los siglos especialmente oscuros que van del 1100 al 700, la vida del Mediterráneo, ya a la luz de la historia, se simplifica a nuestros ojos. Se organiza, básicamente, alrededor de tres espectáculos, aunque es verdad que considerables:

— la colonización del Mediterráneo occidental por parte de los orientales (fenicios, etruscos, griegos) que crea la primera unidad dinámica del mar Interior;

— el desarrollo de la civilización griega que, tras haber vivido del mar, se perderá en la monstruosa conquista de Oriente contra los persas Aqueménidas;

— finalmente, el destino de Roma, cuyo triunfo será convertirse exactamente en el Mediterráneo.

Estos espectáculos conocidos, clásicos, especialmente difíciles quizá de situar (¡hay tantos hechos catalogados, se han adelantado tantas tesis!), los observaremos desde el particular punto de vista del mar. Básicamente, se trata de tres movimientos: el Mediterráneo se amplía hacia el oeste con la colonización de los mares de Poniente; luego la balanza se inclina de nuevo hacia el este con las victorias insensatas de Alejandro Magno; en fin, tiende al equilibrio con Roma. Ahora bien, controlar así, de este a oeste, la totalidad del mundo mediterráneo, era una ardua tarea de siglos y Roma no la podrá realizar eternamente.

Este sencillo punto de vista no nos evitará otras dificultades. Por estar perdida a milenios de nosotros, la historia de la Antigüedad no deja de despertar vivas pasiones. En los capítulos anteriores ya hemos conocido a los partidarios de Mesopotamia y a los de Egipto, los enamorados de Creta y los de Grecia, los apasionados por Oriente y los adalides de Occidente. A mí me gustaría no defender hasta la injusticia a los etruscos, sin tener que sacrificar a los griegos; ni tener que abogar contra los fenicios como tantos historiadores ilustres, ni siquiera reprochar a los cartagineses los sacrificios de niños que ofrecieron a sus dioses; ni estar siempre deslumbrado por los griegos —¡difícil!—; ni verme tentado de asumir la acusación hegeliana contra los romanos de haber sido la prosa de la historia, como si la prosa no tuviera también su belleza; no ir ni en un sentido ni en otro, tratar de ver la izquierda y la derecha. ¿Es posible hacerlo siempre?, ¿es deseable? Estas pasiones contradictorias son la llama con la que se alimenta la historia, la que nos han contado y la que tratamos de asimilar a nuestra vez. ¿Cómo no sufrir o entusiasmarnos por el camino, aunque sea un pecado contra las reglas sacrosantas de la imparcialidad?

## *Capítulo VI. Las colonizaciones o el descubrimiento de una América. Siglos X al VI*

Colonización, ambigua palabra. Largar el ancla en algún abrigo de la costa, cerrar un negocio y salir a toda vela, es una cosa; implantarse de forma permanente es otra. Reservaremos el nombre de colonización a esta segunda operación, que generalmente sigue a distancia a la primera.

Más o menos, del siglo X al VI, si dejamos de lado la ocupación del Ponto Euxino (ante todo, por los griegos de Jonia), la colonización afecta sobre todo al Mediterráneo central y occidental. Fenicios, etruscos, griegos se disputan este *Far West* difícil de alcanzar, y mucho más de controlar. Todos son portadores de una civilización superior importada de Oriente. No obstante, hay que considerar aparte el caso de los etruscos, pues se ignora el origen y la trayectoria cronológica o geográfica de sus relaciones con Oriente.

Para los fenicios y los griegos no hay ninguna ambigüedad: llegados, los primeros de las costas de Levante, los segundos del Egeo y de una ciudad marítima de Grecia central, Corinto[43], se basan en una civilización evolucionada, de acuerdo con la regla habitual de las colonizaciones, según la cual los débiles atraen las furias y las lecciones de los fuertes. La fuerza, en este caso, es la civilización, la promiscuidad urbana, las técnicas de vela, el arte de la fragua, el hábito de intercambiar, la potencia de los mercados. Venir de Oriente Próximo es como mucho más tarde —tras los grandes descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI después de Cristo— venir de la Europa todopoderosa. Los colonizadores antiguos, en las tierras lejanas donde instalan sus factorías, y después sus ciudades, no tropiezan con civilizaciones avanzadas comparables a las de los aztecas, los mayas, los incas o el Gran Mongol.

Como la Europa moderna, el Oriente antiguo, al mismo tiempo que su superioridad, implanta a lo lejos sus divergencias internas, sus conflictos de intereses, sus odios sempiternos. Estas tierras benditas en las que el colono o el

[43] Corinto no es la única ciudad en este caso Otras ciudades fundaron colonias Calas, Megara, Esparta, Colofón, Paros, Mileto, Focea, como dice el propio autor, cfr págs 241-242 (P. R)

mercader se imponen sin demasiados esfuerzos, en las que las ciudades crecen a voluntad, acaban repartidas entre amos rivales. La guerra se instala tras ellos.

## 1. Los fenicios llegan probablemente los primeros

Si tuviera que apostar, en estos campos de erudición muy imperfecta, como quien apuesta en las carreras sobre el orden de llegada de los caballos —en este caso, barcos ganadores—, jugaría en este orden: fenicios, etruscos, griegos. Hablar de apuesta basta para señalar la ausencia de pruebas. Además, la discusión se limita a los viajes precoces, los primeros intercambios a lo largo de la costa. Efectivamente, las implantaciones efectivas, las fundaciones de ciudades son más o menos simultáneas. Empiezan en el siglo VIII, con la reanudación general de las actividades, y quizá coinciden con la difusión del casco con cuadernas, del velero de borda alta, capaz de mejor resistencia en alta mar. Un espacio queda así abierto hacia el oeste del mar, y para todo el mundo.

Hace unos cincuenta años, nuestro favorito no hubiera recogido muchos sufragios. Cualquier manifestación a su favor (del admirable Víctor Bérard o del admirable Eduard Meyer) caía bajo la acusación invalidante de *feniciomanía* o de *herodotomanía*. Había que ser progriego. Aquellos tiempos tan cercanos a nosotros sólo están superados provisionalmente, no de forma definitiva.

### La prioridad fenicia

Para algunos, dos o tres hechos sin importancia descalifican sin más ayuda los alegatos de los «grecómanos» y las reticencias de los arqueólogos, que ayer no encontraban huellas de presencia fenicia tangible en el Mediterráneo oriental antes del siglo VII. Tres pequeños hechos, evidentemente discutibles. En primer lugar, el descubrimiento en el museo de Chipre (1939) de una inscripción dañada, que había pasado inadvertida, que se puede fechar en el siglo IX a. C. Su escritura ha venido a ilustrar a punto la interpretación de una inscripción fenicia insólita, que se encontró hace mucho tiempo (1773) en Cerdeña, cerca de Pula (antiguamente Nora), y actualmente en el museo de Cagliari. R. Dussaud, en 1924, ya había reconocido su carácter arcaico. Ahora bien, según W. E. Albright (1941), la escritura es idéntica a la de la inscripción chipriota, es decir, de la misma época. Desde entonces se han encontrado dos restos de inscripciones similares en Cerdeña, sin duda de la primera mitad del siglo IX.

La primera preocupación de los marinos descubridores no es, desde luego, erigir inscripciones monumentales. El primer paso de los fenicios por Cerdeña *podría* remontarse al siglo X o incluso más, pues es normal imaginar, antes de los establecimientos coloniales, o incluso de las simples factorías estacionales, un

largo periodo de viajes a la aventura, de ensenada en ensenada, en los que el barco es en realidad una factoría ambulante. Desde esta óptica, podríamos volver incluso a las fechas tradicionales, probablemente demasiado remotas, de las «fundaciones» fenicias: Gadir (Cádiz) hacia 1100; Lixus, en Marruecos, antes incluso, si damos crédito a Plinio; Útica un poco después; Cartago, cuyo nombre quiere decir *ciudad nueva*, en 814-813. No obstante, excavaciones realizadas en profundidad en Lixus no han revelado ninguna influencia extranjera antes del siglo VI y en Mogador antes del VII. En España, al parecer, se han descubierto algunos restos del periodo de los primeros viajes, desde el siglo X, gracias al arqueólogo B. Nazar (1957); Pierre Cintas señaló por su parte (1949) indicios muy frágiles del *paso* por la playa de Salammbo, cerca de Cartago, de marinos procedentes de Chipre desde comienzos del segundo milenio.

Es decir, que no existe todavía prueba formal de las hipótesis explicativas de Sabatino Moscati (1966) que se basan sobre todo en el hecho de que, en tiempos del episodio de los Pueblos del Mar, sólo el poder fenicio queda en pie milagrosamente. Tres siglos —XI, X, IX— separan la caída de Micenas del primer movimiento de expansión griega hacia el oeste. «Es natural —piensa nuestro autor— que la expansión fenicia se inserte en este vacío histórico.» Nada impide, efectivamente, *imaginar* que los fenicios, durante el periodo durmiente de la navegación griega, hayan explotado el mar lejano —y vacío— sin dificultades, gracias a simples expediciones marítimas, de las que la historia nos da tantos ejemplos; luego, ante la competencia de los griegos a partir del siglo VIII, tuvieron que ocupar sólidamente los puntos esenciales de una amplia red. Tras una explotación únicamente comercial podría haber empezado la colonización propiamente dicha.

Este esquema hipotético tropieza con muchas explicaciones ya adelantadas en nombre del sentido común. ¿Debemos partir del principio presuntamente lógico de un avance progresivo de los descubrimientos y asentamientos fenicios de este a oeste, por saltos sucesivos a lo largo de África del Norte? En ese caso, Útica y Cartago deberían ser obligatoriamente más antiguas que Gadir y Lixus — lo que nos lleva a una cronología más corta. Nada impide pensar, por el contrario que, estando las rutas libres, los fenicios hayan preferido instalarse antes al oeste, en las fuentes de la plata de España y de los tráficos atlánticos, siendo posterior la necesidad de consolidar sus escalas intermedias. Sería aceptar como verosímil una cronología larga, en la que lo esencial es ante todo saber lo que hay en las primeras y lejanas etapas. Aquí, sólo la arqueología podrá encontrar la respuesta. ¡Esperemos!

**Fenicia arrojada al mar**

Antes de desenrollar este largo hilo, tenemos que volver a la propia Fenicia, a su cuerpo, extremadamente flaco. Entre la montaña y el mar, forma una línea de apenas doce a cincuenta kilómetros de ancho, de Acco, al sur, a Arados, al norte. Es decir, una guirnalda de pequeños puertos, de cortos valles, de colinas,

de pendientes abruptas, de islas costeras insignificantes. Por tierra, las ciudades están mal comunicadas, aunque felizmente está el mar.

Cada uno de estos puertos se reivindica como universo independiente. Al haber elegido asentarse en cabos o islas, fáciles de defender, vuelven la espalda al interior montañoso. Tiro, que actualmente está unida a tierra firme por aluviones, estaba construida sobre una estrecha isla. La ciudad encontraba así lo esencial: una defensa, que sólo doblegará, definitivamente, la potencia formidable de Alejandro; dos puertos, uno natural, al norte, que unía la ciudad a Sidón, otro artificial, al sur, reservado al tráfico con Egipto; finalmente, en el mismo mar, una fuente burbujeante en la que era fácil tomar el agua potable, en medio de la sal del agua marina. El resto, debían traerlo los navegantes. Esta geografía urbana ideal es lo que buscaban los fenicios obstinadamente para sus asentamientos coloniales, situados preferiblemente en promontorios o en islas.

En la costa que domina el Líbano, estas extrañas excrecencias urbanas son una antiquísima herencia cananea. Los que los griegos llamaron *phoinikes*, los rojos (quizá a causa de sus famosas telas púrpura) y que nosotros llamamos después los fenicios, descienden directamente de los semitas cananeos instalados desde hace tiempo en la costa siriopalestina. La Fenicia clásica es un fragmento de Canaán, el que sobrevivió a la tempestad de los Pueblos del Mar.

Todas sus ciudades hunden sus raíces en un pasado remoto. Biblos comerciaba con el Delta del Nilo desde antes del tercer milenio. La influencia predominante de Egipto, a principios del milenio siguiente, era la que ejerce un cliente importante, admirado, plagiado incluso, pero todavía no un amo político. En el siglo XVII, las ciudades cananeas sabrán escapar a los peligrosos hicsos. Ahora bien, *indirectamente*, son los hicsos los que comprometen su libertad. A partir de 1580, el Imperio Nuevo egipcio, al mismo tiempo que expulsa a los invasores del Delta, tiene la necesidad de garantizar su tranquilidad mediante sólidos puntos de apoyo en Asia. Tras la batalla de Meggido (1525), Egipto impone su control a las ciudades cananeas. Es cierto que este control pronto será más nominal que real y aunque el ejército de Ramsés III haya ayudado a salvaguardar los puertos de Canaán, durante la tormenta de los Pueblos del Mar, Egipto sólo podrá mantener su autoridad hasta 1200. Canaán será libre de nuevo. Es la época en la que Sidón ejerce una especie de supremacía sobre las otras ciudades de la costa, hasta el día en que, hacia el año 1000, Tiro la suplanta, Tiro, la orgullosa ciudad cantada por Ezequiel. En el intervalo, Biblos se había convertido en una ciudad de segunda fila, pero en la recesión general de la economía, Fenicia seguirá siendo un «sector protegido».

No obstante, estos cananeos mimados por la suerte sólo disponen de un territorio limitado. Al sur, los filisteos les han ocupado el litoral meridional, sin poder hacerles competencia, porque este pueblo de campesinos y herreros instalará en general sus ciudades tierra adentro. Al norte, los siriohititas y los arameos les impiden el acceso al litoral de Siria septentrional, a la desembocadura decisiva del Orontes. La influencia fenicia no dejará por ello de irradiar en esta zona, en Al-Mina, por ejemplo, y más al norte, en Karatepe, donde se hablaba fenicio. Hacia el este, los hebreos han ocupado el interior de Canaán, pero las ciudades del mar no se preocupan demasiado por estas tierras mediocres,

generalmente en manos de poblaciones pobres y seminómadas. Cuando Salomón ofrece a Hiram, rey de Tiro, a cambio de sus leales servicios, algunas ciudades de Galilea, el rey va a visitarlas y, después de verlas, las rechaza. Prefiere pedirle a Salomón un suministro anual de trigo y de aceite.

Tenemos pues un país minúsculo, independiente, condenado por la montaña cercana, sus vecinos y sus propias costumbres a contentarse con un territorio escaso, casi irreal, algunos campos de trigo, vergeles maravillosamente cuidados, bosques, algunos pastos. Las ciudades demasiado pobladas deben comprar en el extranjero los víveres que les faltan, compensar su desequilibrio.

**Una industria necesaria**

Por necesidad, las ciudades fenicias serán, pues, industriosas. Todas tienen una activa clase de artesanos, de tejedores, de herreros, de orfebres, de constructores de barcos. Estos expertos a veces se alquilan a países extranjeros, como los ingenieros de nuestro siglo industrial.

Las «industrias» fenicias son excelentes en todo. Sus tejidos de lana son famosos. No menos sus tintes, extraídos de una concha, *murex trunadus* o *murex brandaris*, cuyos matices iban del rosa púrpura al violeta. No obstante, esta industria esencial se instalaba lejos de las ciudades, pues había que dejar la carne de los moluscos descomponerse durante mucho tiempo al aire libre, en un pudridero de olores abominables. Montones enormes de conchas de *murex* señalan los numerosos talleres de tintoreros, tanto en territorio fenicio como en las colonias occidentales. Industrioso entre todos, el arte del tejedor producía también alfombras preciosas, de acuerdo con una técnica que sigue siendo la de la tapicería de Gobelinos, y unas telas multicolores de las que Homero habló a menudo. Son los famosos trajes abigarrados que llevan los «asiáticos», pisoteados por Tutankamón victorioso, en un cofre de madera pintada, o los prisioneros de Ramsés III, en las tejas esmaltadas del templo de Medinet Habu.

Los fenicios desarrollan ampliamente otros artes tradicionales pensando en la exportación. En Nemrod (Asiría), en Samaría, en Khorsabad, en Arslan Tash, pero también en Samos, en Grecia, en Etruria, se han encontrado numerosas placas de marfil esculpidas, caladas, incrustadas de oro y piedras coloreadas, que datan en general de los siglos IX al VII. Se cree, desde los trabajos de R. D. Barnett, que la mayor parte de estos marfiles proceden de los talleres fenicios de Hamat, en el Orontes; quizá una parte de centros sirios más al norte; algunas de un arte local asirio, o incluso iraní (Ziwiye), pero inspirado por artesanos fenicios importados de grado o por fuerza[44]. El estilo se deriva directamente del «estilo internacional» de la edad del Bronce, con asociaciones heterogéneas de influencia egipcia, mesopotámica, siria, hitita, asiria...

Misma continuidad de la inspiración en lo que se refiere a las copas de plata o de oro encontradas en Asiria, en Chipre, en Grecia, en Creta o en Italia, en

[44] Actualmente, la multiplicidad de centros de producción está bien argumentada. Cfr. J. Winter, en *Iraq*, 43, 1981, págs. 101-130. (P. R.)

las inagotables tumbas etruscas: fechadas en el siglo VII por el contexto arqueológico, se podrían confundir fácilmente con las del segundo milenio: misma técnica de repujado, mismos motivos heteróclitos tomados de todas las imaginerías de los pueblos de Oriente. Se trata de una especialidad fenicia: Homero siempre habla de las «cráteras de Sidón» cuando se ofrece uno de estos preciosos objetos a Menelao o se entrega como premio en los juegos funerarios que siguen a la muerte de Patroclo.

Existe no obstante una novedad en la producción fenicia: el vidrio, las innumerables perlas barrocas, amuletos, colgantes y elementos de collares, frascos de perfume, pequeños vasos policromos vendidos por millares en todo el Mediterráneo. No se trata de ningún invento técnico fenicio en este caso: la fabricación del vidrio —que en su origen no es más que esmalte de azulejo empleado sin soporte, es decir, *vidrio opaco*— se había desarrollado al mismo tiempo e independientemente en Egipto y en Mesopotamia, desde antes del segundo milenio. Las técnicas eran muy similares, aunque diferían las materias primas y los productos colorantes. El soplado se ignora, y se ignorará hasta los tiempos grecorromanos, el moldeo se utiliza ocasionalmente, o incluso el vaciado de una masa compacta de vidrio. En general, un núcleo de arena arcillosa, compactado en una forma de tejido fino y sujeto a una varilla de cobre, se sumerge en cristal en fusión. Se recubre así con una capa de esmalte. En esta capa todavía blanda se insertan bastoncillos de vidrio coloreado (los encantadores decorados lineales o festoneados de tantos vasos egipcios o fenicios), se alisa, en general haciendo rodar el objeto sobre una tabla, se le fijan asas o adornos. Una vez frío, basta con retirar el núcleo de arena y su envoltura.

Fenicios y chipriotas imitaron los cristales de Egipto, pero a partir del siglo VII, las ciudades fenicias, más tarde púnicas, lo convirtieron en una verdadera industria, desarrollando entre otras cosas el cristal transparente (que apareció tardíamente en Egipto, a partir de Tutankamón).

Por el contrario —y es algo que nos habla de astutos mercaderes— los fenicios no trataron de rivalizar con los egipcios cuando se trataba de una especie de baratija industrial que fabricaban: el azulejo. Se contentaron con revender, junto a sus propias baratijas, los innumerables amuletos (diosas-gatas o cocodrilos, dioses Bes y ojo wadjet) y los escarabeos que Egipto exportaba desde hacía tiempo al Egeo y que encontramos en abundancia en las primeras tumbas de Cartago[45].

También dejaron a Chipre (donde se instalaron desde al menos el siglo X) la especialidad de sus extraordinarias cerámicas pintadas, herencia de Micenas transformada por una poesía oriental de lo fantástico. Al contrario de los etruscos, tampoco imitarán la cerámica de los griegos, pero la venderán por todo el Mediterráneo. Por su parte, permanecen fieles a la alfarería pulida, lisa, de un hermoso rojo aterciopelado, que corresponde a la costa libanesa. Las ciudades israelitas la imitarán en el siglo X: por ejemplo en las elegantes jarras y copas carmesíes llamadas «alfarería de Samaría». La forma fenicia más corriente —la jarra piriforme que encontramos tanto en Cartago como en Fenicia— se copia en

---

[45] Como en todos los asentamientos fenicios de Occidente. (P. R.)

otros materiales: vidrio, bronce, plata, incluso marfil. Sin embargo, los fenicios nunca incorporarán el arte de la alfarería pintada.

**Exigencias marítimas y mercantiles**

La industria no sería nada sin la actividad mercantil. Los puertos fenicios, abarrotados de barcos, están condenados a grandes intercambios, desde el mar Rojo y el océano índico hasta el océano Atlántico, más allá de Gibraltar. Todo el Mediterráneo queda incluido dentro de este sistema de largo alcance.

Hay tres rutas principales para llegar, desde Oriente, al Mediterráneo occidental. Una va costeando los litorales del norte, Grecia, sus islas, hasta llegar a Corcira (Corfú). Desde allí, con viento favorable, un velero ligero cruza el canal de Otranto en menos de un día y, por la costa de Italia, puede alcanzar el estrecho de Mesina. La primera navegación griega irá a parar a este desfiladero marítimo, y allí debieron llegar las navegaciones cretense y micénica. Más allá, el mar Tirreno es la encrucijada por la que los veleros griegos llegarán a Occidente, bien es verdad que no sin esfuerzo.

La ruta meridional sigue la costa de África desde Egipto hasta Libia y la actual África del Norte. Al término de este cabotaje interminable se abre el estrecho de las columnas de Hércules. En esta larga ruta, los fenicios instalaron, bien escalas en país amigo, como en las ciudades del delta del Nilo, bien factorías, como en la costa cirenaica o en la costa norteafricana propiamente dicha. Sistemáticamente elegirán como asentamiento una isla costera, como Nora en Cerdeña, Cádiz, frente a la desembocadura del Guadalquivir, Motja en Sicilia, Útica en la desembocadura del Bagradas (la Medjerda), Mogador en Marruecos; o bien un istmo fácil de defender, como Cartago en la colina de Byrsa entre sus dos lagunas vecinas, Cartago, el «barco anclado», como dice Apiano.

Una tercera ruta recorre el centro del mar, apoyándose en una cadena de islas: Chipre, Creta, Malta, Sicilia, Cerdeña, Baleares. Dos milenios más tarde, en tiempos de Felipe II y de don Juan de Austria seguía siendo la línea de navegación *rápida*, *directa*: la que tomaban los buques españoles de Sicilia a Baleares, o de Baleares a Sicilia, y que, en los mares de Oriente, de Sicilia a Creta, Chipre y Siria formaba el eje esencial del famoso comercio de Levante. Este trayecto implica evidentemente el recurso a la navegación de altura, abandonando el cabotaje fenicio.

¿Los barcos fenicios siguieron esta ruta intermedia, de altura, lejos de la costa? Es probable, pues la presencia o el paso de los fenicios, y después de los cartagineses, está claramente demostrada en todas las islas que la jalonan. Los fenicios tienen además la reputación justificada de ser unos pilotos excepcionales: «Tus sabios, oh Tiro, estaban a bordo como marineros... En *alta mar* [el subrayado es nuestro] fuiste dirigida por tus remeros» (Ezequiel, 27)[46]. Según

[46] La cita exacta es: «En el corazón de los mares estaban tus fronteras. [...] Los habitantes de Sidón y de Arvad eran tus remeros. Y tus sabios, Tiro, iban a bordo como timoneles.» (Ezequiel, 27, 4-8). (N.del T.)

Estrabón y Arato, los fenicios enseñaron a los griegos la forma de reconocer con seguridad el norte gracias a la Osa Menor (en lugar del Carro y de la Osa Mayor). Viajaban incluso de noche, sin ceñirse demasiado a la costa, muy por delante de todos los marinos de su tiempo, que sólo se atrevían a hacerlo de día. Además, habían levantado mapas marinos, medido distancias y vientos y el informe detallado del viaje de Hanón a la costa del África Negra fue exhibido públicamente en un templo[47].

Entre las dos rutas, la del norte y la del sur, en su parte oriental, es probable (si juzgamos por el comportamiento de los turcos en el siglo XVI d. C, en una época en la que eran los amos de ambas rutas) que la del norte sea más segura para los veleros o los barcos de remos. La tierra los protege de los vientos del cuadrante norte. Sin embargo, la ruta del sur es también practicable, en el sector occidental del mar, y a menudo es preferible a la ruta norte. Efectivamente, aborda amplios espacios vacíos entre Italia y España y los focenses, y después los marselleses, sólo pudieron vencer estas dificultades reales con buques de gran tonelaje. En cuanto a la ruta central, es la de las velocidades (relativas) de alta mar, de la libertad: los barcos de una isla a otra se pierden en las soledades protectoras del mar. ¿Quién los podría encontrar? La obstinación de los fenicios, y después de los cartagineses, por controlar las islas, de Chipre a las Baleares, por conservar la insustituible Sicilia, por controlar el «puente Sicilia-Baleares» no deja de tener razones profundas. En cuanto Roma se apodere de Sicilia, la potencia marítima de Cartago pertenecerá al pasado.

La prosperidad fenicia descansa pues en navegaciones de altura. Un pasaje de la Biblia, si se interpreta como pensamos, indica que un barco equipado por el rey Salomón y unido a la flota fenicia, irá y volverá de la lejana España, de Tartessos, en tres años. ¡Es más o menos el tiempo que se tarda en ir y venir entre Sevilla y la primera América española!

Para la expedición de Tartessos, como para la de América, tendrán que existir ciudades dotadas de un rico capital, capaces de sobrevivir a la larga espera, y beneficios acordes con estos enormes tiempos muertos. En uno y otro caso, el milagro puede apuntarse en la cuenta del metal blanco (más el estaño del norte que llega hasta Andalucía). ¡La circulación de la plata de España debió ser activa, ya que en Egipto, el precio de la plata, que era de 1 a 2 con respecto al del oro, pasará finalmente a un tipo de 1 a 13! Tuvo que haber una plétora de plata en el mercado egipcio, como en la Europa del siglo XVI d. C, anegada por el metal blanco de América. Desde España, al parecer la «conquista» minera se trasladó a Cerdeña[48], también precozmente colonizada, donde las minas de plata se explotaron las primeras. Sin embargo, las minas de cobre de la región de Barbagia no se empezaron a explotar hasta el siglo VIII y su producto se utilizó principalmente sobre el terreno. Diodoro de Sicilia no duda en atribuir el poder de los fenicios al comercio de plata que extraían tanto de Cerdeña como de España.

---

[47] Véase J. Desanges, *Recherches sur l'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, Roma, 1978. (P. R.)

[48] Ahora no se pueden atribuir a los fenicios las primeras explotaciones de minerales sardos. Sobre este punto, Michel Gras, «Trafics tyrrhéniens archaiques», *BEFAR*, 258, Roma, 1985. (P. R.)

**Los milagros del betún**

El milagro de la navegación fenicia, en estos inicios de explotación regular del mar, es a primera vista el milagro del ingenio, del valor de los hombres. ¿Hubo algo más? Los fenicios disponían de abundantes reservas de betún, por ejemplo, el del mar Muerto, al alcance de la mano, explotado desde siempre. «Estoy dispuesto a creer —escribe P. Cintas— que su fortuna en el mar dependió en gran parte del uso que hicieron del betún en el calafateado de los cascos.» La vía de agua, la falta de estanqueidad son los enemigos de la navegación primitiva. Los barcos, en esas épocas remotas, deben sacarse a tierra constantemente, sobre la arena de las playas, esperando el día, o en el puerto, donde se pueden poner en dique seco, para revisar o carenar el casco. El betún, que es como un alquitrán natural, fue utilizado con seguridad con este fin por los navegantes fenicios.

¿Acaso no lo utilizan habitualmente los arquitectos en Cartago? Los muros de arcilla de las casas altas suelen ir alquitranados en el exterior y Plinio habló de sus «tejados de pez». Así se explica el espantoso incendio de 146 a. C. Los romanos nunca habrían podido destruir la ciudad por el fuego hasta arrasarla sin el betún, combustible perfecto, del que los arqueólogos encuentran ahora «pequeñas bolsas» en la capa de ceniza bajo la que está sepultada la Cartago púnica.

**Cartago, la segunda vida de Fenicia**

La relación con el *Far West* mediterráneo creó, entre Tiro y Gadir, un enlace frágil, por su longitud. Durante mucho tiempo resistió gracias a Cartago. El sistema no se derrumbará hasta el siglo VII, por dos o tres grupos de razones.

En primer lugar, los fenicios ya no encuentran el vacío[49] mediterráneo de los primeros triunfos, sino la competencia de los etruscos (además) y después de los griegos. En segundo lugar, Fenicia está sometida a la violencia de los asirios (ocupan Chipre en 709). Arados, Biblos, Sidón y Tiro resisten durante mucho tiempo, pero todo se dramatiza con la ocupación de Egipto por los asirios (671). A partir de ese momento, los «reyes» de las ciudades fenicias, obligados a transigir, se someten, intrigan, se rebelan inútilmente. «Yakimlu, rey de Arados, que está en medio del mar [efectivamente, Arados ocupa una isla], que no se había sometido a los reyes mis antepasados —dice un texto de Asurbanipal— cayó bajo mi yugo. Él mismo me trajo a Nínive a su hija, con una rica dote, para que me sirviera de concubina, y me besó los pies»; también pagó un tributo «de lana teñida de púrpura y violeta, peces, pájaros». El «Baal de Tiro» también tuvo que entregar a una de sus hijas, e incluso a su hijo, que Asurbanipal le devuelve. En 574, cuando el imperio asirio ha caído desde hace cuarenta años y todo el mundo debería respirar tranquilo, Tiro cae en manos del babilonio Nabucodonosor.

[49] En realidad, desde el siglo VIII, los griegos, los eubeos, recorren el occidente del Mediterráneo. (P. R.)

Estas guerras, los disturbios que aparecen en las ciudades en las que los sufetes sustituyen a los reyes, las interrupciones del tráfico comercial, no borran de un día para otro a Fenicia y sus barcos del mapa, pero obligan a Cartago a asumir la mayoría de edad. Además, para ser libre, no necesitaba romper los vínculos de sumisión colonial, en el sentido moderno de la palabra. Lo único que la unía a la metrópoli era la fidelidad al culto de Melkart de Tiro y las relaciones entre grupos de negocios. Estos vínculos se aflojaron por sí mismos, sin que la ciudad o la aristocracia mercantil que la gobierna tuviera que buscar su independencia. El centro de la vida fenicia pasa a Cartago, mejor situada que Tiro, la unión casi exacta entre los dos Mediterráneos y, además, protegida de la presencia extranjera. La civilización fenicia continuó allí, similar y diferente al mismo tiempo, como más tarde la civilización europea en América.

Esta separación se acentuó con la distancia, las lógicas diferencias en la vida cultural, y no menos el origen mestizo de la ciudad. Pierre Cintas llegará a decir que Cartago fue fundada tanto por los pueblos «venidos del mar» y de diferentes orígenes como por los propios fenicios. Quizá sea dar demasiada importancia al testimonio de los dos cementerios primitivos de Cartago (siglo VII) reservados, el de Dermech, al noroeste de la aglomeración, a los inhumadores (fenicios), el otro en la colina de Juno a los incineradores (¿griegos?). Pierre Cintas concluye que en el momento de las construcciones coloniales duraderas hubo una mezcla de emigrantes que se dirigían al oeste. Son datos desgraciadamente poco seguros. De todas formas, los fenicios representan a la mayor parte del poblamiento: dieron el tono, impusieron su idioma.

En cualquier caso, Cartago, ciudad nueva, que crece «a la americana» no deja de ser un lugar privilegiado de mestizaje. También es «americana» por su civilización concreta, prosaica, perentoria, que prefiere la solidez al refinamiento. Poderosa, atrajo hacia ella marinos, artesanos, mercenarios de todos los confines. Acogedora para todas las corrientes culturales, fue cosmopolita por la naturaleza de las cosas. Durante siete siglos, marcó considerablemente el África mediterránea, pero por todas las rutas las sangres de África llegaron hasta ella, mezclándose con su sustancia. Colonizadora, también fue colonizada para su desgracia. Porque, finalmente, será la traición de los númidas y de sus jinetes, lo que rompa el espinazo de Cartago en el campo de Zama (202). ¡Pero no nos anticipemos!

**La relación con África**

Lo que más diferencia a Cartago de Fenicia es que está atrapada por unas tierras compactas a sus espaldas que no podrá ignorar.

Sin duda, Cartago vivió en el mar y del mar, con tanta osadía como los tirios. Éstos, desde el mar Rojo, probablemente hacia el año 600, realizaron el periplo de África, a las órdenes del faraón Neco. También barcos cartagineses, en busca de las fuentes del estaño, hacia el 450, dirigidos por Himilcón, siguieron hacia el norte las costas atlánticas de Europa hasta las islas Británicas (las islas

Casitérides). Un cuarto de siglo más tarde, Hanón reconocía, hacia el sur esta vez, en busca del polvo de oro, las costas atlánticas de África hasta los actuales Camerún y Gabón.

La ciudad nueva habría podido, a la fenicia, dar la espalda al continente pobre que tenía tras ella, si la costa norteafricana no hubiera sido la ruta misma de sus tráficos, con sus escalas obligadas. De estas escalas nacieron aldeas, luego ciudades bastante importantes (por ejemplo, en la costa argelina actual Collo, Jijel, Argel, Cherchell, Guraya, Tenes...) que poco a poco se volverán hacia el interior, buscando una vida mejor. Finalmente, la coyuntura desfavorable del siglo V obligará a la propia Cartago a replegarse hacia el África Menor y a organizar, en las llanuras que la rodean, una agricultura eficaz de la que volveremos a hablar.

Hubo por lo tanto como una simbiosis creciente con la vida indígena. Esta África del Norte, apenas salida de la edad de Piedra al llegar los fenicios, lo recibirá casi todo de sus amos: árboles frutales (olivo, vid, higuera, almendro, granado, cuyos frutos se exportaban hacia Italia), procedimientos agrícolas, de vinificación y muchas técnicas artesanales. Cartago fue su educadora y la impregnación fue profunda. En tiempos de San Agustín, cuando se desmorona el Imperio Romano —es decir, siglos y siglos más tarde— los campesinos africanos, sus conciudadanos siguen hablando púnico y se consideran cananeos: «*Unde interrogati rustid nostri quid sint, punice respondentes: Chanani...*» E. F. Gautier, historiador genial, actualmente poco conocido, o más bien incomprendido, sostenía que esta impregnación púnica, esta «orientalización» había impuesto, al doble continente de África del Norte y de España, una marca indeleble. Cuando lleguen las invasiones árabes en los siglos VII y VIII de nuestra era, estas antiguas complicidades jugarán en su favor. Los especialistas protestaron por esta perspectiva atrevida, pues no podía invocarse ninguna prueba en el tiempo corto de los hechos. Es evidente, pero la historia de las civilizaciones está cargada de acontecimientos de espoleta increíblemente retardada: en nuestro planeta a veces nos llega la luz de estrellas lejanas que ya desaparecieron.

La explicación es más seductora si tenemos en cuenta que Cartago, auténtico fragmento de Oriente, no sufre la contaminación indoeuropea. Su posición la preserva de cualquier invasión procedente del norte. Si hubo circulación de hombres y bienes culturales, fue de este a oeste, por mar o, a partir de las orillas del Nilo, por las pistas saharianas. Es bastante lógico que los cartagineses se alcen ante nosotros vestidos a la oriental: túnica larga de amplias mangas, largo abrigo de viaje, casquete sobre la cabeza. E. F Gautier los considera prototipo del fez, de la gandura e incluso de la chilaba actuales. La mano derecha de las estelas púnicas, abierta en gesto de bendición (otro préstamo oriental) ¿no es acaso la «mano de Fatma», amuleto popular, signo que se suele dibujar en la puerta de las casas actualmente en África del Norte? La mayor parte de las realidades cotidianas de la Cartago antigua tiene así el aroma tenaz de la vida actual en estas mismas tierras. En Smirat, las excavaciones en las tumbas púnicas, rústicas y pobres (1941), revelan un marco idéntico al de la vida campesina actual: «Una cámara, algunas vasijas con provisiones, un ánfora para el agua y una estera para dormir» (G. y C. Picard).

**Entre el trueque y la moneda**

Situada en la articulación de los dos Mediterráneos, el occidental y el oriental, Cartago sacó partido sin problemas al enorme desnivel económico y cultural que los separa. Occidente es bárbaro, subdesarrollado; Cartago encuentra de todo a buen precio, incluidos los metales: estaño de las Casitérides y del noroeste español; plomo, cobre y sobre todo plata de Andalucía y Cerdeña; oro en polvo del África Negra, el oro que las caravanas (de caballos, todavía no de dromedarios) conducen hasta el África Menor; esclavos, allá donde los pueden atrapar, incluso en alta mar.

Estas transacciones se realizan mediante trueque. El mercader cartaginés aporta a Occidente sus productos manufacturados y los de otros, o especias o drogas llegadas de las Indias por el mar Rojo, a cambio de los lingotes de plata revendidos en Oriente. Esto explica que la moneda en su sentido propio aparezca tarde en Cartago, no antes del siglo V en la Sicilia púnica, solamente en el IV en Cartago misma, y para pagar a los mercenarios. ¿Hay que extrañarse por ello, como Sabatino Moscati (1966)? No, pues no puede tratarse de mera ignorancia. Sidón y Tiro tenían su moneda. Una sola explicación parece posible: Cartago no tenía necesidad de ella. Es lo que ocurrirá, *mutatis mutandis*, con China: por muy inventiva que fuera en este terreno (conoció muy pronto el artificio de la moneda, incluso el del papel moneda), fue muy lenta en utilizarla. También tenía a su alrededor, igual que Cartago, en Japón, en Indochina, en Insulindia, economías balbuceantes, fáciles de dominar y que vivían del trueque.

Esto no quiere decir que, frente a economías competidoras la ausencia de moneda no haya acabado siendo una debilidad. Si, desde el siglo V, la «escalada» económica de los griegos es evidente, incluso para Cartago, cautivada por las baratijas de sus competidores, su superioridad monetaria es una de las explicaciones posibles, por no decir la única o la mejor. Su retraso monetario privó con seguridad a Cartago de los beneficios de la banca y del crédito, que son muy tempranos en las ciudades griegas. Como la riquísima Persia (que no obstante hacía circular *daricos*), Cartago inmovilizó, sin hacerlos trabajar, volúmenes importantes de metales preciosos, oro, plata e incluso bronce.

Cuando algunos autores se extrañan con razón del escaso desarrollo de la metalurgia cartaginesa, cuando la ciudad controla tantas minas, quizá es algo que se pueda explicar por la inferioridad de la mano de obra cartaginesa. Hubiera bastado con quererlo. Y Cartago, atrapada en el prodigioso vaivén de su navegación eligió, también en este caso, las soluciones que aportaban la rutina y las facilidades de la vida mercantil. En las competencias de la historia, los primeros ganadores se convierten algún día en antiguos ganadores, y pronto en perdedores si se obstinan en sus hábitos. La invasión de la ciudad en el siglo V con mercancías griegas me parece corresponder a la regla ordinaria del juego cartaginés, más que a una superioridad comercial decisiva de Grecia. Desde finales del siglo VII, Cartago importaba cerámicas corintias, vasos de *bucchero* etruscos y cantidad de objetos egipcios. Es porque en Corinto, en Etruria y en Egipto, el comercio púnico era de los más activos. Venecia, por ejemplo, importará y reexportará sin problemas, en el siglo XV de nuestra era, los

productos manufacturados de Alemania del sur. Los holandeses, arrieros de los mares, no actuarán de forma diferente en el siglo XVII, comprando aquí, vendiendo allá, practicando por otra parte, en Insulindia, siempre que era posible, un trueque primitivo. Los cartagineses también fueron transportistas, intermediarios que compran con una mano y venden con la otra.

¿Supone una debilidad irremediable del intermediario? No, ya que Cartago sabe defender sus posiciones principales, en particular su «monopolio» minero en España (la mayor parte de la Península útil estará prohibida por Cartago a los etruscos, a los griegos y después a los romanos). Sabe defender también sus escalas marítimas esenciales, sus industrias del lujo (sus tejidos, tan famosos como los de Fenicia, sus marfiles, sus muebles) y sus tráficos más ordinarios, en particular el comercio mayorista de trigo y una poderosa industria de salazón de pescado. Sabe organizar pesquerías y salinas, aquí y allá, y en particular frente al océano de abundante pesca, en Cádiz, en toda una serie de pequeños puertos de la costa atlántica hispanoportuguesa. Las industrias romanas de la salazón, al instalarse después, se limitan a recoger una herencia.

Esta potencia cartaginesa no se contradice, en realidad, con que la vida y el arte de la gran ciudad no hayan sabido protegerse de la inmensa contaminación cultural que heleniza más o menos todo el Mediterráneo, el oriental y el occidental. Es una tradición fenicia adoptar siempre el estilo dominante (antaño el egipcio). La influencia de las formas helénicas se reconoce tanto en la costa de Fenicia como en Cartago, en las estelas funerarias y la arquitectura en particular, y todas las colonias cartaginesas siguen el mismo camino, en Sicilia, en Cerdeña, en la costa africana, en España. El impacto griego sobre la escultura hispanocartaginesa, por ejemplo, en el siglo IV, e incluso a finales del V, es representativo de la diferencia que hay que hacer entre la influencia cultural y la influencia económica de los griegos en el mundo púnico. Cartago importó sin dudarlo el urbanismo griego, la casa griega con el patio central, los vasos adornados, el cemento y el cemento hidráulico, los sarcófagos, los dioses, por supuesto (Deméter y Core, hacia el 396), pero también las ideas pitagóricas y algunos de sus defensores... El ejemplo de Alejandro Magno inspirará a Amílcar, el padre de Aníbal, cuando emprende la conquista de España. El propio Aníbal estaba impregnado de cultura griega, e incluso la utilización de los elefantes cubiertos de tejidos abigarrados, terror del soldado romano, es un préstamo tomado del mundo helenístico.

**Frente a las coyunturas**

Al vivir del Mediterráneo, Cartago es sensible a los movimientos de conjunto del mar, a su coyuntura. La historia de la ciudad sigue paso a paso los ritmos de la vida mediterránea.

En los siglos VII y VI, los griegos están por todas partes. Hacia el 600, los focenses fundan Masalia; se han instalado en Ampurias, en Cataluña, y quizá también al sur, en Mainake (Málaga): el privilegio minero de los fenicios se ve así

amenazado, o incluso roto. Es seguro que Cartago se hace de nuevo con el control, en todo caso en el momento en que los focenses son expulsados de Alalia, en Córcega, tras una batalla naval entre los griegos y las flotas asociadas de los etruscos y los cartagineses (540-535). La lucha no se quedará aquí, pero esta vez los púnicos tomarán la delantera.

En el año 525, Persia se apodera de Egipto y, al mismo tiempo, hereda a su servicio la poderosa flota fenicia que había equipado el faraón. No obstante, Darío será vencido en Maratón, en el 490, Jerjes en Salamina, en el 480. Esta segunda derrota es claramente la de los barcos fenicios. El mismo año, el ejército y la flota cartagineses eran aplastados en Sicilia, en Hímera, y unos años más tarde, los griegos destruirían, frente a Cumas, la flota de los aliados de Cartago, los etruscos (474). Se abren así para los púnicos momentos dramáticos, una crisis que es política, religiosa y económica. La dinastía de los Magónidas cae y la aristocracia se hace con el poder. Tanit, la diosa protectora de la ciudad, como Palas lo es de Atenas, se convierte en la primera divinidad. Cartago reacciona con fuerza ante las dificultades económicas: restringe las importaciones, se somete a la austeridad, consolida sus relaciones con el África Negra y con las Casitérides. Sobre todo, se repliega sobre África del Norte, conquista a su alrededor una amplia zona en la que se desarrollan la ganadería y la arboricultora. Los indígenas —libios—, empujados más allá de estos límites, siguen produciendo cebada y trigo.

Este largo siglo de repliegue que la fortalece permite a Cartago aprovechar el desfallecimiento de Atenas, tras su expedición contra Siracusa (415-409). Lanza inmediatamente una guerra feroz contra los griegos de Sicilia, maltratando sus ciudades, apoderándose de sus habitantes, creando un artesanado de esclavos que transforma la economía misma de la ciudad. La alerta de las conquistas de Alejandro (334-323) le traen nuevos años de terror: puede temer por su vida misma.

La dislocación casi inmediata del imperio demasiado grande le devuelve su tranquilidad, porque tiene menos que temer de los imperios divididos de Oriente: la distancia la protege en parte. Además, ¿puede sobrevivir Oriente sin Occidente? Ptolomeo, que tras la caída de Alejandro se apodera del Mediterráneo oriental (y de Fenicia), que adopta el sistema fenicio de medidas, devuelve pronto a Cartago todos sus privilegios.

Y la amenaza se acaba precisando muy cerca, en Roma, haciéndose realidad en el año 146 a. C. ¡Horrible final! ¿Quién en su corazón —y hasta los historiadores más imparciales tienen un corazón— no ha sufrido con el Delenda *est Carthago* del viejo Catón, y con la despiadada destrucción ordenada por Escipión Emiliano? Una voz muy original quedó condenada al silencio.

**Ver la ciudad**

La muerte de Cartago no fue una muerte ordinaria. Hasta tal punto, que la arqueología no nos permite reconstruir gran cosa de la vida o de la sociedad

cartaginesa. Tenemos un conocimiento de ellas indirecto, formado por fragmentos dispersos.

Una curiosidad de Aristóteles nos da el esquema de la Constitución púnica. Antiguamente dominada por los reyes, Cartago adopta un sistema de gobierno aristocrático. Las grandes familias aportan los dos sufetes anuales, elegidos por sufragio popular (son los jueces en sentido etimológico de la palabra), así como los miembros del Senado y de las comisiones encargadas del gobierno efectivo: es como una Venecia *avant la lettre*, con un consejo de los ciento cuatro tan temido como lo será el Consejo de los Diez. ¡Cuántos generales crucificados por orden suya!

Es difícil imaginar la ciudad misma, sobre la colina de Byrsa, (la actual colina de San Luis, más la colina de Juno y la meseta del Odeón), con sus templos, el *tofet*, sus calles estrechas y sus casas altas de varios pisos, como casi todas las ciudades fenicias (Apiano habla de edificios de seis pisos entre el foro y la acrópolis de Byrsa), sus cisternas y la fuente, llamada de las Mil Ánforas, cuyas bellas bóvedas, a pesar de los importantes trabajos romanos posteriores, son el único resto de arquitectura auténtica de Cartago. No obstante, excavaciones recientes han descubierto, a tres o cuatro metros por debajo de la ciudad romana (construida sobre las ruinas de Cartago), un barrio de la ciudad púnica de época helenística. Sirve para demostrar que Cartago tuvo calles rectas, no demasiado estrechas, comunicadas por escaleras, más un sistema de alcantarillado similar a los de las ciudades sicilianas. Las casas son simples bloques monótonos de algunas habitaciones.

En la playa de Salammbo, tenemos los dos puertos, el rectangular para los buques mercantes y, comunicado con él, el circular, en el que los barcos de guerra se ponen frecuentemente en dique seco, bajo las bóvedas del Arsenal. Una isla en el centro del puerto militar es la sede del almirante comandante de la flota.

Enormes murallas, duplicadas o triplicadas del lado de tierra firme, rodean la ciudad, su fortaleza, sobre la colina de Byrsa, sus barrios populosos agrupados alrededor del puerto. A mitad de camino entre el puerto y Byrsa, una plaza pública evoca un ágora. Hacia el norte, el barrio de Megara desgrana sus jardines, vergeles, villas aristocráticas. De lo alto de la colina, la vista abarca al norte la laguna salada de la Sebkha er Riana, y al sur el lago de Túnez. La población es enorme, quizá cien mil personas. Junto al puñado de ricos que gobiernan, se amontona un pueblo de artesanos, obreros, esclavos, marinos, mercenarios a veces, es decir, una multitud en el disparadero. Cartago sufrió con frecuencia disturbios internos.

Alrededor de la ciudad, los admirables cultivos. Entre los ricos, existe evidentemente un amor por la tierra bien cultivada, los bellos jardines, los árboles injertados, los animales seleccionados. Un agrónomo cartaginés, Magón, del que nos han llegado indirectamente algunos pasajes, nos da mil recetas sobre la forma de plantar la vid para preservarla de la sequía excesiva, sobre la fabricación de vinos exquisitos, el cultivo del almendro, la conservación de granadas en arcilla para la exportación, sobre las cualidades que precisa una raza de bueyes, etc. Añade, a la intención del propietario rural, un consejo bastante significativo: «Quien compra una tierra debe vender su casa, pues podría preferir su residencia

urbana a la del campo.» Podemos deducir que el cartaginés del siglo III, como el toscano de los siglos XV y XVI (después de Cristo) se había lanzado a la compra de terrenos.

**Bajo el signo de Tanit**

Las largas y prolijas excavaciones en el emplazamiento de Cartago sólo encontraron por millares una cosa: los muertos, incinerados o inhumados, y los objetos que los acompañan en sus tumbas. Centenares, millares de cipos y estelas funerarias enumeran de forma monótona los nombres de los dioses ¡y en función de la mayor o menor frecuencia de aparición, se ha podido proceder a una especie de ponderación matemática de las divinidades más veneradas en Cartago!

No es demasiado para llegar al centro de una religión cuyo carácter extraño horripiló a los romanos (el horror no era fingido) y de la que no conocemos ni la mitología, ni la teología, ni la estructura, ni la «visión del mundo». Si estuviéramos perfectamente informados sobre la religión fenicia, de la que se deriva la cartaginesa, quizá podríamos organizar los escasos detalles que conocemos. Desgraciadamente no es así, a pesar de la luz inesperada que aportan algunos textos de Ugarit, escritos en cananeo, o la tradición bíblica.

Cada ciudad fenicia tuvo sus dioses particulares, algunos de los cuales se encuentran además en otras ciudades. Es difícil particularizar sus nombres. El, Baal, Adonis, Melkart, son casi nombres comunes: El quiere decir Dios, Baal y Adonis, señor, Melkart, rey de la ciudad. ¡Así pues, Melkart, «rey de Tiro» puede recibir el nombre de Baal Melkart! Los dioses flotan en nombres indecisos que no corresponden a una función divina fácil de individualizar.

Generalmente, el panteón fenicio está dominado por una tríada que, con nombres que varían de una ciudad a otra, incluye un rey de los dioses, una diosa madre de la fecundidad y un dios joven que debe nacer, morir y renacer cada año, como la vegetación con el paso de las estaciones. En Sidón, la trinidad está formada por Baal, Astarté y Eshmun (que los griegos asimilaron a Asclepios, el Esculapio de los latinos); en Biblos, El, Baalat (es el femenino de Baal) y Adonis, cuyo mito es conocido, pues pasó después a la tradición griega. Adonis es también el nombre del río que baja del Líbano, que pasa cerca de la ciudad y cuyo nacimiento en la montaña está señalado con un santuario. Cada año, con los vientos cargados de polvo que llegan hasta él, sus aguas enrojecen bruscamente, como si fuera sangre humana. Es la ocasión, en Biblos, de llevar luto por Adonis... En Tiro, al parecer, las funciones del joven dios inmolado y renacido también corresponden a Melkart, el «baal» de la ciudad. Por ejemplo, se celebra en su honor una fiesta de la resurrección.

Cada ciudad adaptará probablemente a sus dioses locales los mitos que explican el mundo, su creación, el destino del hombre. En los textos de Ugarit, por ejemplo, Mot aparece como la muerte, el espantoso calor del verano homicida y el grano que madura. Mot debe morir cada año para que vivan la naturaleza y los hombres. Otras funciones crean, evidentemente, otros dioses: Baal Lebanon es el

dios del Líbano; Baal Shamen el señor del cielo; Reshef el dios del fuego y del rayo; Dagan el anciano rey del trigo; Chusor, el dios inventor del hierro.

Esta religión hunde sus raíces en el antiquísimo universo de la imaginación semita, apegada a la tierra, a las montañas y a las aguas; sus ritos crueles y sencillos son los que antiguamente celebraban al aire libre un pueblo de nómadas. Las maderas sagradas, las eminencias cercanas a las ciudades se consideran santuarios. Por supuesto, hay templos cubiertos. El altar es sencillo: pocas o ninguna imagen antropomórfica; un pilar, una columna, un berilo pueden representar a la divinidad. El «sevillano» Silio Itálico nos describe un servicio religioso al antiguo estilo fenicio que se celebraba en Gadir en la época romana: sacerdotes descalzos, con la cabeza afeitada, vestidos de lino en un santuario desnudo, sin ninguna imagen de culto, en el que ardía un fuego perpetuo.

La vida religiosa en Cartago, en sus orígenes, sigue más o menos el modelo tirio. El dios dominante es Baal Hamon; la diosa madre, hermana de Astarté o de la Ishtar mesopotámica, pronto será Tanit, cuyo nombre, desconocido en otros lugares (o casi) plantea un problema insoluble; el dios joven, dios del disco solar o de la vegetación es Melkart, el dios tirio, o Eshmun, el dios sanador, que se confunde con Apolo y Asclepios al mismo tiempo, como Melkart se confundirá más adelante con Heracles. La competencia entre los dos cultos no acaba con la exclusión de ninguno de ellos. Melkart será por excelencia el dios de la gran familia de los Bárquidas, en la que los nombres frecuentes de Bomílcar y Amílcar están calcados sobre el del dios. El templo de Eshmun, el más bello de Cartago, sobre la acrópolis de Byrsa, será, en el año 146, el último bastión de los defensores.

Además de los dioses dominantes, encontramos decenas de dioses fenicios, egipcios o griegos. El panteón cartaginés parece tan abierto como será después el de los etruscos, que ya es decir mucho. Más tarde, cuando vengan las desgracias y las asimilaciones, no habrá dificultad alguna en transformar Baal Hamon en Cronos o Saturno, Tanit en Hera o Juno.

La gran particularidad de la religión cartaginesa es el crecimiento imparable del culto a Tanit, que puede asimilarse a una revolución espiritual. A partir del siglo V, la diosa lo domina todo, aparta al antiguo dios Baal Hamon. Cartago vive «bajo el signo de Tanit», que tampoco encontramos fuera de Occidente[50]: un triángulo coronado por un disco y, entre ambos, una línea horizontal. El conjunto hace pensar en una silueta humana, sobre todo cuando la línea horizontal se levanta en ambos extremos, como dos brazos levantados. Otros símbolos asociados a Tanit vienen de Oriente, en particular la «botella» y la mano abierta, el creciente lunar que se une al disco solar, que podría representar a Baal. Son alusiones a mitos que para nosotros siguen siendo enigmáticos.

Más que estos enigmas, el problema es el peso obsesivo de la religión cartaginesa, una religión dinámica, llegada de las profundidades del pasado prehistórico, terrible, dominadora. Los sacrificios humanos —acusación a menudo repetida por los latinos— son demasiado reales: el *tofet* de Salammbo nos mostró miles de vasijas con huesos calcinados de niños. Cuando quería conjurar el

[50] Ahora no se puede ser tan terminante: en Saxepta se han encontrado algunos casos. (P. R)

peligro, Cartago inmolaba a los dioses a los hijos de sus ciudadanos más distinguidos. Así fue cuando Agatocles, al servicio de Siracusa, llevó la guerra hasta el territorio mismo de Cartago. Como algunos ciudadanos ilustres cometieron el sacrilegio de sustituir uno de sus hijos por niños comprados para la ocasión, se decidió un sacrificio expiatorio de doscientos niños. El celo religioso aumentó la cifra hasta trescientos... También se inmolaba a los prisioneros de guerra, a veces por miles.

¿La sangre de estas víctimas mancha el nombre de Cartago? En realidad, todas las religiones primitivas conocieron prácticas de este tipo. Cartago sigue, en este punto, a los cananeos de Biblos o a los semitas de Israel: ¿Abraham no se disponía a inmolar a su hijo Isaac? Lo más extraño es que en Cartago la vida económica mira hacia el futuro, mientras que la vida religiosa lleva siglos y siglos de retraso, y tampoco sus «revoluciones» —la del culto de Tanit en el siglo V— la liberan de esta piedad inhumana y terrorífica. El contraste con la apertura griega, que acompasa al hombre con el mundo exterior, es patente. Aquí, una vida de negocios intensa, de espíritu «capitalista» incluso —lo dice sin dudarlo un historiador—, coexiste con una mentalidad religiosa retrógrada. ¿Qué hubiera pensado Max Weber?[51].

## 2. Los etruscos: un misterio sin resolver

Creadores esenciales de la primera Italia, los etruscos no son colonizadores como los demás. ¿Fueron incluso colonizadores? Plantean un problema apasionante, desgraciadamente oscuro. A pesar del avance de los conocimientos, nada indica que el misterio se vaya a resolver algún día.

**Un idioma por descubrir**

El primer misterio es el propio idioma etrusco, un idioma no indoeuropeo, que se lee —ya que utiliza el alfabeto griego— pero resulta incomprensible. ¿Quizá mañana el azar nos traiga una inscripción bilingüe? Sí, pero además, tendría que ser una inscripción adecuada, porque el azar ya se presentó en 1964, y no sirvió para nada.

Tres láminas de oro encontradas en Pyrgi, puerto de la ciudad etrusca de Caere (hoy Cerveteri), llevaban tres inscripciones, una de las cuales, en púnico, corresponde a una de las otras dos, en etrusco. Sin embargo, el texto púnico es difícil de interpretar. Se trata de la dedicatoria de un templo a Astarté por parte del

---

[51] Sobre los fenicios, y en particular sobre el *tofet* y sobre Cartago, véase Michel Gras, Pierre Rouillard, Javier Teixidor, L'Univers phénicien, París, 1995 (2.a ed.). (P. R.) [Edición española: *El universo fenicio*, trad. de Daniel de la Iglesia, Madrid, Mondadori, 1991.]

rey de Caere, hacia 500. Prueba la colusión, bien conocida por otra parte, entre Cartago y los etruscos, así como la facilidad de estos últimos para aceptar dioses extranjeros. Astarté se asimila en este caso a Uni (Juno) del panteón etrusco. Sin embargo, en lo que se refiere al idioma, la comparación de las dos breves inscripciones no ha dado ningún resultado concluyente.

De momento, hay que interpretar el etrusco a partir del etrusco mismo, comparando los fragmentos conocidos por un método llamado combinatorio, o más bien «adivinatorio», como decía Albert Grenier. El léxico etrusco va creciendo día tras día: *clan* (hijo), *sec* (hija), *puta* (mujer), *ati* (madre), *lupu*, *lupuce* (murió), *svalce* (vivió), *avil* (años). De *zil*, que quiere decir gobernar, se derivan *zile* o *zilath* (magistrado); *purth*, el primer *zilath* de una ciudad, corresponde al *praetor* romano; *lucumon* designa al rey de una ciudad... Las escasas doscientas palabras reconocidas no resuelven gran cosa de momento. Además, podría ser que se llegue a descifrar completamente pero los historiadores sigan estando a ciegas.

Los textos etruscos que poseemos (ante todo inscripciones funerarias) son demasiado cortos, demasiado poco cargados de historia útil, si podemos decirlo así, para permitir reconstrucciones sólidas sobre la primera Toscana de la historia. El único texto largo conocido hasta ahora (actualmente en el museo de Zagreb) está escrito en las doce vendas de una momia egipcia de época grecorromana, encontrada en Alejandría. En total, quinientas palabras. Quizá se trate de un calendario religioso, pero su interpretación se resiste a todos los esfuerzos.

Están en el mismo casos dos inscripciones de más de cien palabras, lla. madas «la teja de Capua» y «el cipo de Perusa». El conjunto de estos textos, descifrado, podría darnos quizá algunas luces sobre los rituales y las creencias.

**El origen de los etruscos**

¿De dónde vienen los etruscos? ¿Cuándo llegan a Italia? Son preguntas, de lugar y de tiempo, cuya respuesta nos es desconocida. En esta situación, cada historiador, acicateado por la intriga, se convierte en abogado, o incluso en detective. Lo más sensato seria mantenerse al margen de enfrentamientos sin salida, pero la sensatez no es nada divertida.

Hay tres o cuatro hechos indiscutibles:

1) el idioma etrusco, la religión etrusca, los rasgos de la vida social etrusca, nos remiten *machaconamente* a Oriente;

2) la civilización brillante de los etruscos no se puede detectar, de acuerdo con el mobiliario de las tumbas, que nunca miente, antes de comienzos del siglo VII;

3) ahora bien, como los griegos se instalaron en la bahía de Nápoles a partir del 750, es difícil de imaginar que hayan precedido a unos etruscos llegados por mar y del sur, porque entonces, los griegos los habrían interceptado probablemente;

4) disponemos de dos límites cronológicos para fijar la llegada de los etruscos: uno, remoto, muy remoto, incluso, hacia el siglo XII; el otro, tardío, muy tardío, hacia el siglo VI.[52]

Lo más preocupante en la exposición de las tesis existentes es que, dado que la discusión comenzó hace demasiado tiempo, los combatientes ya no tienen ganas de romper lanzas y las dos tesis esenciales —la *oriental* y la tesis llamada *autóctona*— se esfuerzan por unirse, aunque si lo consiguen, no por ello se habrá resuelto en lo más mínimo el oscuro problema.

Actualmente, nadie duda seriamente del origen oriental de los etruscos, que ya afirmaban los antiguos, salvo Diodoro de Sicilia. En 1886, en Kaminia, en la isla de Lemnos, al sur de los Dardanelos, se descubrieron dos inscripciones funerarias del siglo VI, redactadas en un idioma no griego (los atenienses no conquistarán la isla hasta 510) presentan, según Raymond Bloch, «desinencias y formaciones de palabras, términos incluso» que corresponden a los de los textos toscanos. Si no es etrusco, dice Jacques Heurgon, «al menos, de todo lo que hemos leído fuera de Italia, es lo que ofrece más semejanzas con el etrusco». Un idioma de la misma familia. Por otra parte, una necrópolis de los siglos VIII al VII, no lejos de Kaminia, incluía objetos más o menos parecidos a los de las tumbas de Etruria. Las joyas etruscas, especialmente bellas y originales, comparten algunas particularidades con las joyas lidias.

Finalmente, los rasgos que conocemos de la religión etrusca hacen pensar en Oriente. Por ejemplo, en artes adivinatorias, para interpretar los prodigios o consultar las entrañas de las víctimas, los etruscos de Italia siempre han sido considerados los mejores. Un hígado de bronce, encontrado en Piacenza en 1877, es como un modelo en el que se han dibujado unas cuarenta casillas que corresponden a las diferentes zonas del cielo y a las divinidades que las controlan. En las excavaciones mesopotámicas o hititas se han encontrado modelos similares, de arcilla. Podríamos destacar otras semejanzas, menos claras, ya que se pueden explicar por meras contaminaciones del arte orientalizante, a través del Mediterráneo y de la Grecia del siglo VII.

Estando así las cosas, ¿por qué no volvemos al conocido texto de Herodoto (I, 94)? Para él, los etruscos son emigrantes lidios expulsados de su país en el siglo XIII por una hambruna persistente. La falta de trigo en Asia Menor nos recuerda los prolegómenos de la tormenta de los Pueblos del Mar, las quejas angustiosas del rey hitita, hacia el 1200. Estos emigrantes, continúa Herodoto, «bajaron a Esmirna, construyeron allí sus naves y embarcaron en ellas sus alhajas y muebles transportables; navegaron en busca de sustento y morada, hasta que, pasando por varios pueblos, llegaron a los umbros, donde fundaron sus ciudades, en las cuales habitaron después.» Este texto describe de forma tan extraña lo que suponemos la terrible aventura de los Pueblos del Mar, que dan ganas de completarla de la forma siguiente: en ese interminable éxodo, los etruscos trataron incluso de entrar en las tierras feraces de Egipto. Se trate de los *tursha* que el faraón dice haber expulsado del Delta, entre otros invasores. De este nombre al de

[52] La idea de un pueblo que llega está siendo sustituida actualmente por la idea de formación de un pueblo etrusco; cfr. D. Briquel, *Les Etrusques*, París, 1993, así como el catálogo de la exposición *Les Etrusques et l'Europe*, París, 1992. (P. R.)

*tirrenos* o *tirsenos* que les dieron los griegos, de *tusa* o *etrusci* que les dieron los romanos, el paso parece fácil. Ahora bien, si partieron tan pronto, ¿cuándo llegaron a las orillas del mar Tirreno que les debe su nombre? ¿Se detuvieron en algún otro sitio? Nadie lo sabe.

Los partidarios de la fecha más remota se encuentran ante una dificultad de envergadura, ya que, si partieron en el siglo XII, los etruscos no reaparecen hasta cinco siglos más tarde, con las primeras tumbas suntuosas hacia 650. ¿La fecha inicial parece imposible de defender? Los etruscos también pudieron salir de Asia Menor en el siglo VII, como imagina A. Piganiol, expulsados, no por el hambre, sino por las violencias de los cimerios. Es posible, pero no se excluye a priori un primer éxodo más precoz. Cartago, fundada en el siglo VIII, recibió refugiados de Tiro durante los dos siglos siguientes. Es un hecho que no hubo, en el siglo VII, un corte brutal en la vida de la península italiana que haga suponer una irrupción súbita de una civilización extranjera, que llega de golpe a su madurez, que en un instante drena las marismas y construye las ciudades de Toscana.

En cualquier caso, nos quedaremos, dejando de lado la fecha de su migración, con el origen oriental de los etruscos, que relaciona a los primeros «toscanos» con una civilización oriental *antigua*, que se mezclará con una civilización «itálica», también arcaizante. Queda en nuestra opinión prácticamente excluido que sólo la influencia cultural de Oriente, tan clara en el siglo VII, haya aportado a Etruria su religión, su idioma y los rasgos de civilización que la convierten definitivamente en un mundo aparte del resto de Italia.

En función de todo lo anterior, se va adaptando la tesis llamada *autóctona*. Según esta tesis, los etruscos llegaron a Italia en una fecha probablemente muy temprana, en la oleada de una civilización oriental conquistadora, en el segundo milenio. Luego son conquistados a su vez por la llegada indoeuropea de los villanovienses incineradores. Encontramos así una capa muy profunda de civilización mediterránea sumergida durante siglos, ahogada, no suprimida. Este pueblo soterrado renace al expirar el siglo VIII, gracias a la influencia de los griegos y de los fenicios, que actúan como detonador, y a la prosperidad general. ¿Parece este relato más cerca de la realidad que el anterior? No pondremos la mano en el fuego. No es que estos renacimientos sean imposibles, todo lo contrario; además, esta tesis tiene la ventaja de aceptar el origen oriental, aunque hunde la aventura etrusca en las profundidades de la historia italiana, a partir de la cual se explica y adquiere su significado. Porque si vinieron de Oriente en fecha temprana y por mar, los etruscos sólo fueron, en el mejor de los casos, un puñado de hombres, piratas aventureros (como los vikingos de nuestra Edad Media) que se impusieron como aristocracia limitada de señores.

También esta tesis tiene un pero. Las excavaciones recientes han superado en profundidad el nivel villanoviense y han alcanzado el de la civilización anterior, llamada apeniense (que parece haberse desarrollado a lo largo del eje montañoso de la península italiana). Alcanzamos así un mundo amplio, pero gris, en el que nada hace pensar en las maravillas de Oriente.

Finalmente, ningún hecho inclina la balanza en un sentido o en otro. La prudencia autoriza, como mucho a decir: una antigua civilización marcada por

Oriente se ilumina bruscamente con los albores del siglo VII; los metales, cobre, estaño, hierro de Toscana, le procuran una riqueza rápida; las ciudades griegas que se le acercan le aportan su propia luz. Etruria está y seguirá «colonizada» por esta civilización a la que acoge con un placer inagotable. Incluso lo que parecía más original en el arte etrusco —las pinturas tumbales— en la medida en que sólo se conocía de la pintura griega lo que nos dice la literatura contemporánea, podría quedar en el aire. El descubrimiento del sarcófago pintado de Paestum, llamado «la tumba del buceador», que parece ser el preludio de excavaciones fructíferas[53], provocará interesantes debates de prioridad, pues esta pintura griega es contemporánea de los frescos etruscos. Es cierto que, aunque admitamos una influencia griega sobre Etruria, el problema vuelve a centrarse en Grecia y Oriente. Efectivamente, los escasos restos encontrados en Oriente, analizados por Smith, hacen pensar en una tradición oriental de pintura mural casi ininterrumpida, hasta los asirios. ¿Y si en el futuro las ciudades del Eufrates y del Tigris, o de Chipre nos reservaran las sorpresas de Paestum?

**La primera Toscana**

Etruria es ante todo Toscana en un sentido amplio, del Arno al Tíber y de los Apeninos al mar Tirreno, que lleva el nombre mismo de los etruscos. Esta Toscana ocupa parte de lo que actualmente es Umbría y el Lacio. Incluye, hacia el oeste, llegando al mar, llanuras bajas, pedregosas, a menudo pantanosas, la Maremme de Siena, la Maremme de Pisa, con sus cursos de agua enarenados, sus arbustos espinosos; hacia el este, a medida que nos acercamos al Apenino azul, recortado por la nieve, tierras de colinas y estrechas llanuras. Allí se sitúa por excelencia la *Etruria Felix*, con sus cosechas opulentas y sus vergeles, que sigue siendo en la actualidad el paisaje rural más hermoso que existe en el mundo. Plinio el Joven instalará allí su deliciosa quinta de Tifernum Tiberinum.

Una veintena de ciudades, bastante independientes unas de otras, crearon la fuerza, durante mucho tiempo inagotable, de Etruria. Según la tradición, doce estaban federadas —la dodecápolis— pero no se puede establecer una lista exacta. Las más antiguas, como Caere y Tarquinia, con sus estrechos territorios, están al sur. Estas primeras ciudades están cerca del mar, pero no en la misma orilla, comunicadas con puertos como Pyrgi, que sirvió de salida a Caere e incluso, durante un tiempo, a la misma Roma. Todas están construidas en alturas, en elevaciones, lo que garantiza su defensa (se rodean de murallas desde los siglos VI y V) y las coloca por encima de los miasmas del llano, donde la malaria causaría probablemente estragos. Al desarrollo urbano corresponden el drenaje de las marismas, así como la explotación de los recursos mineros. Si Populonia está junto al mar, excepción que confirma la regla, es a causa de la isla de Elba, cuyo hierro bruto se desembarca sin cesar en los muelles de la ciudad industrial, negra de humo.

[53] Estas excavaciones han sido realizadas y publicadas por A. Pontrandolfo y A Rouveret, *Le Tombe dipute di Paestum*, Módena, 1992. (P. R.)

Más tarde, con el declive de Etruria, tendrá que replegarse a explotar sus llanuras cerealeras del este, sus laderas de vides y olivos, donde una aristocracia de propietarios rurales no pierde su prosperidad. Este cambio provoca una reacción en cadena y Arezzo, cuyos lucumones fueron los antepasados de Mecenas, se convierte, en la época de Escipión el Africano, por su riqueza agrícola e industrial, en el centro de gravedad de Etruria. Las otras ciudades vegetan, incluida la belicosa Tarquinia, con sus campos de lino y sus fabricantes de lienzo para velas.

**Etruria más allá de Toscana**

Colonia de colonos misteriosos, Etruria desbordó ampliamente sus límites y colonizó a su vez las regiones cercanas, hacia el sur y hacia el norte[54].

Hacia el sur, los etruscos llegaron a la riquísima llanura de Campania, donde les habían precedido los griegos. Cerca de Cumas la griega, se desarrolla Capua la etrusca. Como las ciudades griegas, Capua sólo pudo sobrevivir defendiéndose de los montañeses vecinos, oscos y samnitas, cuya amenaza constante triunfará un día, en el siglo V, sobre todas las ciudades del llano. Antes de llegar la decadencia, como muestran fructíferas excavaciones, Capua conoció un desarrollo brillante. Su urbanismo geométrico, imitado sin duda de los griegos, se pudo desarrollar libremente, pues la llanura donde se ubicaba no tenía ninguna de las limitaciones que afectaban a las antiguas ciudades de Etruria, así como a la Roma primitiva, circundada por sus colinas.

Capua constituye una «cabeza de puente», por lo que era necesaria una comunicación eficaz entre la ciudad meridional y la Etruria «metropolitana». El mejor paso del Tíber se encontraba a la altura del antiguo puente Sulpicius, frente a la isla Tiberina. Es sabido que Roma, a pesar de las mentiras piadosas de la tradición, fue tomada por los etruscos, refundada, remodelada por ellos; que esta educación vigorosa dejó una marca indeleble sobre la ciudad. En su religión, sus instituciones, sus juegos, su urbanismo, el marco exterior de su vida —los lictores que preceden a los cónsules, la silla curul de estos altos magistrados, las comidas, la música—, los romanos estuvieron siempre marcados por Etruria.

Hacia el norte, la expansión etrusca cruzó los Apeninos[55] a partir del siglo VII, y lo hace masivamente en el siglo VI. El obstáculo era de envergadura. ¡La maravillosa autopista de Florencia a Bolonia muestra las bellezas del viaje y hace olvidar sus dificultades! La travesía de la cadena sólo es posible gracias a la brecha de los valles profundos, numerosos, es verdad, pero hay que pasar de uno a otro. Tras el valle del Tíber o del Arno, se pasa al valle del Reno, y desde allí a Bolonia, al delta del Po, al Adriático.

Hubo un tiempo en el que los especialistas hablaban de un imperio etrusco del valle del Po, de una «dodecápolis» padana similar a la de Etruria. Ahora son

---

[54] En realidad, la cultura villanoviense es un hecho probado en Campania en los siglos IX al VII a C. (P. R.)

[55] Lo que vale para Campania vale también para la llanura del Po (P. R)

más prudentes: en Mantua, Milán o Adria, en el Adigio, nada hace pensar en un dominio político, en lugar de simples intercambios económicos y culturales. En todo caso, Marzobotto (donde las excavaciones han descubierto una ciudad antigua cuyo nombre se ignora), Bolonia (entonces Felsina) y Spina, en la desembocadura del Reno, estuvieron muy marcadas por los hombres y las artes de Toscana. Marzobotto, ciudad con plano en forma de cuadrícula, extiende a lo largo de cien hectáreas sus *insulae* (165 m de largo por 35, 40, 68 de ancho), sus canalizaciones, sus aceras sobreelevadas. Dentro de este amplio marco, las viviendas, comercios o talleres son mediocres. Spina, que data del siglo V, es una Venecia actualmente sumergida, donde se pueden reconocer fácilmente un gran canal trazado en línea recta, canales secundarios, un plano de cuadrícula ejemplar. Además de etrusca, Spina fue griega, lo que explica sin duda que en el siglo V, en el momento en que las importaciones de cerámicas áticas decrecen en Etruria, no dejen de crecer en Spina. También por esta vía el comercio etrusco llegaba hasta los Alpes, hacia el ámbar y el cobre de Europa central.

**El declive de Etruria**

La cima del poder de Etruria coincidió sin duda con la victoria de sus naves (asociadas a las de Cartago) sobre la flota fócense, frente a Alalia, en Córcega (540-535). Los griegos se ven así expulsados del mar Tirreno, que se convierte en «lago etrusco». Sin embargo, esta situación sólo duraría medio siglo.

En 474, Hierón de Siracusa consigue una victoria decisiva sobre la flota etrusca frente a Cumas. Capua queda abandonada a su suerte, lo que la lleva a sumarse a los Oscos. En Roma, la presencia etrusca desaparecería también, en las fechas tradicionales o en 507, en la revolución que llevaría a la proclamación de la república, o en 504, con el final de la intervención de Porsena, rey de Clusium (Chiusi) que había vuelto a ocupar Roma. Estas fechas de 507 o 504 son discutibles, por otra parte. La evolución romana es similar a la de otras ciudades etruscas, que también derrocaron a sus reyes. Es probable que Roma haya recuperado su libertad un poco más tarde, en el momento en que los siracusanos, tras la gran victoria de Cumas, saqueaban las costas etruscas, e incluso sus puertos sobre el Adriático.

Aunque cae en picado, Etruria no muere por estos golpes reiterados. Tardará más de dos siglos en desaparecer, palmo a palmo. Los celtas, que atacan sus posiciones tras los Apeninos, se quedan con Felsina (Bolonia) en el año 360. Roma, en lucha con todos los pueblos de Italia, se lanza a una guerra de desgaste contra Etruria entrecortada por falsas reconciliaciones, una especie de guerra civil. Veyes cae en el 396, Volsinia en el 265, Falerias en el 240. Esta última fecha, puede marcar en todo caso el término de esta reducción a la obediencia, en realidad muy complicada. Las ciudades etruscas no dejaban de vivir con sus magistraturas, sus aristocracias, su pueblo de campesinos de la gleba, como siervos, sus menores duramente tratados, pero la civilización y la lengua latina se estaban instalando para muchos siglos.

Lo que hizo Roma, no sin esfuerzo —la unidad de la península italiana, prefacio de la conquista del *More Nostrum*—, lo hubiera podido hacer Etruria. En términos de estrategia política, su problema fue tener demasiados enemigos al mismo tiempo y estar ella misma dividida en ciudades celosas de su independencia: las asambleas anuales de las ciudades etruscas en el *Fanum Voltumnae*, en el territorio de Volsinia, son asambleas religiosas, no un organismo político. Etruria padeció el mismo mal que acarreó los desastres de las polis griegas.

Como ellas, en cierta forma sobrevivió: Toscana es un mundo aparte en el universo italiano. Quizá sea un juego abusivo tratar de reconocer en las calles de Orvieto, de Tarquinia, de Florencia, en un hombre o una mujer de la calle los rostros felices, de acusados rasgos, de las tumbas etruscas. Un amigo mío amante del arte, hablando de los italianos del Renacimiento, pretendía que: «No son toscanos, sino etruscos.» Abunda en este sentido el retrato de un etrusco, como lo presenta Jacques Heurgon a través del personaje de Mecenas, descendiente de antiguos lucumones de Arezzo, «ministro de Interior de Augusto», protector de Horacio y de Virgilio. Su descuido, su finura, sus costumbres libres, sus gustos barroquizantes, su pasión por la música, su desprecio por los honores vulgares, su agudo conocimiento de los hombres, su obstinado talante conciliador, ¡qué tentación atribuir todas estas gracias, dejando de lado algunas sombras negras, a la antigua civilización de la Toscana, que se hunde, sin perderse, en la gloria de Roma!

**Espiando a los dioses sin cesar**

Quizá nos sentiríamos menos frustrados por el enigma de los etruscos si conociéramos, de la religión que está en el centro de su vida, algo más de lo que nos enseñan fuentes tardías, seguramente insuficientes. Es una religión del libro, o mejor de los libros, pero estos libros no están a nuestra disposición. Tenemos extractos, comentarios de los tiempos romanos, nada que nos pueda dar una «estructura» que nos permita edificar un universo coherente.

Nacida de un Oriente arcaico, por la religión etrusca circula una savia abundante. El panteón está superpoblado (las 44 casillas del hígado de bronce de Piacenza no bastan para acoger a todos los dioses) Y se abre casi sin discriminación a las divinidades extranjeras —italiotas o griegas, o también fenicias.

La invasión de los dioses italiotas, de nombres latinos «deformados pero reconocibles» plantea muchos problemas. Uni viene de Juno; Nethuns de Neptuno; Maris de Marte; Satre de Saturno. Además, Menrva, diosa etrusca, dio su nombre sin duda a la Minerva latina. Y como contamos también con una avalancha de dioses griegos sus personas y sus mitologías, sus aventuras espectaculares, embarulladas, novelescas, se identifican con las de los dioses etruscos. Tinia, el dios supremo de Etruria, representado con un cetro y señor del rayo, siempre se presenta con el aspecto y los avatares de Zeus. Menrva, por

supuesto, sale de la cabeza del rey de los dioses. El Hermes etrusco tiene su propio nombre, también etrusco —Turms—, pero «lleva la clámide, el petaso y el caduceo de Hermes». En cuanto a Heracles, simplemente se le divinizó, para convertirlo en el dios de la guerra, de los viajes, de las aventuras por mar, y además en el simpático vencedor de los Infiernos.

Estas contaminaciones, esta cascada de nombres griegos o itálicos, estas imágenes que anuncian el panteón latino (Tinia forma con Uni y Menrva la tríada esencial, análoga a la trinidad capitalina) nos ocultan las particularidades de la religión etrusca. Por ejemplo, quisiéramos conocer mejor a Voltumnus, dios juvenil importante, que cambia de ropa con las estaciones y que, según la tradición romana, abandonó la causa etrusca por la de Roma. ¿De dónde viene? En este caso, hay un signo indudable que habla de Oriente: la religión etrusca es una religión revelada, a la inversa de la romana o de la griega. Sus libros sagrados transmiten la palabra enseñada por la ninfa Bagoe y por Tages, el niño con sabiduría de anciano que salió un día del surco de un labrador en Tarquinia.

Fue tardíamente cuando la *disciplina etrusca*, como decían habitualmente los antiguos, de tradición oral durante mucho tiempo, se fijó en los libros que tanto interesaron a los romanos contemporáneos de Cicerón: *libri haruspicini* sobre el arte de examinar las entrañas de las víctimas; *libri fulgurales* para la interpretación del rayo; *libri rituales*; *libri acheruntici*, como un manual a la egipcia sobre el viaje de los muertos. Todo un sistema de magia protectora, para adivinar y no enfrentarse con la voluntad temible de los dioses; para prever el futuro consultando las entrañas de las víctimas, interpretando los prodigios, en particular el rayo con sus múltiples aspectos, en función de que se presente en tal o cual región del cielo, o de que caiga una o más veces seguidas, etc. El sistema desemboca en unas reglas que son válidas para la vida de los particulares o para la existencia de los Estados.

Atrapado por estos temores y obligaciones, el etrusco, es el más «abrumado», el más religioso de los hombres en opinión de los antiguos, pero es por referencia a la religión romana o griega. Quizá habría que decir simplemente que no ha salido de los círculos mágicos de la religión oriental, de sus terrores, de su formalismo. La religión etrusca, que deja poco descanso a sus fieles, no desemboca al parecer en ninguna ética, en ninguna recompensa, pero no excluye el castigo, y volveremos sobre este tema. ¿Acaso no era así en muchas religiones orientales?

**¿Hablan los muertos?**

De las ciudades etruscas, de calles a menudo estrechas, de murallas de sillares amontonados sin cemento, ha desaparecido todo, o casi, pero centenares de tumbas nos aportan su extraño testimonio.

Las primeras, de la época villanoviense, son simples pozos en los que se entierra la urna bicónica (o en forma de casa) que contiene las cenizas del muerto. Con la inhumación, que pronto se impone en todas partes, aparece la fosa alargada

y, desde el siglo VII, excavada en la toba volcánica, la tumba con cámara de los ricos. Cerca del emplazamiento de la ciudad antigua de Caere, fuera de las murallas, según la costumbre, tres necrópolis (sobre 350 ha) ocupan una superficie mayor para la ciudad de los muertos que para la ciudad de los vivos. El caso de Caere no es una excepción. Muchas de estas tumbas sufrieron pillaje y se reutilizaron con el paso del tiempo. Desde hace poco, para poder decidir con conocimiento de causa, los arqueólogos proceden a ingeniosos sondeos: un periscopio introducido en el túmulo permite ver, anticipadamente, si una tumba localizada contiene riquezas, o en todo caso pinturas murales. Es una buena forma de utilizar lo mejor posible los créditos insuficientes, pero los descubrimientos son lentos. ¡Es una lástima!

Del siglo VIII al V, estas tumbas nos dan los mejores testimonios sobre la propia Etruria y sobre las aguas turbulentas del arte internacional. Los objetos que se encuentran en las mismas son un muestrario del comercio de arte mediterráneo: vasos y amuletos de cerámica egipcia, marfil, copas de plata dorada y cristalería de Fenicia, innumerables cerámicas protocorintias, corintias, jónicas, áticas, laconienses, frascos de perfume de todas las procedencias... Y la evolución general de los estilos mediterráneos, del periodo orientalizante a la helenización progresiva, de la sonrisa del arcaísmo griego al estilo severo y clásico, de los vasos de figuras negras a los vasos de figuras rojas: toda esta evolución sensible a las modas se puede reconocer a través de la abundante producción etrusca, armas, espejos, trébedes, cistas de bronce, vasos llamados de bucchero cuya arcilla negra copia el metal, imitaciones de las cerámicas griegas, orfebrería, escultura, arquitectura, en particular la de los templos. La gran época del arte etrusco, la más fuerte, la más original, está en los inicios, de los siglos VII y VI a 475 más o menos. Es la época de las joyas más bellas, de gusto oriental, de la gran escultura, de las estatuas magníficas de terracota de Veyes (finales del siglo VI) donde adornaban el caballete del templo de Apolo, y las más encantadoras (es la palabra adecuada) pinturas funerarias.

Es cierto que visitar en Tarquinia estas casas de muertos, pasear de una a otra, encontrando cada vez los colores y el sol de una primavera toscana, es una peregrinación que se desarrolla bajo el signo de la alegría. Los etruscos creían en una supervivencia en un sentido bastante material del término. El muerto viviría en la misma tumba, en una o más cámaras adornadas con bancos, frisos de piedra tallada, frescos, a partir de la primera mitad del siglo VI. Todo el decorado está destinado a evocar la casa privada, a edificar alrededor del muerto el mundo coloreado de los vivos.

Tomemos en Tarquinia el ejemplo de la tumba llamada de los Leopardos, ni la más hermosa ni la más amplia, pero sí una de las mejor conservadas. Una escalera conduce a una cámara subterránea cuadrada. Frente a la entrada, tendidos sobre lechos, servidos por criados, tres parejas se dedican a comer y charlar. En las paredes laterales, servidores y músicos se adelantan hacia el triclinio en un decorado de ramos floridos. Por encima de los comensales, sobre el frontón, dos leopardos frente a frente han dado su nombre a esta tumba, cuyo encanto no nace de una gran calidad del artista. El trazado bastante tosco, los gestos pesados, las manos sin gracia destacan enseguida si los comparamos con el dibujo delicado y

los asombrosos bailarines de la tumba contemporánea llamada del triclinio, o con el movimiento extraordinario de la pareja semidesnuda que baila, siguiendo un ritmo endiablado, en la tumba llamada de las Leonas, cincuenta años más antigua. En cualquier caso, el color, lanzado a grandes pinceladas, los azules, los rojos, los verdes, los negros mezclados sin miramientos, el juego escénico que se esboza entre un criado que enarbola una jarra vacía y los comensales, las mujeres rubias, de tez clara, los hombres jóvenes con el cabello negro, todo está lleno de alegría, espontaneidad, vida.

No hay ningún formalismo en los temas. Cambian de una tumba a otra. Los muertos están rodeados de lo que les ha dado alegría sobre la tierra, los banquetes fastuosos que evocan sin duda ritos funerarios, pero también las alegrías de los vivos, la música, los juegos de los atletas, la diligencia de los servidores, las danzas llenas de alegría, un hermoso barco en el muelle, un buceador desnudo que desde un arrecife rojo y azul se lanza como una flecha entre pájaros multicolores, jinetes, hermosísimos caballos frágiles con finos remos de corredores, y decorados de plantas, de animales, de peces. Todo con gran libertad de colores y composición. Podríamos entretenernos en confrontar el mismo tema, tratado a la egipcia, con las pinturas de la tumba etrusca «de la caza y la pesca»: en un agua turbulenta llena de peces, una barca con su pescador alza una red; por encima, una bandada de pájaros que un cazador abate con una honda. El tema es el mismo, pero se trata de otro mundo, feliz, con este sentido del humor, burlón incluso, que encontramos en algunas esculturas etruscas, que llegan a ser caricaturescas. En todas las tumbas antiguas de Etruria, la bajada a los infiernos es un himno a la vida, independientemente de las creencias, de los temores de los etruscos respecto a los dioses que los atormentan.

Curiosamente, todo cambia en el siglo IV, incluso un poco antes. El estilo primero, bruscamente digno, envarado a veces, tomando sus temas de la mitología de la Grecia clásica, con bellísimos detalles, por ejemplo el famoso retrato de Velia, en la tumba del Ogro. Al mismo tiempo, las imágenes amables de la vida cotidiana desaparecen y los demonios que invaden la escena ya no son los personajes alegres del panteón etrusco. Se trata de Tuchulcha, con su pico de ave de presa, sus largas orejas y las dos serpientes amenazadoras que se alzan sobre su cabeza; de Charun (que sólo tiene de griego el nombre), más siniestro todavía, con su horrible rostro azulado de carnes putrefactas, nariz ganchuda, orejas de caballo, la maza con la que acogota con una alegría monstruosa al mortal que llega a su última hora. Estos seres maléficos forman parte del fondo más antiguo de creencias populares etruscas, pero es la primera vez que aparecen en los muros de las tumbas. Atormentan al difunto en el horrible paso de la vida a la muerte, un momento espantoso antes de volver a la paz y los placeres eternos en los Infiernos —representados a la griega (lo que también es una novedad), donde Hades y Perséfone presiden la mesa de los banquetes del más allá.

Estas imágenes sombrías se multiplican con el siglo IV, en el momento en que los etruscos sufren en su felicidad material, en que cae la noche sobre Toscana.

## 3. Las colonizaciones griegas

La expansión griega presenta los mismos problemas y ambigüedades que la colonización fenicia o la historia de los etruscos. Nuestros conocimientos son más abundantes, pero en lo que se refiere a la cronología, las motivaciones, se plantean muchas más preguntas, a menudo sin respuesta, que sobre la fundación de Cartago. Superabundancia de conocimientos, superabundancia de debates: el primer pasado de Grecia es terreno abonado para todo ello.

Ayer, este pasado aparecía como bastante sencillo. Ciudades cercanas unas de otras crean, al otro lado del mar, de Crimea a España, un universo disperso de más ciudades, cada una relacionada con una ciudad matriz. Con escasas excepciones, cada colonización era el resultado de un viaje preparado anticipadamente, generalmente siguiendo los consejos del oráculo de Delfos. La expedición estaba dirigida por un fundador enviado por la metrópoli, el *oikistes* que, con la protección de los dioses, elegía el emplazamiento de la ciudad nueva, dirigía el trabajo de los agrimensores y la distribución de las parcelas de tierra, adaptaba la constitución de la metrópoli a la ciudad nueva. Luego reinaba, a menudo en solitario, dejando tras él el recuerdo de un héroe, en épocas lejanas en las que vivían todavía, en el centro de animadas fábulas, reyes y semidioses. En cada ocasión, los emigrantes trasladaban en su equipaje el fuego encendido en el hogar de la metrópoli.

Otros personajes necesarios para el desarrollo del guión: los indígenas mantenían una lucha encarnizada contra el invasor, o eran lo bastante sensatos para someterse, o estaban tan deslumhrados que ofrecían al fundador la hija de su rey. Protis, uno de los fundadores, hacia el 600, de Masalia (Marsella), se casa con Giptis, hija del rey de los segobrigios. El espartano Falante funda Tarento contra los bárbaros iapigios. El oráculo de Delfos le había aconsejado que fuera «el azote de los iapigios». Procedente de Thera, guiado por nómadas libios, Battos, en el 631, funda Cirene, allá donde llueve, «donde el cielo tiene agujeros», maravilla de las maravillas, en la inhóspita costa africana. Los indígenas también están presentes para burlarse un poco de ellos. Los carios, cerca de Mileto, son considerados bárbaros por su forma de hablar el griego (prueba de que por lo menos lo hablan). Por supuesto, hay «bárbaros buenos», como habrá para Europa el «buen salvaje», por ejemplo, en las orillas septentrionales del Ponto Euxino, donde «cimerios, escitas y sármatas suelen recibir maravillosamente a los jonios, con sus buenos vinos y sus hermosos vasos».

Centenares de historias, unas más hermosas que otras, nos relatan Herodoto, Pausanias y algunos más. No conviene tomárselas al pie de la letra. Es verdad que la cronología ha resultado ser exacta en muchos casos, pero desde que la arqueología ha tomado cartas en el asunto, sus documentos, sus fragmentos de cerámica sobre todo, desmienten algunas fechas de fundación. Y como todas ellas están relacionadas, al cuestionar una sola, toda la cronología se tambalea y ya no podemos estar seguros de nada. Además, también hay que descifrar el idioma de la arqueología. Supongamos que dentro de uno o dos milenios la arqueología

reconstruye paso a paso, sin ningún escrito en que apoyarse, el pasado abolido de la Argelia francesa: ¡la batalla de Argel sería tan oscura como la toma de Cnosos por los micénicos o la fundación de Tarento por los dorios!

En cuanto a la Grecia antigua, el problema principal está en el primer avance de la civilización, en el momento en que se libera del barro pegajoso de su Edad Media. Para ella, todo dependería de ese principio.

**Las precolonizaciones oscuras**

La historia general distingue dos colonizaciones griegas: la primera agrícola, del 775 al 675; la segunda, del 675 al 600, sobre todo comercial. Es una simplificación muy cómoda. En primer lugar, la aventura griega no comienza puntualmente en el 776 o en el 775, año de la primera Olimpiada, y la colonización agrícola no se diferencia de la comercial como el agua del aceite. No queda más remedio que bucear en lo que ocurrió en la noche anterior a la primera Olimpiada.

Esta búsqueda sólo nos puede llevar, por caminos inciertos, unos muy largos y otros muy cortos, hacia los orígenes de los movimientos que empujaron a los griegos fuera de sus diferentes patrias.

En Italia, *lato sensu*, existen muchas pruebas de una presencia micénica, pero no aparenta ser una colonización, en el estado actual de los conocimientos, salvo en Tarento y en el territorio que la rodea. Incluso hubo, en este lugar privilegiado, una cierta continuidad desde Micenas a la Grecia colonial.[56] Por lo tanto, Italia no es para los colonos griegos una *terra incognita* en el siglo VIII. Hacia el lejano Oeste, los viajes llevaron a los barcos de Rodas, mucho antes de la fundación de Marsella (600), hasta las costas de Galia y de España. En un principio, a finales del siglo VII, tenemos las fundaciones de Rhode-Rosas, de Agathe-Agda y de Rhodanusia, en la desembocadura del Ródano[57], aunque nuestra información a este respecto es limitada.

El problema es similar, pero mucho más complejo, en lo que se refiere a la fachada de Asia Menor y al mar Egeo. Mercaderes y asentamientos comerciales micénicos han dejado su huella en este extenso litoral. Se habló griego, sin duda, en Rodas, en Cos y en las islas vecinas, en Cilicia, en Caria; existió un asentamiento micénico en Mileto a finales de la edad del Bronce. No obstante, aquí como en todas partes, cae la noche con el siglo XII. Más tarde, algunos refugiados griegos arriban a las orillas orientales del Egeo. Se van creando ciudades muy modestas: Esmirna hacia el año mil, Mileto sin duda un poco antes. Esmirna en su primera forma está rodeada de un muro, en palabras de experto, «macizo y bien construido», prueba de que existen amenazas exteriores, pero en el interior de su recinto sólo existen casas muy primitivas, «curvilineales». Habrá

[56] Ya no se puede hablar en nuestros días de continuidad desde Micenas a la Grecia colonial. Podemos hablar más bien de un hiato. (P. R.)

[57] Ahora se piensa más bien que en aquella época sólo hubo algunos viajes de autores desconocidos. (P. R.)

que esperar a mediados del siglo VII para que todo cambie, pero muy deprisa, al menos en las «doce ciudades» de Jonia, las mayores de las cuales, Focea, Mileto, desempeñarán un papel decisivo en la colonización cercana y lejana. En unas décadas, se convierten en las ciudades más brillantes del mundo griego.

Sus principios modestos implican una vida en el espacio intermedio, el mar Egeo y sus islas, todas ellas en poder de los griegos, de Creta a las Espóradas del Norte. Pronto se instalarán en la costa septentrional, todavía salvaje, del golfo Termaico, en las costas marinas del Helesponto. La primera cultura griega irradia así a través de todo el Egeo, sin demasiada fuerza, pero en solitario. El estilo «geométrico», el de la civilización nueva que despierta en la península, ha dejado múltiples huellas en las islas y en la orilla asiática. En Delos, en el corazón de las Cicladas, el santuario de Apolo, que brillará más tarde como un faro sobre el mar que le rodea, se alza desde el siglo VIII.

**Grecia y Levante**

La Grecia de Asia no es una tierra colonial a decir verdad, pues es tan antigua, o casi, como Grecia propiamente dicha, que vuelve a la vida tras la invasión dórica; sus ciudades no han sido «fundadas» por una metrópoli de la otra orilla del Egeo, han nacido paralelamente a las ciudades de la península griega y de las islas. Las mezclas de población son las mismas a uno y otro lado del Egeo, con grupos dóricos, jónicos y eólicos, más algunos aqueos. Con el tiempo, la parte de Asia Menor que conservará el nombre de Jonia (la Jonia de las doce ciudades) se diferenciará, por su civilización, sus costumbres y su arte, de la Grecia peninsular. Mucho más tarde todavía, un orden «jónico» se diferenciará del dórico, nacido al otro lado del Egeo.

A decir verdad, esta Grecia de Asia sólo prosperará un día gracias a sus vínculos con el Asia profunda. Estos vínculos tardan en crearse, y cuando lo hacen se organizan en la dirección de Siria, no son los griegos de Asia, sino los jonios de Eubea y de las islas del Egeo los que están en el origen de los nuevos asentamientos, en particular el de Al Mina. La propia Jonia no tiene nada que ver probablemente con este primer comercio y con la orientalización del arte y del pensamiento que se derivará de él. Curiosamente, es en Corinto, hacia el año 725 a. C, donde aparecen los primeros signos, en la cerámica protocorintia. Mientras tanto, la Grecia de Asia no se liberará del estilo geométrico hasta mediados del siglo VII.

Desde este punto de vista, si el historiador tuviera que elegir un sector y uno solo sobre el que quisiera ver la luz, quizá debiera elegir la costa sur de Asia Menor, hasta su articulación siria: Rodas y Chipre, antiguos pilares, y después refugios, de la cultura micénica; Tarso, relacionada con Rodas y las Cicladas desde el siglo IX; y más todavía Al Mina, esta factoría en la desembocadura del Orontes lindando con la Siria neohitita, descubierta por los arqueólogos en 1935, cuyos orígenes no podemos fechar hasta ahora, quizá comienzos del siglo VIII. Su importancia debió ser capital. Al Mina representa la primera gran apertura de

Grecia sobre Siria, Palestina, los Estados neohititas y árameos, Asiria, Urartu y todas las líneas caravaneras del Oriente Próximo continental. Además, la ciudad tiene una importante población de fenicios. No es de extrañar que se considere cada vez más como la ciudad en la que Grecia se une a Oriente, donde los griegos se iniciarán al alfabeto fenicio y donde tiene su origen la fase orientalizante del arte griego que dará el primer zarpazo al estilo geométrico.

Al Mina tiene valor de ejemplo por otras razones. El Mediterráneo en sus interminables costas está rodeado por países que, para su época, son primitivos o desarrollados, o superdesarrollados, unos de nivel muy alto, otros muy bajo. Ahora bien, los tráficos muy eficaces se desarrollan entre puntos de alto y bajo voltaje. Al Mina es evidentemente un punto elevado, una cima comercial, situada en una de esas líneas que unen Grecia, todavía atrasada, con países de antiguo desarrollo que no han perdido su ventaja, aunque hayan perdido una parte de su riqueza. Otro punto elevado será más tarde Naucratis, el Shanghai que Psamético I concederá en el delta del Nilo a mercaderes griegos, sobre todo jónicos. Su fundación se sitúa antes del 600, sin duda hacia el 630. Es realmente en ese momento cuando por la red de ciudades griegas, las antiguas y las nuevas, empieza a circular la electricidad.

**¿Tierras o mercancías?**

Por supuesto, la tierra es la gran realidad de base. En el momento de la gran dispersión de sus hombres, Grecia es un país agrícola, de economía arcaica, mal dotado, en realidad: pocas tierras cultivables, y todavía menos de calidad. Cuando crece la población, se imponen colonizaciones interiores, pero su *elasticidad* es reducida: el pico de los labradores no sólo se detiene al topar con las piedras o las raíces nudosas de los árboles, además, está condenado por el bajo rendimiento de todas las tierras marginales. Arar varias veces, romper los terrones a golpe de azada, nada puede con el empecinamiento del suelo griego por no producir lo suficiente. Sin contar con que las rozas aceleran la escorrentía y una tormenta basta para llevarse ladera abajo toda la tierra fértil. Toda Grecia padece y padecerá hasta nuestros días esta enfermedad endémica.

Es fácil traducir esta dificultad a términos sociales: un número demasiado elevado de pequeños campesinos que se afanan por repartirse una magra herencia que los libra a la explotación de algunos terratenientes y los convierte en *hectemoros* —aparceros que entregan probablemente cada año las cinco sextas partes de su cosecha—, los endeuda respecto a los ricos y tarde o temprano «esclaviza la tierra». La Grecia del siglo VIII está llena de campesinos que huyen y en Homero abundan los vagabundos. Hesiodo, en *Los trabajos y los días,* habla del esfuerzo interminable del campesino, atado a su estrecho campo, amargado por las disputas ariscas con sus vecinos, su familia y los «reyes», es decir, los señores de las ciudades. Sólo la equidad de Zeus podría salvarle. O la huida. Si no, tiene que resignarse a ser «el ruiseñor en las garras del ave de presa». El legislador

trata de ponerle remedio, y ésa es la gloria de Solón, pero el proceso se reanuda con modalidades diferentes.

Es muy evidente que aquí tenemos el origen de la colonización griega. Encontramos muchos factores más: el crecimiento de las ciudades, la abundancia de artesanos, más la aventura miserable de los mercenarios, similar a la de los montañeses suizos o los lansquenetes del Renacimiento. Los soldados griegos se venden ya en Egipto en el siglo VI y se seguirán vendiendo en el Imperio persa del siglo V.

La huida puede tomar la forma de una aventura a la fenicia. La suposición no es gratuita. En estas épocas de navegación elemental, el campesino se convierte sin problemas en marino, tiene un barco. Hesiodo aconseja a su hermano Perseo, campesino como él, cuando llega el invierno y «hierven los alientos de todos los vientos», que no saque el barco «al mar vinoso, sino que trabaje la tierra. Deja el barco en la orilla, rodéalo de piedras... y retira la botana para que la lluvia de Zeus no pudra nada. Guarda en tu casa ordenadamente todos los aparejos, plega cuidadosamente las alas de la nave marina, cuelga el timón sobre el fuego y espera a que vuelva la estación de navegar».

Todo ayuda a que el proceso de pauperización empuje a los hombres hacia tierras lejanas. Si Beocia, Ática y Esparta (salvo en Tarento) no desempeñan un papel importante en la primera colonización griega, quizá sea porque todavía no han alcanzado el límite de sus posibilidades de colonización interior, les quedan tierras por roturar, comen su propio trigo o, en el caso de Esparta, el de la vecina Mesenia, duramente conquistada. Si las ciudades de Asia Menor, o Megara, emprenden en el siglo VI la explotación del Ponto Euxino y multiplican allí sus asentamientos, es para apoderarse del trigo de los países poco poblados de la Escitia meridional. En la Edad Media, Génova, haciendo los mismos cálculos, también buscará allí alimentos.

Este trigo, hay que pagarlo. En general, con vino, aceite —productos agrícolas ricos— y con productos manufacturados. Ahora bien, sin la intervención de mercaderes especializados, no es posible el trueque del trigo, o de los vasos de cerámica, o de los metales, cuando se trata de tráficos de un volumen importante. Hubo por lo tanto, desde el principio de la emigración o casi, mercaderes y cálculos mercantiles, e incluso colonizaciones por motivos comerciales. ¿Cómo explicar, por ejemplo, con intenciones puramente agrícolas, el asentamiento, hacia el 770, de los griegos de Calcis ¿en la isla de Ischia, frente a la bahía de Nápoles? Para un viaje tan largo, el fruto no es demasiado. Y casualmente, este primer puesto de vigilancia en el que se instalan los griegos más allá del estrecho de Mesina, en el siglo VIII, es una avanzadilla sobre el mar de los etruscos, en busca de sus metales. El metal es una preocupación constante de los calcidios... El oro de Lidia o de Egipto, el metal blanco de España o los lingotes de cobre también desempeñaron un papel en los cálculos de los primeros colonizadores, fueran o no griegos.

**Por una visión de conjunto**

¿Podría verse la expansión griega entre los siglos VIII y VI como un solo bloque de historia? Sin duda, estas ciudades sembradas a lo largo de las costas interminables del mar no forman un universo perfectamente cerrado. La lentitud de las comunicaciones, la fuerza de algunos vínculos locales pueden dejar una ciudad al margen de los circuitos generales. En cualquier caso, esos circuitos existen y son la parte esencial del «modelo» que debemos reconstruir.

El lector, en el mapa situado en anexo, observará los grandes puntos de partida. Calcis, Eretría, Megara, Corinto (dejemos de momento de lado Mileto y Focea) son los primeros centros vivos de la Grecia antigua. El eje que la une y la cruza va del Euripo, estrecho en el que se asienta Calcis, hasta el golfo Sarónico y el istmo de Corinto, ese muro estrecho que, desde el siglo VII, cruza un *diolcos*, una carretera con cunetas (como raíles en hueco) y troncos de árboles que permiten que los barcos pasen por tierra del golfo Sarónico al golfo de Corinto. Con sus dos puertos, Licaón y Kencreas, Corinto es el extremo de este eje frente a Occidente. Atenas y el Ática quedan al margen de esta colonización que se hizo poco a poco, con pequeños puñados de hombres.

Si consideramos los resultados, podemos diferenciar tres zonas, o mejor tres tipos de campaña:

1) las muy fáciles (no sin importancia o sin resultados ulteriores), que abordan las costas vacías o prácticamente vacías, en cualquier caso mal defendidas;

2) las operaciones esenciales relativas a las colonias implantadas en las costas de Italia meridional (Magna Grecia) y Sicilia;

3) las operaciones arriesgadas: ganarlo o perderlo todo, que se refieren al lejano Oeste. En el centro de estas operaciones tenemos la brillante fundación de Marsella, hacia el año 600.

## Cirenaica y el Ponto Euxino

Las costas casi vacías, fáciles de ocupar o incluso acogedoras, están en Cirenaica, por otra parte, con un solo asentamiento, del norte del Egeo; en el Ponto Euxino, que Mileto controla gracias a Abidos. Dos centinelas megareos, Bizancio y Calcedonia, se hacen frente a uno y otro lado del Bosforo, pero Mileto fue la única, o casi, que instaló plazas en las costas del mar Negro, de frecuentes tempestades, siempre «envuelto en bruma y nubes» (se le llamó por eufemismo «hospitalario»: el Ponto Euxino). Mileto encontró allí mercancías preciosas, madera, salazón de pescado, hierro, ámbar, sal, píeles, bueyes, caballos, hombres y trigo... Cuando caiga Mileto, Atenas ocupará su lugar en el mar nutricio.

## Italia y Sicilia

La aventura es bastante más importante en la zona central del Mediterráneo. Si los griegos tuvieron alguna vez la posibilidad de transformar el mar Interior en un lago privado, la partida se jugó precisamente aquí.

En un principio, el mar favorecía sus expediciones dirigidas a Italia y Sicilia. Una corriente litoral remonta la costa balcánica hacia el norte. Al abandonarla a la altura de Corfú, tras un día de navegación, aunque por alta mar, se puede ganar la costa italiana y encontrar otra corriente marina que se dirige al sur. Verdadero río de agua salada pegado a la costa, arrastra las naves hacia el golfo de Tarento y luego a lo largo de las costas de Calabria. Tras el estrecho de Mesina, que no es una interrupción importante, la costa de Sicilia abre sus brazos.

La ocupación griega se centrará pues a lo largo de una cinta costera casi continua, del golfo de Tarento a las costas sicilianas. Hay que destacar que no se ocupó en absoluto del Norte, en las costas mismas del Adriático. Sin embargo, Corinto ocupó Corfú (Corcira), posición esencial que arrebató a los eretrios; se apoderó también de Apolonia y de Epidauro (Durazzo), dos puertos que la costa montañosa de Épiro protege de los fuertes temporales invernales. No se hizo ningún intento (salvo en el caso de Focea, volveremos sobre ello) para alcanzar el norte del Adriático, sus costas bordeadas de islas, al este, y sus tierras bajas entrecortadas por ríos, al oeste. El esfuerzo disperso, aparentemente desordenado de las ciudades griegas, se inscribe ante todo en la búsqueda de una ruta hacia Occidente, lo que no impide detenerse a los colonos allá donde sea posible entenderse, de grado o por fuerza, con los pueblos indígenas, iapigios, oscos, sículos o sicanos.

Llegar a Occidente, despreciando el resto: la cronología, tal y como la tradición y los arqueólogos permiten fijarla, es elocuente en este punto. La primera ocupación griega no se sitúa ni en Tarento, ni en Metaponto, ni en Síbaris, ni en Siracusa, sino más allá de la línea Tarento-Siracusa y más allá del estrecho de Mesina, en Pitecusas (Ischia), hacia el 770. Los calcidios y otros eubeos se lanzaron desde el principio a una carrera dirigida al punto más lejano. Luego esta avanzadilla se reforzó con la ocupación de las islas de Capreas (Capri), Pandaterra, Pontia y con la fundación, hacia el 740, de la ciudad esencial de Cumas (mucho menos antigua de lo que decía la tradición, que adelantaba impertérrita la fecha de 1502). En la retaguardia de estas primeras fundaciones, apresuradamente lanzadas hacia el oeste, se fundan las otras ciudades, Naxos (757), Zancle (750) que, con Regio (hacia 740), controla el estrecho de Mesina, Siracusa (733) fundada por Corinto, Tarento (708)... ¿No es la misma historia que la de los fenicios, lanzados a tumba abierta hasta España?

Todo parece haberse desarrollado de forma casi tranquila, en espacios, si no vacíos, al menos mal defendidos y sin competidores importantes. Estos adversarios no disputarán hasta más tarde a los griegos las posiciones clave. En el siglo VI, los etruscos refuerzan sus posiciones en Campania: los griegos no llegarán más lejos y el vasto mar Tirreno, durante mucho tiempo, sólo se les abrirá con el consentimiento de sus rivales. Con los cartagineses, que controlan férreamente la línea Panormos-Motja (¿cómo podría renunciar Cartago, tan cercana, a «este malecón»?) se llegó a un acuerdo. Más o menos, griegos y púnicos se establecieron juntos en la isla, éstos al oeste, aquéllos al este, del 750 al

650. La victoria principal de los griegos fue apoderarse los primeros del tumultuoso estrecho de Mesina, pero no fue una victoria total, pues los etruscos dominan el mar Tirreno, pues los púnicos, aferrados a la estrecha y montañosa Sicilia, controlan la navegación «por las islas» hasta España. Los griegos buscaron la ruta del oeste, la ruta de los metales, pero no llegaron realmente a controlarla.

En cualquier caso, las ciudades griegas prosperan, sin duda alguna, gracias a sus tierras amplias y fértiles. Varrón pretende que los cereales dan ciento por uno. No estamos obligados a creerlo, pero el triple triunfo del trigo, del aceite y del vino, fuente según Diodoro del enriquecimiento rápido de los sibaritas, explica el esplendor de las ciudades coloniales.

Su riqueza es también comercial y artesana, pero ante todo comercial, pues las ciudades de este «centro» del Mediterráneo son, por excelencia, intermediarias. Si Hímera y Selinonte acuñan las primeras monedas griegas de Sicilia (Hímera hacia el 570-560), es porque son las primeras que se encuentran en contacto con el metal blanco de España, llegado a través de Marsella (fundada por los focenses hacia el 600), o incluso a través de los cartagineses, importantes proveedores de plata.

En estos albures de su historia, la mayor parte de las ciudades griegas de Occidente miran hacia las metrópolis donde se afanan los artesanos, transportistas y mercaderes. Los productos de la industria metropolitana son como una moneda que hay que colocar en Occidente. Es *probable* que los tejidos finos, multicolores de Mileto llegaran a Etruria a través de las rutas del istmo que, por tierra, van del golfo de Tarento al mar Tirreno. Síbaris deberá una parte de su riqueza al control de este tráfico de muías dirigido a la colonia de Laos, en el mar Tirreno. La ruta, bastante difícil, aunque apenas se eleva mil metros, sólo se pudo utilizar para mercancías ligeras y preciosas, como los tejidos.

Sobre el comercio pesado de las cerámicas, que viajan en el fondo de la cala de los barcos, la arqueología nos informa de forma más segura, casi estadística. Como útiles y para dar alegría a los banquetes, un tráfico constante transporta a lo largo de enormes distancias los vasos, las ánforas, las cráteras, las copas, los ritones, las nidrias, los aríbalos, e incluso la vajilla corriente. Como los tipos de cerámica se multiplican por diez, varían en función de sus lugares de origen y de las épocas y conocemos a veces las marcas de los talleres y de los pintores que las decoran, los ejemplares o los fragmentos que encuentran los arqueólogos presentan posibilidades preciosas de datación. Por su masa, su diversidad, señalan también las líneas de intercambio, así como las variaciones en esos mismos intercambios.

De un estudio centrado en Zancle y Regio, podemos obtener con Georges Vallet (1958) algunas observaciones de conjunto. Del 625 al 570, aproximadamente, se amplifica el flujo de la cerámica corintia; del 570 al 525, se impone la cerámica jónica de barniz negro (sobre todo de Focea y de Mileto); a partir del 550, llega el turno de los productos áticos. Tenemos así tres edades: corintia, jónica, ática. Desde la primera se define un comercio nuevo, de tipo colonial, como los que veremos en la primera modernidad de Europa: efectivamente, la «vajilla» que Corinto envía hacia Occidente revela una producción en serie, destinada ante todo al intercambio por trigo, que la ciudad

activa redistribuye a continuación a través de Grecia central. A este comercio típicamente colonial, únicamente en beneficio de Corinto, favorecida por su posición geográfica en la encrucijada de las rutas del istmo que lleva su nombre, sustituye, con la entrada en escena de Jonia, y luego del Ática (que aparece antes de los desastres del 494 y la toma de Jonia por parte de los persas), una fase de comercio que ya es internacional.

Si se ha podido hablar, respecto a estos intercambios, de «acumulación», es para sugerir con una palabra que este desarrollo económico antiguo ya tiene algo de un «capitalismo» mercantil, con las tensiones que ello implica. En Tarento, en 1911, se descubrió el tesoro monetario arcaico más importante de Occidente: más de seiscientas monedas, a las que hay que sumar los «seis kilogramos de plata sin acuñar, en placas coladas o cinceladas, en piezas toscas, desgastadas, cortadas e irreconocibles, en bastones o varillas, y también algunos restos de utensilios o de vasos de plata». El conjunto parece haberse hundido hacia el 480. Es el año de Hímera y de Salamina. Es un hermoso testimonio, demasiado, quizá: ahora se sospecha que los descubridores de 1911 completaron el tesoro con monedas de otras procedencias[58].

**El Far West y Marsella**

A partir de Sicilia e Italia meridional, la colonización griega empieza a correr grandes riesgos, a finales del siglo VII y durante la primera mitad del VI.

No vamos a retomar aquí la discusión sobre las fuentes antiguas, presentada por Michel Clerc en su obra clásica sobre Marsella, desde los orígenes hasta el siglo V d. C. Sus conclusiones no han sido invalidadas por las excavaciones realizadas, en 1967, en el barrio de la Bolsa, aunque estas últimas nos han enseñado muchas cosas sobre el puerto del Lacydon (más amplio que el Vieux-Port actual), sobre los muelles de piedra en los que se amarraban los buques, el depósito de agua dulce en el que se aprovisionaban, las fortificaciones de la ciudad antigua[59].

La fundación de Masalia hacia el año 600, en la desembocadura comercial del Ródano y sobre la ruta que va de este a oeste es un testimonio de la gran osadía de los focenses. Su ciudad, tras Mileto la mayor de Jonia, está en plena expansión a finales del siglo VII y hasta que la tomaron los persas, en el 549. En el enorme tablero en que se ha convertido el Mediterráneo occidental, están ocupadas casi todas las casillas esenciales o de fácil acceso. Los focenses, los últimos que llegan al oeste, tendrán que llegar más lejos que los fundadores de ciudades calcídicas o corintias, más allá de Corcira y Epidamno, de Zancle y de Regio, más allá de Cumas. Tienen un as en la manga: barcos rápidos. Buenos marineros, como todos los pueblos de Jonia, según Tucídides, se les ocurrió

[58] Sobre la colonización griega, véase *Les Grecs et l'Occident* (París, 1995) y J L Lamboley, *Les Grecs d'Occident. La periode archaique*, París, 1996 (P. R)
[59] Sobre Marsella, véase «Marseille grecque et la Gaule», *Études des Massalictes,* 3, Arx en Provence, 1992 (P. R.)

transportar sus mercancías, no en barcos redondos, a vela, sino en barcos alargados, *pentecóntoros* de cincuenta remeros que los griegos y otros mediterráneos reservaban en general para la guerra. Quizá tengamos algo similar a lo que será en Venecia la *galera da mercato* del siglo XV (d. C), barco mixto a vela y a remo. En todo caso, este carguero fócense afilado y rápido, es más capaz que cualquier otro de defenderse. Ya es cosa nuestra imaginarlos practicando, si se daba el caso, al mismo tiempo que el comercio, la piratería.

Los focenses llegaron así al norte del Adriático y a la ciudad de Adria. Habrían podido explotar el «istmo alemán», ya al alcance de la mano. Si lo abandonaron, no fue porque prefirieran el istmo francés, la vía del Ródano que pronto reconocieron los mercaderes griegos, sino para salir en dirección del Atlántico. Todo hace pensar que Masalia no fue el objetivo esencial de los focenses y de los griegos de Asia, samios o rodios. Si seguimos a Herodoto al pie de la letra (1-163), los focenses «descubrieron el Adriático, Tirrenia (traduciremos Etruria), Iberia y Tartessos». Ni una palabra sobre Marsella. Quizá se diera prioridad, una vez más, al oro y al cobre de España, al estaño que el cabotaje atlántico traía de Andalucía. En estas condiciones, Mainake y Hemeroscopión podrían haber sido fundadas antes de Masalia. Desgraciadamente, sobre la primera no sabemos nada y los arqueólogos consideran Hemeroscopión como relativamente reciente.

Marsella debió desplegar sus raíces poco a poco, ganando su autonomía. Ésta sólo pudo consagrarse con la caída de Focea, tomada por los persas en el 549, abandonada por la mayoría de su población. Empezaron entonces tiempos difíciles, ya que las flotas cartaginesa y etrusca impidieron la instalación de los focenses fugitivos en Alalia y la España meridional volvió bajo el control, sistemático y profundo, de los púnicos[60]. En cualquier caso, por lo menos habían intentado llegar al metal blanco español.

**Sistemas desiguales**

Hacia el año 700, la renovación general había favorecido la dispersión y los intercambios, para los fenicios, los cartagineses, los etruscos o los griegos. La razón es que una cierta prosperidad aportaba medios para ello.

Hacia el 600, los acontecimientos, los intercambios parecen acelerarse. En un mundo mediterráneo explorado y ya repartido, el sistema griego llega a una perfección que no se volverá a superar, con una última expedición, procedente de Mileto, hacia el Ponto Euxino, y de Focea, hacia el extremo poniente del mar. Hacia el 630, el faraón concede a los mercaderes griegos la ciudad de Naucratis; hacia el 600, los focenses fundan Marsella, que es el límite de su navegación hacia Occidente.

Naucratis, ya lo hemos dicho, es como Shanghai, una concesión en beneficio de los griegos de Asia. Están presentes los milesios, los eginenses y una

[60] Este punto ya no se admite en nuestros días. Antes de los Bárquidas, los cartagineses son poco activos (P. R.)

multitud de griegos procedentes de Kíos, Rodas, Tinos, Focea, Clazomene, Halicamaso, Mitilene. ¿Habían comprendido los griegos que el Mediterráneo es de quien lo cruza en toda su longitud? ¿De quien comunica un punto de tráfico muy alto con uno de tráfico muy bajo, en este caso Naucratis y Marsella? Quien controla los dos extremos domina el sistema y la Grecia de Asia se convierte en el corazón del sistema comercial griego.

No es, sin embargo, el corazón de un Mediterráneo que no pertenece exclusivamente a nadie. Tres sistemas se alojan en él, colaborando esporádicamente, enfrentados por lo general, incluso por la fuerza.

El más frágil, el menos prestigioso fue el de los etruscos. Incluso en el momento de su victoria de Alalia, no extienden su propio tráfico a la totalidad del mar. Están sobre una bisagra entre Oriente y Occidente, y su lujo así lo indica, pero ellos no se ocupan de enlaces que deberían ser cosa suya. En todo caso, su primer gran desastre, la derrota naval de Cumas (474) les asesta un golpe irreparable.

El sistema fenicio tiene una envergadura diferente. Fenicia y Cartago han resistido todos los embates: los desastres infligidos por Asiria, luego por Nabucodonosor, no acabaron con la flota fenicia, que renace con los faraones de la dinastía saíta. En el 525, pasa al servicio de Persia... Asimismo, Cartago se recupera tras el desastre de Hímera (480). Y así siguen. Al parecer, no hay quien pueda con su cuerpo flexible.

Que la omnipresencia de la cultura griega no trastorne nuestro juicio: finalmente, el Mediterráneo no fue un «lago griego». En 525, se perdió Egipto, pues Cambises acabó con el comercio de Naucratis. En el 494, Jonia, motor esencial, es sometida por Persia. Luego vendrán las guerras médicas, Maratón (490), Salamina (480), luego las glorias agitadas de Atenas. Al contrario de lo que repiten los historiadores, los griegos no ganaron las guerras médicas, que terminan en realidad en el 404 con la toma de Atenas, a manos, no tanto del peloponesio como del oro persa. El esfuerzo monstruoso e ininterrumpido de las industrias griegas, ¿no es la prueba de una situación difícil con obstáculos que hay que superar? Las emigraciones de artesanos, de artistas griegos, hacia Etruria, ¿no es un movimiento similar al de los mercenarios hacia Oriente Próximo? Este esfuerzo supone una influencia irresistible de la civilización griega, incluso en Cartago, incluso en la España cartaginesa, pero el sistema rival, el púnico, es sin duda el primero en el plano comercial. Puede sumar, al metal blanco de España, el oro de África.

El mar está en cualquier caso dividido. Ninguno de los sistemas existentes lo controla por entero, ninguno disfruta de los privilegios que significaría esta plenitud. Estamos muy lejos del triunfo unitario de Roma.

## *Capítulo VII. El milagro griego*

Abramos este capítulo con un diálogo ficticio entre el que dice sí y el que dice no —el que cree y el que no cree en la «Grecia eterna».

Uno dice: «¿Por qué volver una y otra vez a las luces del pasado griego?» Sólo deslumhran si las miramos de muy cerca. Y todo historiador debe tomar distancia, ganar perspectiva. Una obra de Eurípides o de Sófocles conmueve en mí al buen alumno que fui, pero soy ajeno a ellas. Es un mundo diferente del nuestro. Creo, como Wilamowitz, que hay que «limitarse a los griegos y pensar en clave griega sobre lo que es griego»; o como Heidegger, después de haber intentado en vano durante mucho tiempo traducir un verso de Parménides, que «mejor debemos dejar que las palabras griegas nos hablen ellas mismas de los que ellas designan». Toda confusión entre la civilización occidental actual y la de la Grecia antigua es un juego teatral a lo Giraudoux. La coherencia griega implica un universo cerrado sobre sí. No tratemos de penetrar en él por la fuerza, pues todo se convertiría en polvo.

El otro, que ama Grecia sin reservas, que allí vive en espíritu sin creerse por ello ajeno a su propia época, replica: «No hay historia inactual.» Esta frase magnífica de Louis Gernet puede traducirse así: la Grecia antigua sigue viva, el hombre griego lo demuestra por una humanidad de base que ha cambiado poco con el paso del tiempo. El pensamiento griego vuela hacia nosotros, se reencarna obstinadamente como las almas de los muertos que el sacrificio de Ulises hacía volver a la vida. Está en Mileto, en tiempos de los grandes jonios; en Atenas, cuando habla Sócrates; en Alejandría de Egipto, antes de brillar en Siracusa con Arquímedes; estará en Roma, pues la reducción irrisoria de Grecia a la condición de provincia romana (146 a. C.) culmina con la conquista espiritual del vencedor; será una flor preciosa de invernadero en Bizancio, la segunda Roma; se volverá a abrir en la Florencia de Lorenzo de Médicis y de Pico de la Mirándola. Y sigue llegando hasta nosotros: «Es en Grecia —escribe Louis Gernet— donde empiezan a esbozarse los marcos de la reflexión filosófica y es un tópico decir que la posición de los problemas esenciales no ha cambiado demasiado desde entonces.» Quizá no sea decir demasiado, aunque sí parece exagerado afirmar con un

historiador inglés de nuestros días que «los filósofos jónicos abrieron el camino que la ciencia se limitó a seguir»...

En cualquier caso, la ciencia, la razón, el orgullo de nuestro espíritu nos atan al pensamiento griego. Nuestras pasiones y nuestras ilusiones harán todo lo demás. El «milagro griego» entre nosotros, hombres de Occidente, podría venir de la necesidad que tiene cualquier civilización viva de buscarse unos orígenes, de inventarse unos padres a su gusto. Creer es casi una necesidad.

## 1. Grecia son sus «polis»

Empezaremos por la Grecia de los periodos arcaico (siglos VII-VI) y clásico (siglos V-IV), es decir, la época de la experiencia singular de las *polis* griegas. Esta singularidad no excluye algunas analogías, ante todo, con las ciudades italianas del Renacimiento. Como éstas, las polis griegas se gobiernan solas, por lo que la Grecia arcaica y clásica se encuentra fragmentada en unidades políticas numerosas y de escasas dimensiones.

Allá donde se encuentre, el crecimiento de estas autonomías urbanas sólo es concebible en ausencia de Estados territoriales de amplio arraigo, cuyo apetito a priori siempre es digno de Gargantúa. No es posible, por ejemplo, imaginar ciudades italianas en el siglo XV d. C, sin el inmenso ciclón de la recesión medieval, que arrojó por la escotilla de la historia las grandes formaciones políticas, el Sacro Imperio Romano Germánico y el papado al estilo de Inocencio III. Creo que las polis griegas no habrían nacido sin la recesión del siglo XII a. C. Se gestan en la edad negra que sigue a la invasión dórica, porque lo que se quebró con la caída de Micenas es el Estado palatino, sus grandes señores, sus escribas todopoderosos, un estado glotón, como tantos otros en el segundo milenio.

Estas ciudades que crecieron tras la tormenta son cuerpos bastante frágiles, desarmados ante la posible amenaza del ogro. Para las ciudades del Renacimiento, el ogro —aunque el término no parezca muy adecuado a primera vista— es el insignificante rey de Francia, Carlos VIII, que cruza los Alpes en septiembre de 1494. Para las polis griegas hubiera podido ser —tenía las dimensiones monstruosas adecuadas, pero no lo será— el imperio de los persas Aqueménidas en el que tardaba mucho en ponerse el sol. Su papel lo ocupará el bárbaro macedonio. Al menos, hablaba griego.

### Lo que sugiere la geografía

Grecia son sus polis, ciudades Estado. Sin duda, en regiones marginales o aisladas —Épiro, Arcadia, Etolia— o hacia el Norte retrógrado, la vida urbana no evolucionó demasiado. Sin embargo, allá donde se va afirmando el universo

griego, la ciudad impone sus soluciones, sus mezquindades, sus libertades, sus matrices insustituibles. Esta fragmentación en pequeñas unidades políticas parece bastante lógica: para los griegos era «un hecho de la naturaleza».

La fragmentación del relieve, la exigüidad de los llanos (menos del 20 por ciento de la superficie total), su número relativamente elevado avalan anticipadamente esta cristalización en unidades de pequeño formato. Para Aubrey de Sélincourt (1962), Grecia está formada por islas, islas de verdad en medio del mar, como tiene que ser, o «islas de tierra firme». Cada una de las ciudades griegas ocupa una casilla estrecha, unos campos, dos o tres prados por los que corren los caballos, vides, olivos, montañas peladas por las que trepan cabras y ovejas, una costa recortada, un puerto con una ciudad pronto rodeada de murallas, todo ello aislado por la altitud de las tierras limítrofes y por el mar. Grecia, son sus islas...

En estos cuerpos exiguos, basta a veces un incidente para alterar el equilibrio. Algunos filones de oro y plata y Sifnos, en medio del mar, será próspera; canteras de un mármol bellísimo, tan abundante que tenía la reputación de reponerse a medida que se extraía, y Paros conoce la opulencia; unos barcos asiduos en Calcis, Eretría, Megara, Egina hacen hablar de ellas en tierras lejanas y despertar envidias; que Atenas exporte sus vasos de cerámica y su aceite y conocerá su primera posteridad en tiempos de Pisístrato, «el más hábil de sus políticos», «el más republicano de los tiranos», como un precursor del déspota ilustrado.

Como todo es relativo, existen algunos monstruos territoriales. Esparta (8.400 km2) suma a la Laconia de olivos retorcidos la Mesenia vecina, brutalmente conquistada, colonia en el sentido moderno de la palabra, tan explotada que en cada instante parece al borde de la sublevación. Perderse en tanto espacio es la primera singularidad de Esparta entre todas las ciudades griegas, pero no la única. Tampoco hay que exagerar: este espacio ni siquiera equivale a dos departamentos franceses medios y las montañas inútiles, a las que la nieve se aferra cada invierno, ocupan bastante. Atenas, otro monstruo, no «supera» los dos mil cuatrocientos kilómetros cuadrados, es decir, las dimensiones actuales del Gran Ducado de Luxemburgo. Los cuatro llanos que componen Ática son de poca extensión. Cualquier ateniense tenía la posibilidad de ir de Eleusis a Maratón, o de Oropos, al norte, junto al Euripo, hasta el cabo Sunión, el Finisterre que remata Ática al sur. Junto a la costa se alza el templo de Poseidón y sabemos que a Platón le gustaba discurrir allí, rodeado de sus discípulos. Cuando Sócrates, en compañía de Fedón, remonta el Ilisos, convertido en verano en un hilillo de agua (se quitan las sandalias y marchan descalzos por la corriente, para refrescarse), los dos viajeros podrían, mientras charlaban, casi sin darse cuenta, dejar la llanura de Atenas, rodear el Himeto y alcanzar la llanura de la Mesogea. Recorridos cortos: cuando el humo asciende sobre la Pnix para anunciar la próxima reunión de la asamblea del pueblo, el campesino ciudadano toma su bastón y llega a pie a la ciudad cercana donde le llaman el deber y el placer.

La polis griega siempre tiene dimensiones humanas, dimensiones para peatones. Las ciudades con menos de cinco mil habitantes son las más numerosas.

Naturalmente, si estas ciudades estuvieran rodeadas por unas tierras equilibradas, ricas, dóciles, vivirían felices, casi sin historia. Esparta trató en vano de basar su destino en una felicidad de este tipo. Tebas, a pesar de sus jinetes y sus fuertes hoplitas, tendrá que esperar para gozar de glorias fugaces a Epaminondas y Pelopidas: que la llanura de Beocia tiene una tierra demasiado rica alrededor del lago Copais y su limo. Y como en todo hay una lógica interna, los campos beocios siempre siguieron de lejos y con retraso la evolución del mundo griego. La moda orientalizante les llega muy tarde, y el arcaísmo geométrico se prolonga durante mucho tiempo, con el encanto añadido de un carácter más o menos rústico en la decoración que ignoraban las enormes ánforas y cráteras protoáticas. En realidad, sólo se vuelven hacia el exterior, sólo están dispuestas a salir de casa las ciudades con una mala situación de partida. Algún día tendrán que echarse al mar, desposarlo, como Venecia, luchar contra los impedimentos, llegar al fin del mundo... Por suerte o por desgracia no faltarán ciudades así.

**La economía responsable de las polis**

Antes del siglo VIII, podemos imaginar Grecia de acuerdo con el modelo de países toscos como Tracia o Épiro en la época clásica o después, con sus aldeas aisladas, sus lugares de refugio en los que se prolonga una vida tribal, sus escasos señores acaparadores de tierras, hombres y derechos, que a menudo llevan aparejados privilegios religiosos. Algo así como Arcadia, verdadero museo de antigüedades en tiempos de Pausanias, o como la Itaca de Ulises, con su rey campesino, sus señores turbulentos, campesinos también, y el pueblo mudo del campo que los mira y los escucha. Y nada de ciudades, por supuesto. En el desastre de Micenas, la superestructura urbana antigua desapareció casi completamente.

Hizo falta tiempo, muchas circunstancias favorables en el momento en que la hierba vuelve a crecer por todas partes tras el siglo VIII, para que la ciudad consiga liberarse de su tejido campesino y señorial. En realidad, todo está emergiendo de una larga crisis —económica, social, intelectual, religiosa— múltiple en su génesis y su desarrollo. La polis griega es como un *modelo* que se elabora un poco antes, al parecer, en la Grecia asiática y que luego se extiende por todo el mundo griego. Como el amplio espacio griego es heterogéneo, evidentemente —la Magna Grecia, mucho más extensa, no es Grecia propiamente dicha— la explicación geográfica que se suele avanzar, con su oportuno determinismo, sólo tiene un valor relativo. Los factores económicos, que parecen tan decisivos, tampoco explican más que una parte, importante, es verdad, del curioso fenómeno de la *ciudad*.

En primer lugar, el número de hombres ha aumentado. Es necesario por ello ampliar las tierras cultivadas, las ciudades, apenas nacidas del acuerdo y de la reunión de las aldeas, deben recibir a los hombres que ya no encuentran su lugar en el campo, y tienen que dar de comer a todos aquéllos que no se vean arrastrados a alta mar por el espíritu aventurero. La división del trabajo exige

artesanos. Con el siglo VIII, se extiende la metalurgia del hierro, las industrias se agrupan en el límite de las ciudades bajas, en los barrios más miserables. La colonización acelera el desarrollo general. El mecanismo comercial crea milagros, o al menos situaciones nuevas.

El hecho más importante podría ser la llegada a los puertos de la Grecia continental del trigo de ultramar, procedente de la Magna Grecia y de Sicilia —y redistribuido durante mucho tiempo por Corinto; o procedente del Ponto Euxino y a través de los mercaderes y barcos de Mileto, y más tarde de Atenas. Antes había llegado el trigo de Egipto. Este trigo extranjero, barato, es en sí una revolución cuyo sentido está claro. Una revolución, pues el trigo importado reduce lo que un economista llamaría hoy las actividades de un sector primario, que nunca son demasiado rentables. Gracias al trigo que los «barcos de vacío» traen al puerto de Zea (en realidad, una rada del Pireo reservada al comercio de granos), Ática podrá especializar sus campos, desde la época de Pisístrato, en los cultivos más rentables de la vid y del olivo, y desarrollar sus industrias, proceso trivial donde los haya. Holanda, en el siglo XVII d. C. se empezará a desarrollar el día que empiece a consumir el trigo y el centeno del Báltico. El mercado del trigo fue revolucionario por una cosa: modificó las estructuras de la economía griega y, por ende, las de la sociedad. Incluso el gran señor «feudal», como decía Louis Gernet, se transforma así en *gentleman farmer*, atento a las cotizaciones de los mercados exteriores.

Existen otros dos «aceleradores» no menos importantes: la escritura alfabética y la moneda.

La adopción del alfabeto reintroduce la escritura en un mundo que se había olvidado de ella. Esta vez, se trata de una escritura al alcance de todos, no sólo un instrumento de mando, sino un acelerador de los intercambios, un instrumento de publicidad y a menudo también de desacralización. La ley secreta, gracias a ella, se vuelve pública: el cambio es enorme. Y la literatura empieza a desempeñar su papel, también importantísimo.

En cuanto a la moneda, la necesidad aparece desde antes de su nacimiento. Encontramos así una serie de «monedas primitivas». En la *Iliada* (VI-236), la armadura de Diomedes vale cien bueyes; una «mujer hábil en mil labores», cuatro bueyes (XXIII, 705)... El uso de lingotes de oro es seguro y el de lingotes de bronce en forma de pieles de buey está mucho menos confirmado que el característico de largos espetones de asar de hierro (*obeloi*). Hacia el 685, la moneda auténtica (monedas de electro, aleación de oro y plata) aparece por primera vez en la historia, en Lidia, el riquísimo reino de Creso; hacia el 625, fecha discutible, Egina acuña las primeras monedas griegas, pronto imitadas por todas las ciudades del Egeo y de Fenicia; en el 592, Solón, legislador de Atenas, devalúa en un 33 por ciento el dracma ateniense, hasta entonces alineado con el patrón de Egina. Al parecer, las manipulaciones monetarias también empezaron desde los orígenes de la moneda, o casi. Sin embargo, una verdadera economía monetaria no se creará antes del siglo IV y las proezas de la época helenística. En los siglos VIII o VII estamos lejos de tanta perfección.

No obstante, la vida despierta por todo el Egeo. Grecia, que había estado separada del mundo oriental, vuelve a entrar en contacto con él gracias a las ciudades de la costa siria, especialmente Al Mina. El lujo de estas tierras se

despliega ante el deslumbramiento de una Grecia de costumbres sencillas. Al mismo tiempo que los objetos, de Fenicia y de otros lugares, marfil, bronce, cerámica, lo que importa Grecia es todo un estilo. Estos decorados nuevos quiebran la rigidez del estilo geométrico. Llegan también modas, los primeros elementos de la ciencia griega, supersticiones, quizá la nueva juventud de los cultos dionisiacos. Y por todas partes, alrededor del Egeo, las ciudades griegas crecen, como si fueran pequeños mundos independientes, rivales, fundamentalmente similares.

**Ciudad y polis**

Mundos extraños, muy diferentes de la ciudad medieval de Occidente. Esta última está aislada del resto del mundo, es un mundo cerrado sobre sí mismo, con unas ventajas políticas y económicas reservadas a los ciudadanos privilegiados que viven intramuros. Por el contrario, la polis, «relacionada con un asentamiento urbano... no se confunde con él». Son «ciudadanos» todos los habitantes de un *territorio* mayor que la propia ciudad. Esta última sólo es un elemento, primordial evidentemente: ofrece a todos su plaza del mercado, el agora, una ciudadela refugio, el templo de la divinidad políada, protectora de la ciudad. Políticamente, forma un solo cuerpo con sus campos. Incluso Corinto, la centinela de las rutas del istmo, la comerciante, la industrial, tenía «como todas las ciudades griegas... una economía basada en la agricultura: la existencia de la ciudad es inconcebible sin un territorio que se comparte como base misma de la definición cívica» (E. Will).

En los primeros años de la atroz guerra del Peloponeso (comienza en el 431), los espartanos aparecen en filas cerradas cada primavera, con las primeras anémonas, por el desfiladero de Eleusis e invaden el territorio del Ática. Según el plan de guerra de Pendes, no es posible defender un territorio amenazado con tanta regularidad. Los campesinos abandonan pues anticipadamente sus casas y campos y el invasor penetra en unas tierras vacías. Los refugiados se repliegan en Atenas y, desde lo alto de los muros del Pelargicon, como no tienen nada que hacer, ven moverse a sus enemigos en la lejanía. La ciudad atrapada dentro de sus murallas y comunicada por los Largos Muros con el Pireo y el mar, es una isla protegida; en ese momento, la ciudadanía está reunida en la ciudad y llegan a ser una misma cosa.

**Quebrar una nobleza**

La dualidad de la polis griega, suma de unos campos y de una ciudad, ayuda a comprender el esquema probable de su formación. El proceso se pone en marcha tras la invasión dórica, cuando se reanuda una vida campesina cuyo recuerdo volvemos a encontrar, en la época clásica, a través de las fiestas

religiosas, apiñadas durante el invierno, cuando el hombre y la naturaleza descansan; a través de los festines, bailes, procesiones, fogatas, holocaustos, todos ellos cultos muy antiguos relacionados con la Madre Tierra. Esta vida campesina adopta, a partir de la invasión de los dorios, y quizá antes, una estructura de clanes, de familias patriarcales, los *gene*. Cada *genos* es un pequeño grupo primitivo, autosuficiente, belicoso, que a la mínima disputa se arroja contra sus vecinos; en esta sociedad sin justicia regular, la *vendetta*, la ley de la sangre se imponen como reglas de honor. Cada unidad tiene sus dioses, sus pretensiones, sus mitos, sus jefes que se enorgullecen de sus hazañas y de las de sus antepasados, hijos de héroes, es decir, semi-dioses. Esta mitología envolvente es la prueba irrefutable de la antigüedad de los clanes.

Esta nobleza dominante, que aparece en los albores de la historia griega en filas relativamente cerradas (los «ubérrimos», los «mejores», los «bien nacidos», los Eupátridas de Ática), tiene también el prestigio de los sacerdocios, de la riqueza de sus tierras, de sus numerosos ganados. Un mundo de clientes, de peones, de campesinos semisiervos gravita a su alrededor. A veces, el *genos*, la *patria*, se entiende con otros *gene*, forma *hermandades* que agrupan diferentes cantones. Los nobles son pues la primera estructura posible del Estado cuando los tráficos que se multiplican proponen, o imponen su elaboración. Serán los primeros en ocupar la ciudad, que pronto se convertirá en una posición de mando cómoda. Desde allí, a poca distancia, vigilan sus tierras y a sus campesinos.

La ciudad naciente tiene a menudo un rey, pero la realeza, la *basileia* pronto caerá a manos de los grandes propietarios independientes, reyes en miniatura. ¿No son ellos, en sus carros, los que defienden la ciudad? ¿No son ellos los que tienen todo el tiempo del mundo para ocuparse de la cosa pública, no sin hacer prevalecer sus intereses? ¿Acaso no tienen todos los poderes sacerdotales? El resto de la población, el pueblo —el *demos*— tiene otras cosas que hacer. El desmantelamiento precoz de la realeza benefició especialmente a los nobles. En Atenas, el poder real estaba compartido entre nueve magistrados, los arcontes: el arconte rey, que preside los sacrificios, el arconte epónimo, magistrado principal, que da su nombre al año, el arconte polemarca, al mando del ejército, los seis Tesmótetes, que imparten justicia. Este gobierno aristocrático desemboca en una pieza esencial permanente, el *areópago*, formado por los antiguos magistrados.

Como siempre, gobernar es despertar el descontento. En primer lugar el de los campesinos, que la propiedad de los nobles reduce poco a poco a una especie de servidumbre. También el de los recién llegados, cada vez más numerosos, atraídos por el progreso de la economía: por una parte, una burguesía (si podemos decirlo así) de enriquecidos, por otra parte el proletariado urbano de los *thetes*: obreros a sueldo, artesanos miserables, *metecos* (es decir, extranjeros), esclavos. El vínculo de unión no es una verdadera lucha de clases, pero sí una serie de tensiones y de malestares sociales. Esta crisis se estanca y reaparece en el conjunto del mundo griego, donde todo tiende a generalizarse, pues la dispersión política no excluye una fuerte unidad cultural.

El peor de estos conflictos pronto será el que enfrenta a la ciudadanía con la nobleza. La nueva polis no nacerá si no se libera al campesino, si no se rompen los privilegios religiosos, jurídicos y políticos de los «mejores». Hizo falta mucho

tiempo, muchas negociaciones, sobre todo en el ámbito religioso. La polis no es sólo un orden político y geográfico nuevo; es también una reunión de cultos, de dioses, un orden religioso del mundo sobre el que debe ejercerse la voluntad colectiva, y no la acción secreta y arbitraria de los *gene*. Sin embargo, éstos no fueron desposeídos brutalmente, como muestra el caso notorio, relativamente tardío, de Eleusis. En Atenas misma, para nosotros la más revolucionaria de las ciudades, para tomar un solo ejemplo entre otros cien, la familia de los Eteobutades conservó el privilegio de aportar la sacerdotisa de Atenea Políada y el sacerdote de Poseidón Erecteus. El pasado, el prestigio de las grandes familias patricias se conservan así parcialmente tras los cambios en la ciudad. Atenas se alimentó de la sustancia misma de esta civilización señorial de los Eupátridas, asimiló su evidente orgullo. «La moral de los griegos será una moral noble» (Louis Gernet). Hubo en Atenas, mucho tiempo antes, algo de la República noble de Polonia.

**Unos siglos inquietos**

No es menos cierto que la asociación creciente de los ciudadanos al gobierno de sus propios asuntos es una revolución enorme que se desarrolla en un clima de tensión y de inquietud, pero también de fervor.

Este fervor es el nacimiento de un violento patriotismo respecto a la polis. Con su espacio contado, comprensible, el hogar común del Pritaneo, su *ágora*, su ley conocida por todos, su proclamación reiterada de la igualdad de todos, la polis ha dejado de ser una abstracción. Julien Benda se entretuvo en contar la *Historia de los franceses en su voluntad de formar una nación*. ¿Quién nos relatará la historia de los griegos en su voluntad de construir mundos políticos limitados, a la medida del hombre? La pasión que sienten por su pequeña patria es casi patológica, más allá de lo razonable. Para hablar de ella, utilizan las palabras del *himeros*, del deseo amoroso: «Salamina, la bien amada», Atenas, «coronada de violetas», que todos sus «amantes» defenderán atendiendo a la llamada de Pericles. En ningún otro momento de la historia del mundo se ha llevado el amor al suelo patrio a estos límites que arrasan con todo, en los que el amor sólo puede dar paso al odio. Una polis griega, como más tarde una ciudad del Renacimiento italiano, tiene sus *fuorisciti*, sus proscritos. ¿O hay que decir excomulgados? Del exiliado se puede esperar cualquier cosa: la traición, el asesinato, la mentira y ¡horror!, trabajar para los persas.

La agitación no se limita al marco de la política. El retorno explosivo de los cultos dionisiacos es como una epidemia medieval de flagelantes que primero subleva los campos y luego arrasa las ciudades. Otro tormento: la obsesión de la culpabilidad colectiva, del sacrilegio que mancilla a una ciudad entera, el crimen de uno solo que repercute sobre todos. Los Alcmeónidas, gran familia aristocrática de Atenas con la que se relacionan Clístenes y Pericles, fueron expulsados en tres ocasiones por haberse manchado con el asesinato de los cómplices del usurpador Cilón, cuando estaban refugiados cerca de los altares, en

la Acrópolis. La ciudad no recobró la calma hasta 590, cuando un cretense, Epiménides, apareció como el profeta purificador, capaz de calmar a los dioses: les sacrificó ovejas blancas y negras y, se decía «dos víctimas humanas que se prestaron al sacrificio». Porque las enfermedades exigen médicos, taumaturgos, profetas, *tiranos*, *sabios* que serán los arbitros sociales (Licurgo, Solón, Clístenes) o charlatanes que se aprovechan de la credulidad popular: Empédocles de Agrigento, el filósofo nacido hacia el 490, no dudaba en «proclamarse dios y se presentaba a la multitud vestido de púrpura y coronado de flores», multiplicando los trucos de brujería, resucitando a los muertos... En Atenas, según Herodoto, Pisístrato llegó al poder por segunda vez gracias a una hábil puesta en escena: un carro le precedía, una mujer de elevada estatura, bella, armada hasta los dientes, iba en él: la propia Atenea. Es singular que la gente pudiera creer en un milagro.

También en aquellos tiempos, llamados presocráticos, aparece el Filósofo. La edad de los «Sabios» sucede a la edad oscura de los Héroes. Son siete, según la tradición: Tales de Mileto, Solón de Atenas, Periandro, tirano de Corinto, Cleóbulo de Lindo; Bias de Priena; Pitaco de Mitilene, Quilón de Esparta que, en el grupo, «representa la brevilocuencia lacedemonia». Hay sin embargo muchos nombres más inscritos en la lista de los Sabios. Un helenista contó veintidós, incluido Misón de Quené, el sabio oscuro, el «Sabio desconocido», el *uomo cualunque*, recompensado por su modestia virtuosa. Son datos muy vagos, pero estos personajes existieron antes de disolverse en una leyenda moral en la que representan, ante todo, la sabiduría insidiosa de los adagios populares: *Conócete a ti mismo - Huye de bs excesos - Quien fia corre a su ruina - Ocúpate de lo que valga la pena...* Es decir, viáticos para hombres inquietos que viven en tiempos inquietos.

**Hoplitas y remeros**

La guerra arcaica estaba representada por el Eupátrida ateniense a caballo, o mejor, sobre su carro. Hacia el siglo VII, el hoplita empieza a imponer sus servicios. El hoplita es un soldado de infantería pesada, equipado con una coraza de bronce, un escudo, un casco, grebas (las *cnémides*), una larga lanza que maneja con la mano derecha. Avanza hacia el enemigo pegado a sus compañeros, en la masa compacta de la falange: varias filas de hombres codo con codo, protegidos por la línea de escudos pegados uno a otro, como las escamas de una coraza. Toda esta tropa avanza al mismo paso. En el vaso Chigi (aproximadamente del 640), junto a los hoplitas, un músico toca la flauta doble: marca el compás y hace avanzar con un mismo movimiento a toda la falange. Esta disciplina es fruto de un entrenamiento en los terrenos del gimnasio. En primera fila de las virtudes militares ya no se encuentra la temeridad necesaria para los combates singulares, sino la técnica, el autocontrol. La guerra es como un partido, con sus reglas y sus «aspectos lúdicos»; los adversarios eligen a veces de común acuerdo un campo cerrado para el encuentro. Así luchan, en el siglo VII, en la isla de Eubea, Calcis y Eretría, y a partir de estos combates eubeos la táctica hoplita parece haber llegado

a las diferentes ciudades griegas, a mediados de siglo. En Esparta, los jóvenes, divididos en dos campos, se entrenan en una de las islas del Eurotas: la tropa vencida es la que los vencedores logran arrojar al agua.

Al finalizar las guerras dominadas por la caballería de los señores, el hoplita representa la aparición del soldado de infantería, un acontecimiento revolucionario allá donde se da, en Grecia como en la China del siglo VI a. C, o en los cantones suizos en el siglo XV, en tiempos de Carlos el Temerario. Este hoplita, que aporta sus armas y se convierte en un ciudadano de pleno derecho, se recluta entre los campesinos de las ciudades. El resultado es una revolución social y política, en la que sólo las formas y modalidades cambian de un Estado a otro (por ejemplo, en Esparta, los hoplitas forman un ejército profesional, el de los Iguales). La sociedad militar se integrará por todas partes, como es lógico, de una u otra forma, en la sociedad política, para imponerle sus exigencias. El campesino ateniense, propietario de su parcela de tierra, de su *kleros*, exige de la polis el respeto a sus derechos: deberá protegerle, liberarle de las ataduras que crea incesantemente su endeudamiento con el gran propietario. La resolución de este problema difícil hizo nacer de alguna forma los sistemas nuevos de gobierno. El gran éxito de Solón fue la *Seisactía*, operación por la cual el campesino puede librarse de su carga de deudas.

Ha nacido el soldado ciudadano: Herodoto y Tucídides pueden comparar la actitud del soldado griego, que lucha por sus libertades, con el soldado persa, que va a la guerra a latigazos. Este soldado agricultor trae a una ciudad como Atenas sus prejuicios de campesino, para quien el trabajo de la tierra (y la ociosidad que procuran la posesión de las tierras o el reposo agrícola invernal) es el único digno del hombre. Cualquier otro trabajo envilece: el artesano, el minero, el comerciante, el marino son seres inferiores. El comercio y la industria se están desarrollando sin embargo; extranjeros, esclavos, campesinos sin tierra se ocupan de las tareas más viles que prodigan la ciudad y el puerto del Pireo. Algunos de ellos hacen fortuna, los otros, eternos miserables, constituyen la cuarta clase de Solón, los *thetes*. También ellos se sumarán a la guerra y acabarán obteniendo los derechos políticos de base (la asistencia a la Asamblea del Pueblo) en el siglo V.

Su importancia se afirma el día en que Atenas se convierte, en vísperas de la segunda guerra médica, en una potencia marítima. El metal blanco de las minas de Laurión, recién descubiertas, sirve para la construcción de doscientas trirremes. Pasan el invierno en el puerto militar de Cantharos, en el Pireo, pero a cada primavera, para botarlas, es necesario un ejército de remeros. La *trirreme* no es más que un proyectil destinado a golpear con su espolón el flanco del barco enemigo: «Como velero sólo tiene defectos, pues al no bordear sólo puede navegar a toda marcha. La vela sólo es una fuerza de apoyo en la batalla. Sólo se iza la vela (el *akateion*) para huir.» La trirreme sólo puede cumplir con su papel de arma guerrera si está movida por un fuerte motor humano.

Amontonados a bordo, sin poder tumbarse para dormir más que en el suelo, cuando el barco queda varado en la orilla, los remeros tienen un trabajo tan duro, que se reservará con el tiempo a los galeotes. Sin embargo, en tiempos de Andrea Doria y don Juan de Austria, en el siglo XVI d. C, los miserables eran lo bastante numerosos para ofrecer galeotes voluntarios, *buonavoglie*, como se decía

en Italia. En tiempos de Pericles, la miseria tiene que haber sido también mala consejera, ya que los remeros griegos son hombres libres y asalariados. Cuando, más tarde, los peloponesios acaben con la flota ateniense, será con las tripulaciones compradas gracias al oro persa. No obstante, los remeros, cuando participaban en los botines y pillajes, tenían posibilidad de hacer fortuna, de comprar una parcela de tierra, un esclavo y ganarse ese ocio que en Atenas era la dignidad de la vida.

La falange introdujo al campesino en la sociedad política y el remo introdujo a los *thetes*, los casi intocables. Que Atenas haya cedido al movimiento podría ser la prueba de que era irresistible. Corinto, no obstante, se opuso a este fenómeno masivo y dio a sus tensiones internas una solución diferente. Es porque su entendimiento con Esparta ponía a sus puertas un gendarme. Una alerta, un signo y el gendarme acudía. Atenas optó por la democracia.

**Democracia y esclavitud**

Habría que explicarse sobre el contenido antiguo de la palabra. Las reformas de Solón (595) y de Clístenes (509) limitaron los derechos de los oligarcas, colocaron en primer plano los poderes de la *eklesía*, asamblea de los ciudadanos reunidos en la Pnix. En los tribunales de la Heliea, los ciudadanos también son jueces en los procesos. Salvo los estrategas que tienen el mando efectivo del ejército y son elegidos, todos los magistrados se nombran por sorteo. El ciudadano que ejerce una magistratura, que asiste a la Asamblea (a partir del siglo IV), que participa en el tribunal o va al teatro, cobra una dieta. Es el sistema de los «salarios». Todos los ciudadanos, podríamos decir, son funcionarios y teóricamente todopoderosos.

Hay frenos, sin embargo. La *Eklesía* debe pedir obligatoriamente consejo a la *Bulé*, comisión intermedia de 500 magistrados, de los que 50, que se cambian por rotación cada 35 días, son permanentes. El prestigio de las grandes familias tiene su influencia: Pericles procede de la noble rama de los Alcmeónidas. Hasta su muerte no encontrará la democracia sus propios jefes, siendo Cleón el primero de la lista.

Sin embargo, incluso entonces, la «democracia» tiene sus fallos. Los ciudadanos tienen derecho, real o ilusorio, a una estricta igualdad, pero sólo tiene derecho al título de ciudadano una parte de los hombres del Ática (hacia el 431,172.000 ciudadanos, familias incluidas, es decir, 40.000 hombres de una población total de 315.000 personas). La democracia es el privilegio de este grupo que domina a una masa de extranjeros (*metecos*) y esclavos. El número relativo de estos últimos seguirá creciendo en los siglos siguientes. Además, Atenas, con su fuerza, explota a sus aliados del mar Egeo, de la liga de Delos. Los convierte en súbditos, en tributarios. También explota los mercados lejanos a los que exporta su cerámica, sus tejidos, su aceite para obtener el trigo que le permitirá vivir.

Atenas disfruta de muchos privilegios y asienta su peso sobre hombros ajenos. Es suficiente para rechazar de plano la opinión de J. L. Borges cuando

escribe: «Atenas sólo fue la imagen rudimentaria del Paraíso.» Los paraísos terrestres, siempre rudimentarios, nunca están abiertos para todo el mundo.

**La polis, marco oficial**

El universo de la polis tiene un gran peso sobre la vida de los ciudadanos, enmarca sus pensamientos, su comportamiento, su arte. Este papel «matricial» funciona incluso en materia de filosofía o de religión: en muchos casos, el universo natural, su génesis y su equilibrio son concebidos por los filósofos a partir de la polis y de su orden particular.

El declive de las sacrosantas grandes familias, aliadas como los antiguos reyes sacerdotes de las fuerzas oscuras de lo sobrenatural, había dejado el culto en manos de los ciudadanos, convirtiéndolo en una cosa pública. Lo sagrado, su misterio, habían quedado relegados a la periferia de la sociedad. La cremación, que se impuso con la invasión dórica, alejaba también a los muertos de las devociones anteriores. Con la creación de la ciudad terrestre con centro en el ágora (y ya no en la Acrópolis santa, donde querrá volverlo a situar Platón) la religión se ha convertido en un corsé un poco flojo. Hay que sumar que no hay clero, como en Egipto o Babilonia. Cualquier griego puede ser sacerdote, y en general nadie lo es para siempre. La tarea de las ciudades se ve muy simplificada. Pueden organizar las fiestas, conciliar de forma muy exterior cultos aparentemente irreconciliables, como si organizaran la circulación de los peatones. Por ejemplo, desde Eleusis, por la vía sacada donde está excavada la huella de los carros, parte la procesión de las Panateneas que termina en la Acrópolis, en el Partenón, en honor del culto oficial de Atenea. De esta forma, los misterios de Eleusis, unidos a la hija de Zeus, protectora de la ciudad, se oficializan y pierden algo de su independencia. Las Dionisíacas se convierten en la ocasión de representaciones teatrales, confluencia entre la religión y la vida ciudadana, ocasión de desactivar cualquier posible explosión. Esquilo, Sófocles, Eurípides ponen en escena las grandes figuras de los dramas homéricos, dan al público, condición necesaria del éxito, precisamente lo que espera de ellos.

Es normal en cualquier caso que el hombre sensible busque, lejos de estos cultos demasiado conciliadores y de sus rutinas, una vida religiosa más auténtica. Los misterios con sus ritos de purificación, la promesa maravillosa de salvación y el tránsito del alma hacia una vida nueva y eterna ejercen fuerte atracción. ¿Cómo no entender así la revuelta de Pitágoras? Refugiado, hacia el 525, en Crotona (como una Génova *avant la lettre*), hará reinar la ley de los justos, para quienes lo esencial es la salvación de las almas, no de la ciudad terrestre. Su actitud será un escándalo: los ascetismos, los ayunos de los pitagóricos, el intento por parte de la secta de adaptar los cultos órficos sufren la condena de todas las ciudades como si fuera una especie de desviación cívica, de abandono de puesto, algo similar, salvando las distancias, a la objeción de conciencia en nuestros días. ¿Quién habría podido, como contrapartida, colocar en el haber de los pitagóricos —en el siglo VI a. C.— la «ciencia», que todavía no tiene todavía demasiado sentido, la

búsqueda de los números áureos, de las relaciones matemáticas? Más tarde, en la Atenas golpeada por la derrota del 404, se acusará a Sócrates de todos los males de su patria. ¿Se quería castigar en él al amigo de Alcibíades y de Critias, adversarios de la democracia, o a un continuador de las ideas órficas y pitagóricas, o más bien —lo que explicaría el «misterio de Sócrates»— a un defensor de la perfección individual, de un esfuerzo que, en sí, peca contra el mundo colectivo de la polis?

El arte griego se vio sometido poco a poco al mismo corsé. Este arte en el que admiramos el vuelo original, liberado de la imitación extranjera, de la clientela de los hombres ricos, dueño de sí mismo, acaba entrando con armas y bagajes al servicio del Estado. El siglo de Pericles es un siglo oficial, las construcciones, los escultores, los tallistas de piedra, los arquitectos, trabajan para Atenea. Nadie se queja de que nos hayan dejado el Partenón, pero todo arte oficial lleva una herida secreta: debe definir sus reglas, sus cánones y a limitarse a ellos; pronto es presa de la repetición, de la copia insulsa. Según la ley que hace alternar el clasicismo y el romanticismo, el arte griego acabará cayendo en el barroquismo del arte helenístico, su manierismo amable o trágicamente grandilocuente.

**¿Un destino lógico o responsabilidad de Pericles?**

Las guerras resolvieron la suerte de Grecia: las guerras médicas (del 499, fecha de la sublevación de Jonia, a la paz del 450) y la guerra del Peloponeso (del 431 al 404). Unas y otras hubieran podido desarrollarse de otra forma. El puñado de hoplitas atenienses y platenses hubiera podido sucumbir en Maratón (490), la flota griega en 480 no triunfar en los canales estrechos entre la isla de Salamina y tierra firme. Más tarde, Atenas habría podido no dejarse llevar por la brusca pasión que la lanzó a la loca expedición de Sicilia, en el 415; o incluso, si quisiéramos rehacer la historia a nuestra guisa, imaginemos una victoria ante Siracusa. Sin embargo, a largo plazo, ¿no estaba ya fijado el destino griego?

Que este universo se habría fragmentado en ciudades independientes, furiosas, si llega el caso, es cosa sabida. Y estas furiosas se prepararon su muerte. ¿Era posible que esta constelación de universos independientes viviera apaciblemente, dentro del respeto mutuo? Es lo que piensa Aubrey de Sélincourt, en las últimas páginas de un libro conmovedor, casi siempre convincente. ¿Acaso no es pedirles retrospectivamente cosas imposibles? Para Aubrey de Sélincourt, el escándalo consiste en la destrucción de una ciudad griega por otra, que Crotona destruya Síbaris, que Atenas someta a Egina o Megara. Y sobre todo que, tras haber sellado una alianza con las ciudades libres del Egeo, Atenas en el 454 se lleve el tesoro de la Liga, hasta entonces depositado en Delos, la isla de Apolo. Desde antes de esta fecha, Atenas ya hablaba como si fuera el amo, pero en el 454 se esfuma la última ilusión, los aliados (*summachoi*) se convierten en súbditos (*upekoi*). Es una traición.

Una vez dicho esto, ¿es justo acusar a Pericles, que empieza entonces su larga carrera política que no se interrumpirá hasta su muerte, en el 429? El

olímpico no inventó el imperialismo en general, ni siquiera el imperialismo más concreto de Atenas. Antes que él, Temístocles, creador de la flota que fue su fuerza de choque, tiene gran responsabilidad en el asunto. A los historiadores les gustan los acusados de categoría. Todo lo que nos enseñaron a amar en Pericles, su inteligencia, su distanciamiento de la multitud, su elegancia, su elocuencia, la calidad de sus amigos, su carácter incorruptible, tan infrecuente, son puntos que le designan para un proceso de espoleta retardada. Por supuesto, Pericles soñó con una hegemonía de Atenas. Según su amigo Anaxágoras, el espíritu, el *nous*, dirige el mundo y Atenas debería convertirse en el espíritu que dirige el cuerpo imperfecto de las ciudades griegas. Ideal imposible de alcanzar sin la guerra contra el oscurantismo de Esparta, contra el carácter arisco de Corinto, contra los rencores de los aliados. Pericles vio venir esta guerra, la calculó anticipadamente: abandonar la tierra para resistir en el mar. Que el plan no trajo la salvación de Grecia, ni tampoco la victoria es un hecho, pero ¿es culpable de ello su autor?

Para abreviar el debate, que dos historiadores, abogados de oficio, tomen la palabra. Para Rene Grousset, que no es Fouquier-Tinville, Pericles podía mantener la paz con la complicidad activa y sincera de Arquidamo, el rey atenófilo de Esparta, pero dejó deliberadamente pasar la ocasión irrepetible y eligió la ruptura. Para Alfred Weber (1935) —demasiado influido por alguna literatura histórica alemana—, Pericles tuvo una visión de la situación genial: apoyarse en el mar era elegir la solución victoriosa, ¡pero el pueblo de Atenas no estuvo a la altura de este plan grandioso!

Nuestro alegato habría decepcionado a ambos abogados. ¿No es una ilusión creer que los grandes hombres tienen el destino en sus manos, cuando el destino los arrastra como a los demás y, en cierta forma, los libra de culpa? Nos permitiremos dudar que el enfrentamiento que desgarrará a Grecia haya sido uno de esos conflictos que con un poco de sentido común y mucha generosidad se habrían podido evitar. La unidad de Grecia no era posible ni con la guerra ni con la paz. La gran explicación del comportamiento de Pericles es que Atenas asumió un peso inaudito en el frágil tablero griego, a causa de un pasado del que Pericles es el heredero, no el responsable; en razón de una convergencia comercial de la que la ciudad se aprovecha, porque el grano y la salazón de pescado del Ponto Euxino le llegan antes que a nadie, y estos alimentos baratos suponen el aumento de la población urbana, el desarrollo de las industrias, de un capitalismo que necesita mano de obra poco remunerada, y que tropieza con dificultades económicas cada vez mayores.

El drama de las ciudades griegas es como el de las ciudades del Renacimiento italiano. Ninguna —ni Florencia, ni Venecia, ni Génova, ni Milán— supo o pudo construir la unidad de Italia. Atenas, en 404, abre sus puertas a Lisandro, pero ni la victoria de la anacrónica Esparta, ni la Tebas efímera de Epaminondas sabrán tampoco construir una unidad griega. El final de este proceso es la llegada del bárbaro, del macedonio. Es un proceso que se gesta desde lejos.

## 2. El error de Alejandro Magno

A pesar del título de este apartado, no hay que esperar una docta exposición sobre lo que hubiera debido hacer el conquistador de Asia. En la aventura «meteórica» de Alejandro, lo que ocurre al este oculta demasiado lo que pasa, o hubiera podido pasar, al oeste. Su error, para nosotros, es haber subestimado Occidente. Prefirió correr hacia misiones brillantes, trazadas de antemano.

**El helenismo sin aliento**

La reducción de Grecia al yugo macedonio fue consecuencia de la misma difusión de su civilización. Macedonia, Tracia, el reino del Ponto, el reino del Bósforo, Bitinia —todo el margen septentrional del helenismo— realizaron en el siglo IV importantes progresos. Macedonia, región ruda, cubierta de nieve en invierno, inundada de agua en primavera, basada en un campesinado libre, en señores acostumbrados a batirse a caballo, gana la carrera. Es lógico, pues el malestar de las ciudades griegas creaba, como se dirá de la Italia del siglo XV d. C, una zona ciclónica, un vacío hacia el cual el aire se precipita desde todos los puntos.

Filipo II de Macedonia (hacia 383-336) supo aprovecharse de las disputas de las ciudades griegas. Las redujo al yugo macedonio en el campo de Queronea, en el 338. No merece la pena contar detalladamente esta historia ni tomar partido a favor o en contra de Demóstenes y de Atenas. No nos lamentemos demasiado por ella: el vencedor la respetó a causa de su flota, que el macedonio soñaba con utilizar para ganar las orillas de Asia Menor. Filipo II, asesinado en el 336, no hace realidad este sueño. Su hijo Alejandro, que tiene entonces veinte años, se ocupará de ello. Primero se toma tiempo para reducir a la obediencia a los epirotas y a los tebanos, cuya ciudad arrasa. En el 334, reforzado con los contingentes de la liga panhelénica, cruza el Helesponto.

En aquella primavera de 334, la situación del helenismo, desde las costas de España al mar Egeo y al Ponto Euxino, no es demasiado trágica, ni catastrófica —ambigua, mortecina, podríamos decir. Existen algunos peligros, pero ninguno es nuevo. Grecia propiamente dicha quizá sea la más enferma de las regiones helénicas.

Al otro lado del mar de Poniente, cartagineses y griegos prosiguen sus hostilidades. Guerrean, negocian y vuelven a empezar. Se presenta un problema nuevo: Roma, que controla la rica Campania desde el 341, el Lacio desde el 338, aparece ya como «la guarida de los lobos» que devoran los pueblos de Italia, pero las ciudades griegas no tienen todavía una idea demasiado clara de ese peligro.

Otro conflicto, al este, es la lucha endémica con el enorme imperio persa. El Gran Rey domina espacios marítimos esenciales entre Asia Menor y Egipto. Este último país es una de sus posesiones más rentables, aunque no muy afecta.

Desde Neco, un «canal del Suez» une el mar Rojo con el Nilo. El gigantesco imperio persa —hacen falta más de tres meses para ir de Sardes a Susa, por la Vía Real— se desborda hacia el océano índico, donde encuentra las mercancías preciosas que lleva hasta el Mediterráneo. Incluso con el duro gobierno nacionalista de Artajerjes III (358-337), se invierte la balanza de cambios en detrimento de Grecia, cuyas compras de productos persas y de trigo deberán pagarse parcialmente en moneda.

Entre los griegos y los persas se ha establecido, por desgaste, una especie de coexistencia pacífica y desconfiada. Los barcos griegos y los barcos fenicios al servicio de los persas suelen respetar un *modus vivendi*, con zonas reservadas. El reclutamiento de mercenarios griegos por parte del imperio persa se ha convertido en un fenómeno rutinario. Esta situación durmiente hubiera podido durar. Si razonamos a posteriori en términos de estrategia «histórica», aceptaremos que al menos había, hacia 334, dos opciones posibles: que la península de los Balcanes, expulsando su excedente de fuerza hacia el este y Asia Menor, golpeara al amplio imperio de los Aqueménidas, en una nueva guerra de Troya, esta vez a gran escala; que el helenismo volviera sus fuerzas contra Cartago, los pueblos italiotas, Roma. Es la opción menos brillante: las civilizaciones prestigiosas, las presas tentadoras son las de Oriente. Occidente, a pesar de los triunfos púnicos y griegos, no excita tanto la imaginación. Podemos soñar en cualquier caso con una «prosa griega» que anticipase el destino de Roma, con un Mediterráneo conquistado de Este a Oeste que hubiera sido un lago griego en lugar del lago romano que será más tarde, al término de una conquista de Oeste a Este.

**¿Es Pirro ejemplar?**

Reflexionando en este destino que no se hizo realidad, es grande la tentación de seguir el libro tan dinámico de Ulrich von Hassel, *Das Drama des Mittelmers* (1940), que presta especial atención a las asombrosas aventuras de Pirro, una o dos generaciones después de la muerte de Alejandro Magno (323).

El rey de Épiro acudió en el 280 en ayuda de Tarento; cuando desembarca allí «con unos treinta mil hombres y treinta elefantes», tiene tras él un pasado fabuloso de aventuras: rehén en su juventud en Alejandría, casado con una princesa Egipcia, luego amo de Corcira (Corfú), durante un instante de toda Macedonia, es como un *condottiero* siempre listo para venderse en función de su capricho o de su interés. Sus elefantes siembran el desorden entre las legiones romanas en Heraclea, durante el verano del 280; el año siguiente, repite con más dificultad su hazaña en Asculum; en el 278, desembarca en Sicilia, sin duda la tierra de sus sueños y sus ambiciones, rompe el bloqueo de Siracusa, asediada por los cartagineses; en el 277, entra en Agrigento, pero la Sicilia griega está harta de guerras; en el otoño del 276, Pirro vuelve a cruzar a Italia; en el 275, es derrotado por los romanos en Benevento; y se marcha de la península, para morir fortuitamente en Argos en el 272.

La aventura italiana de Pirro sólo es un grano de arena, comparada con la fantástica conquista de Alejandro medio siglo antes. Sin embargo, en cierta forma, la enjuicia a posteriori. El fracaso de Pirro, que es el fracaso helénico frente a Roma en el eje central del mar, tiene una relación directa con el triunfo «aberrante» (desde nuestro punto de vista) del macedonio. Desde Alejandro, es como si Grecia se hubiera inclinado al este y al sur, hacia Asia Menor, Siria y Egipto. La última emigración griega hacia Occidente —sesenta mil personas, se dice, respondiendo al patético llamamiento de Timoleón, el restaurador de las libertades de Siracusa— data del 338 aproximadamente. Sin duda se presta al macedonio el proyecto «in extremis» de haber querido asestar un golpe a Cartago, que durante años estuvo bloqueada por el miedo. Sin embargo, en el 323 Alejandro moría en Babilonia y su imperio se dislocaba de forma instantánea.

¿Qué habría sido de Italia si Alejandro, abandonando Asia, hubiera dirigido su expedición contra Occidente? La pregunta de Von Hassel cargará siempre con la objeción de que es vano rehacer la historia. Sin embargo, es tentadora la imagen de una Siracusa que se convierte, con Alejandro, en la metrópoli del mar Interior, de un Imperio griego vencedor de Roma y de Cartago, trayendo hasta nosotros, los occidentales, un helenismo directo, sin la intermediación y la pantalla de Roma. Una guerra que no tuvo lugar y que se perdió sin embargo. Toda la grandeza mediterránea está, ya en aquella época, lo queramos o no, en la bisagra de los dos Mediterráneos.

### El Imperio de Darío, separado del mar Interior

Nadie ha conseguido explicar la conquista del Imperio persa por Alejandro. El problema está ante todo en la facilidad aparente del triunfo. El balance de las superioridades macedónica y griega, que se establece a menudo, es poco convincente, así como el argumento de la debilidad, incluso putrefacción, del imperio persa.

Este imperio tiene más de un siglo de existencia, pero un siglo, en la vida de un organismo semejante, es apenas un instante. El coloso parece gozar de buena salud, a pesar de sus disturbios internos. Sus rutas están frecuentadas, la administración es todo lo buena que podía ser en aquellos tiempos remotos. Respecto a las creencias, Persia ya tiene la tolerancia que tendrá más tarde el Islam. La aventura de los Diez Mil no demuestra en absoluto una debilidad irremediable. Al servicio de Ciro el Joven, que trata de destronar a su hermano, Artajerjes, los mercenarios griegos, vencen en la batalla de Cunaxa (401), pero la muerte de Ciro en el campo de batalla anula su victoria. Los griegos obtienen entonces de Artajerjes una retirada hacia el Ponto Euxino, escapan de milagro a la traición de los persas gracias a la energía de Jenofonte y llegan finalmente al Bósforo, donde embarcan. El episodio es testimonio de las luchas internas de los persas, del éxito de un grupo de hombres decididos, pero ante todo de la pobreza de Grecia, condenada al parecer a exportar sus excedentes de hombres, los vagabundos que tanto preocupaban a Isócrates, hacia una Persia rica, capaz de

darles empleo. El episodio de los Diez Mil que relata la *Anábasis* de Jenofonte, «admirable reportaje de guerra», no deja de ser una retirada.

En cuanto a la política de corrupción, practicada en Grecia por los *Basileis*, los Grandes Reyes, no es prueba de fuerza ni de debilidad. Los persas acabaron así indirectamente con Atenas, en el 404, aprovechando su alianza con Esparta para imponer la paz de Antálcidas (386) que les devuelve el control de las ciudades griegas de Asia Menor.

¿Y entonces? Pues quisiéramos sacar a la luz dos explicaciones, una que se suele avanzar y tiene gran peso, otra más o menos ignorada, aunque se formule desde hace tiempo.

La primera ilustra el encadenamiento de las primeras campañas de Alejandro, vencedor en el 334 en Gránico, en el 333 en Isos, y en Tiro, que toma tras un largo asedio construyendo un dique. Luego ocupa Egipto sin ningún problema. Durante estas campañas rápidas, el ejército victorioso sigue la costa del mar Interior. Como con un cuchillo, la enorme masa del Imperio persa queda separada del Mediterráneo, sus carreteras cortadas se quedan sin salida. El símbolo de esta operación quirúrgica es la toma y la supresión física, humana, de Tiro y Gaza, que se defienden encarnizadamente y que el vencedor arrasa completamente, piedras y hombres. Sin flota, el inmenso imperio está ciego. En 331, una vez terminada esta operación, el vencedor se abalanza hacia el este, hacia el corazón del Imperio persa. Cruzando el Tigris, cerca de Arbeles, en Gaugamela, la suerte del imperio está echada. La persecución de Darío, la culminación de la conquista, el control de las satrapías al este de Irán, la bajada hacia el Indo, los fantásticos viajes de ida y vuelta representan operaciones difíciles, heroicas, pero en el 331 el imperio persa es un animal derribado.

**La caballería macedónica**

La segunda explicación la adelantó E. F. Gautier (1930). La superioridad del ejército de Alejandro (y del pequeño grupo de nobles macedonios que forman su estado mayor y el cuerpo de sus compañeros de batalla, de borrachera y de francachela), está en su caballería. Hasta entonces, el hoplita, el soldado de infantería griego, nunca había tenido la protección eficaz de una verdadera caballería. Los persas, que sin embargo disponen de caballos y jinetes excelentes, para defenderse de las incursiones griegas, han contratado soldados entre sus enemigos. En el 334, el ejército que se enfrenta con el macedonio está mandado por un griego, Memnón, y formado en gran parte por mercenarios griegos, soldados de infantería.

La innovación macedónica no es tanto su poderosa falange, temible y temida, como su caballería, que forma parte de la vida de los señores de Macedonia, que crían sus propios caballos. Y los caballos son el instrumento ideal para dominar las inmensas distancias del imperio persa. Más tarde, en tiempos de Craso, de Antonio, de Trajano, Roma será incapaz de ganar a los partos, al no disponer de una verdadera caballería. Otro ejemplo significativo es la reconquista

de los Balcanes contra los turcos, en el siglo XVIII d. C, que se hizo gracias a la caballería austríaca, creación tardía que dio al príncipe Eugenio el arma de sus victorias.

Los persas, sin duda, tienen también su caballería, y es excelente. También los señores persas son jinetes natos, pero la caballería macedónica tiene la doble ventaja de ser, por un lado, pesada, acorazada y protegida —el jinete persa maneja la lanza y el sable—, y de estar, por otro, dividida en escuadrones, estrictamente organizada. A esta disciplina debe sus triunfos en Gránico, Isos y en el Tigris.

Los persas cayeron pronto, de la misma forma que habían golpeado al resto de los países de Mesopotamia y del Nilo. Murieron de golpe, en una guerra relámpago, como pasa a veces con individuos en plena salud azotados por una muerte repentina. Veremos fenómenos similares en las conquistas musulmanas, mongolas o turcas. La velocidad de los caballos o de los camellos siempre tuvo algo que ver. En 1940, Francia, que no era ni decadente ni pobre, cayó de golpe ante el avance de los blindados, temible caballería. La historia está llena de «destinos injustos».

**Una colonización de larguísima duración**

Al morir Alejandro (junio del 323), su vasto imperio se disloca de golpe. La historia de estos fragmentos, Macedonia, la Siria de los Seléucidas, el Egipto de los Lágidas, sería larga de relatar hasta el día en que se implantan la paz y la explotación romana.

Al margen de su historia política, está lo que, a falta de palabra mejor, llamaremos una colonización griega de Oriente Próximo, asentamiento de una población, de una civilización dominante. Esta colonización, con el relevo romano, duró unos diez siglos, hasta las conquistas musulmanas del siglo VII d. C, tan incomprensibles a primera vista como la victoria del «joven dios» que fue Alejandro.

Diez siglos: un espacio cronológico en el que «casi toda la historia de Francia cabría sin problemas». Y luego, «al cabo de diez siglos, de la noche a la mañana, al primer sablazo árabe, todo se desmorona [...] para siempre; el idioma y el pensamiento griegos, los marcos occidentales todo se va en humo; estos mil años de historia son, localmente, como si nunca hubieran existido. No bastaron a Occidente para hundir la más mínima raíz en esta tierra oriental. Idioma y marcos sociales sólo fueron una superficie, una máscara mal sujeta. Todas estas ciudades griegas profusamente sembradas [...], que crecieron todas ellas, de las orillas del Nilo al Indu Kush, tanta influencia real o aparente en el arte o en el pensamiento ¿se lo llevó todo el viento?».

Efectivamente, quizá fue así. Y al otro extremo del hilo temporal, viendo todo lo que pasó con las colonizaciones europeas hundidas en tierras del Islam, el historiador concluirá que ninguna civilización conquistadora puede ganar en tierras de antiquísima organización cultural. Unos «muros» impermeables

dificultan las aculturaciones. El futuro de las civilizaciones sólo se abre para los pueblos primitivos.

Para poner de relieve este problema de larga duración hemos dado a este capítulo un título pretencioso: el error de Alejandro. Si el helenismo se hubiera dirigido, con su vigor y su masa del momento, hacia Occidente y sus tierras relativamente nuevas, ¿no habría asumido el destino que le tocó a Roma?

### Grecia conquistada en el año 146 a. C: un acontecimiento entre muchos otros

Avancemos algunos siglos. En el 148 a. C. Macedonia se convierte en provincia romana. Dos años más tarde, tras algunos disturbios en Corinto, una vez más obra de agitadores aqueos, Roma interviene, arrasando la ciudad y reduciendo Grecia al estado de provincia. Esparta, Atenas, Delfos, fueron las únicas que conservaron el título privilegiado de ciudades confederadas.

Esta reducción al orden romano no es más que un eslabón en una cadena bastante larga: Siracusa tomada por Marcelo en el 212; Tarento ocupada por Fabio Máximo en el 209. Los últimos jalones de esta cronología son la reducción a provincias romanas de Siria, en el 63 y de Egipto en el 31.

Al cabo de esta larga progresión, Roma incorpora el espacio helénico al conjunto mediterráneo que será, durante siglos, la base misma de su grandeza y de su vida cotidiana. Por todas partes, antes o después, los hombres llegados de Italia se instalan, administran, gobiernan, ponen fin a las libertades y turbulencias de las antiguas polis, a. las pretensiones de los antiguos reinos. Todo se calma, se adormece con sus ventajas y peligros, en la «pesada uniformidad de la paz romana». No obstante, una emigración griega llega a Roma, heleniza la capital del mundo. Es la revancha del vencido.

## 3. Ciencia y pensamiento griegos (siglos VIII-II a. C.)

En las líneas que siguen insistiremos en la ciencia, carretera hacia el futuro que los griegos abrieron muy tempranamente, con gran esplendor. Sin embargo, la ciencia sólo es una parte de un todo; el pensamiento (en su sentido más amplio) la supera y la envuelve y el pensamiento, a su vez, se sitúa dentro de este *conjunto de conjuntos* que ahora se suele llamar civilización. Todo está relacionado, movido por un mismo compás.

El problema está precisamente en esta coherencia. Se oculta tras un océano de conocimientos, una enorme literatura que aborda los sectores de uno en uno. Disponemos de historias de la literatura griega (la de A. y M. Croiset [1887-1893] se sigue consultando); historias de la filosofía (cada generación escribe la suya); historias del arte que, con las maravillosas ilustraciones que se hacen ahora, se

convierten en un prodigio para la vista; excelentes historias religiosas. Tenemos incluso historias de la vida cotidiana. Sólo falta, en suma, un libro de conjunto, quizá imposible de concebir ya que ni siquiera logramos tener una idea de la idea que podríamos hacernos de él.

Claude Lévi-Strauss nos dijo un día, provocadoramente, que unos instantes de charla con Platón le enseñarían más sobre el pensamiento griego que tantos libros ilustres ordenados en nuestras bibliotecas. ¡No faltaba más! Para esta investigación en vivo necesitaríamos cien charlas. Tendríamos que pasar un año en Mileto hacia el 600, un año en Samos hacia el 550, y así en lo sucesivo, mediante saltos en el tiempo y en el espacio... Me atrevo a decir que preferiría, en esta búsqueda, ir hacia el principio del recorrido —mucho antes de Herodoto, antes de Sócrates, antes de Fidias, incluso antes de Tales de Mileto. Quizá por gusto: las grandes composiciones del arte clásico no son mis preferidas. También por táctica. El problema más oscuro de Grecia es, con seguridad, el de los orígenes. ¿Cómo pudo empezar todo?

**Génesis y periodificaciones**

Diferenciar los periodos es una sabiduría necesaria, pero laboriosa, a la que recurre el historiador para separar las dificultades y quedarse tranquilo, aferrándose a un «supuesto andamio». Benjamín Farrington (1967), de quien tomo esta última expresión, diferencia tres etapas en el desarrollo general de la ciencia griega: del 600 al 400 a. C, por primera vez en la historia de los hombres «se elabora una concepción científica del mundo y de la ciencia»; del 400 al 320, con Platón y Aristóteles, es el desarrollo de la filosofía; finalmente, del 320 al 120, con el patrocinio de los Ptolomeos, en la enorme ciudad de Alejandría de Egipto, las diferentes ramas científicas constituyen sus «bases actuales»: es la época de las enciclopedias, de las sumas, de los «manuales», la hora de los balances que, como suele pasar, anuncia bloqueos inevitables.

Esta división es discutible, los puntos de referencia elegidos (sobre todo el primero, yo preferiría decir 800 en lugar de 600) podrían desplazarse, pero su valor está en una especie de dialéctica fácil de un periodo a otro, que permite detectar un proceso de conjunto, en el que lo esencial es en mi opinión la primavera inicial.

Del 800 al 400 es más o menos el desarrollo de las polis y del arte, las fases sucesivas de los estilos geométrico, orientalizante y clásico, la gran escultura, la arquitectura, la definición de los órdenes dórico y jónico, presentes a un tiempo desde el siglo VI, y luego del orden corintio. Es también la gran época de la literatura. Durante estos cuatro siglos, todo crece y después florece. En la escena literaria, la epopeya abre la marcha. Homero y luego Hesiodo: el lirismo se detecta con dificultad al principio, como una filigrana, antes de llegar al estallido de Píndaro (518-438), pero ya estamos en el siglo V con el aristocrático poeta de Tebas, el devoto apasionado de Delfos; a partir de ese momento, y desde Atenas,

de las mismas fiestas religiosas, nacen la tragedia y la comedia, en la época gloriosa de Pisístrato (560-527).

Este orden de sucesión es la secuencia ordinaria del desarrollo de muchas literaturas nacionales. En el caso de la francesa, todo empieza casi con *El cantar de Roldán* y el teatro saldría de los Misterios y las Pasiones.

¿Cuál es el sentido de esta evolución? A este respecto, conscientemente o no, todos los autores introducen un juicio de valor sobre el pensamiento o el arte griegos. ¿Sería Nietzsche tan escandaloso como en 1871 cuando afirmó que la decadencia de Grecia empieza ya con Eurípides, y más todavía con Sócrates? Su cima coincide con el nacimiento de la tragedia en la que se reconcilian Dionisio y Apolo: «el espíritu apolíneo de lo bello», que es conciencia clara, traducción del «mundo de la apariencia» en una visión estética y racional, y el espíritu dionisiaco de la embriaguez, del éxtasis místico, de la música orgiástica, de los coros báquicos en los que queda abolida la conciencia clara y la subjetividad. Esta unión sólo dura un tiempo. Finalmente, «el dios ambiguo del vino y de la muerte deja paso a Apolo, con el triunfo del racionalismo, del utilitarismo teórico y práctico [traducimos, de la ciencia] así como de la democracia, su contemporánea», otros tantos «síntomas de senectud» de la civilización griega que, para Nietzsche, evocan el espectáculo afligente del Occidente moderno.

Este lenguaje ha envejecido, pero quizá no tanto la idea de que el pensamiento griego es grande sobre todo en su primavera. «Todo lo que escribo —dice Aubrey de Sélincourt— tiende a hacer rechazar la concepción tan extendida según la cual el apogeo de la civilización helénica coincide con el «Siglo de Pericles». Este periodo, por muy brillante que haya sido, marca en mi opinión todo lo contrario, el término de muchas cosas que eran las características más preciosas en la historia de esta notable raza.» Comparto sin problemas este punto de vista. De ahí mis opciones temporales: no remontarse demasiado por encima de Herodoto, el prodigioso padre de la historia que fue también padre de la geografía y de la etnología; dejar de lado, a pesar de sus dotes excepcionales, a Tucídides, el historiador científico de los tiempos cortos; incluir, pese a quien pese, en la primavera privilegiada (a pesar de la cronología) a Hipócrates de Cos (460?-377?), el padre de la medicina científica, e incluso a Protágoras de Abdera, el primero de los sofistas, estos oradores itinerantes que enseñan supuestamente el arte de gobernar, que a Platón le gustarán tan poco y en quién podríamos ver, con una sonrisa, a los primeros sociólogos, por muy excéntricos que sean; finalmente, si hay que hacer una pausa, detenernos antes de llegar a Platón y Aristóteles. Y que nos quemen en la plaza pública por semejante sacrilegio, pero digamos que antes de ellos la suerte estaba echada, o casi.

**La herencia de Oriente**

La Grecia de Asia, donde comienza la ciencia griega en el siglo VI, está vinculada a un Asia Menor a punto de reflorecer tras las incursiones cimerias y escitas, a una Siria neohitita, a Palestina, a Egipto comunicado por mar, a Asiria,

nueva forma violenta, pero muy vivida, de la viejísima Mesopotamia. Tales de Mileto tiene la reputación, verdadera o falsa, de ser el hijo de una fenicia, de haber viajado por Egipto y Mesopotamia, para aprender la geometría y la astronomía.

Estos detalles carecerían de importancia si no supiéramos actualmente, con seguridad, que Egipto y Mesopotamia, y más allá de ellas, las culturas abigarradas de Oriente Próximo, disponían ya de una sólida base científica. La agrimensura egipcia (que había que rehacer cada año tras la inundación) y la astronomía babilónica, basada en una observación ritual y rigurosa de las estrellas y planetas, hicieron progresar considerablemente el álgebra y la geometría. Podríamos entretenernos en plantear a nuestros lectores los problemas elementales que resolvían los egipcios, aunque por camino diferente del nuestro. ¿Cuál es el número que, sumándole su séptima parte, es igual a 19? Respuesta: 16 + 1/2 + 1/4. Demostrar que el lado del hexágono inscrito en un círculo es igual al radio de dicho círculo. Una cuerda dividida en tres partes que respectivamente miden 3, 4, 5 puede permitir la construcción de un triángulo rectángulo. En cuanto al valor de $\pi$, si bien primero adoptaron 3, lo que viene a ser confundir el círculo con el perímetro del hexágono inscrito en el mismo, debían llegar finalmente a una aproximación bastante buena, 3,1604, errónea por exceso en un 6 por ciento. Los babilonios también resuelven problemas de superficie: tenemos una superficie de 600 unidades, las que fueren, ¿cuál es su longitud y su anchura si la diferencia entre ambas, elevada al cuadrado y multiplicada por 9, es igual al cuadrado de la longitud? Respuesta: longitud 30, anchura 20. No es probable que encuentren por sus propios medios las vías del razonamiento babilónico o egipcio, pero la comprensión de estos detalles importa menos que lo que implican a nuestros ojos en conocimientos y en reflexión.

A esta primera matemática, hay que añadir una química babilónica, una cierta medicina egipcia, una astronomía mesopotámica, rica en observaciones seculares realizadas desde lo alto de los zigurates. Esta documentación tuvo mucha utilidad para Tales y le permitió probablemente prever el eclipse solar del 28 de mayo del 585, que por suerte fue visible en Asia Menor.

En el milagro griego tenemos unos prolegómenos serios, un punto de partida. Sin embargo, la ciencia griega no se deriva de ellos por simple desarrollo. Tuvo que inventar una nueva dinámica mental, una nueva libertad de interrogar y de interpretar el mundo, el derecho a dudar entre las explicaciones. El milagro griego —la aceptación del mundo de la hipótesis— se integra en la inmensa desacralización del mundo griego. Sin embargo, como cada vez que se trata de herramientas mentales, esta mutación —que se asemejó en muchas ocasiones a un escándalo— no se hizo en un día, ni de forma clara y consciente.

Es muy evidente que el nacimiento de la ciencia cuestiona también una sociedad, una técnica. La sociedad egipcia era la de los grandes imperios y la edad del Bronce. La ciencia griega, la de las polis y la edad del Hierro.

**La mutación jónica**

En Mileto (más que en Éfeso, pero Éfeso verá nacer al asombroso Heráclito) aparece la primera forma innovadora de la ciencia griega. Desde el siglo VI, la ciudad posee casi un centenar de factorías en las costas del Ponto Euxino; dispone en Italia de una base poderosa, Síbaris, para distribuir sus productos industriales; está presente también en Egipto, en la encrucijada decisiva de Naucratis. Tenemos una gran ciudad mercantil, una de las más importantes del mundo helénico en este principio del siglo VI. La ciencia siempre es hija del ocio, inseparable de una clase de privilegiados, y son las grandes ciudades las que fabrican estas sociedades ociosas. Los gigantes jónicos, Tales, Anaximandro, Anaxímenes, no son una excepción a la regla.

Desgraciadamente, no conocemos su obra demasiado bien, así que cuando tratamos de situar a uno de ellos los movemos a todos. ¿Acaso no era su preocupación común la explicación misma del universo, problema que encuentran todas las civilizaciones en cuanto empiezan a dar los primeros pasos? Deben responder o librarse del problema como puedan. Egipto, Babilonia, lo hicieron con gran arsenal de explicaciones milagrosas. Los dioses siempre estaban ahí para completar los razonamientos. El «positivismo» jónico se libra de ellos, los expulsa del mundo natural, reducido a un juego de elementos que supuestamente actúan por sí mismos, son *materias vivas*. Para Tales, todo deriva del primer principio: el Agua. Los babilonios ya habían dicho que Marduk había creado el barro y la tierra de la inmensidad primordial de las aguas. «Sin embargo, Tales olvida a Marduk para imaginar un universo formado a partir de las aguas, pero por un proceso natural.»

Conocemos mejor la explicación de Anaximandro: los cuatro elementos, Tierra, Fuego, Agua, Vapor (y no Aire, como se suele decir) están colocados unos sobre otros. El Fuego que rodea el todo hace evaporar una parte del agua, la tierra estalla y toma la forma de ruedas de fuego... Es como ver el mundo a través de una fragua o de un horno de alfarero.

En realidad, Anaximandro tiene una imagen geométrica del universo físico. Los elementos, independientemente de sus conflictos recíprocos y de sus avatares, deben encontrarse unos con otros en relación de equilibrio, en «igualdad de potencia». Todos se derivan de la sustancia infinita e indeterminada que es el *apeiron*, materia previa, neutra, de la que se derivan los pares opuestos: lo oscuro y lo luminoso, lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo, lo denso y lo ligero, el Agua, el Vapor y el Fuego... Estos elementos se unen para dar nacimiento a los seres vivos, plantas, animales, hombres, de acuerdo con un orden natural que exige que ningún elemento ejerza sobre los otros un dominio, la *dunasteia* o *monarchia*. Médico y filósofo pitagórico, Alcmeón repetirá a principios del siglo V esta imagen que ha llegado a ser trivial: «la salud es como la *isonomia ton dunameon*, el equilibrio de poderes..., la enfermedad resulta por el contrario, de la *monarchia* de un elemento sobre los demás» (J. P. Vernant).

Esta visión es la de un cosmos que deja de estar jerarquizado, en el que nada está sometido plenamente a nada, un mundo en el que los enfrentamientos se compensan y que evoca de forma dinámica el universo social y político de la polis: no la gobiernan los dioses ni los reyes, sino los hombres iguales en derecho. La filosofía de Anaximandro extiende al universo las reglas que crean e,

idealmente, deben mantener en equilibrio apacible el espacio político de la ciudad. La visión del mundo cambia porque el mundo de los hombres ha cambiado y existe una transferencia, proyección de un espacio cotidiano sobre el espacio del cosmos. J. P. Vernant lanza una idea esencial: «Cuando Aristóteles define al hombre como un animal político, destaca lo que separa a la Razón griega de la de nuestros días. Si el *homo sapiens* es a sus ojos un *homo politicus*, es porque la misma razón, en su esencia, es política.»

Sin duda, no hay nada que haga pensar en la «razón experimental» de la ciencia de nuestros días, basada en una observación metódica capaz de reconocer las leyes de la naturaleza. Esta física jónica, teoría y no verdad de experiencia, es sin embargo el primer paso hacia la ciencia moderna. Por una parte, porque busca una explicación razonable y trabaja el lenguaje de las matemáticas, que ya es racionalidad. Si la tierra en el sistema de Anaximandro, en equilibrio natural en el centro del cosmos, no necesita estar sostenida (por el agua, como pretendía Tales, o por un cojín de aire, explicación que da Anaxímenes) es porque, situada en el centro, está sometida a todas las fuerzas iguales entre sí que actúan sobre ella.

Por otra parte, desde el momento en que los dioses dejan de explicar en solitario el universo, se abre el mundo múltiple de las hipótesis: los hombres son libres de buscar, de imaginar; ya nunca se privarán de hacerlo. Anaxágoras de Clazomene, que además de sus méritos propios fue en Atenas (a partir del 460) el introductor de la poesía milesia, cree encontrar la confirmación de la naturaleza terrosa de los astros al estudiar el enorme aerolito caído, en 468-467 en Algos Potamos que se seguiría examinando con curiosidad en tiempos de Pausanias.

En la raíz de la aventura, ¡cómo quisiéramos conocer mejor el papel evidente, en la ciudad «nueva» de Mileto, de la experiencia técnica: la fragua, el horno del alfarero, el barco mercante, la tienda del cambista! Podemos soñar, en todo caso, ante el primer mapa de conjunto del Mediterráneo, trazado para los ojos y la inteligencia de los marinos por Hecateo de Mileto que, hacia 500, alcanzó el estrecho de las Columnas de Hércules. Todas las hadas estaban presentes en la cuna de la ciencia griega. Sus regalos fueron: la aportación extranjera, las matemáticas, la experiencia técnica, una ausencia de marcos religiosos, el gusto por la generalización.

**Heráclito de Éfeso**

En lo sucesivo, todos los pensadores griegos intentarán explicar el mundo y las respuestas se suceden, se contradicen de una escuela a otra, de una ciudad a otra. La interpretación suele ser difícil. ¿Quién puede ufanarse de comprender a Heráclito de Éfeso, poeta, profeta, filósofo, que merece su sobrenombre del Oscuro? ¡Sócrates habría dicho que, para circular por esta obra voluntariamente difícil, había que ser un «buceador délico», de proverbial agilidad! Para colmo, sólo nos han llegado algunos fragmentos más o menos auténticos, extrañamente hermosos en general, «en su brevedad oracular [que hace pensar] en los *Pensamientos* de Pascal». Podemos plantearnos incógnitas sin fin a partir de estos

fragmentos y de los comentarios de los filósofos y doxógrafos antiguos, sobre lo que fue realmente el pensamiento de Heráclito. Incluso sobre aquello hacia lo que tendía. ¿Físico, místico iniciado en los misterios órficos o dionisiacos, lógico o filósofo naturalista? A su respecto, se han defendido todas las interpretaciones.

Es evidente no obstante que Heráclito busca —a la milesia— una interpretación lógica de la naturaleza. Para él, el Fuego es el agente transformador por excelencia, «el rayo que gobierna el universo»: «el Fuego viene a la vida por la muerte de la Tierra y el Aire por la del Fuego; el Agua vive por la muerte del Aire y la Tierra por la del Agua.» «Todo fluye» por la metamorfosis perpetua de un elemento en otro, de modo que «el devenir en sí es una lucha» y «el mundo... una armonía de tensiones que se tensan y se destensan, como en la lira y el arco». Es un lenguaje de vidente: ¿nos extrañaremos de que «el gran Heráclito» sea, para Nietzsche, el símbolo de las «profundidades dionisiacas»? Sin embargo, Heráclito cree que todo obedece a una ley inmutable, por la que «el medio ambiente está provisto» de razón. «Sólo existe una sabiduría: conocer el Pensamiento que gobierna todas las cosas a través del Todo» y aquél que penetre en «la naturaleza del universo» podrá curar las enfermedades de este universo, e incluso las de los hombres. Esta idea de una ley superior, inteligible para la razón humana y que el sabio debe buscar para dominar la naturaleza, ¿no es precisamente una idea de la ciencia tal y como la concebimos ahora, explicación de un «mundo para todos uniformemente constituido, que no ha sido creado por ningún dios, ni por ningún hombre; pero que siempre ha existido, existe y existirá siempre, Fuego eternamente vivo, que se enciende con mesura y se apaga con mesura»?

**Los andares zigzagueantes de la ciencia**

Jonia deja de ser próspera e independiente a partir del 530, pero la llama apenas apagada se enciende en otro lugar, en las ciudades de Sicilia y de la Magna Grecia. Allá se desarrolla la doble tentativa de Pitágoras y de los Eleáticos, que es una reacción idealista contra el positivismo jonio.

Nacido hacia el 582, Pitágoras dejó Samos hacia el 532. Huyendo de los persas, refugiado en Crotona, será más que un jefe de escuela, el de una secta religiosa, volcada en la purificación y la ascesis. Su explicación del mundo —porque la tiene— abre curiosamente la experiencia pitagórica a la más abstracta de las ciencias, las matemáticas.

El número para Pitágoras y sus discípulos es efectivamente la explicación del mundo, como el Fuego lo fue para Heráclito. Tiene una existencia en sí, fuera de nuestro espíritu y «todo lo que puede conocerse —dice un comentador del siglo IV— posee un Número sin el que no puede comprenderse ni conocerse». Este mito lanza a los pitagóricos sobre el estudio de las propiedades del número: números fastos o malditos; números triangulares, en cuadrado; maravilla del número 10 que es la suma de los cuatro primeros números: 1+2+3+4=10... En este juego, descubren las proporciones (*aritmética*, *geométrica*, *armónica*); en geometría «llaman al punto Uno, a la línea Dos, a la superficie Tres, al sólido

Cuatro, según el número de puntos necesarios para definir punto, línea, superficie, volumen»... Estas reflexiones los arrastran incluso a calcular las órbitas del sol y de los planetas, a explicar sus movimientos reales más allá de su movimiento aparente, a ocuparse de acústica, de música, a afirmar la esfericidad de la Tierra. Su éxito más conocido, por no decir el más importante, es el teorema llamado de Pitágoras que dice que en todo triángulo rectángulo, la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos es igual al cuadrado que se construye sobre la hipotenusa.

Un buen día, los aprendices de matemáticos se encontraron con la sorpresa de los números irracionales. Un número es irracional con respecto a otro cuando no tiene ninguna relación con él que se pueda expresar en un número entero o fraccionario. Ejemplo típico: la relación del diámetro con la circunferencia es un número irracional. En este caso, es el triángulo rectángulo isósceles el que revela el perturbador número irracional. Supongamos en un triángulo de este tipo que los catetos sean cada uno iguales a 1. La hipotenusa será igual a $\sqrt{2}$. Esta respuesta simple —la nuestra— estaba excluida en aquella época remota, pero era fácil de demostrar que la hipotenusa es más pequeña que 2 (la suma de los dos catetos) y mayor que 1: por lo tanto, no puede estar representada por un número entero. Tampoco por un número fraccionario, lo que sería más largo de demostrar. Se deduce pues que, en un vector cualquiera, el número de puntos no es finito, como pensaban los pitagóricos: además de los números enteros, los números fraccionarios e irracionales están presentes hasta el infinito.

Ahora bien, si reducimos el mundo a los números, no simplificaremos su imagen si pueden ser infinitos. «La matemática nacida del pitagorismo —concluye un historiador— era como un *boomerang*, se volvió contra él.»

Pronto vendrá la resaca, la negación del número pitagórico que se elaborará en Elea (o Velia), en la costa de Lucania, durante la primera mitad del siglo V. Parménides (nacido hacia el 530) se cuestiona sobre el Ser, verdad global, inmutable, que hay que diferenciar de la opinión (el No Ser), simple juego de apariencias. Coloca del lado de las apariencias lo «múltiple», es decir, las explicaciones de los jónicos y de los pitagóricos. Aparecen así muchas controversias. Defendiendo a su maestro en contra del sentido común, Zenón de Elea formulará sus paradojas: Aquiles no puede llegar hasta la tortuga que está delante de él, la flecha vuela y no vuela, etc. Sería un poco largo explicar que estas imágenes son y no son absurdas. Se vuelven razonables, o casi, si las consideramos como una respuesta a las ideas pitagóricas, cuyo carácter absurdo tratan de sacar a la luz. Este razonamiento por el absurdo esboza una lógica, una dialéctica, diría Aristóteles, y también aquí el caminar zigzagueante de la ciencia sacó algún beneficio.

Tras esta orgía de argucias verbales, podríamos seguir la vuelta a lo concreto con las experiencias de Empédocles de Agrigento (500-430) que sacaron a la luz el papel del aire, la presión que ejerce, la necesidad de sustituir, entre los elementos, el vapor por el aire. O con los razonamientos de Demócrito, que es el primero que habla de finas partículas invisibles, los «átomos», exactamente los «indivisibles». Una profusión de átomos (en lugar de una profusión de números) es para él la arquitectura viva del mundo. A la luz de la física y de la química

atómicas modernas, esta ensoñación adquiere, tomada al pie de la letra, una actualidad engañosa.

**La ciencia en el siglo de Pericles**

En el siglo V, en todo caso, el problema de la ciencia se plantea sin ambigüedades, al mismo tiempo que se esboza un conflicto entre ciencia pura y ciencia aplicada.

Sócrates y Platón son idealistas: la pieza que persiguen es el ave temerosa y salvaje, el alma prisionera, apenas un instante, en tierra de hombres. La ciencia para ellos sólo vale como medio de meditación, camino hacia un pensamiento eterno, desencarnado. Nadie, es bien sabido, puede entrar en la Academia de Platón si no es geómetra. «¿Qué hace Dios?», le preguntan un día: «Geometriza sin cesar», responde. ¡Y nada de ciencia práctica! En el *Gorgias*, Platón habla de los méritos del ingeniero militar: «Sin embargo, lo desprecias, él y su arte, sólo lo llamarías ingeniero para injuriarlo y no querrías darle tu hijo a su hija, ni casarte con la suya.» Cuando Arquitas de Tarento hace volar las palomas de madera y se apasiona por otras experiencias mecánicas, Platón se enfada: «Corrompía la geometría... le hacía perder su dignidad forzándola como una esclava a rebajarse desde las cosas inmateriales y puramente inteligibles a los objetos corporales y sensibles; a emplear una vil materia que exige el trabajo de las manos y sirve para oficios serviles.» ¡Cosas pequeñas, pero cuan elocuentes!

Este divorcio entre la ciencia griega y la demiurgia artesanal corresponde a un giro reciente de la sociedad griega. Michel Rostovzeff observa que «el arte griego de los periodos arcaico y clásico nunca abandona la representación de los oficios». La cerámica ofrece así una serie de cuadros de la vida material, pero el arte se apartará de los espectáculos «mecánicos», que se han vuelto despreciables. «Lo que se llama las artes mecánicas —dice Jenofonte— lleva un estigma social y se desprecia con razón en nuestras ciudades.»

Por otras razones, la opinión pública en Atenas no es indulgente con las experiencias científicas. Los astrónomos y los sabios parecen fácilmente impíos, y la impiedad en este caso consiste en desacralizar el cielo y las estrellas, tradicionalmente reverenciados como divinidades. Protágoras fue desterrado, Anaxágoras fue a prisión y sólo salió de ella con la ayuda del propio Pericles, pero se marchó de Atenas, que no era ciertamente la capital del pensamiento libre. Incluso Sócrates considera que es muy inútil plantearse preguntas sobre las órbitas de los astros, los movimientos de los planetas y sus causas. Y sin duda, Platón contribuyó poderosamente a dar un mayor renombre a los estudios astronómicos, pero sólo cuando se sumó a la hipótesis presentada por sus discípulos, a saber, que los movimientos observables de los planetas, aunque parecen desordenados (la palabra *planeta* en griego significa «vagabundo»), sólo lo son en apariencia. Sus movimientos reales, perfectamente regulares, obedecen, como los de las estrellas, a un orden divino. En este caso, ¿por qué condenar una astronomía que se alejaba de las enojosas explicaciones naturalistas de los jónicos y que, al quedar «las leyes

naturales» de nuevo «subordinadas a la autoridad de los principios divinos», como dirá Plutarco, recupera su inocencia? Las cartas de nobleza que Platón concede a la astronomía son ambiguas. Siguen dejando de lado las investigaciones inauguradas por Jonia sobre causas *naturales*, capaces de explicar la estructura del mundo. Ya lo vemos, la desacralización del mundo griego no fue completa, ni rápida.

La ciencia del siglo V no dejó de aprovecharse del esfuerzo fructífero de un pensamiento que se ejerce sobre sí mismo y no sobre el mundo exterior. La distinción platónica entre el papel del pensamiento y el de la percepción como instrumentos de conocimiento sería esencial para el futuro científico. También el sentido agudo de la abstracción matemática, con la que la filosofía platónica se suma a la ciencia pura. No escapamos sin embargo a la impresión de que, en el momento más creador de la filosofía, el rechazo de una ciencia empírica y experimental cerró, por así decirlo, los caminos que se habían abierto anteriormente.

**Aristóteles de Estagira**

En cierto sentido, Aristóteles salvó para la posteridad gran parte del esfuerzo científico antiguo. El estagirita (nacido en Estagira, en las costas de Macedonia) era hijo de un médico que le empujó muy tempranamente a la práctica médica; luego se inició en Atenas en las matemáticas pitagóricas y en la filosofía de Platón, su maestro, desarrollando ampliamente el aspecto casi teológico de la astronomía platónica. Finalmente, se apartó de las matemáticas para volver al hombre, a la biología. Esta extraña formación explica una obra enciclopédica, de fácil comprensión, una obra de profesor en la que durante siglos el Islam, y luego Occidente, beberán sin tasa. Medicina, matemáticas, lógica, física, astronomía, ciencias naturales, psicología política, ética: abarca todo el saber humano. En zoología, Aristóteles fue un creador y, en dos de sus obras, la *Mecánica* y la *Meteorología*, se inclina hacia una ciencia operativa. ¡Es cierto que estas obras podrían ser apócrifas! En cualquier caso, Aristóteles se alejó claramente del idealismo y de la poesía platónica. Lo más importante ya no es el alma, parcela divina, sino el ser humano, animal pensante y mortal, incluso sobre la base fisiológica de los movimientos del alma, imaginación, memoria, pasiones. La idea ya no tiene existencia en sí, separada de su soporte material.

Finalmente, la física aristotélica es la primera que se presenta como un sistema coherente, como «una teoría altamente, que no matemáticamente, elaborada». Teoría falsa, con seguridad. El propio Aristóteles tropezó con la distinción entre movimientos naturales y movimientos violentos. Hay movimientos naturales que son perpetuos, dice, la rotación de las esferas celestes, por ejemplo. Dado que cada cosa tiene su lugar en el orden del cosmos, el movimiento natural tiende a devolverle este lugar: la piedra que tengo, si la dejo caer, va hacia el centro de la tierra y se detiene en el suelo; el vapor más que ligero que el aire se eleva naturalmente, etc. El movimiento violento, no natural,

exige por su parte la tracción o la pulsión. Una bonita explicación desmentida por la práctica cotidiana: ¿una piedra que se lanza no ofrece el escándalo de un móvil que continúa su carrera sin motor? Aristóteles no pestañea y explica la anomalía por la reacción del medio ambiente, un proceso turbulento que mueve el móvil aberrante. «Explicación genial», dice A. Koyré, a pesar de su falsedad, ya que salva el sistema; y de este sistema, tras atravesar los avatares de la historia, vivirá el pensamiento científico hasta Galileo. El principio de inercia tendrá que esperar siglos para ser formulado.

**Esplendores de Alejandría**

La conquista de Alejandro supuso una ampliación prodigiosa del universo helénico. Agrimensores, geómetras, ingenieros, geógrafos, astrónomos aprovecharon la brusca apertura de estos amplios espacios: las fuentes babilónicas y egipcias pasaban a ser directamente accesibles. Lo que la ciencia griega pudo aprender así sobre las distancias astrales, sobre la precesión de los equinoccios, sobre la geografía de países lejanos, fue considerable. ¿Debemos pensar, con S. F. Masón (1956), que la conquista alejandrina llevó la ciencia griega hacia la práctica, como se reorientará la ciencia francesa en la época de las conquistas napoleónicas?

Fundada por Alejandro en el 332, Alejandría se convirtió en el 323 en la capital de un Egipto independiente. Bajo Ptolomeo I Soter, que reinará hasta el 285, y su hijo, Ptolomeo II Filadelfo (282-246), la metrópolis a la que se aboca la vida poderosa de Egipto no tardará en ser la ciudad más poblada, la más rica, la más abigarrada étnicamente del Mediterráneo. Los nuevos faraones, ávidos de prestigio, amigos de las letras y de las ciencias, aparecen pronto como mecenas para los sabios del mundo entero. Crean en Alejandría lo que nos atreveríamos a llamar una Investigación científica. Las fechas de fundación del museo (Templo de las Musas) y de las bibliotecas no se pueden fijar con seguridad, pero medios considerables —libros innumerables, salas de disección, jardines botánico y zoológico, observatorio— ofrecen a los sabios medios para investigar y medios para vivir. El museo es como una Academia nutricia. ¿Quién se resiste a viajar a Alejandría? Es como en el siglo XVIII, cuando ningún intelectual europeo podía ignorar París.

Tras Aristóteles, Atenas conoció días hermosos, con los propios sucesores de Aristóteles en el Liceo (Teofrasto lo dirigió del 322 al 287, luego dejó paso a Estratón, que había vivido en Alejandría); con Epicuro; con Zenón de Cicio, el fundador del estoicismo (nacido hacia el 335 en Cicio, Chipre, muerto en Atenas hacia el 264); con Pirrón de Elida, el escéptico más antiguo: llegado a Atenas hacia el 336, morirá allí hacia el 290. Habría que tener en cuenta también el esplendor de Rodas (hasta el 166), y luego de Pérgamo en Asia Menor. Finalmente, la masa esencial del helenismo emigró hacia la ciudad nueva y cosmopolita de Alejandría.

El milagro es que este esplendor alejandrino se mantenga a un nivel tan alto durante dos siglos. Dos siglos de una vida intelectual tan plena, que no se puede hacer un balance en pocas líneas. El pensamiento científico, que se libera de las síntesis habituales, tiende a especializarse en ciencias particulares. Ya no se habla de filósofos o de sabios, sino de matemáticos: Euclides (hacia el 300), Arquímedes (287-212) que apenas pasó por Alejandría, si es que lo hizo; Apolonio de Perga hacia el 200; de gramáticos como Dionisio de Tracia hacia el 290; atomistas como Herófilo y Erasístrato hacia la misma época; astrónomos como Aristarco (310-230), Eratóstenes (273-192) e Hiparco hacia el 125.

Este enorme desarrollo de las ciencias particularizadas corresponde a un enorme progreso de los conocimientos. Tras un lento movimiento de maduración una amplia eflorescencia intelectual sacude todos los sectores. Los *Elementos*, de Euclides buscan una presentación sistemática de las matemáticas. Arquímedes (junto a temeridades del tipo: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo») inaugura la medición aproximada de la circunferencia gracias a dos polígonos, uno exinscrito y otro inscrito en un círculo (a medida que se multiplican los lados, sus perímetros tienden a acercarse y a confundirse con la circunferencia); también presiente el cálculo infinitesimal. Apolonio de Perga trabaja sobre los cónicos. Con Arquímedes también nace la mecánica, Aristarco mide, o trata de medir, las distancias relativas de la Tierra a la Luna y al Sol, y Eratóstenes mide el meridiano terrestre. Hiparco es capaz de predecir los eclipses. Herófilo, hacia el 300, diferencia las arterias de las venas. Isistra identifica los canales linfáticos. La más sensacional de estas hazañas es probablemente la de Aristarco (hacia 310-230 a. G): según Arquímedes, afirmó que la Tierra gira sobre sí misma en un día y alrededor del sol en un año. Según un testimonio de Plutarco, sufrió mil vilezas y casi lo juzgan por impiedad. Es muy posible que los dos detalles sean exactos y estén relacionados: en realidad la concepción heliocéntrica del mundo se abandonará porque chocaba con las concepciones religiosas de la época.

**La «revancha de Espartaco»**

Independientemente de sus proezas, la ciencia alejandrina no tuvo mucha cuerda. Hace tiempo que se planteó el problema del destino de la ciencia a través del mundo romano. Por mi cuenta y riesgo, diré que las respuestas habituales me parecen discutibles.

Podemos pedir a R. Oppenheimer, padre de la bomba A, que inicie el debate: «Si pensamos —escribe— en la cultura de la Grecia antigua y en el periodo helenístico y romano que vino después, parece muy extraño que la *revolución científica* no se haya producido entonces.» Por revolución científica debemos entender, en sentido pleno, la revolución industrial que comenzaría dos mil años más tarde, a finales del siglo XVIII de nuestra era, en Inglaterra. ¿No estaban presentes los elementos de una revolución de este tipo en Alejandría?

Todo el debate gira alrededor de un ingeniero genial, Herón de Alejandría, que vivió 100 años a. C. Es el inventor de cien estratagemas, de mecanismos

complicados, de una jarra con sifón que vierte o no, a voluntad, el agua que contiene, de engranajes de ruedas dentadas, de tornillos sin fin, de un torniquete que utiliza para su movimiento la presión del vapor de agua procedente de una caldera en miniatura... Con el nombre de *dioptra* inventó un verdadero teodolito, cuya simplicidad profunda reconocerá el lector si, durante su vida militar, ha practicado operaciones topográficas.

¿No están aquí todas las promesas de una *ciencia aplicada*?, vapor de agua, incluso al servicio de un juguete, tiene una importancia crucial bien sabida. Finalmente, el descubrimiento de la marmita de Denis Papin (1681 d. C.) tampoco determinó la revolución industrial, que tardaría un siglo más. El *descubrimiento* técnico no bastó para provocar una *revolución técnica*. Tampoco creo en una explicación «endógena» que cuestionara la futilidad de los ingenieros alejandrinos. Herón, dice Louis Rougier (1969), «es el Vaucanson de la Antigüedad, no es el James Watt». Sin embargo, Vaucanson no se limitó a los autómatas: trabajó por mejorar las técnicas textiles. También se ha dicho, y ya es más serio, que los «mecenas» de Alejandría habían pedido a los ingenieros, no que perfeccionaran las máquinas, aunque fueran de guerra (en lo que se afanaron aparentemente sin demasiado éxito), sino que facilitaran supercherías milagrosas destinadas a impresionar a los fieles, dentro del marco del culto grecoegipcio de Serapis: religión dirigida, ciencia dirigida, dice un historiador. Quizá. ¿Es suficiente para explicar este estancamiento de la técnica que se prolongará durante todos los siglos romanos?

Los historiadores han adelantado otra respuesta, que repiten sin problemas los filósofos y tecnólogos. Toda revolución técnica está condenada anticipadamente por la esclavitud, cuya lepra no deja de extenderse por el mundo antiguo. Atenas, en el siglo III, se convierte en una ciudad adormecida, con grandes propietarios, talleres y esclavos, en el campo como en la ciudad. A partir del 166 a. C, Delos (¡extraño destino para la isla santa!) se convierte en un inmenso mercado de esclavos para todo Oriente. «Si Herón de Alejandría no piensa en construir una máquina de vapor para aliviar el esfuerzo de los hombres —vuelve a escribir Louis Rougier— es porque existe la esclavitud.» Será «la revancha de Espartaco».

Nadie puede negar que una sociedad puede ser negligente en el desarrollo y la adopción de técnicas (aunque las conozca) en la medida en que no las necesite. Es incluso el núcleo del problema. ¿Debemos pues incriminar al espíritu esclavista, a la indiferencia ante el esfuerzo humano? Nos permitiremos dudar que la revolución industrial inglesa, y después europea, que se acompañó durante décadas y décadas con una degradación evidente de la condición obrera, haya sido dictada por un deseo de «aliviar el esfuerzo humano» Quizá, por el contrario, había pasado a ser rentable para una sociedad dada o para un grupo dado, ayudar a los hombres con una máquina para que produjeran más, aunque no siempre trabajando menos, ni menos duramente.

Por supuesto, con nuestra sensibilidad actual, ¿cómo no encontrar placer, en nombre de una moral retrospectiva, en la «revancha de Espartaco»? La esclavitud no sólo fue un crimen, sino una falta que condenó a los hombres a estancarse. Entonces, ¿por qué la revolución industrial, fracasada en la

Antigüedad, no se produjo en el siglo XVII, en tiempos de Denis Papin? ¿O en la Italia del Renacimiento, especialmente en Lombardía, donde parecían darse todas las condiciones científicas? La sociedad de este tiempo ya no es esclavista. Cuando haya un «despegue», por hablar con el lenguaje de W. Rostow, en la Inglaterra de 1780, la experiencia habrá estado precedida durante mucho tiempo por un despegue económico y demográfico duradero. La detonación económica es, entre otros factores, indispensable. ¿Pensaremos retrospectivamente que no estaba presente hacia el 100 a. C?

**La civilización helenística como un todo**

En las páginas anteriores nos hemos concentrado en la ciencia, ruta esencial, pero los otros aspectos de la civilización helenística nos interesan en más de un aspecto, aunque sólo sea porque Roma imitará a esta Grecia tardía, la prolongará asociándola a su vida propia.

En Atenas, en aquellos siglos, la noche no es completa. Siguen desempeñando su papel el mismo espíritu sutil, delicado, el mismo campo humanizado, los mismos marcos monumentales, las mismas actividades portuarias en el Pireo. Ciudad universitaria, Atenas ve acudir a sus brazos a los jóvenes ricos. Es también la capital innegable del pensamiento filosófico. La Academia y el Liceo siempre tienen sus *escolarcas*. Teofrasto (322-287) y Estratón (287-269) sucedieron a Aristóteles en el Liceo. ¿Quién no ha leído los *Caracteres* de Teofrasto? Corrientes filosóficas nuevas y vigorosas aparecen con Zenón, Epicuro, Pirrón.

Lo que se apaga, sin embargo, es la tragedia clásica, sus coros, sus cantos. Compañías ambulantes siguen representando, de ciudad en ciudad, por la Grecia europea y asiática, obras de Eurípides. No obstante, la tragedia ha dejado de ser creadora. Sólo ha sobrevivido en el teatro una comedia que se ha renovado, inspirándose en el espectáculo de la vida cotidiana. Menandro (hacia el 342-hacia el 292) que, fiel a Atenas, rechaza las halagadoras invitaciones de Ptolomeo Soter, es su maestro más famoso. Durante mucho tiempo sólo se conocieron de su obra algunos fragmentos y lo que pasó a los latinos (Plauto y Terencio). No obstante, desde 1959 disponemos de una obra completa, el *Diskolos*, que pone en escena de forma burlesca un campesino malhumorado, anticipando el *Misántropo*.

Atenas ya no es el centro del universo griego, ampliado sin tasa con las conquistas de Alejandro. Pérgamo, Rodas, Tarso, Antioquía, Alejandría sobre todo son rivales victoriosas. A decir verdad, lo que termina con el antiguo resplandor de Atenas es el predominio de la polis, de una literatura popular «al aire libre», hecha para el conjunto de los ciudadanos reunidos en las gradas del teatro. La vida intelectual estará ya dominada por las cortes principescas, las bibliotecas y sus eruditos, los cenáculos voluntariamente herméticos, el mundo atento de las escuelas cuyo número crece, e incluso por una cierta «burguesía» que explica el desarrollo de la economía. Es decir, un universo con estructuras diversas, múltiples.

Sin embargo, el pensamiento griego debe hacer frente por todas partes a mundos indígenas que le son ajenos. Está atrapado en una tarea imperial que le obliga a afirmar su unidad con respecto a los demás. Un idioma común, una *koiné* tiende a sustituir a los dialectos. Esta *koiné* es sobre todo de origen ático, pero no exclusivamente. Es el idioma de los profesores, la herramienta casi única de la prosa.

Otros cambios: con el fin de las libertades públicas, la elocuencia ha desaparecido. Es lógico, ya que no hay más multitudes que convencer con las trampas o la fuerza de la palabra. Apenas se deja a los hombres el derecho a canturrear discretamente lo que dicen sus maestros y a gozar los placeres de la evasión literaria. Evasión en la erudición, en la historia o en esos relatos imaginarios que son casi un esbozo de novela, o en las breves obras, alusivas o caricaturescas, que son los mimos. Los de Herondas de Siracusa son famosos. Escritos en versos rápidos, presentan con vivacidad hechos de la existencia cotidiana: un mercader de esclavos relata al tribunal sus desgracias, una madre de familia pide al maestro que corrija a su hijo, una alcahueta se afana en sus asuntos, un zapatero nos enseña su taller. Todo está en el arte y en la amenidad del diálogo.

También son evasiones los *Epigramas*, los *Idilios*, las canciones amorosas de Teócrito (nació hacia el 300, probablemente en Siracusa, vivió en Cos y en Alejandría), sus fugas poéticas lejos de las ciudades tentaculares, hacia campiñas encantadas y pastores tañedores de flauta, también poetas, que preguntan al autor, con el que se encuentran en los campos de la isla de Cos: «¿Dónde vas, Simílquidas, tan deprisa, en pleno meridión, a la hora en que incluso el lagarto duerme entre los muros de piedra seca, y en que las alondras moñudas, amigas de las tumbas, interrumpen sus retozos?» Evasiones, por fin, la búsqueda de la palabra rara, la alusión sibilina reservada a los iniciados, la originalidad estilística que domina en el círculo de los poetas alejandrinos.

El arte también revela una Grecia inédita, romántica o barroca, enamorada de las novedades. Esta búsqueda de lo nuevo desemboca, en Alejandría como en Rodas o en Pérgamo, en una opción naturalista —negación de la belleza académica y de la belleza sin más— o en un patetismo grandilocuente que evoca los excesos de nuestro barroco, o en una gracia amanerada o preciosista. La gran pintura griega de finales de la edad clásica, que sólo conocemos por los comentadores y que ya había orientado, hacia el 350, la escuela de Sición y el escultor Lisipo, probablemente estuvo en el origen de la corriente. La pintura sigue gozando de un prestigio todavía mayor que la escultura y la búsqueda pictórica es tan ferviente y sofisticada como la experiencia estilística de los poetas alejandrinos. Quisiéramos conocer algunas muestras de estas tentativas: pintar sobre una mesa o un enlosado los manjares de un festín, etc. Podemos imaginarlas como el origen de las bellas naturalezas muertas de Pompeya.

Como en Pompeya, pintura y mosaico son la decoración favorita de las casas de los ricos. Junto a una arquitectura religiosa tradicional que bebe en las fuentes jónicas y dóricas (un dórico suavizado, aligerado), la arquitectura privada se desarrolla, como testimonian las amplias moradas que se han descubierto en Delos, con sus patios centrales de columnas, sus mármoles, sus estanques y sus preciosos mosaicos, sus estucos pintados. El urbanismo había empezado, desde el

siglo V, a independizarse como un arte consciente y es Hipódamos de Mileto, arquitecto clásico del Pireo, quien reivindicará el urbanismo helenístico. Las grandes ciudades que crecen deprisa, Alejandría, Antioquía o Pérgamo, ayudan a definir las reglas de un urbanismo, tanto estético como funcional.

Esta rica, pródiga civilización del universo helenístico nos da, a los hombres del siglo XX, la impresión de una civilización cargada sobre los hombros de pueblos conquistados, sometidos, de una civilización en equilibrio inestable. Que algunos orientales lleguen hasta esta civilización de maestros, es un triunfo evidente. Los hombres de África llegarán así a Roma, como ayer llegaron a Francia, pero estas conquistas no pueden ocultar que se alzan sobre los idiomas de los vencidos, como el arameo, que hace inmensas conquistas. La vida religiosa conserva mucho más sus rasgos originales. Se superpone incluso a los cultos griegos que, tras la desaparición de la religión políada, están mucho más abiertos que nunca a las sectas y ritos de Oriente. Es la fuerza enorme del obstáculo contra el que se desgastará, a la larga, el esfuerzo multisecular de la civilización de los vencedores.

## *Capítulo VIII. Roma, más que el Mediterráneo*

Visto desde la distancia, el destino de Roma tiene una poderosa simplicidad; visto de cerca, los hombres, las circunstancias, los detalles se toman la revancha.

Sobre todo, no pensemos que el enorme imperio nació de sí mismo. El Mediterráneo es un mecanismo que tiende a asociar a los países situados en las orillas de su inmensidad, es cierto, pero no es el mar quien fabrica la red en la que la presa viva queda atrapada.

Asumida esta victoria, la sabiduría quizá hubiera sido, para Roma, limitarse al Mediterráneo, a sus espacios líquidos, a la finísima corteza de los países que lo envuelven. ¿Quedarse al sol, cerca de los olivos, de la vid? Roma emprende un camino muy diferente: César conquista la Galia, Germánico se enfrenta con el bosque inmenso que es Germania y, con él, la Europa del futuro gime al ver el repliegue de sus legiones; Agrícola termina la conquista de Gran Bretaña (77-84) y Tácito, su yerno, se dispone a relatar sus hazañas; Trajano se apodera del «oro de los dacios» y, en el Eufrates, descubre a su vez la impotencia de Roma frente al Asia misteriosa de los partos.

Sin duda, las provincias romanas en las que la *pax romana* pronto acumulará sus bendiciones, permanecerán bastante ajenas a la política romana, a las tragedias que se desarrollan en Roma y en las fronteras. Si los pretorianos se matan entre ellos, si el *limes* en el que vigilan los soldados vive alertas dramáticas, al provinciano tranquilo no le importa nada. Las distancias le garantizan un cómodo margen de quietud. No obstante, sólo que el Mediterráneo, preso de Roma, siga viviendo, que su corazón siga latiendo, hace que todos los bienes culturales circulen, tiendan a mezclar ideas y creencias, a nivelar una civilización material cuyos restos siguen siendo visibles en nuestros días. El Imperio Romano es el espacio trabajado por los intercambios, la inmensa caja de resonancia en la que cada ruido se amplifica hasta adquirir las dimensiones de un universo; una «acumulación» que un día se convertirá en herencia.

La romanización del mundo antiguo, su conquista militar y cultural, es el tema esencial de una historia romana que se reduce al marco del mar. Roma nos

interesa aquí básicamente porque sus triunfos crean la norma de una vida universal e imperial alrededor del *Mare nostrum*.

## 1. El imperialismo de Roma

La palabra imperialismo no se puede pronunciar a la ligera. Implica una voluntad lúcida de conquista; exige, para tener un peso en la balanza de la historia, un éxito espectacular y duradero. Jeróme Carcopino prueba en algunas líneas al principio de su hermoso libro, *Les Etapes de l'impérialisme romain* (1934) que la palabra se creó para Roma, y únicamente para ella, en los siglos de la Antigüedad. Es imposible hablar de la misma forma de imperialismo ateniense o macedónico, ambos de tan corto aliento: Atenas se desmorona en el 404; el imperio de Alejandro, que creció en una noche de historia, se desintegra en cuanto muere el conquistador. Podríamos hablar, eso sí, de imperialismo persa. Y el imperialismo inglés es evidente, antes y también después de Palmerston, hombre del orgulloso y anacrónico «*Civissum romanus*».

Si aceptamos estas definiciones, quizá no haya habido imperialismo romano, en el sentido pleno de la palabra, antes de la primera, o incluso la segunda guerra púnica (218-204). Esta guerra marcó el giro decisivo tras una serie de amplias conquistas (¡nada menos que toda Italia!), pero no tan calculadas como parece retrospectivamente. Roma no adopta su verdadero rostro, no elige su camino hasta más tarde.

### La primera unidad italiana

Al comienzo del destino de Roma, nada empuja a la grandeza a esta ciudad, que vegetará durante mucho tiempo. Nada la diferencia de las demás ciudades del Lacio: Alba la Larga, de la que se dirá que fue en un tiempo la metrópoli de Roma, o Árdea, o Praeneste, o Lanuvio, o Tíbur (Tívoli), asentada sobre tierras anormalmente ricas, o Lavinio (actualmente Patrica), cuya fundación atribuye la leyenda romana a Eneas, tras escapar del incendio de Troya. Aquí es donde (quizá en los altares arcaicos descubiertos en los años sesenta) «se veneraba a los dioses Penates llegados de Troya y a la diosa del Fuego y del Hogar, Vesta, cuyo culto es de origen griego, como el de los Dióscuros, Castor y Pólux».

Dejemos de lado la ciudad primitiva, aunque sea un placer incomparable para un historiador adivinar en la Roma de nuestros días, océano de casas y de vida alegre, las aldeas primitivas de las santas colinas. No es posible pensar sin emoción en estos pueblos de unos centenares de pastores, que se remontan a la noche de los tiempos. Luego va asomando una ciudad, fundada o refundada por los etruscos, que quisieron controlar el mejor paso del Tíber, gobernado por la isla

Tiberina. Los tres últimos reyes tradicionales de Roma son etruscos, por otra parte: Tarquino el Antiguo, Servio Tulio, Tarquino el Soberbio.

Según la tradición, Roma se rebela en el 509 contra los toscanos. Esta revuelta, de la que nace la República romana, el gobierno de los cónsules, del Senado y de las grandes familias patricias, de las gentes patriarcales, se podría situar más tarde, hacia el 407. Su significado no es muy seguro. ¿Hubo —se pregunta un historiador, Jacques Heurgon— un siglo V romano? Las mentiras piadosas de la historia tradicional magnifican guerras mediocres llevadas a escasa distancia, de una ciudad a otra, por tropas poco numerosas. Roma, en estos siglos oscuros, está unida a las otras ciudades del Lacio por la Confederación Latina y las luchas monótonas que trae cada primavera sólo son pequeñas disputas internas, por la posesión de un manantial, unos campos de propiedad dudosa, ganado robado o recuperado.

Cuando aparece, en el 390 o el 387, la invasión gala, las cosas cambian. Esta guerra violenta no dura demasiado. Vencidas en Alia, las legiones romanas no pueden salvar su ciudad, que toman los senones de Brenus. No obstante, el Capitolio resiste, los vencedores se repliegan y la vida vuelve por sus fueros, en la promiscuidad monótona de la Confederación Latina. La gran fecha es con seguridad, en el 338, con la disolución de esta Confederación a manos de Roma: las ciudades latinas quedan sometidas y Roma, libre de sus actos, se apodera de Italia en setenta años, conquista que culmina con la toma de Tarento en el 272, o si preferimos, la de Regio, otra ciudad griega, en el 270. En esta fecha el control de Etruria es un hecho: la toma de Volsinia tiene lugar en el 265.

Quizá, al comienzo de esta marcha imparable, tendríamos que cuestionar, en 343, la asociación de Roma con Campania, especialmente con la gran ciudad de Capua. Por esta asociación, el Lacio queda atrapado entre dos fuegos. Capua, punto de destino de una inmigración montañesa y campesina, pone a disposición de Roma una masa de aventureros cuyo papel tuvo su importancia. Además, instalarse en Campania, era encontrarse con los griegos, unirse al mar, aprovechar los intercambios (de lo que dan testimonio las primeras monedas acuñadas). Con seguridad, era también tropezarse con los samnitas, civilización salvaje del Apenino que, desde hace un siglo, atormentaba a las ricas tierras del llano.

Roma pasará por una larga prueba, pero será también su primer éxito importante. Al aceptar luchar contra las tierras altas, se impone en el llano, que libera de una amenaza constante. Sólo lo conseguirá con perseverancia, pues la lucha se reanuda varias veces: 343-341; 326-304; 298-290. Estas guerras de montaña están a merced de una emboscada, de un fallo en el suministro, de un retraso en un enlace, de una dispersión temeraria de las columnas. Los legionarios romanos conocieron la humillación de las Horcas Caudinas (321). Roma muy pronto recurre a cuerpos móviles, organiza el bloqueo de las zonas montañosas, como se vigilaría después una «zona disidente» de Bled es Siba, hace muy poco, en Marruecos. Es decir, una guerra de desgaste, con golpes indirectos. La ocupación de Apulia, hacia el 320, no sólo dio a Roma la última gran llanura de la península, sino que le entregó el territorio sobre el que caían en invierno las masas de ganado de los Abrazos, en el corazón mismo del territorio samnita.

Éxito inmenso, pero de una lentitud que despierta regularmente las esperanzas de los adversarios de Roma. Finalmente, samnitas, galos y etruscos combinan sus esfuerzos, pero las legiones romanas acaban con esta coalición en Sentino, en Umbría (295). En ese momento, la guerra había terminado virtualmente, Etruria estaba prácticamente sometida, la llanura del Po controlada, las orillas del Adriático ocupadas. A su vez, las ciudades griegas no habrían tardado en someterse si Tarento no hubiera organizado el brillante episodio de Pirro. Una vez cerrado ese episodio, la ciudad se sometió (272). Los romanos ocupaban poco después (270) la ciudad de Regio, en el estrecho de Mesina, frente a Sicilia.

Italia —vocablo geográfico que designaba primitivamente la Calabria actual, y que se extendió después a la Italia meridional— pronto designará el conjunto de la península. Las palabras también tienen su imperialismo.

**¿Por qué los éxitos de Roma?**

En esta conquista, Roma se benefició de su posición central, que le garantizaba el control de las comunicaciones interiores. Las carreteras construidas desde Roma reforzarán este privilegio: el censor Apio Claudio, en el 313, abre la vía Apia que llega hasta Capua y, más tarde, a Brindisi; la vía Salaria, la vía Flaminia, llegarán al Adriático, la vía Casia atravesará Etruria...

Roma también tuvo la habilidad, quizá por su debilidad relativa, de tratar bien a los pueblos vencidos. Se esforzó en ser paciente y honesta en cierta forma. Los pueblos cercanos a ella por la sangre y el idioma acaban logrando la plena ciudadanía romana. Túsculo fue la primera ciudad que recibió este privilegio de Camilo, el dictador semilegendario. Los pueblos más alejados a veces pudieron optar a una semiciudadanía, la del derecho latino. También se crearon colonias romanas (entonces pobladas con ciudadanos romanos), o colonias latinas, dotadas de una cierta autonomía, a veces con derechos inferiores, en el emplazamiento de antiguas ciudades, o en sitios todavía sin urbanizar. También existía el estatuto de aliados, *socii,* favorecidos unos con tratados igualitarios y otros con tratados que lo eran menos.

He dicho política honrada, pero no de muy buen grado. La *bona fides* quizá sea un mito creado después. Roma se preocupó celosamente por respetar la letra de los tratados, por poner de su parte la moral y el derecho. No obstante, la hipocresía nunca está ausente de una estrategia que, tras dividir a los adversarios, se aplica a diferenciar los estatutos de los socios.

Una posición central, una política hábil, no significan no obstante gran cosa sin medios militares. Forjada a lo largo de las guerras, la legión fue el instrumento de la victoria. Los primeros ciudadanos de las cinco clases «serviles» sirven en ella con el armamento pesado de los hoplitas griegos, casco, coraza, escudo redondo; las otras clases han adoptado un armamento más ligero, el pectoral en lugar de la coraza y el escudo largo. Los más pobres, mal equipados, cobran una soldada desde la guerra de Veyes (conquistada hacia el 396). El

soldado romano toma de los samnitas la lanza, convertida en *pilum*: una hoja fina y alargada montada sobre un mango de madera. Se ha tomado la costumbre de colocar socialmente, si podemos decirlo así, a los legionarios: los de armamento más ligero, denominados impropiamente *hastati* (efectivamente, no tienen lanza), forman las primeras filas; los principes la segunda línea; los *triarii,* en tercera línea, son la reserva de infantería pesada. El orden es más flexible que entre los griegos. El soldado romano no combate codo con codo, un intervalo lo separa de su vecino y las líneas sucesivas están colocadas al tresbolillo, de modo que una línea al retroceder pueda cubrir a la siguiente sin dificultades. La disciplina es estricta, aunque no se trate de un ejército profesional. Cada noche, los hombres construyen el campamento que los protege de las sorpresas fáciles. La caballería es poco numerosa, en general la aportan los aliados.

Última baza de Roma, y de importancia: las disputas que alimentan a lo lejos los monarcas helenísticos, sucesores de Alejandro, la lucha ciega que enfrenta en Sicilia a los cartagineses y a los griegos, como si estuvieran solos en el mundo. Roma aprovechó estos descuidos para tejer la tela de Penélope, remendada día tras día, que fue la conquista de Italia. Finalmente, la vemos fuerte, segura de sí, frente a los griegos y los cartagineses, frente a Sicilia y el Mediterráneo, cuya clave está en la gran isla.

**Roma contra Cartago: una guerra por el control del mar**

Con las tres guerras púnicas (264-241; 218-202; 148-146), Roma y Cartago entablan una guerra de los Cien Años. El control del Mediterráneo es lo que está en juego en un antagonismo que sólo podía terminar con la muerte de uno de los dos adversarios.

Cuando Roma ocupa Regio (270), los cartagineses han instalado una guarnición enfrente, en Mesina. Los dos monstruos políticos —de un lado la Italia unificada de la llanura del Po al golfo de Tarento, del otro África del Norte, de Cirenaica al Marruecos actual, con bases en el sur de España— se observan a uno y otro lado de la estrecha zona marítima. Desde luego, son adversarios dignos el uno del otro, capaces incluso de entenderse como habían probado anteriores tratados. No podemos describir su lucha como la de una potencia marítima, Cartago, como una ligera avispa, frente a un tosco soldado, el legionario romano. Cartago no era menos experta que Roma en la construcción de carreteras y puentes, o en la agricultura. Roma, mucho antes de 264, ya se interesa por el tráfico en el Mediterráneo. Se apoya en las ciudades de la Magna Grecia y, a lo largo de sus costas, hay una activa navegación mercante.

En cuanto a la marina de guerra, sus útiles ordinarios, las trirremes o quinquerremes, barcos alargados de tres o cinco órdenes de remeros, se construyen rápidamente. Roma bota en el 260, al comienzo del conflicto, una flota de 100 quinquerremes y 30 trirremes, más algunas otras unidades, todo ello en 60 días; en el 254, botará 220 barcos en tres meses. No podemos garantizar la certeza de esta velocidad alucinante, pero la construcción es con seguridad rápida,

demasiado incluso para ser cuidadosa —en Grecia ya era así— de modo que estos cuerpos flotantes tienen escasa duración, a menudo sólo lo que dura una campaña. A comienzos de la guerra, se dice que los astilleros italianos copiaron una quinquerreme cartaginesa que había caído en poder de los romanos. Es posible: la quinquerreme es un monstruo desarrollado en Chipre o en Fenicia, desde antes de los ataques de Alejandro. Sólo Siracusa, de todas las ciudades griegas de Occidente, había construido quinquerremes, pero imitarlas fue un juego. En Roma no había ningún problema con el abastecimiento de madera: la península conservaba numerosos bosques. Los griegos del golfo de Tarento traían su madera del macizo de la Sila, en el Brutium. Hasta Roma y Ostia, bajaba flotando por el Tíber. Desde este punto de vista, Cartago estaba en peor situación, pues a menudo tenía que importar madera sarda.

Fáciles de construir, estos barcos largos son sin embargo costosos, sobre todo porque sólo sirven con mar calma en el verano, y para pequeñas distancias entre Italia, Sicilia, Malta, las Lípari, las islas Égadas, la costa cercana de África... Y siempre hay que sobrecargarlas de hombres, marineros, remeros, soldados —hasta cuatrocientos por barco, según Polibio. En total, esta guerra es extraordinariamente dispendiosa: iniciada en igualdad de condiciones pronto se convertiría en una guerra de desgaste.

En el 264, Roma había ocupado Mesina sin problemas, llamada por los señores de la ciudad, los mamertinos, aventureros bastante curiosos que habían traicionado a la guarnición cartaginesa. Tras una paz impuesta a Hierón de Siracusa, los romanos comenzaron a asediar las ciudades occidentales: Agrigento, la griega, fue tomada durante el invierno del 262-261 (25.000 esclavos vendidos); en el 254, casi diez años más tarde, le tocaba a Panormos la cartaginesa: diez mil de sus habitantes fueron reducidos a la esclavitud. En el mar, en el 260, la flota romana era vencida a la altura de las Lípari, pero una segunda flota, al mando del cónsul C. Duilio Nepos, triunfaba frente a las costas de Milas (Milazzo), gracias a los ganchos y pasarelas lanzados por los barcos romanos contra sus adversarios. Los barcos cartagineses, más ágiles, se encontraban así privados de sus ventajas, obligados a aceptar el abordaje y la transformación del combate naval en un duelo de soldados, en una batalla terrestre en suma (lo que se convertiría en la regla durante siglos para todas las batallas con galeras). Roma ya se siente lo bastante fuerte para enfrentarse con los barcos cartagineses frente a las costas mismas de África (256), y un cuerpo expedicionario desembarca en el cabo Bon. Pasa el invierno en Túnez, pero es aplastado el año siguiente. El desgraciado jefe era el cónsul Régulo.

La situación no se invirtió por ello a favor de Cartago. No obstante, la ciudad había encontrado en Amílcar Barca un jefe genial que se había aferrado, en Sicilia, a dos montañas fortificadas, inexpugnables: el monte Heireté, cerca de Palermo; el monte Erix, cerca de Drépano (Trapani). Sus tropas multiplicaban los golpes de mano y los barcos púnicos practicaban una carrera fructífera. Esta pequeña guerra se estaba volviendo contra Roma. La República ya había perdido setecientos barcos, pues las tormentas sumaban sus estragos a los de los corsarios y la flota púnica. Entonces, los cartagineses, decididos a dar un gran golpe, lanzan

una enorme flota, pero Roma y los griegos, en un esfuerzo prodigioso, la aplastan en el 241, frente a las islas Égadas, en el extremo occidental de Sicilia.

En Cartago, el desastre trajo al poder a Hanón y al partido pacifista. Roma pudo imponer unas condiciones de paz draconianas. Sicilia pasó a sus manos y aprovechó inmediatamente las dificultades internas de Cartago para hacerse además con Cerdeña y Córcega. Debilitada, ocupada en hacer frente a la sublevación de Libia y a la guerra sin piedad que le hacían sus propios mercenarios (enormes sueldos atrasados sin pagar), Cartago quedó obligada a aceptar las condiciones de Roma. Obtuvo únicamente, en Italia, el derecho a la leva y a cargar los barcos de trigo.

No obstante, tras el desastre de Sicilia y el aplastamiento de los mercenarios (238), Amílcar Barca pasa a España con los restos de su ejército, en el 237. Así comienza la conquista de España, que realizaría la orgullosa y magnífica familia de los Barca. La operación consistió en apoderarse de la cuenca del Guadalquivir y desde allí, pasando la meseta de Cástulo, llegar al Mediterráneo (más tarde será el trayecto de la vía Augusta); asentarse sólidamente en Levante, donde la Nueva Cartago —Cartagena— fue fundada por el yerno de Amílcar, Asdrúbal. A petición de Roma, los cartagineses debieron comprométese, en el 226 o en el 225, a no cruzar el Ebro, es decir, a no molestar a las colonias implantadas por Marsella en el litoral de la actual Cataluña. En cualquier caso, la ocupación de la península Ibérica siguiendo dos líneas maestras, el Guadalquivir y el litoral levantino, garantizaba a Cartago la posesión directa de las preciosas minas españolas y la posibilidad de intervenir en su producción. La moneda acuñada en Cartagena proporcionará, unos años más tarde, hasta 300 libras de plata al día. En Cartago, bellas piezas con finas representaciones de animales —caballos, elefantes— son un testimonio de aquellos tiempos de abundancia.

Amílcar murió en el 231, en un encuentro con los indígenas; diez años más tarde, Asdrúbal era asesinado. Su sobrino, Aníbal, el hijo de Amílcar, fue aclamado como jefe por el ejército. Empezaba una prestigiosa carrera.

En realidad, ni Roma ni Cartago se habían dado por vencidas. Cada una espiaba, temía a la otra. Roma tropezaba con dificultades severas en Cerdeña y en Córcega, donde los pueblos montañeses eran tan duros como los samnitas. En el norte de Italia, donde tras algunas escaramuzas había vuelto a intervenir contra los galos, en 225, las dificultades eran todavía mayores. Seis años más tarde, funda las colonias *latinas* de Piacenza y Cremona, pero se trata de apoyos frágiles: las propias colonias provocarán la sublevación de los boios. La guerra no dejaba de prepararse entre Roma y Cartago.

¿Quién daría el primer golpe? ¿Aníbal, que se había apoderado de Sagunto y cruzaba el Ebro en abril del 218? ¿O la flota romana, concentrada el Lilibea y que, tras ocupar Malta de forma preventiva, se disponía a ganar las costas de África? En septiembre del 218, Aníbal, que había cruzado los Alpes (no se sabe por qué camino exacto), penetraba con menos de treinta mil hombres en la llanura del Po. En diciembre del 218 triunfaba en el Tesino; en enero del 217, en un día nevoso, se convertía en el vencedor de Trebia; el 23 de junio, aplastaba a los romanos cerca del lago Trasimeno, en Etruria; controlado por el dictador Fabio Cunctator, tuvo la suerte de obtener en Cannas, el 2 de agosto del 216, su mayor

victoria. Por oscuras razones (¿pocos hombres, falta de máquinas de asedio?) no se lanzó sobre Roma y se entretuvo en las delicias de Capua, «la segunda Roma», que acababa de «entregársele». Los años siguientes le reservaron más éxitos todavía (Tarento estuvo en sus manos entre el 213 y el 209), pero atrapado en Italia del Sur, no pudo contar con la ayuda de Cartago. En el 207, el fracaso en las orillas del Metauro de su hermano Asdrúbal, que le traía socorros importantes de España, selló su destino.

Refugiado en el Brutium (la alta Calabria), se mantendrá allí durante años, bloqueado por las legiones romanas, como lo estuvo su padre en las laderas del monte Erix. Roma, durante este tiempo, daba golpes decisivos: Cartagena se tomaba en el 209 y el desembarco de Escipión en África, la repatriación de Aníbal, la batalla de Zama (202) fueron la conclusión de la segunda guerra púnica.

**Un proceso para historiadores**

El conflicto que saltará por tercera vez, en el 148, para terminar dos años más tarde con la destrucción de Cartago, plantea demasiados problemas como para no haber suscitado las más vivas controversias.

Este proceso cuenta con un testigo esencial, historiador y uno de los mejores que dio Grecia: Polibio. Nacido en Megalópolis, en Arcadia, en el 210 o el 205, sólo era un niño en tiempos de Zama (202), pero asistió a la ruina de Cartago, en 146, junto a su amigo Escipión Emiliano. Curiosas vueltas da la vida para este hijo de un político influyente de Megalópolis que, en su primera juventud, había militado contra Roma por la libertad helénica en las filas de Filopómenes, «el último de los griegos». Así es como Polibio acabó recalando en Roma, en el 167, entre los mil rehenes aqueos exiliados en Italia, después de Pidna. Y el exiliado quedó maravillado por la gran ciudad, donde vivió durante dieciséis años, frecuentando la casa de los Escipiones, de los que será amigo incondicional.

Sus *Historias* presentan un relato de los acontecimientos después del 264, comienzo de la primera guerra púnica (presentada, por otra parte, como una introducción), hasta la destrucción del 146. Relato tanto más precioso cuanto el hombre bien informado, es de una inteligencia excepcional, preocupado por la visión de conjunto, además de su experiencia griega, que le lleva a reflexionar sobre el fenómeno de la expansión romana. Para él, el triunfo de Roma es como un decreto del destino, se deriva de una especie de ley de la naturaleza. En lugar de enfrentarse a ella, es mejor asociarle la suerte misma del helenismo. Trata de convencer de ello a sus compatriotas y a los Escipiones, herederos de una familia gloriosa, ganada para la cultura griega y sus lecciones.

El corazón de la obra de Polibio está formado por las razones del destino imperial de Roma. Para los historiadores occidentales, sensibilizados ante los estragos de los imperialismos y las guerras injustas, el debate está más bien en la responsabilidad de este largo conflicto, del que Roma salió diferente de lo que era. Si la ruptura del 218 se debe a Aníbal, ¿debe Cartago asumir la culpabilidad de la

guerra? ¿Entonces el imperialismo romano sólo es una respuesta al imperialismo de Cartago? Aceptemos con Polibio que al atacar a Sagunto en la zona que su tratado con Roma le tenía más o menos vedada, Aníbal desencadenó a sabiendas la guerra. Sin embargo, los Bárquidas no están solos en Cartago; por otra parte, en Roma, desde antes de la primera guerra púnica, ya existen belicosos y cizañeros, a pesar de la prudencia de la política romana. ¿La flota de Lilibea sólo se había reunido con fines defensivos? Si se hubiera hecho a la mar antes del ataque de Aníbal, ¿el pecado estaría únicamente por cuenta de Roma? Además, la guerra no empieza en el 218, se reanuda. Y los romanos, cuando ocuparon Mesina en el 264, lo hicieron claramente a pesar de su tratado de amistad con Cartago del 306. No parece pues muy serio hacer depender de tal o cual acto de hostilidad la responsabilidad unilateral de un conflicto que se dibujaba anticipadamente y con tanta claridad en el mapa del mundo.

Digamos que Roma y Cartago estaban condenadas a tropezar, chocar, sospechar una de otra. Los Bárquidas —que parecen haber dudado— quizá hubieran aceptado ser los dueños pacíficos de España si Roma lo hubiera consentido. Para Aníbal, la guerra fue una solución arriesgada, casi desesperada. Es un milagro que su familia en España haya formado, tan deprisa, en unos quince años, un ejército de sesenta a setenta mil hombres. Sin embargo, Roma dispone de más del doble. Lanzar este ejército por tierra hacia Italia que está tan lejos es una locura: antes de llegar, ya habrá perdido la mitad de sus hombres. Después de Trebia, los hombres de Aníbal tendrán que echarse de nuevo a los caminos de montaña para escapar a la vigilancia del enemigo, a veces estirándose por los desfiladeros difíciles de los Apeninos a lo largo de treinta kilómetros.

Aníbal apostó por un levantamiento contra Roma de una Italia mal sometida. Tuvo razón en lo que se refería a los celtas. Se equivocó casi totalmente con los etruscos, los samnitas y sobre todo los griegos, que acabaron prefiriendo los romanos a sus enemigos de siempre. Son un hecho las secesiones de Tarento y Siracusa, y el gran plan de Aníbal, que proyectaba apoyarse en la Macedonia de Filipo V, pero el ejército de este último ni siquiera llegó al Adriático.

La única oportunidad del cartaginés era la relativa inexperiencia del mando romano. Poco familiarizado con el arte helenístico de la guerra que practica Aníbal, sólo se librará lentamente de sus costumbres arcaicas, con una especie de «mutación psicológica» que quizá fue el secreto de su recuperación. Roma fabricó así, poco a poco, su propia forma de guerra «moderna», que no fue una simple copia del arte helenístico, pues se apoya en bases más profundas que este juego brillante de *condottiero* que fue, después de todo, el de Aníbal. Roma no se presta a esta especie de deporte helenística en el se apresura a reconocer su derrota, sin insistir más.

**La tragedia del año 146**

Tras la segunda guerra púnica, Cartago, despojada de todo, incluso de África (su territorio acaba frente al país númida), de su plata (50.000 talentos

pagaderos en 50 años), de su flota, parece herida de muerte. Sin embargo, sigue comerciando, desarrolla ricos cultivos, la vid, los olivos. Sus exportaciones agrícolas hacen sombra incluso a los grandes terratenientes de Italia, al tiempo que su capacidad de recuperación reaviva las inquietudes romanas: «Delenda est Carthago.»

Una guerra entre Cartago y Masinisa, el rey númida, ofrece un pretexto para la expedición romana. Tropieza con una defensa salvaje, pero Cartago sucumbe ante los legionarios de Escipión Emiliano; fue incendiada, arrasada, la sal de la maldición se sembró sobre sus ruinas. Un cuarto de siglo más tarde, Cayo Graco comenzó a levantar de nuevo la ciudad maldita, que no recobraría su fuerza y vigor hasta tiempos de César y Augusto. Esta Cartago romana, capital de la provincia de África, no tenía nada que ver con la asombrosa metrópolis púnica de antaño.

**Oriente Próximo, presa codiciada durante mucho tiempo**

Desde el 200, inmediatamente después de Zama, era previsible la probable ocupación por parte de Roma del Oriente mediterráneo que, dependiente del mar, está librado de antemano a quien lo domine. Todas las grandes ciudades del este son marítimas: Alejandría de Egipto, Rodas, entonces centro comercial y financiero sin igual (la plata está muy barata, 8 por ciento, frente al 24 por ciento en Alejandría); Antioquía, ciudad caravanera tan cerca del agua del mar que tira obstinadamente del imperio seléucida hacia el oeste; Pérgamo, que vigila los estrechos de acuerdo con Bizancio; Corinto, de nuevo, y pronto también Atenas... Y hacia el oeste, el mar pertenece a una ciudad, una sola, enorme desde la destrucción de Cartago.

Lo que tenía que pasar, era la unión entre Oriente y Occidente del mar, estos dos universos independientes, naturalmente ciegos el uno para el otro. A decir verdad, esta soldadura, que es tanto como decir la formación del Imperio Romano, exigirá una sucesión de acontecimientos que no se ajustan demasiado a lo que podríamos esperar de un movimiento aparentemente lógico. Si la operación resulta difícil, quizá es porque era menos «natural» de lo que pareció después. Es un hecho que fue lenta. La primera brutalidad de la política romana, con el comienzo de la segunda guerra de Macedonia, se sitúa en el año 200; la última, en el 61 (conquista de Siria) y el 31 (reducción tardía, o mejor retrasada, de Egipto a la condición de provincia romana). Del 200 al 31, de Escipión el Africano a Augusto, la distancia cronológica abarca casi dos siglos.

Esta lentitud, que implica algunas otras, se debe sin duda a la dificultad que tiene Roma para convertirse en el centro económico del mar. Los hilos de una vida colectiva no se entretejen inmediatamente a su alrededor. En Delos, que la política romana, en el 167, transforma contra Rodas en un mercado libre al que afluyen los esclavos y el trigo, los hombres de negocios italianos no aparecen en cantidad suficiente hasta el 125, o incluso el 100. Cerca de Nápoles, el puerto de Puteoli, destinado al tráfico de Levante, no será próspero hasta finales del siglo II.

Y hasta que, Átalo, rey de Pérgamo, no hace donación a Roma de su reinado (la futura provincia de Asia se creará en el 129), no caen sobre él como cuervos los publícanos. Por lo tanto, no adelantemos demasiado la unidad del Mediterráneo en beneficio de Roma. No exageremos el alcance de algunos detalles: un envío de trigo de Egipto a Roma en el 210; o de África del Norte hacia el Egeo, hacia los años 170; o el aumento del tránsito por los mares de Levante, a comienzos del siglo II, que responde a un mayor acopio de esclavos de los compradores de Italia.

En total, desde Roma al reino parto o a Bactriana, las fluctuaciones de los precios, los movimientos de crédito, las coyunturas financieras, los propios deterioros sociales, como sostiene F. M. Heichelheim, tienden a extenderse por un espacio cada vez más amplio. Solamente tienden. Se siguen marcando coyunturas diferenciadas, incluso entre zonas vecinas: lo que ocurre en la Siria de Antíoco III no reproduce el violento deterioro del Egipto de Ptolomeo III. Si una coyuntura de conjunto se impone a la economía del Mediterráneo, no será antes del 170, 150, o incluso el 130.

**Oriente, responsable de su pérdida**

Hacia el 200, el mundo helenístico no es ni una casa que amenaza ruina, ni el esplendor del que habla U. Kahrstedt. Que este Oriente en manos de los griegos haya contado con las mejores instituciones, mezclando despotismo e «ilustración», independencia relativa a las ciudades y ventajas de los amplios reinos territoriales, que goce de la más animada circulación monetaria, de la mayor acumulación de riquezas, del más alto nivel de vida, de la población más densa, es cosa probable. Pero que haya estado al borde de la Tierra Prometida, es decir, de un capitalismo a punto de alcanzar un plano industrial que anuncia el fin de un régimen de hombres esclavos, es altamente improbable. No lo es menos que del aborto de esta revolución industrial, el responsable sea el «bárbaro» romano, aunque haya destruido mucho, saqueado, torturado.

El reparto de la herencia de Alejandro entre tres potencias, Siria, Egipto, Macedonia, representó inmediatamente guerras constantes, acuerdos frecuentemente rotos y violencias inauditas, las peores, las de la guerra civil. A comienzos del siglo III, una especie de equilibrio entre el gran peso de Egipto, por una parte, y por otra el florecimiento de Rodas, Mileto, Éfeso, y la recuperación comercial de las factorías del Ponto Euxino, había creado sin duda, del norte al sur, un eje dinámico. Luego, entre los tres grandes, aprovechando sus enfrentamientos, habían crecido estados secundarios: como los reinos de Pérgamo, de Bitinia, del Ponto, de Armenia, de Bactriana; también ciudades tan deslumbrantes como Rodas y los grupos de ciudades de Creta o de Cilicia, donde tiene su base una piratería próspera. Cuando termina el siglo III, la potencia de Egipto ha recibido un duro golpe. Desde fuera, por la crisis de la segunda guerra púnica, que reduce quizá los envíos de metal blanco hacia el este y que, en todo caso, elimina a Egipto de amplios mercados en Italia, y en Cartago misma. Desde dentro, porque, vencedor de Siria en Rafia, en el 217, Egipto sólo debió este éxito

a las milicias «egipcias», es decir, no griegas. En consecuencia, trastornos internos (nacionalistas, coloniales, incluso racistas) devastan Egipto, que ya sólo es, en el concierto político de Oriente Próximo, un *hombre enfermo*. Esta debilidad, este vacío, aceleran las políticas agresivas de Filipo V de Macedonia y de Antíoco III, bajo el signo de la premura y de las guerras despiadadas.

**Las brutalidades romanas**

Esta situación explica en cierta medida las brutalidades inmediatas de Roma. Aprovechó que sólo tenía enfrente, en Oriente Próximo, dos colosos frágiles, agitados, el macedonio y el sirio, para eliminar inmediatamente el peligro potencial que representaban.

Los orígenes de la segunda guerra de Macedonia (200-197), en la que se mete Roma apenas terminado su conflicto con Cartago, no están claros. Es dudoso que el Senado simplemente se haya asustado por el acuerdo improvisado entre Filipo V y Antíoco III, o que las embajadas insistentes y preocupadas de Pérgamo, de Rodas y de Atenas hayan bastado para convencerle de que lanzara sus ejércitos tan lejos, en un conflicto fácil de evitar, ya que Macedonia se esforzaba por no romper las cláusulas del tratado de 205 que la ligaba a Roma. Las cosas se comprenden mejor vistas desde Roma, donde el imperialismo desatado por la lucha contra Cartago avanza de forma incesante. Los grandes protagonistas de la primera guerra de Macedonia, P. Sulpicio Galba, M. Valerio Levino, no son los únicos que quieren entrar en campaña. Ha aparecido una especie de «profesionalidad» militar: el cebo de los beneficios, la búsqueda enfermiza de la gloria, las consecuencias de un exceso de equipamiento militar también desempeñan su papel. Toda guerra plantea el problema de la desmovilización, y Roma no sabe qué hacer con los soldados que tiene.

Las legiones, admirablemente dirigidas, entrenadas en una guerra «moderna», tienen una fuerza irresistible, sobre todo frente a Oriente que, ciego a la lección, no reformará sus ejércitos: quizá sea el destino de los países civilizados, llevar una o dos guerras de retraso sobre adversarios más brutos que ellos. En Cinocéfalos (197), el ejército de Filipo V queda casi ridiculizado; Macedonia, que de golpe vuelve a sus estrictas fronteras, sufrirá una humillación más: la proclamación de Flaminio, en los juegos ístmicos, de la independencia griega (196), que devuelve a Grecia la libertad y sus minúsculas disputas. En el año 194, las legiones abandonan la península de los Balcanes. Después de tantos pillajes, exacciones, masacres, ¿quién se atreverá a moverse? Luego, en el 190, favorecidos por Pérgamo y Rodas, los Escipiones triunfan, en Magnesia de Sípilo, sobre el ejército mucho más numeroso de Antíoco III, y arrojan a este magnífico y ambicioso «Rey Sol» más allá del Tauro.

Misma facilidad, unos veinte años más tarde, en el 167, cuando se trata de acabar con Perseo, el sucesor de Filipo V. Paulo Emilio, el hijo del vencido de Carinas, da en el campo de batalla de Pidna una nueva demostración de la infalible superioridad romana y su triunfo, en Roma, desplegará riquezas

inauditas, fruto de pillajes abominables. Esta vez, la monarquía macedónica y Macedonia habían sido borradas de la faz de la tierra.

**La coyuntura se invierte**

Guerras relámpago, pillajes, sólo son posibles con una cierta euforia de la vida económica. El vencido postrado tiene que poderse levantar, para que puedan reanudarse la lucha y el pillaje. Es lo que pasó en el primer tercio del siglo II: la coyuntura es bastante favorable, las heridas, las finanzas destrozadas, se curan, las indemnizaciones de guerra se pagan, por muy pesadas que sean. Incluso Egipto, que ha vivido devaluaciones terroríficas, del orden de 10 a 1, y que se encuentra reducido al régimen de la moneda de cobre, vuelve a la vida tras este remedio de caballo.

No obstante, pasado el 170, la coyuntura se invierte; los precios del trigo pasan a ser catastróficos, el nivel de vida se desmorona, los trastornos sociales se extienden como una lepra y afectan de lejos a Roma e Italia victoriosas. Es un hecho que la política es responsable de estos cambios en cadena, pero el reflujo económico desempeña también su papel. La guerra se vuelve atroz. Macedonia, sublevada, queda reducida al estatuto de provincia romana; el gendarme se establece en su casa (148). Grecia, sublevada a su vez, es salvajemente sometida y, a título de ejemplo, gratuitamente o casi, Corinto es arrasada el año mismo en que Cartago se hunde entre las llamas. Grecia también queda reducida a provincia romana (146) y, cuando muere Atalo (133), su reino, legado por él a Roma, se convierte en la provincia de Asia (129).

Por todas partes, de un extremo al otro del mar, las guerras civiles, «sociales» o de pueblo a pueblo, se acompañan, se dan la mano, parecen nacer unas de otras: en España, la rebelión de los celtíberos, que se inicia en el 154, no termina hasta el 133, tras los horrores del sitio de Numancia; en África del Norte, la guerra contra Yugurta se abre en el 109 y llevará sus repercusiones hasta la misma Roma; en el 102 y el 101, los cimbros y los teutones llegan hasta Provenza y hasta la Italia del Norte; en el 91, la sublevación de Italia —la guerra «social» (*socii* = aliados)— deja a Roma al borde de la ruina. Finalmente, incluso en la capital, las rivalidades frenéticas por el poder no se interrumpen salvo en breves periodos. ¿Cómo conquistar, someter el universo mediterráneo en estas condiciones?

A favor de las disputas que desgarran Roma —la marea de la guerra social, luego los primeros pasos victoriosos de Sila, en el 88, que lleva su ejército hasta la misma ciudad—, el rey del Ponto, Mitrídates, es durante algunos años el protagonista de una brillante revancha contra Roma, con el aplauso de Oriente. En el 88, a su llamada, se desata una guerra general, la sublevación «póntica»; cruza como un rayo la provincia de Asia; las ciudades le abren sus puertas, masacran a los romanos (80.000 en total, se dirá). Luego, avanzando paso a paso, la oleada cruza el Egeo. Los romanos de Delos son asesinados. Desde Macedonia, un ejército invasor llega a Tesalia; Grecia central, la misma Atenas, se sublevan.

Se tardó mucho en poner fin a esta situación. La represión comenzada por Sila (87-83) viene marcada por la recuperación de Atenas, duramente tratada. No obstante, otras preocupaciones impiden a Sila seguir su camino: el dominio del mundo debe conquistarse en otro sitio, en la misma Roma, y firma apresuradamente, con el rey del Ponto, la paz chapucera de Dárdano (83). La inseguridad se mantiene pues en Oriente. Ni siquiera las durísimas campañas de Lúculo consiguen la pacificación. Se alcanzará tardíamente, sin demasiado mérito, en el fácil viaje de Pompeyo. En el 63, el anciano rey de Ponto, abandonado, será degollado por uno de sus servidores. Dos años más tarde, Siria se convierte en provincia romana.

La fortuna de Roma así reafirmada, ¿no viene arrastrada en realidad por la ola ascendente de la situación económica que se recupera, quizá a partir de Sila, con seguridad antes de César? Todo estaría resuelto, y Oriente estaría sometido sin restricciones, si las disputas en Roma no hubieran tomado un matiz trágico.

**De la ciudad al Imperio, de Tiberio Graco, 133 a. C, a Augusto, 31 a. C.**

Estas disputas, que acabarán con la victoria de Augusto, en el 31, abarcan un siglo completo. Los historiadores han estudiado con lupa, con una erudición ejemplar e infinitas discusiones, este drama lleno de peripecias, aunque horriblemente monótono, dado el primer plano que ocupa constantemente la villanía de los hombres. En esta carrera por el poder, todos los hombres, por muy diferentes que sean, tienen las manos sucias y ensangrentadas. Todos se acaban pareciendo.

Los generosos —¿podríamos decir los puros?— los Gracos, primero Tiberio y luego Cayo, sueñan con la renovación de Roma, con reconstruir una clase de pequeños propietarios. No duran nada frente a su propia clase, la *nobilitas* que monopoliza el poder, reina en el Senado y reparte las magistraturas. Ni uno ni otro de los hermanos ilustres se salvó por el carácter sacrosanto del tribunado de la plebe, dignidad que fue la suya: el primero cae asesinado en el 133, el segundo en el 123.

Mario, nacido en Arpiño, en 157, es un *homo novus*, y el partido popular —la plebe de Roma, apoyada por los caballeros— le lleva a su primer consulado, en 107. Había salido a la palestra en la guerra contra Yugurta, en la que apartó a su jefe, Mételo, rematando él mismo la derrota del rey númida (105). Si con Mario y las largas luchas que mantendrá hasta su muerte, en el 86, los acontecimientos se precipitan, no es por una lógica de la historia, sino por la habilidad de Mario, soldado valeroso pero político de cortas miras, o abrumado por la explosión popular. El pueblo de Roma, plebe ociosa que vive de la caridad del Estado, sería muy incapaz de establecer una democracia.

A decir verdad, la antigua sociedad romana ha perdido sus bases. Su clase dirigente —la *nobilitas*, formada por patricios y antiguos plebeyos ennoblecidos por las magistraturas— se mantiene, pero alrededor de Roma y por toda Italia ha desaparecido una población numerosa de pequeños propietarios, un día

campesinos, al siguiente soldados. La plebe urbana es en parte el fruto de esta descomposición. Junto a la *nobilitas* que se reserva las magistraturas, que llena el Senado, distribuye las protomagistraturas y cuenta con amplias propiedades pobladas de esclavos, especialmente en la rica Campania —junto a esta *nobilitas*, una «burguesía» de caballeros financieros, cobradores de impuestos, constituye un peligro que crece con el nuevo disfrute del dinero. Una sociedad enferma se desmorona sobre sus bases, creando la fragilidad en el poder y en las instituciones.

El hecho esencial que resume mucho más es la transformación del ejército, ejército de ciudadanos que se ha convertido en ejército profesional, que se recluta entre los pobres, los desfavorecidos, los *capite censi*, las personas que están por debajo de la última clase, *infra classem*. Pronto se hacen amos de la situación, empujan al poder a sus jefes, bastante indiferentes a lo que llamaríamos verdaderas convicciones políticas. En el 100, el ejército de Mario aplasta al partido popular, culpable de haber retomado los proyectos de leyes agrarias de los Gracos y de agitar furiosamente la gran ciudad.

También Sila es el hombre de un ejército, del que recibe el poder a su vuelta de Oriente, en el 82. Su victoria, seguida por atroces decretos, conduce a la dictadura. ¿Es ya una monarquía a la oriental? No, Sila abdicará en el 79 y todo vuelve a empezar con las luchas entre Pompeyo y César, luego entre Antonio y Octavio. La monarquía tampoco queda establecida con César, que cae bajo los conjurados de los *idus* de marzo (44). Lo estará al finalizar el combate entre Octavio y Antonio, especialmente dramático.

Esta guerra, efectivamente, hace resurgir el conflicto latente de Occidente y Oriente, como si todo volviera e empezar, como si Oriente volviera a ser capaz, por un milagro, de rehacer su fortuna que se esfumó. ¿Realidad o ilusión? Octavio, el futuro Augusto, encarna el pensamiento unitario de César, la preocupación por unir un Occidente casi redondo a un Oriente que habría que completar, más allá de la frontera, demasiado cercana, del Eufrates. Antonio y Cleopatra, al hilo de las circunstancias, sueñan con un Oriente unificado en su beneficio. Este sueño, que se hunde de golpe en Actium (33), ¿habría podido desembocar, con unos siglos de adelanto, en el advenimiento de un Imperio Bizantino? Hay historiadores que lo pretenden. Quizá sea tomarse al pie de la letra la propaganda de Augusto, pues el episodio «egipcio» llegaba en el momento preciso para instaurar y hacer aceptar un poder fuerte y de formulación inédita. ¿Antonio, vencedor, no habría levantado también el Imperio Romano?

El mérito de Augusto, al recuperar la herencia de César, será adaptarla, disimular sus osadías más llamativas. Este heredero prudente, primer emperador, será considerado como un salvador por todo el Mediterráneo, amos y esclavos (y no solo Virgilio y los amigos de Mecenas): la paz (*ubique pax* fue su divisa), el respeto a las personas, el orden social, son regalos importantes tras tantos años tumultuosos. Sobre todo los últimos, en los que la tensión había superado todos los límites.

## 2. Más allá del Mediterráneo

Un día, el imperialismo romano se detiene solo. Desde este punto de vista, la época decisiva fue la de Adriano (117-138 d. C). Encontramos entonces dibujada alrededor del mar la amplia elipse de las fronteras romanas, a mayor o menor distancia del Mediterráneo, que sigue siendo el rasgo fundamental del imperio: unas tierras alrededor del *Mare Nostrum*.

Hacia el sur y el este, el imperio está protegido por el vacío de los desiertos: el Sahara, el desierto de Siria. Sólo hay peligro más allá de los vacíos sirios, donde se han instalado los partos Arsácidas, y luego Sasánidas, gracias a los que revive Irán, corazón que nunca muere del Imperio Persa. Los partos serán durante mucho tiempo como avispas lejanas, furiosas sólo si se las ataca en su casa. El «contraimperio» tampoco bloquea el camino de la seda, las drogas y las especias hasta Roma, ni el acceso al mar Rojo y, desde allí, a los monzones del océano índico. Al norte, en Europa, Roma sí se siente amenazada. Posee los Balcanes, Italia, España, pero para garantizar la seguridad de estos continentes, tiene la tentación de apoderarse de sus fronteras, el mar Negro, el lejano Ponto Euxino, el Danubio, el Rin, es decir, de aventurarse en tierras densas, despobladas en general, donde todo cambia, los hombres, el cielo, los cultivos, las plantas, los ríos, los mares.

¿Era obligatorio este avance insistente? Cuando el Imperio renuncia a él finalmente, ¿es por espíritu derrotista, o porque se había acostumbrado a no buscar más que lo realizable, lo que está al alcance de la mano? Esta masa humana, enorme para le época (50 millones de seres por lo bajo), distribuida por un espacio también enorme, pues las distancias son difíciles de controlar, quizá no esté segura en la envoltura poco resistente en la que tiende a encerrarse, pero alejarse del mar es debilitarse alargando las líneas de avituallamiento, enfrentándose al vacío desértico u oceánico, o bien al semivacío de los países primitivos como Germania. Mantener tantos puestos fronterizos es una obra maestra agotadora, que no se puede abandonar en ningún momento. Cincuenta millones de hombres que trabajan, aran, forjan, tejen, navegan, conducen bestias de carga, es una competencia sin fin a la profesión de soldado. ¿La custodia de las fronteras hubiera sido posible sin el reclutamiento del auxiliar bárbaro, del arquero palmiro o del soldado germánico de cabello rubio?

### Los cimbros y los teutones

Antes del imperio, ya se había planteado el problema en el momento de la alerta de los cimbros y los teutones: la invasión más formidable que amenazó al ecúmene del Mediterráneo, antes de los movimientos de los pueblos germánicos del siglo V.

Un río humano, hacia el 120 a. C, sale de la península de Jutlandia —al norte, los cimbros, al sur, los teutones—, una oleada de hombres, de mujeres, de

niños que, en lento fluir, tropieza con los obstáculos vivos de otros pueblos, choca con ellos o los mutila al pasar, llevándose algunos fragmentos. En busca de tierras, diez años más tarde, llegan al Danubio, al sur de la actual región morava; bordean los Alpes, chocan con los romanos, aparecen en el 109 en el Jura. Cuatro años más tarde, están en la región de Toulouse. Los cimbros pasan a España, vuelven de allí y en Bélgica vuelven a encontrarse con los teutones. Sus masas mezcladas deciden pasar a Italia. Los teutones, victoriosos en Orange, eligen la ruta de Provenza; los cimbros, la del país de los helvecios y del Brennero. Su objetivo común es el norte de la península, zona todavía frágil, un siglo después de la expedición de Aníbal. En cuanto a «Provenza», la Provincia bajo control sólo desde hace 120 años, no es más que una estrecha franja de tierra a la orilla del mar.

Mario, que en Roma recibe el mando de legiones poco experimentadas, entra en contacto, más allá de Aix-en-Provence (*Aquae Sextiae*), con la masa de los teutones que, sin preocuparse por él, se dirige hacia el este, camino de la Tierra Prometida. Durante seis días, desfilan ante el campamento romano, burlándose, prometiendo «visitar a las mujeres de los romanos y preguntándoles con insolencia si no tienen ningún recado para ellas». Mario se abalanza sobre la multitud, masacra a hombres, mujeres y niños, capturando más de trescientos mil prisioneros. La cifra, probablemente inflada, señala en cualquier caso la multitud de invasores. El año siguiente, el 3 de julio de 101, en Verceil, Mario contacta con los cimbros que, más allá del Brennero, han cruzado la Italia del Norte, de este a oeste, en lugar de marchar sobre Roma. Una nueva victoria inunda el mercado italiano de venta de esclavos.

La aventura no sólo ha dejado a Galia un recuerdo de pesadilla. Italia, cuyas puertas han sido forzadas, ha tomado conciencia de un monstruoso peligro nórdico. El «terror cimbro», leyenda de horror, sobrevivirá en Roma.

**César conquista la Galia: 59-50**

Frente al mundo germánico movido por violentos tumultos, Galia se ofrece como un objetivo o una buena presa. Relativamente rica, poblada (quizá 12, incluso 15 millones de habitantes), con campiñas fértiles, bosques densos, ciudades, oficios florecientes (tejidos de lana, zapateros, metalurgia), está dividida entre pueblos rivales, en realidad amplias tribus territoriales. El resultado es una debilidad política generalizada, cuyas consecuencias serán dramáticas.

Roma teme que esta Galia atraiga, sin posibilidad de hacerle frente, el excedente del mundo germánico y lo lance sobre el Mediterráneo, como en tiempos de los furores célticos. Por otra parte, celtas y germanos se confunden a los ojos de los romanos, con la única diferencia de que unos son más salvajes que otros. La seguridad italiana exige, en definitiva, que la marmita gala esté controlada de cerca y el problema de la ocupación de la *Gallia comata*, la Galia de cabello abundante (por oposición a la *Gallia togata*, la Galia de toga, de la provincia, la futura Narbonense), debió plantearse muy pronto. Los mercaderes

italianos, los *negotiatores*, se interesan además por el mercado galo, donde sus ventas se multiplican. «Se han encontrado ánforas de vino italianas hacia el año 100 a. C hasta en Chateaumeillant», en el actual departamento de Cher, e incluso más lejos. La ambición de los candidatos a una conquista prestigiosa hizo el resto.

En abril del 59, atrapado entre las intrigas de los triunviros (Pompeyo, César y Craso), el Senado confia a César un mando excepcional, Iliria y Cisalpina; añade después la Transalpina. Entre los Padres Conscritos que lo nombran, en principio para garantizar la seguridad de los Alpes, muro enorme, pero plagado de fisuras y amenazado por los movimientos de los pueblos nórdicos, ¿estaba la esperanza de que la Galia *comata* se convirtiera para el ambicioso en una trampa temible, quizá mortal? ¡Menudo error de cálculo! César se encontró con la ocasión de intervenir en la primavera del 58, con la migración de los helvecios hacia el oeste. Hartos de chocar con los germanos, querían buscar refugio en la Galia. «Abandonando la vigilancia de los Alpes, César se dirigió al Ródano. Así es como Galia se convirtió en un campo de batalla.» Además, el procónsul tuvo que manejar políticamente las rivalidades y las inquietudes de los pueblos galos, que engañar a los helvecios para sorprenderlos mejor, pretexto que utilizó para marchar hacia el norte. A partir de ahí, cada acontecimiento provocará el siguiente, también calculado anticipadamente. César rechaza a los helvecios en Bibracte, y ese mismo año expulsa de Alsacia a los suevos de Ariovisto. Así se instala en Galia con el pretexto de protegerla[61].

¿Nació este drama de la sola ambición de Cayo Julio César? No hay duda de que vio en la aventura una ocasión de gloria, de poder, un medio de recuperar una fortuna en peligro por los gastos «locos y demagógicos». Que el hombre sea maravillosamente inteligente y lúcido no hace más que agravar su caso. Es cierto que Galia se entrega anticipadamente por su debilidad política, su desorganización. Si no hubiera sido romana, hubiera sido germánica, lo que quiere decir oleadas de hombres de paso, primero los helvecios, detrás los suevos, y detrás de los suevos, ¿quién? Esta vuelta a la pesadilla cimbra y teutona habría provocado con seguridad la intervención de Roma. ¿Otra conquista? El propio César dependió de un destino que seguramente le superaba. La Galia se conquistó para que su cuerpo se interpusiera eficazmente, de una vez por todas, entre Roma y la temida Germania.

El mapa que resume las campañas de César expresa con demasiada claridad lo que ocurrió en medio de incidentes y de dudas, durante años muy difíciles, en un país inmenso en el que la rapidez de la marcha de las legiones no podía suprimir las distancias. Es imposible analizar aquí con detalle los comunicados de victorias que César envía a Roma, ciudad que nunca olvida y en la que actúa su instrumento ciego Publio Clodio.

La conquista del 58 al 54 fue una serie de éxitos fáciles, preparados con método. Un surco sangriento se hunde en la carne y el territorio de los galos, En el 58, los helvecios son aplastados en Bibracte, los suevos en Mulhouse. En el 57, las legiones caen sobre los pueblos de Bélgica y continúan hasta el Escalda y el

---

[61] Sobre la conquista romana de la Galia, posición crítica de C. Goudineau, *César et la Gaule*, París, 1990. (P. R.)

Mosa. En el 56, más allá de los bosques bajos de Armórica, la fuerza romana golpea a los vénetos y triunfa sobre sus sólidos barcos. El mismo año, se apodera de Aquitania al oeste de la Provincia. El círculo que aisla a la Galia de sus conexiones con el Rin y con Bretaña queda trazado, herida abierta e incurable. Para que quede como una marca ardiente, César sólo tendrá que cruzar dos veces el canal de la Mancha (55 y 54) y dos veces el Rin (55 y 53).

Se ha dicho que se trata de expediciones desmesuradas. En realidad César piensa menos en Germania o en la isla inglesa que en la Galia, que hay que habituar, que condenar a la presencia y al dominio de Roma. En el 54, 53 y 52, incluso en el 51, la Galia prisionera explota desde el interior. El levantamiento nace en el Macizo Central, por el que los conquistadores rondaban sin poder penetrar en él. Son los instantes patéticos de Vercingetorix, el repliegue de las legiones de Amiens a Sens, la derrota de Gergovia. Luego la situación se invierte, los galos asediados en Alesia se rinden, a finales de septiembre del 52. Han visto cómo, gracias a una horrorosa magia, los romanos alzan a su alrededor muros de tierra, empalizadas, circunvalaciones, máquinas de guerra, líneas de piquetes clavados en el suelo. ¡Qué demostración, a partir de elementos simples, de superioridad técnica, fruto de una disciplina estricta!

Concluyamos: si el mayor acontecimiento de la historia romana es sin duda la conquista del Mediterráneo, el segundo es esta conquista de la Galia, la reducción al orden de una enorme masa viva. La Galia quizá tenga el triple de población que toda Italia y Roma vivió en muchas ocasiones de esta masa de hombres que acaba de entrar a su servicio.

**El drama de Germánico**

No obstante, ¿podía la Galia protegerse a sí misma lo suficiente para garantizar la tranquilidad del mundo romano? César pudo creerlo así, hipnotizado por dos fáciles victorias al otro lado del Rin. Dos veces fue a parar a una tierra vacía, abandonada voluntariamente. No contaba con la «temible fecundidad» de Germania.

Este error inspiró el plan de Augusto al final de su vida: desplazar la frontera del imperio hasta el Elba y el Moldava y detenerse así en la articulación entre los germanos del oeste y los del este, en una línea que la protección del Danubio permitiría prolongar hasta el mar Negro. Lo primero que se hizo fue reforzar la frontera del Danubio medio y bajo. Luego, en el 12 a. C, el yerno de Augusto, Druso, emprendió por tierra y mar la conquista de Germania occidental, entre el Rin y el Elba. Su hermano Tiberio la terminó en el año 7. Dieciséis años más tarde, en el 9 d. C, los queruscos se sublevan y Arminio destruye las legiones de Varo en el bosque de Teutoburgo.

Desastre sin precedentes, con inmensas repercusiones, quizá desproporcionadas respecto al significado de un acontecimiento en el que todo se había confabulado contra los legionarios: la traición de las tropas aliadas, las lluvias diluvianas, el peso de la impedimenta, el terreno pantanoso en el que se

hunden los soldados. César Germánico, hijo de Druso, que había adoptado Tiberio, sucesor de Augusto, pronto invierte la situación, restablece el prestigio de Roma y sepulta, con todos los honores, los restos de los compañeros de Varo. Eso no impide que en el 17 Tiberio llame al príncipe aventurero, «advirtiéndole con cartas incesantes —dice Tácito— para que vuelva a celebrar el triunfo previsto; ya estaba bien de éxitos y de aventuras». Tiberio impuso «su política corta de miras». Se evacuó Germania y, tras su triunfo, Germánico, desesperado, fue a parar a Oriente, donde murió prematuramente, quizá asesinado.

El límite más o menos definitivo del Imperio quedaba fijado a lo largo de más de dos mil kilómetros por la frontera del Rin y del Danubio. Organizada más tarde en la importante zona de los Campos Decumates, de esta forma Roma reconoce, casi crea, un adversario de larga duración. Ha abierto los brazos a Germania.

**Trajano, los dacios y el Éufrates**

Tras la sabiduría razonable de Augusto, tras la sabiduría inquieta y desconfiada de Tiberio, Trajano necesita mucha osadía, inexperiencia, entusiasmo, sentido de la grandeza, para lanzarse a la obra de conquista sobrehumana en la que encontrará la gloria y la muerte. Cuando sucede a Nerva, en el 98, Trajano tiene tras él una larga cartera militar. Español, nacido en Itálica en el 52, es el primer nacido en las provincias que alcanza la dignidad imperial. Dará al imperio un firme esplendor, una segunda juventud.

Que Trajano hubiera consolidado la frontera del Rin, creado ciudades (Xanten y Nimega), trazado carreteras por la zona neurálgica de los Campos Decumates, era una rutina necesaria, pues había que calafatear la frontera sin cesar como si fuera el casco de un barco. Sin embargo, su intervención contra los dacios y su rey Decébalo (101-107) fue mucho más innovadora. La anexión de Dacia (Transilvania, Valaquia y Moldavia actuales), su transformación en provincia imperial, reforzaron el Danubio con un rompeolas. Roma implantaría allí colonias dinámicas, reclutadas principalmente en Oriente, pero el latín fue el idioma común de este «nuevo mundo», donde estaba llamado a echar raíces y perdurar. Una ventaja adicional es que Dacia cuenta con minas de metales preciosos y «el oro de los dacios» financió las grandes construcciones del reinado. La más famosa será el foro de Trajano.

Lo que merece más atención son las campañas del 114 al 117 contra los partos. El codo del Eufrates, Mesopotamia y, más allá, Irán, representaban para Roma una zona de debilidad. La catástrofe de Craso en Carrhes (53), el fracaso de Antonio («una retirada de Rusia», decía Guglielmo Ferrero) eran siniestros precedentes. Sin embargo, el imperio de los partos, dividido en el interior y en sus fronteras, desgastado por disputas sin cuartel, no parece a primera vista un adversario temible.

En el 114, Trajano desembarca en Antioquía, llegando hasta Armenia. Desde este bastión, lanza sus legiones, en el 115, contra Mesopotamia,

apoderándose de su mayor parte. El año siguiente, toma Ctesifón, junto al Tigris, y Seleucia, junto al Eufrates, llegando por el sur al golfo Pérsico. El rey parto Cosroes huye, Trajano le elige un sucesor y cree haber ganado la partida. Apenas abandona la plaza estallan focos de rebelión por todas partes. Sólo las poblaciones griegas, poco numerosas, acogen al vencedor; los iraníes son indiferentes, los judíos y los árabes son violentamente irreductibles. Cosroes vuelve a aparecer por los alrededores de Ctesifón... Trajano, desanimado, ya había emprendido el camino de vuelta. En agosto del 117, morirá en Selinonte, en Cilicia.

La aventura se saldaba con un fracaso. Roma había encontrado, más que una hostilidad de la naturaleza o del destino, un límite para su inteligencia. O para su experiencia. Para imponerse en Asia, le ha faltado la herramienta que llevó a Alejandro hasta el Indo, la caballería. También a caballo Antíoco III había perseguido su *Anábasis*, del 202 al 205, alcanzando a su vez las orillas lejanas del Indo. Trajano se contenta con sorprender Mesopotamia dando un rodeo por las montañas de Armenia: astucia de campesino español o samnita.

En suma, ni frente a Germania, donde la operación hubiera exigido quizá un cierto control del mar del Norte y del Báltico, ni frente al Eufrates, cuya barrera sólo se puede cruzar con provecho al galope sobre un caballo, Roma da pruebas de una audacia o de un ingenio excesivos. La consecuencia se impone desde los primeros actos de Adriano (117-138): el sucesor de Trajano pasará la mayor parte de su reinado visitando y consolidando las fronteras; y lo primero, evacúa las provincias creadas por Trajano más allá del Eufrates. La reacción contra esta política de sentido común será la conspiración del 118, que terminará con la ejecución de los generales de Trajano, Cornelio Palma y Lucio Quieto. Así se pone fin a la expansión imperialista. El imperio ha llegado a su volumen definitivo; se protege tras una muralla de China de bolsillo. Roma ha dejado de devorar espacio.

Esta barrera le viene más bien de ella misma, más que del exterior, como si bruscamente Roma se hubiera quedado sin apetito. Si «con Trajano murieron el optimismo y el espíritu patriotero» (J. L. Laugier), no podemos hacer responsable de ello a Adriano. Este régimen era adecuado para el imperio, ya que fue duradero y se instaló en lo que se puede llamar rutina, prosa, monotonía, pero también en la paz, ventaja innegable. Por otra parte, si las cosas se mantienen así durante tanto tiempo, ¿es sólo por causa de la solidez de la madera, de la tierra, de la piedra de las defensas romanas, de la eficacia de las carreteras, de la admirable organización de un ejército disciplinado, entrenado y despierto, que crece por sí mismo gracias a las levas y de la movilidad social que implica? Una vez calibrado y pagado el precio de la seguridad, en Roma misma, con las cohortes pretorianas, le quedan al imperio unas treinta legiones que se pueden disponer a lo largo del interminable cordón de las fronteras fortificadas, quizá trescientos mil hombres, cifra enorme e irrisoria. ¿Entonces, la solidez del imperio depende también del simple hecho de que el «repliegue» de Adriano o el «inmovilismo» de Antonino Pío cuenten con la complicidad, la aquiescencia contemporánea de los pueblos que están al otro lado de las fronteras?

Más tarde, cuando la inmensa región de las estepas vuelva a hervir, a partir de impulsos nacidos en las profundidades asiáticas que propulsan hacia el oeste a

los partos a partir del 162, a los germanos a partir del 168, el *limes* pronto resulta impotente contra estas inundaciones de hombres y el imperio pierde la iniciativa, durante siglos, en beneficio de las masas elementales que le rodean y presionan. Para Roma, la defensa se convierte más que nunca en una cuestión de número, de calidad de los hombres, de inteligencia. Es decir, diez, veinte, cien problemas al mismo tiempo, todos ellos sin solución real. Haría falta un milagro, hombres excepcionales, salvadores como Diocleciano (245-313).

Los salvadores mueren en el intento. A partir de ese momento, la tragedia es el telón de fondo del destino del imperio, atacado desde fuera y desde dentro, herido, doliente y que no quiere morir.

## 3. El gran personaje: la civilización Mediterránea

Con Roma victoriosa, el Mediterráneo sigue siendo él mismo. Diferente en función de los lugares y las épocas, sigue teniendo todos los colores imaginables, pues nada, en este mar de antigua riqueza, se borra sin dejar huella o sin volver, un día u otro, a la superficie. Al mismo tiempo, el *Mare Nostrum*, en la medida en que siglos apacibles multiplican los intercambios, tiende a una cierta unidad de color y de vida. Esta civilización que se está construyendo es el gran personaje que se distingue entre todos los demás.

### Corrientes y contracorrientes

Esta civilización es, en primer lugar, el idioma de los vencedores, la religión latina, la «forma de vida» romana. Ganan fácilmente terreno tras la conquista de las legiones, por ejemplo en África del Norte hasta la época tardía de Septimio Severo (193-211); en Dacia, tras las victorias violentas de Trajano; en Galia, hasta el siglo I d. C, con curiosísimos avatares: «Marte supera a Mercurio en Narbonense, lo excluye en Aquitania propiamente dicha, mientras que Mercurio excluye a Marte en el este y lo supera en la zona militarizada de los Campos Decumates.»

También existen contracorrientes dictadas por fidelidades tenaces, por negativas a alinearse, tanto en Siria, con el resurgimiento de cultos prehelénicos, como en Galia, con el desarrollo de los cultos druídicos, que escapan a la represión vigilante de Roma. ¡Y qué decir de la intrusión vigorosa del culto de Mitra que gana Italia y la misma Roma, tras extenderse a través de los campamentos militares; o de san Pablo que defiende su causa en Atenas ante el Areópago! Negativa básica a alinearse: Oriente sigue fiel a sus idiomas antiguos y el griego sigue combatiendo victorioso al latín. Ése es, incluso para el amplio campo cultural del Mediterráneo, el desequilibrio esencial.

La civilización comunitaria se insinúa más fácilmente en los detalles de la vida material. El capuchón de Cisalpina, la *poenula*, se impone en Roma y en los países fríos; el vino italiano seduce a los galos; por su parte, las *braies* y los tejidos de Galia se exportan al otro lado de los montes; el *pallium* griego, un abrigo que sólo es un amplio paño de lana que se pasa sobre el hombro y se enrolla en la cintura, se convierte en la vestimenta de muchos romanos, en particular de los filósofos, en todo caso es la ropa que Tiberio, exiliado en Rodas, no se quería quitar; los cocineros intercambian sus recetas y sus especias, los jardineros sus semillas, sus esquejes, sus injertos. El mar había facilitado desde hacía tiempo los viajes de este tipo, pero con la autoridad sin límites del imperio, las barreras caen y todo va más deprisa.

**El paisaje tiende a la uniformidad**

Lucien Febvre, en un artículo muy breve y expresivo (1940), imagina las sorpresas de Herodoto, «el padre de la historia» si se encontrara con los campesinos del Mediterráneo en nuestros días. Plinio el Viejo, que vivió unos siglos más tarde (23-79), sería más difícil de asombrar.

Y sin embargo, no conocía ni el eucalipto venido de Australia ayer, ni los regalos de América tras el descubrimiento: el pimiento, la berenjena, el tomate, el prolífico higo chumbo, el maíz, el tabaco y tantas plantas ornamentales. No obstante, sabía, por haber reflexionado sobre ello, que las plantas, los injertos habilidosos, están deseando viajar y que el Mediterráneo ha sido una zona de difusión. Todo ha circulado, en general de este a oeste. Plinio lo cuenta así: «El cerezo no existía en Italia antes de la victoria de Lúculo sobre Mitrídates (en el 73 a. C). Este último fue el primero que lo trajo del Ponto y en ciento veinte años, cruzando el océano, llegó hasta Bretaña.» También en tiempos de Plinio, el melocotonero y albaricoquero acaban de llegar a Italia, el primero originario de China, sin duda, a través de Asia Menor; el segundo llegado desde el Turquestán. Desde Oriente, el nogal y el almendro habían llegado un poco antes. El membrillo, más antiguo sin duda, viene de Creta. El castaño es un regalo de Asia Menor, bastante tardío: Catón el Viejo (234-149 a. C.) no lo conocía.

De estos viajeros, los más antiguos —difíciles de imaginar, a no ser clavados desde toda la eternidad en el paisaje mediterráneo— son el trigo omnipresente (y los demás granos), la vid flexible, el olivo, tan lento en crecer y producir. Nativo de Arabia y de Asia Menor, el olivo parece haber llegado hacia Occidente a manos de los fenicios y los griegos y los romanos mejoraron su difusión. «Actualmente —escribe Plinio— ha cruzado los Alpes y llegado al centro de las Galias y las Españas», es decir, al avanzar, se sale de su hábitat óptimo. ¡Incluso se intentó implantarlo en Inglaterra!

También la vid se instaló por todas partes, contra viento y marea, y contra las heladas, desde las épocas más remotas en que los hombres se interesaron por la labrusca, una vid silvestre de frutos apenas azucarados, originaria sin duda de Transcaucasia. La tenacidad campesina, el gusto de los bebedores, las

transmutaciones oscuras de los suelos, el juego de los microclimas, crearon en el Mediterráneo centenares de variedades de vid. Hay cien formas de cultivarla, sobre estacas, abandonadas sobre el suelo como planta rampante, mezclada con los árboles, escalando los olmos o incluso los altos álamos de Campania. Plinio no acaba de enumerar las especies de vid y las formas de cultivo, además de la lista ya larga de vinos gloriosos. Misma prolijidad respecto a los trigos, su peso específico, la harina que dan, o el valor para el hombre o para los animales de la cebada, la avena, el centeno, las habas, los guisantes.

Aceite, vino, cereales, legumbres: ésta es la dieta básica, la mesa cotidiana de los hombres del Mediterráneo. Si nos imaginamos los rebaños —los ríos de ovejas trashumantes de Italia del Sur que convierten Tarento en una ciudad de pañeros—, si tratamos de reconstruir el cuadro añadiendo desordenadamente el boj, el ciprés piramidal —árbol fúnebre de Plutón—, el tejo de bayas venenosas, «muy poco verde, endeble, triste», podemos ver con Plinio el paisaje clásico de las llanuras y laderas del Mediterráneo. Y, ¿por qué no? preferir como él a todos los perfumes de Egipto o de Arabia el aroma embriagador, en Campania, de los olivos en flor y las rosas silvestres.

Esta geografía dirige nuestras explicaciones: el universo romano vive de una economía agrícola, según principios que serán válidos durante siglos y siglos, hasta la revolución industrial de ayer. El juego *sectorial* de las economías deja a los países pobres el trabajo de producir el grano y a los ricos las ventajas de la vid, del olivo, de una cierta ganadería. Así se crea la división entre economías avanzadas como Italia, atrasadas como África del Norte o Panonia, estas últimas más equilibradas, menos afectadas por la regresión que aquéllas. No importa que el paisaje, en una zona concreta, se incline hacia uno u otro de estos polos, ni que se vaya dibujando el límite entre lo que no nos atrevemos a llamar un desarrollo y un subdesarrollo: este límite sólo se podría ahondar, y ni siquiera, si la industria, el capitalismo, los hombres en masa lo favorecieran decididamente. Si se estableciera realmente un régimen de libre competencia.

**Ciudades y técnicas**

Las ciudades caracterizan el imperio: las que siguen existiendo en sus antiguos solares y que, como las ciudades griegas, proponen como ejemplo a Roma su urbanismo y sus perfeccionamientos; o bien las nuevas que nacen sobre todo en Occidente, a menudo muy lejos del mar Interior. Llamadas a la vida por el poder romano que las moldea a su imagen, son formas de trasplantar en la lejanía una serie de bienes culturales, siempre los mismos. Marcan las etapas, en medio de poblaciones todavía toscas, de una civilización que se reivindica como promoción, asimilación. Es una de las razones de que estas ciudades se parezcan tanto, fieles a un modelo que no cambia en absoluto con las épocas y los lugares: ¿hay ciudades más «romanas» que las ciudades militares y comerciales a lo largo del eje Rin-Danubio?

Todas las ciudades romanas viven de carreteras sólidamente empedradas, trazadas para los animales de carga y para los soldados cargados con su *impedimenta*. Cada una, al cabo del camino, surge repentinamente, de golpe, saliendo del campo que la circunda como el mar rodea a una isla. Ni Pompeya la campana, ni Timgad la númida conocen los suburbios que serán la regla en las ciudades medievales, con sus tugurios, sus albergues piojosos, sus tenduchas de ruidosa o maloliente actividad, sus hangares de vehículos, sus postas. En las carreteras romanas no hay prácticamente vehículos, ni relevos, salvo para el correo imperial, y tampoco se desborda sobre el campo la industria urbana. Los oficios se desarrollan en la ciudad, a veces agrupados en una misma calle: los panaderos, los barberos, los tejedores, los taberneros... En Pompeya, las tabernas son como un «*snack* bar... en el que dan de comer de pie... donde se alquilan habitaciones a menudo por horas». Ante una panadería de la ciudad, como visitantes, no nos sentiríamos fuera de lugar: los útiles, los gestos, han perdurado hasta nosotros. Hasta hace poco, en cada uno de nuestros pueblos se encontraba una fragua romana, con su fuego, su fuelle, sus tenazas para sujetar el hierro al rojo, su yunque. La cuba de abatanar o las fuerzas del tundidor de paño son las mismas en una escultura romana o en una representación medieval.

Reflexiones análogas vienen a la mente ante los aparatos elevadores, cabrias o grúas, ante los procedimientos de extracción de la piedra, o los tornos para el acabado de columnas cilindricas, o ante los muros de ladrillo construidos como en nuestros días. No obstante, el ladrillo cocido no se generaliza en Grecia hasta el siglo III a. C. y, en Roma, dos siglos más tarde. Es un material caro, signo de un cierto nivel de vida.

La gran innovación, que comienza en el siglo II a. C, es la técnica del hormigón. En un principio, mezcla de arena, cal y trozos de piedra, el *opus caementicium* pronto empieza a utilizar, en lugar de cal, puzolanas (ceniza volcánica extraída cerca de Puzol, que da un buen mortero hidráulico), o ladrillo machacado: se trata del mortero rojizo característico de tantas construcciones imperiales. Colado en encofrados de madera donde se endurecía, este hormigón fácil de manejar, incluso bajo el agua, permitió a los romanos construir deprisa y a bajo coste obras de una arquitectura inédita, con arcos y bóvedas de una amplitud desconocida hasta entonces. Una vez retirado el encofrado, un revestimiento de piedra, de mármol, de mosaico, de estuco, o incluso de ladrillo, bastaba para ennoblecer este material, ya «industrial», que desempeñó un papel importantísimo en la construcción de innumerables centros urbanos.

El plano de estos conjuntos no variaba demasiado. Primero tenemos, junto al foro, plaza rectangular empedrada con grandes losas de piedra, el templo de la triada capitolina —Júpiter, Juno, Minerva—, la curia, como un senado local (los decuriones son los senadores de la ciudad, los *duumviri* sus cónsules), la basílica con o sin columnata donde se imparte justicia y que protege a los paseantes cuando llueve, a menos que se refugien bajo los soportales que rodean el foro. Este último siempre es un mercado (aunque exista otro mercado en las cercanías), invadido periódicamente por los campesinos vendedores de frutas, verduras, aves, corderos. Encontramos regularmente otros edificios: los teatros, los anfiteatros, los circos, las letrinas, las termas. Estas últimas ocupan un lugar desmesurado. Se

ha dicho que son, en tiempos del imperio, «los cafés y los clubes de las ciudades romanas». Allí se va a terminar el día. Podemos añadir los arcos de triunfo, los acueductos, indispensables para el abastecimiento de las ciudades, grandes consumidoras de agua, las puertas monumentales, las bibliotecas: la lista se completa así con los elementos que figuran en todas las ciudades romanas siguiendo un plano casi inmutable.

Tenemos algunas anomalías: Leptis Magna cuenta con un foro, pero exterior a ella; Arles construye un pórtico, pero debajo del foro que se apoya sobre él como sobre un pilar; Timgad situó su «capitolio» fuera del recinto... Estas excepciones, que dependen del crecimiento de la ciudad o de las incomodidades del lugar de asentamiento, no invalidan la regla de un plano preestablecido, que se reproduce sin descanso. En general, los soldados y una mano de obra indígena, más abundante que experta, levantaron las ciudades nuevas. Había que hacer las cosas sin complicaciones y deprisa. Partiendo de un centro, el futuro foro, se trazaba la línea norte-sur, el *cardo*, y la línea este-oeste, el *decumano*, que se cortan en ángulo recto en el mismo foro y son las medianas del cuadrado en el que se inscribe la ciudad. En Lutecia, el foro de la pequeña ciudad abierta en la orilla izquierda, se encontraba bajo la actual Rué Soufflot, el *cardo* era la Rué Saint-Jacques, se alzaban unas termas en el actual emplazamiento del museo de Cluny y del College de France, un semianfiteatro en lo que ahora se llaman las arenas de Lutecia...

Por supuesto, estos diversos elementos viajaron mucho antes de irse sumando en el modelo complejo de ciudad romana. El foro es la réplica del ágora de las ciudades griegas, y el mismo origen tienen los pórticos. El teatro es griego en sus orígenes, aunque Roma lo haya modificado mucho. También es griega la basílica: Catón el Viejo construyó al parecer la primera de Roma, la Basílica Porcia. Los templos también le deben mucho al arte griego, desde un principio, a través del templo etrusco. Los anfiteatros (donde se desarrollan los combates de gladiadores o la *venatio* contra los animales feroces) podrían ser de origen campano. También las termas son un préstamo de la Italia prerromana del sur.

A fin de cuentas, Roma recibió mucho, lo que no la convierte en inferior en absoluto. Si tomó a manos llenas, también dio a manos llenas y ése es el destino de las civilizaciones de largo aliento, empezando por la misma Grecia.

**Ciudades e imperio**

Roma se sitúa pues a la cabeza de una federación de ciudades, cada una de las cuales se ocupa de sus asuntos, mientras Roma se ocupa de dirigir el conjunto.

Estas ciudades, prósperas hasta los siglos II o III d. C, pasan después por tiempos difíciles. Si aceptamos el punto de vista pesimista, probablemente acertado, de Ferdinand Lot, no estuvieron movidas por poblaciones suficientemente numerosas. Roma, Alejandría, quizá Antioquía fueron, antes que Constantinopla, las únicas grandes aglomeraciones del imperio. Las redes de ciudades secundarias brillan a menudo por su ausencia. Timgad, la única ciudad

en muchas millas a la redonda, cuenta como mucho con quince mil habitantes. Además, si bien la ciudad desempeña su papel centro político y de mercado rural, la relación ciudad-campo no es redonda. Es decir, la ciudad no ejerce sobre el campo el choque artesanal que, más adelante, hará arrancar la economía de la Europa medieval. ¿Es culpa de las grandes propiedades y sus talleres, movidos por esclavos o por «colonos», pequeños granjeros ya encadenados a la gleba? ¿O de la falta de utilización sistemática de las fuentes conocidas de energía? ¿O de la coyuntura hostil, responsable, más que las estructuras, de este estancamiento, y después de la regresión?

La impresión de que el destino de las ciudades se asimila con bastante exactitud al del imperio no es errónea: este último permitió durante mucho tiempo el desarrollo de las primeras. Había creado la unidad de un amplio espacio económico, o al menos su permeabilidad; había promovido una economía monetaria, que multiplicó los intercambios, y un capitalismo un tanto limitado, pero ya en posesión de sus medios, todos ellos heredados por otra parte del mundo helenístico: asociaciones de comerciantes, bolsas (en Roma, en el foro) y, junto a los *mercatores* vemos aparecer banqueros (*argentarii*) que practican el crédito, la *proscriptio* (similar a un cheque), la *permutado* (la transferencia). Estas traducciones modernizadas falsean un poco la imagen de una economía que pronto quedará atrapada en la sombra invasora y mortal del Estado, antes del repliegue de los últimos siglos del imperio.

**Roma acoge e incorpora la civilización helenística**

Centro del poder y de la riqueza, Roma capta sin problemas las corrientes móviles del pensamiento y del arte, mucho antes de Actium y del triunfo de Augusto, en realidad, desde la llegada a la ciudad victoriosa de los primeros griegos, comerciantes, artesanos, intelectuales en busca de una prebenda, deportados políticos e incluso esclavos, más hábiles que sus amos. La helenización de Roma había empezado hacía siglos y el griego se estaba convirtiendo poco a poco en el segundo idioma de los hombres cultivados, como el francés en la Europa de la Ilustración, ¡con la diferencia de que la primacía del griego durará muchos siglos, y no uno solo!

La lección de los griegos tenía tanta altura que el alumno no era capaz de superar al maestro, ni siquiera de alcanzarlo. Es así desgraciadamente para la ciencia, que se quedará en el punto en que la dejó Grecia. También lo es más o menos para la filosofía, orgullo del pensamiento griego. Roma asimilará lentamente sus lecciones, no sin protestar. La Roma oficial incluso expulsará en muchas ocasiones a los filósofos. Sin embargo, protegidos por algunas grandes familias, acabarán implantando en Roma algo del pensamiento griego nacido de los años tormentosos que vinieron tras la muerte de Alejandro (323). Sin embargo, si bien en Roma el epicureismo inspira a Lucrecio (99-55 a. C), si el estoicismo está llamado a ocupar una gran posición que culminará con Marco Aurelio, ¿podemos hablar de una filosofía latina original? Los historiadores de la filosofía

lo niegan todos a una, cazando ferozmente el plagio en la obra de Cicerón o de Séneca.

El arte griego, que sólo había llegado a Roma indirectamente, a través de Etruria o de Campania, es un verdadero descubrimiento en el siglo III, tras la toma de las ciudades de Sicilia, las campañas de Oriente y la decisiva reducción de Grecia a la condición de provincia romana (146 a. C). Entonces, con la ayuda de la riqueza y el lujo, Grecia, donde sólo la filosofía había llegado a las familias patricias, transforma de golpe el arte mismo de vivir en Roma. Los artistas griegos o del Oriente griego afluyen y entran al servicio de una clientela rica bastante mal informada, pero con un esnobismo que la lleva a coleccionar, sin enterarse mucho, las obras de arte para decorar casas y villas[62]. Con el apetito de una civilización que está en la infancia, Roma se lo traga todo como viene: las grandes composiciones históricas de Pérgamo, las chucherías o el barroco desatado de Alejandría, la frialdad del neoaticismo, e incluso las mejores obras de arte del antiguo clasicismo griego. Originales y copias (fabricadas en Atenas para Occidente a un ritmo industrial) afluyen hacia Italia, amontonándose en los anticuarios. Cicerón pide «bajorrelieves para su villa de Túsculo» a su riquísimo amigo Ático que, desde Atenas, envía a Pompeya estatuas destinadas a su teatro, el primer teatro de piedra construido en Roma (55 a. C). Unos años más tarde, cuando se reconstruye el templo de Apolo a comienzos de la época de Augusto, se hace sobre un modelo helenístico y las estatuas y pinturas famosas que se amontonan, todas ellas griegas, lo convierten en un verdadero museo. La carga de un barco hundido más o menos hacia la misma época y localizado en 1907, en las costas de Túnez (el pecio de Mahdia), es muy significativa: sesenta columnas (probablemente nuevas), estatuillas, bajorrelieves, esculturas de mármol y de bronce, algunas de las cuales son obras maestras auténticas.

Por supuesto, todo esto sirve de modelo a los artesanos italianos o griegos que trabajan en la península. Incluso allá donde el arte romano afirma con fuerza su originalidad —el gusto por el detalle verídico, el retrato realista, el paisaje, la naturaleza muerta— la primera chispa tuvo que venir del este.

**Las originalidades romanas**

No hay civilización que pueda vivir únicamente del bien ajeno. Cuando se convierte en la capital de un helenismo dispuesto a propagarse y que imita con pasión, Roma ya es una sociedad anclada en sus tradiciones. Aunque haya renegado de ellas para desesperación de Catón, sigue guiada por gustos antiguos que la dirigen hacia opciones cuyo significado será patente antes o después, cuando su admiración por Grecia ya no esté teñida con el sentimiento de su propia inferioridad.

Además, también hay exigencias. Después de Actium, hay que reconstruir, construir, ocuparse de lo más urgente, terminar una obra para empezar otra. Roma

[62] Para situar este hecho en perspectiva, *L'Art décoratif á Rome a la fin de la République et au debut du Principat*, Roma, 1981 (P. R.)

ve afluir hacia ella una población creciente, sin proporción alguna con la de las ciudades griegas, salvo Alejandría. El urbanismo plantea sus problemas. No es de extrañar que sea en la arquitectura donde Roma afirme antes su personalidad.

Sila, Pompeyo, César, Augusto, tuvieron que ponerse manos a la obra. Agripa rehace las canalizaciones de la ciudad; Augusto construye tres o cuatro nuevos acueductos, añade al foro de César un nuevo foro separado por un muro del barrio de la Subura, en el Esquilmo, donde viven los mimos, los gladiadores, los ganapanes y los miserables. Con ello, separa la ciudad oficial, revestida de mármol (novedad del siglo II a. C, tomada de los griegos, que se desarrolla con la explotación de las canteras de Carrara) de la ciudad piojosa, construida a la antigua, con madera y adobe, donde se producen incendios continuamente. Luego vendrán innumerables construcciones: foros, basílicas, termas, teatros, circos, templos, palacios, e incluso casas de vecindad de varios pisos.

La arquitectura romana acepta y adapta todos los medios y elementos conocidos. Las columnas dóricas, jónicas, corintias, se utilizan modificadas: la dórica, simplificada y sobre un pedestal, se convierte en el orden llamado *toscano*; el orden llamado compuesto combina la hoja de acanto corintia y las volutas jónicas. Sin embargo, lo más poderoso que tiene la arquitectura romana se debe al arte funcional de los ingenieros. Favorecido por el uso del hormigón, crea maravillosos puentes y acueductos, multiplica los arcos, las cúpulas, las bóvedas de medio punto y las bóvedas de arista, libera al arquitecto de la esclavitud de las columnas o pilares importantes, permite los amplios volúmenes interiores que necesita la masa de usuarios. Así se crea, por su propia necesidad, el estilo grandioso de Roma.

El Coliseo, comenzado por Vespasiano y terminado por su hijo Domiciano, es un buen símbolo de ello. Se trata de un récord no superado: mide 188 m por 156 y 527 de contorno; la altura del muro exterior es de 48 m y podía añadirse un piso de madera; 50 a 80.000 espectadores podían acomodarse alrededor de la inmensa arena de 80 m por 54. Su nombre le venía del Coloso, estatua de Nerón de más de 30 m de altura, a modo de dios solar. El Coloso se retiró, pero quedó el nombre de Coliseo, que es otro coloso. En el imperio, los anfiteatros enormes fueron numerosos: Itálica en España, 156 x 154 m; Autun, 154 x 130; Poitiers, 138 x 115; Limoges, 137 x 113; Arles, 136 x 108; Tours, 135 x 120; Burdeos, 132 x 105; Nimes, 131 x 100...

En el campo de la pintura y la escultura, el arte romano se libera lentamente de sus modas helénicas. Los artistas griegos son demasiado numerosos para que el gusto local surja con rapidez. Es más fácil advertirlo fuera de Roma. Efectivamente, existe un arte popular —R. Bianchi Bandinelli lo califica de «plebeyo»—-, un arte que no es romano, sin más, sino más bien del sur de Italia y que será uno de los rasgos originales de Roma. Es un arte recio, realista, cerca de las cosas y de los seres, si quisiéramos forzar las comparaciones; un poco como el arte francés del Loira cuando se le compara con el ejemplo prestigioso y culto del Renacimiento italiano. Un arte local irá ocupando su lugar poco a poco, como si tomara la revancha contra la influencia extranjera, pero será un proceso lento y comedido.

Así nacerá un arte compuesto, el primer estilo «romano» del que tenemos un ejemplo precoz en las esculturas del altar de Domicio Enobarbo (entre el 115 y el 70 a. C). Combina una composición mitológica de estilo helenístico con una escena tratada de forma mucho más realista. Sin embargo, el arte oficial de Roma conservará durante tiempo la huella extranjera. No olvidemos que el *Laoconte* del museo Vaticano, obra de escultores de Rodas, suscitó la inmensa admiración de los romanos, empezando por Plinio el Viejo. El retrato de Augusto llamado de Porta Prima coloca curiosamente la cabeza y la coraza del emperador sobre el cuerpo griego del *Doriforo* de Policleto. Los paneles del *Ara Pacis* (decretado en 13 a. C, el altar de la paz se construyó cuatro años más tarde en el Campo de Marte) son obra en su mayor parte, por no decir en su totalidad, de artistas griegos.

En el arte privado del retrato reconocemos el arte romano por excelencia. A menudo se ha relacionado con los orígenes etruscos de Roma, y es verdad que un cierto verismo anima las estatuas de terracota o de bronce de la antigua Etruria. Sin embargo, se relaciona con mayor seguridad con la tradición romana del *ius imaginis*, privilegio de las familias patricias. Polibio relató con detalle el espectáculo, extraño para sus ojos, de los funerales de la *nobilitas* y el papel que desempeña la *imago*, máscara de cera que las grandes familias conservan de cada uno de sus muertos, de acuerdo con una tradición relacionada con el culto a los antepasados. «Cuando muere un pariente ilustre, se llevan estas máscaras en procesión a los funerales y personas que, por su estatura o su aspecto exterior, se parecen más a los originales, las aplican sobre su rostro, revistiendo la toga pretexta si el muerto había sido cónsul o pretor, toga púrpura si había sido censor, y bordadas de oro si había obtenido un triunfo.» Estas máscaras frágiles de cera, moldeadas sobre el rostro del difunto, dejarán paso a bustos de piedra o de bronce, cuyo realismo seguirá siendo extraordinario. La influencia helenística añadirá a veces una nota pretenciosa, pero el retrato romano, tallado o pintado, conservará de su tradición más antigua una gran fuerza expresiva, y siempre una relativa sobriedad. En todo caso, en tiempos de Augusto, la oposición entre su belleza sencilla y los virtuosismos de un arte oficial, bajo el signo de la imitación, es flagrante.

Hará falta tiempo para que el arte imperial deje de ser un «préstamo cultural, para convertirse en un alimento asimilado y transformado en una nueva cultura». R. Bianchi Bandinelli enfrenta así al siglo de Augusto un siglo de Trajano (más o menos de Nerón a Marco Aurelio), apasionado y romántico, donde por primera vez los préstamos exteriores y el bien propio de Roma se mezclan, se equilibran. Pérga-mo anunciaba, con mucha anticipación, las esculturas de la Columna Trajana, pero un estilo, un espíritu y unos temas nuevos ya se pueden observar en los innumerables detalles del friso que, a lo largo de doscientos metros, se enrosca sin interrupción alrededor de la columna, largo relato histórico de las dos campañas victoriosas de Trajano contra los dacios, en el 101-102 y en el 106-107. Las escenas son vividas, realistas, incluso hasta el horror; la guerra aparece con sus muertos innumerables, sus adversarios dignos de respeto, que también pueden golpear. Otra novedad: la confesión (¿es una confesión?) de las atrocidades cometidas, además de la entrada en escena de los pequeños actores de

una inmensa aventura: soldados, cocheros; pontoneros... Por primera vez, se honra al héroe anónimo.

**De Augusto a Marco Aurelio: los prestigios literarios**

El arte gusta de ser viajero, se traslada con rapidez de un país a otro, de una civilización a otra. Europa dividida en dos por la Reforma, tendrá un solo arte, el del barroco. Las literaturas son nacionales y están condenadas a una mayor originalidad.

Roma tiene su literatura, desde antes de Augusto. Parece florecer bruscamente, pero si miramos de cerca, escribe Pierre Grimal, «la maduración literaria del siglo de Augusto» data más bien de la crisis que lo precedió. En cualquier caso, Augusto, y en primer plano el caballero Mecenas, modificaron profundamente la vida literaria de su tiempo, por política o por gusto personal: el propio Mecenas es un poeta tentado por el hermetismo y el preciosismo; en Augusto, la pasión intelectual es innegable. ¿No existe además una identificación de las conciencias con lo que representa el nuevo régimen: el fin de las guerras civiles, una seguridad, una confianza nueva en la «virtud» romana? En aquellos años se desarrolla en Roma una revolución de las mentalidades que podemos llamar «nacionalista», a pesar del anacronismo de la palabra, algo que se asemeja, *mutatis mutandis*, con una fuerza mayor, al Renacimiento francés desde la óptica de Joachim du Bellay o de Ronsard. Frente al Oriente helenístico, atractivo, también inquietante, que seguía siendo el modelo de los jóvenes poetas del círculo de los Neoteroi, en tiempos de Catulo (87-54 a. O), los valores de Occidente, de Roma, de la Italia tradicional se exaltan por ellos mismos. También ayuda un inteligente trabajo de la opinión: Roma posee la supremacía material, pero aspira a otros orgullos.

Augusto, como los soberanos helenísticos, es un «príncipe salvador». Quizá pretenda además rivalizar con Pericles y Atenas, en nombre de un sentimiento casi religioso de la grandeza y la misión de Roma. Este sentimiento, más que la influencia de Mecenas, imprime su carácter a la obra de Virgilio, de Tito Livio, de Horacio, incluso de Propercio. El primero, «cesariano» desde siempre, sigue naturalmente la estela del joven Octavio. No es por servilismo, está dentro de su línea, si empieza, en 29 a. C. a escribir la *Eneida*, que dejará inacabada, diez años más tarde, considerándola imperfecta: pide en vano que se destruya a su muerte. Roma ya dispone de una gesta «homérica», de un monumento a su gloria y a la gloria de Augusto que, descendiente por la *gens* Julia del propio Eneas y de Venus, estaba marcado por los hados para presidir los destinos del imperio. Pronto dispondrá de una historia de Roma, en la que el patriotismo sin fisuras de Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.) dio mucho más de lo que se le pedía: su obra, a pesar de un intento de crítica honrada de las fuentes, no deja de ser un himno a la grandeza de Roma. Sin embargo, la enseñanza en las escuelas del imperio se empeñará durante mucho tiempo en preferir estas estampas a la

prosa seca e incisiva de Salustio (85-35 a. C), su *Guerra de Yugurta* y la *Conjuración de Catilina*.

Por supuesto, los otros escritores no se comprometen tan claramente. Como Catulo o Tibulo, Propercio canta sobre todo su pasión por Cintia. Sin embargo, al final de su vida, sus *Elegías* se abren a las antiguas leyendas de Roma; en ellas aparecen Tarpeya y los antepasados troyanos de la *gens* Julia, y jóvenes romanas más partidarias que Cintia de la reforma de las costumbres que quisiera imponer Augusto. Horacio avanza también con prudencia. Acomplejado por sus orígenes (es el hijo de un liberto), también lo está por su pasado: en Macedonia, en el 42 a. C, se encontraba entre las tropas de Bruto y Casio, las del partido republicano. Además, ama su independencia, su propiedad de Sabina, cerca de Tíbur, y huye de las alabanzas, y también de las recompensas del poder. No obstante, también acepta pedidos oficiales, escribe la letra del himno cantado en la celebración de los Juegos Seculares, en el 17 a. C. Cuando muere a los cincuenta y siete años, unas semanas después de Mecenas (8. a. C), le entierran junto a su amigo.

Otros serán francamente reticentes con el poder. Por ejemplo, Tibulo, poeta puramente elegiaco, o más todavía Ovidio (43 a. C.-17 d. C.) que conscientemente vuelve a la inspiración alejandrina del círculo de los Neoteroi. Su poesía demasiado libre, su sentido del humor, su erotismo, que le convierten en el poeta favorito de las cortesanas y los ociosos de Roma, le valdrán el exilio de Augusto. En Mesia, en las lejanas costas del mar Negro, en Tomis, compondrá las *Tristes* y las *Pónticas*. Allí morirá.

Sería difícil aplicar a la literatura el juicio de R. Bianchi Bandinelli sobre el arte y destacar el siglo de Trajano. Habría que preferir a los nombres gloriosos de la época augusta los del siglo siguiente: Quintiliano, Lucano, Persio, Marcial —¡qué paradoja!—, pero también Tácito, Séneca, Petronio, lo que ya resulta más defendible. Si escuchamos al brillante ensayista Emil Ludwig, «todo lo que constituye la grandeza de los romanos lo había producido la República». Es como volver a Cicerón, a Terencio o a Plauto, que Horacio detestaba. ¡Cada cual juzga la historia según sus gustos!

**De Commodo (180-192) a Septimio Severo (193-211)**

Las horas difíciles se anuncian mucho antes de la muerte de Marco Aurelio, acompasan el largo y belicoso reinado del más filósofo de los emperadores. Lo que cambia, es la seguridad exterior, la paz interior, el equilibrio de las diferentes provincias entre ellas. En medio de regresiones económicas, de desórdenes monetarios, Roma deja de ser el centro del universo. Oriente se libera; sus religiones, sus formas de pensar se infiltran violentamente en la tradición romana. El principado, tal y como lo concibieron Augusto y los Antoninos, resulta ser una prudencia ya superada. Las dependencias administrativas crecen y el poder imperial se desliza «hacia las prácticas del despotismo oriental»: en sus locuras crueles, Commodo pretende hacerse honrar como el dios Hércules. Fue el

primer emperador «que se consideró rey del mundo y servidor de la divinidad». Septimio Severo, un africano, quizá de raíces cartaginesas, agudiza más todavía esta transformación.

Al final del gobierno de los Antoninos, el arte lleva la marca de esta mutación de la sociedad y de la civilización. El cambio es claro, aunque difícil de interpretar. Tenemos la desaparición brutal, prácticamente total de la pintura mural. Tenemos el contraste fulminante entre los bajorrelieves de la columna Trajana, cuya concepción unitaria y desarrollo cronológico son evidentes, y la columna de Marco Aurelio, en la que los acontecimientos se presentan en desorden, donde se advierten talleres y artistas diferentes, donde la lucha contra los marcomanos, los dacios, los cotienses, los quades, está salpicada de milagros: milagro del rayo, milagro de la lluvia providencial que salva a los legionarios de la sed y ahoga al enemigo en torrentes de agua... Es un arte que trata de llamar la atención más que de representar, y que por ello se hace popular. Amedeo Maiuri, historiador del arte, se entretiene en buscar en la libertad de un cierto género pictórico, en Pompeya y en otros lugares, en esa misma época, los procedimientos del pintor de carteles publicitarios.

Otra ruptura: las artes provinciales recuperan una cierta autonomía. En Leptis Magna, el arco del triunfo de Septimio Severo evoca ya un arte bizantino. En Palmira, en Doura, un arte marginal se afirma como grecomesopotámico y se relaciona, por su gusto por lo abstracto, con un cierto primitivismo. Se trata de indicaciones todavía fugitivas, llaman la atención en la medida en que conocemos anticipadamente el futuro inexorable. Aunque existe una ruptura respecto al arte de conjunto, que se ha convertido en una *vulgata*, en beneficio de las originalidades locales, este arte es lo bastante fuerte para reaparecer aquí y allá. Por ejemplo, con Galiano (253-268), el amigo de Plotino; con Diocleciano (284-313), en las termas que construye en Roma, o en el palacio que levanta en Spalato. Todo ello revela torsiones múltiples, pero estamos lejos todavía de Bizancio o de la Europa barbarizada de la alta Edad Media

**Los triunfos del derecho**

Roma sigue creando, desarrollando ciudades, convirtiéndolas en capitales, Tréveris, Milán, Salónica, Nicomedia. Y las letras siguen floreciendo. Nos atreveremos a decir que Amiano Marcelino (320-390) puede equipararse con Tito Livio, que Ausonio de Burdeos es un poeta auténtico, que la literatura cristiana es muy importante, que el fortalecimiento de la enseñanza, tan claro en estos siglos difíciles, tiene su influencia. Sobre todo, está el triunfo extraordinario del derecho romano, cuyo testimonio perdura todavía.

Nos perderíamos en explicaciones difíciles si abriéramos los actuales y admirables manuales de derecho romano en busca del sentido de palabras sencillas: el consentimiento, las obligaciones, los contratos, la propiedad; o si tratáramos de comprender la forma en que el derecho ha seguido la historia múltiple de una sociedad, adaptándose a ella y adaptándola a sus propias

exigencias. En *Institutions de l'Antiquité* (1967), Jean Gaudemet estudia, a la luz de esta dialéctica sociedad-derecho, la evolución de la vida romana, de la que establece tres balances sucesivos, para la Roma republicana, para la Roma del Alto Imperio y para la Roma del Bajo Imperio, que es la decisiva. El derecho romano del Código Teodosiano (438) o del Código Justiniano (529) que irá seguido por el *Digeste*, los *Institutes* y los *Novelles*, es la culminación de una elaboración muy larga, de una superposición de herencias. El derecho romano se construyó lentamente, día a día, a partir de las costumbres, de los senadoconsultos, de los edictos de los magistrados, de las «constituciones» imperiales, de la jurisprudencia, de la doctrina que elaboran los jurisconsultos.

El papel de los jurisconsultos, asesores jurídicos y abogados, es el rasgo más original de esta obra compleja. Con seguridad, en este terreno podemos ver la inteligencia y el genio de Roma. La metrópoli no podía vivir en relación con su imperio —Italia, las provincias, las ciudades— sin unas reglas jurídicas indispensables para el orden político, social y económico. La masa del derecho fue aumentando con los siglos. Los grandes jurisconsultos capaces de manejar esta masa aparecen tardíamente, Sabino y Próculo son de la era de Tiberio, Gayo, cuyos *Institutes* fueron encontrados en 1816 por Niebuhr en un palimpsesto de Verona, es de la época de Adriano o de Marco Aurelio, y Pomponio, otro famoso jurisconsulto, es su contemporáneo. En cuanto a la enseñanza del derecho, aparece con el Bajo Imperio, en Roma, en Constantinopla, en Beirut, cuyo papel en el siglo v será considerable: su escuela salvará lo que, en el futuro, permitirá el renacimiento justiniano.

El derecho afirma pues su riqueza hasta las últimas horas de Roma, e incluso después. Si hacemos depender «la supervivencia del derecho y de las instituciones de Roma de su poder político», escribe Jean Gaudemet, «la ruina o la decadencia del imperio pierden todo su sentido». No cabe duda de que Roma no morirá totalmente. Su supervivencia formará parte de la sustancia de Occidente.

### La fundación de Constantinopla y la irrupción del cristianismo

Sobre estos temas tan antiguos: la decadencia, la muerte de Roma, la discusión podría ser interminable. El imperio que se dice agonizante sobrevive a sus disputas y a las extravagancias de sus amos. Ya no queda oro, ni metal blanco, la economía retrocede por debajo de la moneda, pero la vida continúa. Ya no hay ejército disciplinado, las fronteras revientan una tras otra, los bárbaros penetran profundamente en la tierra romana. No obstante, sigue habiendo soldados dispuestos a morir por Roma, en el Rin, frente a Milán, en el Danubio o en el Eufrates, frente a los persas Sasánidas, los nuevos y temibles enemigos, a partir del 227. Tampoco se detiene la construcción: Aureliano levanta en el 272 las murallas colosales de Roma. A partir del 324, Constantino construye su nueva capital en Constantinopla, y la inaugura en el 330. Si queremos un acontecimiento simbólico, nos podemos quedar con éste: una antorcha gigantesca que iluminará los siglos venideros.

No se trata de una ciudad construida de forma apresurada, sino de una segunda Roma, acto de alcance incalculable, sobre todo porque está relacionado con la conversión del emperador al cristianismo. Con este acto, el destino del mundo mediterráneo y del imperio se orientan por el camino que desembocará en la supervivencia y la longevidad del Imperio Bizantino. Es algo que Constantino, al hilo de sus actos, no adivinó probablemente, ni deseó de forma anticipada, porque no eligió la capital nueva para escapar de los marcos de la Roma pagana. Desde Diocleciano y la tetrarquía, los emperadores no habían tenido tiempo de residir en Roma. Constantino, en su nueva capital, tiene a su alcance el Danubio y el Eufrates, puertas frágiles a las que llaman los bárbaros incesantemente.

No obstante, lo que nos fascina es el futuro de Constantinopla, a nosotros, hombres de Occidente que tenemos nuestro lugar marcado anticipadamente. ¿Quién podría desinteresarse de este cambio prodigioso, el éxito del cristianismo? En realidad, triunfa tras siglos de malestar profundo. Lo llevan las aguas violentas de una revolución subyacente —y no sólo espiritual— que se desarrolla lentamente, a partir del siglo II.

Entre el 162 y el 168, desde el comienzo del principado de Marco Aurelio (161-180), la situación exterior se deteriora de forma absoluta. La crisis intelectual, moral, religiosa del imperio aparece de forma casi inmediata. Por muy presente, vivido que siga siendo en el universo romano, un paganismo tolerante en el que cohabitan millares de dioses, por muy fuerte que sea el culto del emperador que corresponde, más o menos, a una especie de patriotismo, está claro que este paganismo no da satisfacción ni a las masas ni a las élites. Éstas piden a la filosofía una puerta de salida. Aquéllas buscan dioses accesibles, consuelos tangibles. ¿Hay algún consuelo superior a la creencia en una vida después de la muerte? No deja de tener su importancia que «la inhumación en el siglo segundo se haga más frecuente que la cremación, mientras que en siglos anteriores la proporción era la inversa [...]. Esta forma de sepultura, que deja al muerto la forma del vivo, no deja de tener relación con las creencias que se vulgarizan sobre la vida futura, sobre la salvación eterna y sobre una posible resurrección de los cuerpos» (E. Albertini).

Aquí todo está relacionado. Aunque una sociología, una geografía diferenciales muestran la multiplicidad de las respuestas según las clases y según las regiones, existe una unidad de la pregunta que se plantea. Ricos y pobres están asaltados por una misma angustia. El resurgir de las filosofías griegas en Roma es significativo. Los cínicos (Demetrio, Oinomao), estos filósofos extraños que pretenden ser mensajeros de Zeus, se convierten en predicadores ambulantes. Un neopla-tonicismo ocupa el lugar del epicureismo y del estoicismo. Uno de sus intérpretes, el más importante de todos, será Plotino (205-270). Griego, nacido en Egipto, tiene cuarenta años cuando se establece en Roma y abre una escuela cuyo éxito será inmenso. Su filosofía parte de Platón, pero trata de conciliar todos los diferentes pensamientos en un mismo impulso místico.

Movimientos más turbios señalan esta crisis de las profundidades. Por ejemplo, la multiplicación de los taumaturgos y milagreros, como Apolonio de Tiana, muerto en Roma hacia el 97, pero cuya vida y prodigios ofrecen a Filóstrato (muerto hacia el 275), material para una verdadera novela. Su

protagonista predica el culto al sol, hace milagros, detiene las epidemias, cura a los enfermos. El éxito de este libro es un ejemplo. Luego se llegará más lejos. Actuar sobre los mortales está bien; sobre los dioses, está indudablemente mejor. Es lo que pretende la teúrgia, rama que cultivarán con fruición los charlatanes e iluminados.

Este clima explica el prestigio creciente en Occidente de los cultos de Oriente: los cultos de Isis, de Cibeles y Atis, de Mitra, y pronto las creencias cristianas, ganan rápidamente terreno. En esta extensión, los soldados que circulan por el imperio desempeñan un papel, como también los mercaderes de Oriente, los Siri que encontramos por todas partes, judíos o sirios. En este debate, el peso del emperador y de su entorno sigue siendo no obstante inmenso. Ni Cibeles, ni Mitra y sus bautismos sangrientos habrían ganado tanto terreno sin la aquiescencia de algunos emperadores.

También vale esta observación para el cristianismo, perseguido durante mucho tiempo. Sin la decisión de Constantino, ¿cuál hubiera sido su suerte? «Imaginemos que el rey de Francia —escribe Ferdinand Lot— quiere convertirse al protestantismo, religión de una pequeña parte de sus subditos, armado con un celo piadoso contra la «idolatría», destruyendo o dejando que se conviertan en ruinas los santuarios más venerados de su reino, la abadía de Saint-Denis, la catedral de Reims, la corona de espinas, santificación de la Sainte-Chapelle, y tendremos una pequeña idea de la demencia que se apoderó de los emperadores del siglo IV.

Sin embargo, la religión cristiana no se convierte en religión de Estado sin haber pactado antes con la política, la sociedad, la civilización misma de Roma. Esta civilización del Mediterráneo romano es asumida por la juventud del cristianismo. El resultado para él son transacciones múltiples, fundamentales, estructurales. Éste es el rostro, este mensaje que trae hasta nosotros la civilización antigua[63].

---

[63] Falta en esta obra, tan extensa en el tiempo, una conclusión de conjunto Es una ausencia sorprendente a primera vista, pero se debe al hecho de que está escnta para formar parte de una colección (véase más arnba la introducción del editor), y este primer volumen debía unirse directamente al volumen II, a cargo de otro autor, que se abriría con Bizancio Para Fernand Braudel, su conclusión debía evidentemente estar de acuerdo con la introducción del tomo siguiente Por eso se quedó sin hacer tras el abandono de la colección (Nota del Editor)

# Índice

Introducción ... 5
Prólogo del editor ... 6
Prefacio ... 8
Advertencia ... 12
Primera parte ... 13
Capítulo primero. Ver el mar ... 14
Una línea remota en el globo terráqueo ... 14
Volcanes y temblores de tierra ... 15
Las montañas omnipresentes ... 16
El Sahara y el Atlántico ... 17
Al albur de cualquier imprevisto ... 20
No olvidar los cursos de agua ... 20
Facilidades limitadas ... 21
El umbral de Sicilia ... 23
El Mediterráneo en el corazón del Viejo Mundo ... 24
Capítulo II. La larga marcha hasta la civilización ... 26
1. Primeras herramientas, primeros hombres: El Paleolítico inferior ... 27
El hombre y los orígenes mismos de la vida en la Tierra ... 28
Un pasado oscuro de divisiones cronológicas muy desiguales ... 28
El interminable Paleolítico ... 30
El clima, ¿un director de orquesta? ... 31
Ríos y costas ... 33
¿Una revolución geológica? ... 34
2. El fuego, el arte y la magia ... 35
El hombre de Neandertal, y luego el «*homo sapiens*» ... 35
El arte también nace allende el Mediterráneo ... 37
El arte mobiliar ... 39
El arte del Levante español ... 39
El Mesolítico, ¿una decadencia en Occidente? ... 41
3. La revancha del Mediterráneo: La primera civilización agraria ... 43
Excavaciones revolucionarias: el Creciente Fértil y Asia Menor ... 44
Algunas prospecciones ... 46
4. Para concluir ... 51
Capítulo III. El doble nacimiento del mar ... 52
1. Mesopotamia y Egipto empiezan a vivir ... 52

Comparar para comprender ... 53
Mesopotamia arranca la primera: ¿es un dato importante? ... 53
En Egipto, problemas similares ... 56
Otros avances: el torno de alfarería ... 58
Avances de la agricultura y la ganadería ... 59
El tejido ... 60
La madera, material decisivo ... 61
El cobre y el bronce ... 62
Las escrituras, las numeraciones ... 64
¿Y las ciudades? ... 67
Los dos Egiptos son uno solo ... 68
Vida terrenal, vida eterna ... 70
Sociedad, religiones, imperios: el destino atormentado de Mesopotamia ... 72
2. Barcos fluviales, barcos del Mediterráneo ... 74
Por los ríos de Mesopotamia ... 74
En Egipto, sobre el Nilo ... 75
Los primeros marinos en la noche de los tiempos ... 76
Siria, Egipto y el mar Rojo ... 77
El verdadero personaje: el Mediterráneo de Levante ... 79
El espolón, la quilla: una evolución posible ... 81
¿Y dónde encajan los fenicios? ... 81
La cita de Malta ... 82
3. ¿La expansión de los megalitos explica el Mediterráneo antiguo? ... 84
El agua del mar protagonista ... 85
En Malta, templos y dólmenes ... 86
Una Cerdeña asombrosa ... 87
Del Levante español al Atlántico ... 89
El debate queda abierto ... 90
Capítulo IV. Siglos de unidad: Los mares de Levante del 1500 al 1200 ... 92
1. Una unidad que avanza ... 93
A partir del 2000, el bronce acelera los intercambios ... 93
Superioridad de Mesopotamia: rutas y monedas ... 96
El oro de Egipto ... 97
La larguísima coyuntura ... 98
Una cultura cosmopolita ... 102
2. Creta, nuevo actor de la civilización cosmopolita ... 102
La primera civilización del Egeo ... 103
Choques exteriores ... 105
Palacios y ciudades: «indicadores» ... 107
Creta en la coyuntura económica ... 108
Accidentes: lo imputable a los dioses ... 110
Hechos: lo imputable a los hombres ... 112
Lo esencial: la civilización cretense ... 115
Una superestructura cosmopolita ... 118
Creta inspira a Egipto ... 120

La universalidad de Amarna ... 122
3. Accidentes, evoluciones, catástrofes ... 124
La geografía y los hombres ... 124
Montañeses y marinos ... 125
Estepas y desiertos: el problema del nomadismo ... 126
Las estepas del Norte: los indoeuropeos ... 128
Los hititas se convierten en los hititas ... 129
En los desiertos del sur: los semitas ... 131
Los Pueblos del Mar: ¿Una catástrofe comparable a la caída de Roma? ... 133
Una Edad Media de larga duración ... 140
Capítulo V. Todo cambia del siglo XII al VIII ... 142
En Oriente Próximo, una especie de «balcanización» ... 142
La caballería sale de las estepas asiáticas ... 145
Occidente ha dejado de ser absolutamente bárbaro ... 147
Indoeuropeos e invasiones celtas ... 149
En los orígenes de las migraciones celtas ... 151
La metalurgia del hierro ... 151
La escritura alfabética ... 152
Segunda parte ... 155
Capítulo VI. Las colonizaciones o el descubrimiento de una América. Siglos X al VI ... 158
1. Los fenicios llegan probablemente los primeros ... 159
La prioridad fenicia ... 159
Fenicia arrojada al mar ... 160
Una industria necesaria ... 162
Exigencias marítimas y mercantiles ... 164
Los milagros del betún ... 166
Cartago, la segunda vida de Fenicia ... 166
La relación con África ... 167
Entre el trueque y la moneda ... 169
Frente a las coyunturas ... 170
Ver la ciudad ... 171
Bajo el signo de Tanit ... 173
2. Los etruscos: un misterio sin resolver ... 175
Un idioma por descubrir ... 175
El origen de los etruscos ... 176
La primera Toscana ... 179
Etruria más allá de Toscana ... 180
El declive de Etruria ... 181
Espiando a los dioses sin cesar ... 182
¿Hablan los muertos? ... 183
3. Las colonizaciones griegas ... 186
Las precolonizaciones oscuras ... 187
Grecia y Levante ... 188
¿Tierras o mercancías? ... 189

Por una visión de conjunto .......... 190
Cirenaica y el Ponto Euxino .......... 191
Italia y Sicilia .......... 191
El Far West y Marsella .......... 194
Sistemas desiguales .......... 195
Capítulo VII. El milagro griego .......... 197
1. Grecia son sus «polis» .......... 198
Lo que sugiere la geografía .......... 198
La economía responsable de las polis .......... 200
Ciudad y polis .......... 202
Quebrar una nobleza .......... 202
Unos siglos inquietos .......... 204
Hoplitas y remeros .......... 205
Democracia y esclavitud .......... 207
La polis, marco oficial .......... 208
¿Un destino lógico o responsabilidad de Pericles? .......... 209
2. El error de Alejandro Magno .......... 211
El helenismo sin aliento .......... 211
¿Es Pirro ejemplar? .......... 212
El Imperio de Darío, separado del mar Interior .......... 213
La caballería macedónica .......... 214
Una colonización de larguísima duración .......... 215
Grecia conquistada en el año 146 a. C: un acontecimiento entre muchos otros .......... 216
3. Ciencia y pensamiento griegos (siglos VIII-II a. C.) .......... 216
Génesis y periodificaciones .......... 217
La herencia de Oriente .......... 218
La mutación jónica .......... 219
Heráclito de Éfeso .......... 221
Los andares zigzagueantes de la ciencia .......... 222
La ciencia en el siglo de Pericles .......... 224
Aristóteles de Estagira .......... 225
Esplendores de Alejandría .......... 226
La «revancha de Espartaco» .......... 227
La civilización helenística como un todo .......... 229
Capítulo VIII. Roma, más que el Mediterráneo .......... 232
1. El imperialismo de Roma .......... 233
La primera unidad italiana .......... 233
¿Por qué los éxitos de Roma? .......... 235
Roma contra Cartago: una guerra por el control del mar .......... 236
Un proceso para historiadores .......... 239
La tragedia del año 146 .......... 240
Oriente Próximo, presa codiciada durante mucho tiempo .......... 241
Oriente, responsable de su pérdida .......... 242
Las brutalidades romanas .......... 243
La coyuntura se invierte .......... 244

De la ciudad al Imperio, de Tiberio Graco, 133 a. C, a Augusto, 31 a. C. ........ 245
2. Más allá del Mediterráneo........ 247
Los cimbros y los teutones........ 247
César conquista la Galia: 59-50 ........ 248
El drama de Germánico........ 250
Trajano, los dacios y el Éufrates ........ 251
3. El gran personaje: la civilización Mediterránea........ 253
Corrientes y contracorrientes ........ 253
El paisaje tiende a la uniformidad........ 254
Ciudades y técnicas........ 255
Ciudades e imperio........ 257
Roma acoge e incorpora la civilización helenística........ 258
Las originalidades romanas........ 259
De Augusto a Marco Aurelio: los prestigios literarios........ 262
De Commodo (180-192) a Septimio Severo (193-211)........ 263
Los triunfos del derecho........ 264
La fundación de Constantinopla y la irrupción del cristianismo .... 265
Índice........ 268